



ARMANDO CUEVAS

EXTINTOS

**El último yacimiento neandertal
revelará la clave de su desaparición...
y algo más**

ARMANDO CUEVAS

EXTINTOS

El último yacimiento neandertal
revelará la clave de su desaparición...
y algo más

Primera edición digital julio 2017
Primera edición impresa julio 2017

2017 © EXTINTOS

2017 © Armando Cuevas Calderón

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de este libro para cualquier medio, incluido el electrónico, sin autorización escrita del autor.

Los personajes y lugares que aparecen en esta publicación, salvo los que son de dominio público, son ficticios y cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Diseño de cubierta por Armando Cuevas Calderón.

*A Amaya, por infundirme esa confianza
que tan a menudo pierdo*

Y cuando el último de esos fragmentos de una raza se pudra solo y abandonado entre la selva y las aguas, una generación más justiciera se quedará contemplando las praderas del Oeste y tendrá que exclamar: "Aquí yace la Raza Roja, que no fue grande porque no la dejamos serlo".

Karl May, La muerte del héroe

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

- 1 - EL YACIMIENTO
- 2 - UN IDIOTA CON ARTROSIS
- 3 - LOS ÚLTIMOS DÍAS
- 4 - UN MAR DE DUDAS
- 5 - VEINTE KILOS DE C4
- 6 - TODO POR UN LIBRO
- 7 - ALASKA
- 8 - LOS CABEZAS DE FUEGO

SEGUNDA PARTE

- 9 - UN BAR DE DIBUJOS ANIMADOS
- 10 - SOMBRAS
- 11 - UN SOLDADO DE LA VIEJA ESCUELA
- 12 - UNA MANO DE PINTURA Y COMO NUEVA
- 13 - CINCO LITROS DE SANGRE
- 14 - NO HAY NADIE EN CASA
- 15 - PERSEGUIDOS
- 16 - SEÑALES

TERCERA PARTE

- 17 - CARNE ES CARNE
- 18 - UN ENEMIGO IMPLACABLE
- 19 - PUENTE DE HIELO
- 20 - NIEVE EN EL PARQUE
- 21 - NOS SIGUEN
- 22 - AQUÍ NOS SEPARAMOS
- 23 - UN PUEBLO EJEMPLAR
- 24 - HACIENDO PLANES
- 25 - SUENA UN TELÉFONO
- 26 - EL GRAN RELATO
- 27 - LAS FAUCES DEL OSO
- 28 - UN DULCE SUEÑO
- 29 - SERVICIO DE HABITACIONES
- 30 - UN LIBRO INVENTADO

NOTA DEL AUTOR

OTROS LIBROS DEL AUTOR

PRIMERA PARTE

1 - EL YACIMIENTO

Siberia oriental. A mil kilómetros del Círculo Polar Ártico.

Una suave brisa con olor a musgo y salitre golpeó la cara de Misha al salir de su pequeña casa de madera, situada a las afueras de Pevek. Odiaba esa ciudad portuaria y minera donde todavía parecía respirarse el aire cargado de dolor y muerte de los antiguos gulags, lugares siniestros que él no había conocido pero de los que le habló su abuelo hasta el mismo día en que murió. Nunca se acostumbraría a vivir allí. Después de veinte años aún añoraba su diminuta Yukagir, de apenas doscientas almas, y su sencilla forma de vida basada en la caza, la pesca y la cría de renos; donde sus habitantes continuaban hermanados con la naturaleza en un abrazo que duraba ya miles de años. Era un niño cuando sus padres murieron en un accidente de tráfico y se vio obligado a vivir con su abuelo, un hombre bueno pero triste que trabajaba de sol a sol en una mina de uranio. Y allí seguía viviendo después de quedarse solo, en la tercera ciudad más grande de la región de Chukotka, en la Siberia más oriental, una ciudad de mierda a más de mil quinientos kilómetros de su verdadero hogar.

A pesar de que era verano, el termómetro a las ocho de la mañana marcaba cinco grados centígrados, una temperatura que a cualquiera le hubiera obligado a abrigarse bien, pero no a él que había nacido y crecido en uno de los lugares más fríos y duros del planeta. Vestido con un pantalón vaquero y un jersey ligero arrancó su quad y se alejó refunfuñando, maldiciendo su suerte. No le gustaba su nuevo trabajo. Estaba bien pagado, era sencillo, seguro y garantizado durante tres meses, justo hasta que llegara el próximo invierno. Un chollo por el que la mayoría de indígenas siberianos hubiera matado. Mucho mejor que reventarse la espalda en el puerto descargando el poco mineral que

llegaba de las minas, o en algún almacén amontonando cajas y fardos; aunque no tan apasionante como navegar hasta las islas deshabitadas del mar de Laptev, y compartir con sus compañeros la experiencia de sentirse libre y vivo como sus ancestros. A ello se había dedicado los últimos diez años, a buscar el marfil milenario de aquellas prodigiosas bestias que una vez habitaron su tierra, y que el deshielo y la erosión del permafrost sacaban a la luz, cada vez más a menudo, bajo el suelo y en las playas del norte. Los colmillos de mamuts se habían convertido en un negocio muy lucrativo desde la caída de la URSS, y antiguos pescadores indígenas dedicaban más de seis meses al año a su búsqueda. El mercado chino había aumentado la demanda y el kilo de marfil de calidad se pagaba a casi setecientos dólares, con lo que un solo colmillo podía mantener a una familia durante todo un año. Pero eso se acabó, al menos por el momento. Los helicópteros de la guardia fronteriza rusa habían intensificado la vigilancia y les confiscaban más marfil del que conseguían vender. Confiaba en que las cosas pronto cambiaran, y poder volver a recorrer con su moto de nieve el helado mar que en invierno unía las islas a la costa, y desenterrar cráneos y colmillos con sus viejos amigos.

Tras circular unos cientos de metros por una carretera sin asfaltar, se detuvo frente a una vivienda cuyas paredes de tablones deteriorados hablaban de los crudos y largos inviernos con tormentas de nieve y vientos gélidos que llevaban a sus espaldas. No debió esperar mucho. A los pocos minutos, justo cuando se disponía a encenderse un cigarrillo, se abrió la puerta y aparecieron dos hombres con gruesos anoraks con capuchas de piel. Lo saludaron con la mano y miraron al cielo. Cuando bajaron la cabeza parecían satisfechos.

—Creo que hará buen día, ¿tú qué opinas? —dijo el más joven de los dos, dirigiéndose a Misha.

Éste arrugó la nariz, como si olfateara, antes de contestar.

—Seguramente.

—Bueno, pues entonces en marcha. Con un poco de suerte hoy llegará la maquinaria —apremió el ingeniero de mayor edad.

Los dos hombres se dirigieron a un todoterreno nuevecito de color blanco, en cuyos laterales se podía ver un logotipo que representaba una vía de tren ondulante sobre la que parecían bailar las letras TEBD. No era la primera vez que se planteaba la idea de construir una carretera transiberiana que uniera la frontera de Rusia con Alaska, en Estados

Unidos, aunque todo sugería que en esta ocasión la *Trans-Eurasian Belt Develoment*, la compañía para la que trabajaban los dos ingenieros, iba en serio. Ya se había invertido una gran cantidad de rublos en estudiar sobre el papel una vía factible que recorriera Siberia y atravesara la estrecha sección del mar de Bering, que separaba Asia de América del Norte, y ahora tocaba hacerlo sobre el terreno. Los informes indicaban que lo mejor sería hacerla discurrir justo por los límites que separaban la tundra —más al norte, que durante el largo invierno de nueve meses permanecía congelada, pero que en el verano se convertía en un pantano — de la taiga —con mayor vegetación aunque con un terreno más estable—. Sería una obra colosal asfaltar y colocar vías férreas durante más de diez mil kilómetros sólo para conectar la frontera occidental y oriental de Rusia. Y luego, estaba la cuestión de cómo atravesar el estrecho de Bering. Los peces gordos de la compañía todavía no se habían puesto de acuerdo en cómo hacerlo, si construyendo un puente, un túnel o usando un ferri. Pero lo que sí tenían claro era que si se terminaba, si finalmente se construía la carretera, habrían hecho algo sin precedentes en la historia de la humanidad, ya que el proyecto no era interestatal, sino "*intercivilizaciones*".

Misha iba delante, conduciendo con precaución por entre pinos, matorrales y rocas, dibujando en su mente la mejor ruta por la que guiar a esos hombres hasta el lugar que le indicaban cada día. En eso consistía su trabajo. Apenas existían carreteras ni caminos, y el itinerario a seguir dependía del tiempo y el estado del suelo, siempre cambiante, por lo que debía trazarse sobre la marcha, y en eso él era un experto. No porque se conociera toda la región de Chukotka de memoria, lo cual era imposible, sino porque tenía olfato. Un olfato que hasta el momento no le había fallado, y ya llevaba casi un mes trabajando con ellos.

Los últimos tres días, los ingenieros habían estado buscando una zona concreta. Querían que estuviera despejada de árboles y rocas; un lugar lo bastante amplio para que los helicópteros de transporte pudieran dejar la maquinaria que necesitaban, e ideal para empezar a hacer las primeras catas en el terreno. Lo habían encontrado a unos cincuenta kilómetros al sur de Pevek, y hacia allí los llevaba Misha.

Una liebre que aún no había cambiado del todo su pelaje blanco del invierno salió asustada de detrás de un abeto, y a punto estuvo de morir

aplastada bajo las ruedas del quad. Unos metros más adelante fue un zorro el que se apartó del camino antes de ser atropellado. La vida se despertaba y bullía en el bosque después del largo y frío invierno siberiano. El todoterreno seguía al quad con precaución, calcando las rodaduras para evitar sorpresas; ya se había quedado atascado una vez en el blando suelo por salirse de la trazada y perdieron un día de trabajo hasta que consiguieron sacarlo del fango con un tractor.

Tardaron casi dos horas en cubrir los cincuenta kilómetros que les separaban de su destino. Cuando por fin llegaron a la amplia zona despejada junto al bosque, los obreros que debían manejar las máquinas ya estaban allí. Eran cuatro, también indígenas como Misha, aunque hubiera sido imposible determinar si se trataba de mongoles, samoyedos, esquimales... o yukagiros como él. El parecido entre todas las minorías étnicas que poblaban Siberia era asombroso: baja estatura, piel tostada, pelo negro y lacio, y ojos rasgados sobre caras redondeadas.

Misha detuvo su quad junto a la única roca que se veía y los dos ingenieros lo imitaron. Apagaron el motor del todoterreno y bajaron.

—¿Cuándo demonios va a empezar a calentar el sol? —refunfuñó el más joven entre dientes, frotándose las manos.

—¿Hablan ruso? —preguntó el más mayor a Misha, señalando a los indígenas con la mano.

Había sido él el encargado de contratarlos. Los encontró en los muelles de Pevek. Según le aseguraron habían trabajado toda su vida con vehículos pesados, y eso era lo importante.

—Lo suficiente.

—Bien, ahora sólo tenemos que esperar a que llegue la maquinaria. Te dijeron que estaría a las nueve, ¿verdad? —continuó preguntando el mayor de los ingenieros, esta vez a su compañero.

—Así es.

—Pues ya estás llamando, porque son más de las diez.

Cuando el ingeniero joven fue al todoterreno para usar la radio, se dirigió a Misha de nuevo, bajando un poco la voz.

—¿Cómo cojones han venido hasta aquí? —musitó, refiriéndose al grupo de indígenas que esperaba en el centro del claro.

—En caballos.

—¿Caballos? —dudó, mirando en varias direcciones.

—Cerca del río, por allí —respondió Misha, lacónico, señalando

con el dedo.

—¿Hay caballos que aguanten este frío?

—Los pequeños yakutos pueden soportar setenta grados bajo cero.

—¡Joder! ¿Cerca del río has dicho?

Misha asintió sin contestar.

—No sabía que hubiera uno por aquí. Eso puede ser un inconveniente.

En ese momento volvió el joven.

—¿Tú sabías que íbamos a perforar cerca de un río? —le inquirió el mayor, antes de que le contara lo que había hablado por radio.

—Bueno, cerca, cerca... Pasa a unos doscientos metros al sudoeste. Todo se explicaba en el informe que nos enviaron.

—Vale, vale, lo que tú digas —contestó displicente— ¿Qué te han dicho esos putos militares? ¿Vienen los helicópteros o no?

—Deben estar al llegar.

—Ya —contestó, mirando el cielo intensamente azul.

Aún tuvieron que esperar una hora más antes de escuchar el ensordecedor ruido del monstruoso aparato que de pronto oscureció el cielo. De su panza colgaba una perforadora, y en su interior venía una pequeña excavadora. Una vez descargaron los vehículos apareció un segundo helicóptero que traía un bulldozer y el resto de herramientas necesarias para comenzar a trabajar. Era media mañana cuando el motor de la excavadora arrancó, después de que el bulldozer se encargara de limpiar la capa más superficial del suelo de rocas sueltas y matorrales bajos. Los ingenieros parecían satisfechos de cómo avanzaban los trabajos preparatorios para proceder a la cata, y se afanaban por determinar, con los planos en la mano, el lugar más adecuado para hacerlo. Misha les echaba una mano a los indígenas, más por no aburrirse que por obligación, ya que su contrato se limitaba a servir de guía a los dos ingenieros: debía recogerlos cada mañana, llevarlos hasta donde le dijeran, y luego devolverlos a casa sanos y salvos. Podía, por tanto, haberse tumbado a dormir; o limitarse a ver trabajar a los demás, pero Misha se moría si estaba inactivo y prefirió tener las manos ocupadas y, de esta manera, también la cabeza. Además, trabajar sin obligación le proporcionaba una sensación tan placentera que no podía resistirse. No estaba cualificado para manejar maquinaria pesada y decidió ayudar, primero, a clavar varas de hierro de señalización dónde le indicaban los

ingenieros, y, más tarde, a usar la pala para perfeccionar el trabajo que hacía la excavadora.

A la hora de comer el sol calentaba lo suficiente para que la temperatura subiera hasta los quince grados. Fue entonces cuando los dos ingenieros se decidieron a desprenderse de sus anoraks. Misha los observaba con cierto desprecio. Aunque ya estaban acostumbrados a los rusos, que era la población mayoritaria en su tierra, pocos indígenas habían dejado de verlos como intrusos; enemigos que, poco a poco, los habían ido arrinconando, privándolos de sus legítimos derechos; explotándolos, diezmándolos y condenándolos a desaparecer en un futuro no muy lejano. Apoyado en su quad, a unos metros de los operarios indígenas, masticaba con desgana un trozo de empanada rellena de col, carne, requesón y mermelada. Le gustaba estar solo, era poco amigo de las conversaciones de compromiso, y disfrutaba de los momentos de introspección donde encontraba la verdadera paz.

Durante la tarde continuaron los trabajos de limpieza del terreno hasta que los ingenieros determinaron, por fin, la mejor zona, y acotaron una cuadrícula de diez por diez para que la excavadora eliminara la tierra y profundizara. La pala entraba sin demasiada dificultad en el terreno. No encontraron piedras grandes ni barro, y en un par de horas el hueco ya llegaba a un metro de profundidad.

El ingeniero más joven descendió entonces de un salto y tomó una muestra de tierra que introdujo en un cilindro de metal que luego etiquetó.

—Parece buena —dijo levantando el cilindro, mostrándoselo a su compañero.

—Ya veremos —dijo éste.

Y haciendo señas al conductor de la excavadora, le gritó:

—¡Un metro más!

El sol se acercaba al horizonte tiñendo de colores cálidos el cielo cuando la excavadora llegó a los dos metros de profundidad.

Una suave brisa meció las copas de los enormes pinos, que lucían imponentes al comienzo del bosque, y el aire se cargó de humedad en un abrir y cerrar de ojos.

—Por hoy ya está bien —determinó el ingeniero de mayor edad, sacando el anorak del todoterreno para ponérselo con deleite—. Pronto oscurecerá, y empieza a hacer un frío de cojones.

—Sí, creo que será lo mejor —corroboró el más joven, agarrando

el anorak que le lanzaba.

—Éste puede ser un buen lugar para un apeadero. Mañana bajaremos la perforadora para ver dónde está el lecho de rocas. Ahora larguémonos a casa, me muero por tomar una sopa caliente y meterme en la cama.

—Vale, pero tengo que tomar una muestra —dijo, con cierto fastidio.

—Que lo haga él —le propuso ladino, bajando la voz—. Parece bastante dispuesto a ayudar. Este suelo empieza a estar resbaladizo.

El ingeniero más joven sonrió antes de girarse buscando a Misha. Cuando lo encontró, ayudando a recoger las herramientas, le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

—Toma —le dijo, lanzándole el cilindro de metal cuando lo tuvo a dos metros de distancia.

Misha lo atrapó al vuelo.

—¿No te importa hacerme el favor? Mi pierna...

Misha se encogió de hombros.

—Que sea tierra oscura, de la que está en aquel extremo —indicó el ingeniero, sin dejar de tocarse la rodilla.

Bordeando el hueco en la tierra, Misha bajó por la rampa que había creado la excavadora y se dirigió al lugar que le había indicado el ingeniero. El suelo estaba blando, y de las paredes verticales asomaban las raíces de los arbustos arrancados. Aquellos parajes no eran muy fértiles, y la vegetación estaba obligada a profundizar si quería obtener los nutrientes necesarios para sobrevivir. Los obreros esperaban al borde del enorme hueco, al otro extremo de donde él se encontraba, aguardando a que les indicaran que la jornada de trabajo había terminado para poder coger sus caballos y marcharse. Hablaban animadamente, en su idioma natal, mientras se pasaban una botella de vodka que ya andaba por la mitad.

La luz del sol, casi horizontal, apenas penetraba en el hoyo. Las sombras lo dominaban todo ahí abajo, pero Misha no tuvo problemas en reconocerlo al instante. Sólo asomaba unos centímetros. Con naturalidad se agachó, desenroscó la tapa del cilindro y lo llenó de tierra. Mientras lo hacía, aprovechó para observarlo mejor: sí, no cabía ninguna duda, aquello que surgía mínimamente del suelo era la punta de un colmillo de mamut. La sorpresa fue en aumento al comprobar, después de retirar un

poco de tierra a un par de palmos de distancia, que aparecía otro. Había que estar muy acostumbrado a verlos para identificarlos tan rápido, y no le extrañó que nadie hubiera reparado en ellos, ya que la mayoría de las personas los confundirían con piedras redondeadas. A pesar de todo, antes de abandonar la excavación y volver arriba, arrastró tierra con el pie y, con disimulo, los ocultó. En su cabeza bullían mil imágenes, y su corazón se aceleraba por momentos. Le costaba controlar las emociones, y no pudo evitar que le temblaran las manos cuando le entregó el cilindro al ingeniero más joven.

—¿Qué te pasa, hombre? Parece que has visto un fantasma.

Misha salió de su ensimismamiento y, de inmediato, buscó los ojos del ingeniero.

—Nada —logró decir, lacónico.

Pero sí que le pasaba algo. Por supuesto que le pasaba.

Mientras volvía a Pevek, conduciendo su quad delante del todoterreno, no paraba de dar gracias a Dios por la suerte que había tenido. Que recordara, jamás se habían recuperado colmillos de mamut tan lejos de la costa, y él había encontrado al menos dos. Y, por el color, en buen estado; no como algunos que hallaban en el mar, agrietados y oscurecidos. Ahora necesitaba mantener la calma y pensar. Pero hacerlo rápido. Mañana volverían a trabajar en el hueco excavado, y no podía arriesgarse a que los descubrieran.

Tendría que hacerlo esa misma noche.

Una vez dejó a los dos ingenieros en su casa llamó a su amigo Dima y le contó su hallazgo. Lo conocía desde que eran unos niños, y ya de mayores habían pasado juntos varios inviernos en las heladas islas del norte buscando marfil fosilizado. Ahora trabajaba en los astilleros, y sabía manejar cualquier máquina, incluida una excavadora. Además de ser de confianza, lo necesitaba si quería terminar el trabajo antes de que amaneciera. Compartir el botín no sería problema, con dos colmillos tendrían de sobra, y, si tenían suerte, quizá encontrarán el cráneo y algunos huesos más, que, aunque su precio de mercado era muy inferior al del marfil, alcanzaría una buena cifra. En menos de una hora lo tenían todo dispuesto. Dima había pedido prestada una vieja camioneta "*pick up*" y Misha acopló a su quad un pequeño remolque con buena capacidad. No cargaron con herramientas, allí había suficientes, lo que sí cogieron fue un par de lámparas portátiles de petróleo y algo de comida y bebida

por si la cosa se alargaba. Esta vez, Misha, sí tomó su abrigo gastado de piel, y unos gruesos guantes de lana; sabía que por las noches las temperaturas bajaban varios grados bajo cero y no quería tener que encender un fuego para calentarse.

Ya era de noche cuando llegaron al lugar.

De pie, en el borde de la enorme zanja, Dima pareció dudar.

—¡Joder, Misha! ¿Has visto dónde está esto?

—Ya te lo dije.

—Sí, pero no imaginé que estaría tan cerca del bosque.

—Te aseguro que son colmillos.

—Bueno, enseguida saldremos de dudas. Si te has equivocado tendrás que pagarme el combustible e invitarme a un buen trago de vodka.

—Cuando termine la noche y volvamos cargados de marfil, vas a tener que ser tú el que pague una buena juerga en el local de Tina.

Después de encender las lámparas de petróleo, palas en mano, descendieron por la rampa hasta el lugar donde Misha creyó reconocer los colmillos. No tuvieron que cavar mucho para confirmarlo.

—¡Qué te dije! —gritó Misha, emocionado.

—Maldita sea, tenías razón —corroboró Dima, cogiéndolo por los hombros y zarandeándolo.

Una cuantas paladas más vieron algo con lo que no contaban.

—Es raro, pero ambos están en vertical —dudó Misha—. Necesitaremos usar la excavadora para sacarlos. Si son grandes, y eso parece, pueden estar enterrados a más de tres metros.

—Pues, a qué esperamos.

Bajo los focos del vehículo, la pala de la excavadora fue retirando con sumo cuidado la tierra alrededor de los colmillos. Dima no tardó en hacerse con los mandos y demostró su pericia manejando la máquina. En pocos minutos había abierto un hueco lo suficientemente grande para que se hicieran una idea del tamaño de los colmillos.

—¡Joder, son enormes! ¡Los más grandes que he visto jamás! —exclamó Misha, que se afanaba en tratar de moverlos inútilmente, a pesar de que uno de ellos ya asomaba más de dos metros y medio.

—Tendré que ampliar el hueco —gritó Dima por encima del ruido del motor—. La tierra está muy compactada junto al colmillo.

Misha asintió y se retiró de la trayectoria del brazo excavador.

Los dientes de acero de la pala mordieron el suelo igual que haría

una cuchara en un helado, llevándose un buen bocado de tierra alrededor de los dos colmillos, más o menos a metro y medio.

—¡Espera, espera! —gritó Misha, levantando la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó Dima, sacando la cabeza de la cabina.

—Creo que hay más.

—¿Más qué?

—Colmillos.

—¿Estás seguro?

—Como de que vamos a hacernos ricos.

—¡No jodas! —exclamó Dima, incrédulo, saltando de la excavadora.

Después de apartar con nerviosismo la tierra suelta a mano, pudo contar seis colmillos más que, a intervalos aproximados de medio metro, sobresalían del suelo formando un semicírculo.

—Parece una empalizada —musitó Misha—. Puede que haya decenas.

—Debieron colocarlos aquí nuestros antepasados.

—Eso qué más da. Lo importante es que este marfil vale una fortuna, y es todo nuestro.

—Ya te digo... —exclamó Dima.

—Vamos, joder, sube a esa maldita máquina y saquemos todo lo que podamos cargar.

—Vale, vale —se quejó, soportando los empujones que le proporcionaba Misha.

En algunas zonas, la pala mecánica tuvo que revolver tierra hasta casi tres metros de profundidad para conseguir que los colmillos por fin se movieran. Eran enormes, y no demasiado curvados; tan iguales unos a otros que, sin duda, tuvieron que ser elegidos a conciencia. Ayudados por una cadena los sacaron uno a uno del fondo y los fueron depositando en la trasera de la "pick up", hasta que ya no entraron más. Entonces, continuaron cargando en el remolque.

—¿Cuántos van? —quiso saber Dima, en un momento dado.

Misha hizo un recuento rápido y abrió y cerró la mano dos veces.

—Diez son suficientes.

—Un par más —suplicó Misha—. Son magníficos.

—Está bien —se rindió Dima, accionando las palancas que hicieron que la pala se clavara en el suelo en busca de más colmillos.

Pero esta vez no fue marfil lo que Misha vio aparecer entre la oscura tierra, sino el blanco sucio de una calavera que rodó al caer desde la pala antes de quedarse quieta, mirándole fijamente desde sus cuencas vacías.

—¡Para, para!

—Joder, ¿ahora qué pasa?

Misha no se lo pudo contar.

El inconfundible ruido de unas hélices fue creciendo hasta que lo notaron encima. Entonces, los deslumbró la potente y azulada luz de un foco, y escucharon una voz ampliada por un megáfono que les conminaba a que no se movieran.

—¡Putra suerte! —maldijo Misha entre dientes, al reconocer a la guardia fronteriza rusa.

2 - UN IDIOTA CON ARTROSIS

Dieciocho meses después. Madrid, España.

La sala, con capacidad para doscientas personas, se llenó por completo. Se habían acreditado más de ciento veinte medios de comunicación provenientes de todas partes del planeta, entre periódicos, revistas especializadas y televisiones. Nadie quería perderse la noticia científica del año, quizá de la década. La expectación era máxima.

Se había aprovechado la celebración, en el Museo Arqueológico de Alcalá de Henares, del congreso anual de la Sociedad Europea para el Estudio de la Evolución Humana, que es el más importante del mundo, para informar a la prensa del reciente hallazgo. En la mesa de ponentes sólo había dos sillas. En una de ellas estaba el moderador. La otra era para el profesor Lébedev, Yuri Lébedev, que aún no la había ocupado.

Cuando apenas quedaban ya butacas libres, entraron en la sala Laura Anglada y Owen Moore. Ella paleogenetista y él su ayudante, los únicos científicos que se encontraban allí a excepción del profesor. Laura era española, y Owen norteamericano, y ambos trabajaban en el Instituto de Antropología Evolutiva de Leipzig, Alemania. Lograron dos asientos en la última fila, en dura pugna con un par de periodistas que finalmente tuvieron que conformarse con asistir a la rueda de prensa de pie, al final de la sala.

—Pobre profesor... Imagino las pocas ganas que tendrá —se lamentó Laura.

—Pues no lo entiendo. Va a hacerse famoso.

—Eso a él no le interesa, lo hace por obligación.

—¿Obligación?

—Ya te lo expliqué. Si no accedía le cortaban el chorro, y necesita financiación para continuar con su trabajo.

—Pues yo estaría encantado de que todo el mundo estuviera

pendiente de mí. Y tú no te hagas la molesta, que has venido de mil amores.

—¿Yo?

—Sabes a lo que me refiero. Has aprovechado el viaje para ver a tu familia. Pero dime, qué he sacado yo en claro de este viaje —contestó Owen, cruzando los brazos en actitud de fastidio.

—¿Acaso no entiendes que lo he hecho por ti? Este congreso representa la mejor ocasión para ver por dónde se orientan las investigaciones en el campo de la evolución humana. Además, aquí tienes una oportunidad única de relacionarte con los gerifaltes de la ciencia.

—Ya trabajo contigo.

—Sí. Pero en algún momento querrás volar más alto. Tal vez solo.

—Eso sí —admitió finalmente, desplegando una sonrisa pícaro antes de arrellanarse en el asiento.

Laura no le estaba contando toda la verdad a su ayudante. Claro que el congreso era un lugar imprescindible para todo aquel que se dedicaba al estudio de la evolución humana, no sólo para antropólogos, sino también para paleopatólogos, paleobotánicos, biogeógrafos, biólogos evolutivos o biólogos moleculares; pero la verdadera razón por la que insistió en que Owen la acompañara fue por miedo. Miedo a la gente, a verse rodeada de personas con las que conversar aunque no le apeteciera, a mostrar interés por temas que no le atraían en absoluto, a sonreír a desconocidos con un vaso en la mano, a sociabilizar en definitiva. Laura era un ratón de biblioteca que se había pasado la vida estudiando. Primero Medicina, luego Biología molecular, especializándose en Paleogenética y finalmente Antropología. Sólo se encontraba segura entre libros, probetas y microscopios. Y ése fue el principal motivo que la obligó a llevar a Owen cuando el profesor Lébedev le mandó la invitación para que asistiera, tener a alguien conocido en el que refugiarse cuando se sintiera perdida. Su ayudante era todo lo contrario a ella: un "relaciones públicas" nato, con una capacidad asombrosa para aparentar que le interesaba cualquier tema, siempre dispuesto a iniciar una conversación o a seguirla, que jamás evitaba el cuerpo a cuerpo y parecía sentirse como pez en el agua rodeado de gente. Cuanta más gente mejor. Una cualidad de su carácter que a Laura le fascinaba. Hubiera dado cualquier cosa por tenerla, por complementar su personalidad con esa capacidad tan necesaria en cualquier ámbito de la vida. Ya se lo decía

siempre su padre, profesor de Historia en la Universidad Complutense de Madrid: *"no sólo debes ser buena en lo que haces, sino que además tienes que parecerlo. Hacer un buen marketing de ti misma es lo que te llevará lejos. Mucho más lejos que tus conocimientos"*. Mil veces se lo había dicho. Pero ella había nacido tímida y un poco asocial, y le era imposible cambiar. Defectos que, además de influir en sus relaciones con las personas, también lo hacían en ella misma, en su forma de arreglarse. No era fea, ni tenía mal cuerpo, pero iba siempre vestida como una estudiante de bellas artes: zapatillas, vaqueros y camisetas que combinaba con jerséis amplios y abrigos de paño poco favorecedores. Tampoco en su peinado perdía mucho tiempo. Desde que salió de la universidad no había variado su media melena con flequillo, y su pelo negro y ondulado se encargaba de enmarcar un rostro de piel muy blanca y redondeado, algo infantil, donde el maquillaje o la sombra de ojos no tenían cabida. En el amor, como no podía ser de otra manera, tampoco le había ido muy bien. Durante la adolescencia ningún chico quiso acercarse a la "rarita" esmirriada y sin tetas que se pasaba el día con un libro entre las manos. Y luego, en la universidad, pocos supieron ver el diamante en bruto que se ocultaba bajo aquella apariencia de animal apaleado. En realidad ninguno. La única relación que tuvo mientras estudiaba Medicina, si podía llamársele así a la media docena de polvos apresurados en el asiento trasero de un viejo Ford Fiesta, fue la que mantuvo el último año con Juan, un picaflor alto y guapo que se acostaba con todas las chicas que se le ponían a tiro. Luego, al terminar sus estudios, mantuvo un par de relaciones más. Igualmente fallidas. Igualmente desequilibradas. Elegía mal, lo tenía claro. Siempre se fijaba en el tipo equivocado. O al menos eso quería creer para no tener que admitir que, tal vez, el problema fuera suyo. Que era ella la que no estaba a la altura. Le gustaban guapos, divertidos y con un punto canalla. Justo lo contrario de como se veía ella. También quería que fueran inteligentes y atentos, por supuesto, pero los que de verdad le hacían tragar saliva eran los canallas de bonita sonrisa y alma de pirata. Pensaba en ello en aquel momento, mirando de reojo el perfil anguloso de Owen: por qué en los humanos, a pesar de milenios de evolución, a la hora de elegir pareja aún pesaba más el instinto que la razón. ¿O no era del todo así? Se preguntó, recordando a las mujeres florero que se paseaban por las fiestas a la caza de un tipo rico que les solucionara la vida. O a los jovencitos a la busca

de viudas aburridas con falta de cariño. Pero eso era otra cosa, pensó, meneando la cabeza involuntariamente. A lo que ella se refería era a algo muy distinto.

—¿Qué pasa? —preguntó de pronto Owen, sobresaltándola.

—¿Eh? —dijo Laura, saliendo de sus elucubraciones.

—Murmurabas algo mientras negabas con la cabeza. Me has asustado, pensé que estabas rezando —se mofó.

—Sí, claro, el rosario —contestó, intentando ser ocurrente.

Pero Owen no la escuchó, había girado la cabeza para concentrarse en la mirada de una periodista de nariz operada y uñas perfectas a la que dedicó su mejor sonrisa.

—¿Qué decías? —preguntó aún con la cabeza vuelta.

—Nada —concluyó Laura, molesta, al tiempo que abría su cuaderno de notas simulando que consultaba algo.

Durante los cinco minutos siguientes Owen flirteó con la periodista y Laura determinó que, si no eran celos absurdos lo que sentía, se le parecían mucho. Hubiera vuelto a la autocompasión —un concepto que el psicólogo al que acudía cada vez que se sentía de bajón definía como algo saludable en contraposición a la autocrítica destructiva— de no ser porque, por una puerta lateral y cartera en mano, apareció el profesor Lébedev.

La amplia sala, que bullía en conversaciones, se calló de golpe. El moderador, un joven conservador del museo, con mucha labia y buena presencia, recibió al profesor con un apretón de manos antes de invitarlo a sentarse. Luego, hizo una breve presentación mencionando su amplio currículum para poner al tanto a los periodistas del insigne personaje que tenían delante. Comenzó diciendo que estaban ante el Director del Centro de Evolución y Comportamiento Humanos de la Universidad de Kiev, Catedrático de Paleontología de la Facultad de Moscú, Director Científico del Museo de la Evolución de San Petersburgo, Coordinador del Instituto de Gerontología de Moscú, Miembro de la National Academy of Sciences de los Estados Unidos y del Comité Científico Internacional del Museo de Antropología de Stuttgart, y doctor *honoris causa* por universidades de todo el mundo. Iba a continuar con los premios y logros científicos que había conseguido a lo largo de su dilatada carrera, cuando el profesor levantó ambas manos y tomó la palabra.

—Creo que es suficiente, amigo, no querrá aburrir a tan respetable

público.

—Bueno, yo... —comenzó a decir el moderador, algo confundido.

—Vamos, seguro que estos señores y señoras no han venido aquí para escuchar una retahíla de títulos y cargos que, la verdad, sirven para bien poco. De hecho, algunos de los que ha mencionado no sabía siquiera que los tuviera —concluyó, provocando risas entre los asistentes.

En la última fila de la sala, Owen se acercó a Laura.

—Me cae bien este tipo, ¿dices que trabajaste para él?

—Sí.

—¿Has estado en Rusia?

—Sí. Ya te lo conté, joder, no prestas atención a nada.

—Ah, vale, vale, ya recuerdo. Es el tipo que iluminó el camino de tu verdadera vocación.

—¡Calla de una vez!

Owen había simplificado bastante, pero Laura tenía que admitir que había acertado por completo, ya que le debía a Lébedev ser quien era en ese momento: una de las más reputadas genetistas del mundo. Sus inicios no fueron fáciles. Tras estudiar Medicina se especializó en Biología molecular, fascinada por las posibilidades del genoma, y soñaba con poder contribuir algún día a desvelar todos los misterios que éste guardaba. Sin embargo, trabajar en lo que se le había revelado como su pasión, no fue fácil. España no le brindó las oportunidades que se merecía y tuvo que largarse, como otros muchos miles de jóvenes científicos. Durante varios años trabajó como becaria en cualquier laboratorio o instituto que admitiera su solicitud. Recorrió media Europa sin encontrar el sitio que valorara sus conocimientos y su tenacidad. Hasta que un día, estando en Londres, harta de secuenciar ADN de ratones infectados con múltiples enfermedades por un sueldo de lástima, recibió la llamada de Lébedev. Lo hizo en el momento preciso, cuando ya estaba a punto de tirar la toalla y volver a España para preparar una oposición como médica de familia. El profesor le ofrecía formar parte de un equipo de genetistas para trabajar en algo nuevo, en una disciplina que estaba surgiendo: la Paleogenética. No lo dudó y se apuntó de inmediato, a pesar de que aceptar el trabajo suponía irse a vivir a Moscú durante al menos tres años. Aprendió mucho de ese viejo visionario, sobre todo el amor por la antropología y la pasión por encontrar respuestas a las incógnitas que rodean la historia de nuestra especie. Siempre se sintió arropada,

valorada, y, bajo su tutela, explotó como científica. Tanto que no tardaron en llegarle jugosas ofertas de los principales institutos, sociedades y laboratorios del mundo, incluido el Laboratorio de Identificación Humana de la Universidad de Glasgow, o el de Investigación Arqueológica de la Universidad de Estocolmo. Pero ella siguió siendo fiel a su mentor. Y hubiera continuado en Moscú de no ser por él. Aún recordaba el día en el que el profesor Lébedev le mostró la carta de recomendación que había remitido al Instituto de Antropología Evolutiva de Leipzig, en Alemania, el mejor y más avanzado en el estudio de ADN antiguo. En ella pedía encarecidamente al profesor Madöv, genio de la paleogenética, que la contratara. La sorpresa fue mayúscula cuando, a continuación, pudo leer la respuesta admitiéndola. Laura entonces se enfadó, aún sabiendo que trabajar con el mejor representaba la oportunidad de su vida. Un sentimiento de gratitud y fidelidad le impedía dejar a Lébedev. Había sido su descubridor, su guía... Un padre para ella. Se resistió cuanto pudo, pero el profesor desoyó sus quejas y la convenció para que se marchara. Era lo mejor para su carrera, y ambos lo sabían. Al final cedió y se fue. Pero jamás perdió el contacto con el viejo profesor, ni dejó de trabajar para él analizando personalmente cada muestra que remitía al instituto de Leipzig, un pequeño gesto de agradecimiento por tanto como le debía.

Tal vez Owen se había quedado corto, pensó soltando un suspiro, porque Yuri Lébedev no sólo la había iluminado para que descubriera su vocación, sino que la había acompañado, antorcha en mano, hasta el destino último.

Se había ensimismado de tal modo, que ni siquiera se percató de que la luz de la sala había bajado sensiblemente para que pudiera resaltar la imagen que se proyectaba en una pantalla lateral de tres por dos metros. Sólo la voz del moderador, amplificada por el micrófono, fue capaz de sacarla de sus pensamientos.

—Por favor, pónganos en antecedentes. Háblenos del yacimiento. ¿Cómo se encontró?

—Por casualidad, como todos —comenzó a decir el profesor, al tiempo que tomaba un puntero láser y señalaba sobre el mapa—. Aquí, en la región de Chukotka, en la Siberia más oriental. Unas obras de prospección para la construcción de una carretera lo dejaron al descubierto.

—De eso hace año y medio. ¿Por qué ha tardado tanto en hacerse público el hallazgo? —preguntó una voz de hombre desde la primera fila.

El profesor era un hombre alto, delgado y sanguíneo que se mantenía en forma. Lucía una buena mata de pelo blanco que no se molestaba en peinar, y su manera de vestir, siempre en vaqueros, cazadoras de piel y polos, ayudaba a construir una imagen de eterno adolescente a pesar de haber cumplido ya los setenta años.

Con gesto preciso, Lébedev se ajustó las gafas de concha. Antes de contestar buscó a su interlocutor, escrutando en la semioscuridad de la sala. Cuando lo localizó, se dirigió a él.

—El trabajo de arqueología es lento, si se quiere hacer bien y ser riguroso. Además, está el problema del clima. No sé si lo sabe, pero por esas latitudes sólo hay tres meses de verano, el resto del año es como trajinar en un congelador con un helado dentro del culo. Y luego están los análisis en el laboratorio —continuó el profesor, después de que cesaran las risas—. Queríamos estar seguros antes de publicar nada.

—¿Seguros de qué? —preguntó una periodista diminuta, morena y con el pelo muy corto, desde la cuarta fila—. Háblenos de lo que allí encontraron.

—Un asentamiento neandertal —comenzó explicando el profesor—. Hasta la fecha todos los restos de esta especie se habían encontrado dentro de cuevas. Éste es el primero que se descubre al aire libre.

—Describanoslo, por favor —intervino el moderador, dispuesto a poner un orden lógico a la exposición.

—La construcción es circular, de unos ocho metros de diámetro. Se hunde en la tierra un metro. Está rodeada por decenas de colmillos de mamut clavados en el suelo, formando una estructura exterior a modo de costillas. Sin duda, la gran cabaña estaría rematada por paredes de barro o excrementos de herbívoros. En el centro hemos encontrado un gran hueco en el suelo, tapizado de piedras planas. Los restos de ceniza y huesos de animales calcinados no dejan lugar a duda de que se trataba del hogar.

—Ya —prosiguió la periodista—. Pero ésa no es la gran noticia, ¿verdad?

—Por supuesto que no —ratificó el profesor, jugando con el puntero láser mientras realizaba una pausa dramática.

—Imagino que todos los aquí presentes hemos leído el artículo en la

revista Nature, pero, ¿podría explicarnos con palabras sencillas la importancia de su hallazgo? —añadió impaciente otra periodista desde unas filas más atrás, sumida en las penumbras, donde únicamente se distinguía su melena rubia casi blanca.

—Claro —resolvió, espontáneo—. Aunque ya de por sí el hallar un asentamiento neandertal al aire libre se trate de un hecho insólito, lo verdaderamente importante es la edad de éste y lo que allí se encontró.

Otra pausa dramática obligó al moderador a intervenir.

—Le escuchamos, profesor Lébedev.

El profesor carraspeó antes de continuar:

—La colocación y depósitos de los estratos o niveles superpuestos de tierra, y la profundidad a la que fueron hallados los restos ya nos daban una pista, pero no tuvimos la certeza absoluta hasta que llegaron los resultados de la datación por radioisótopos. Y fue una gran sorpresa. Recientes estudios rectificaban fechas y confirmaban que los últimos neandertales que habitaron Europa, en concreto al sur de la Península Ibérica, desaparecieron hace unos 30000 años. Sin embargo, los datos obtenidos del yacimiento nos confirman que estábamos de nuevo equivocados, ya que les atribuyen una antigüedad de 16000 años.

—14000 años de diferencia —concretó el moderador.

—Sí. Hasta la fecha creíamos que los neandertales habían convivido con el Homo sapiens durante un periodo comprendido entre 5000 y 10000 años. Ahora sabemos que algunos lograron sobrevivir a nosotros mucho más tiempo.

—Vaya, un error bastante abultado, ¿no cree? —ironizó la periodista de melena albina.

—Tiene usted razón —admitió el profesor, con sinceridad—. La historia de la ciencia está llena de logros... y de inmensas equivocaciones. Dice un colega paleontólogo estadounidense, Stephen Jay Gould: *"Las certezas son materia de trabajo para políticos y sacerdotes, pero los científicos se mueven en el mundo de la incertidumbre"*. Yo también añadiría: en el mundo de la especulación y, por qué no decirlo, de la soberbia. Grandes errores de la ciencia han sido debidos a la vanidad, la cerrazón y la intolerancia de muchos, y no sólo a la ignorancia. ¿Alguno de ustedes conoce el asunto del "idiota con artrosis"?

La sala se llenó de cabezas negando y de leves murmullos. Owen

aprovechó para acercarse a Laura, se moría de ganas por hablar.

—Parece entretenido el tipo éste.

—Pues hoy no veo que sea su mejor día, suele ser mucho más divertido —le susurró Laura.

—¿Tú sabes de lo que habla?

—Claro, siempre menciona esta anécdota cuando habla de sus queridos neandertales. Le encanta hacerlo cuando el interlocutor es un no iniciado en la antropología.

—¿Qué insinúas? Yo le pongo interés. He empezado a leer...

—Shhh —Laura le cortó. El profesor había retomado su charla.

—Ya se habían encontrado huesos de neandertal en Bélgica, en 1829, y en Gibraltar, en 1848. Pero fue gracias al hallazgo de Düsseldorf, Alemania, en 1856 cuando pudieron unirse todas las piezas y comenzar a hablar de la posibilidad de que aquellos restos tan antiguos pertenecieran a una especie distinta a la humana. Aunque, no crean que fue fácil que tal hecho se aceptara por la ortodoxa comunidad científica y religiosa. Hubo quien dijo que aquellos restos pertenecían a... un idiota con artrosis. Incluso se llegó a afirmar que podía tratarse de un soldado cosaco de Napoleón que padecía raquitismo, y de ahí el ligero arqueamiento de las piernas y los abultamientos sobre los ojos producidos por fuertes dolores que le obligaban a fruncir mucho las cejas. ¿Lo pueden creer? Los arcos supraciliares característicos de los neandertales, ¡provocados por fruncir las cejas!

Hubo murmullos en la sala, incluso alguna risa contenida. El profesor hizo una breve pausa antes de continuar.

—Ya lo saben. No se fíen demasiado de los científicos. A menudo nos inventamos razonamientos para todo aquello a lo que no encontramos explicación. En nuestro vocabulario no existen las palabras: "no sé cómo pudo ser". El asunto es no estarnos callados.

De nuevo se produjeron murmullos y risas. El profesor hizo un gesto al moderador y éste se encargó de pulsar un botón en un mando para que la imagen de la pantalla cambiara.

—Éste fue su reino —continuó el profesor, haciendo mover el punto rojo del láser sobre el mapa—. Los neandertales dominaron Europa y Asia durante 200000 años, superando varios máximos glaciales y periodos de gran inestabilidad climática. Adaptándose y prosperando en un mundo frío y extremadamente duro. Hasta que llegaron, hace unos

40000 años, los Homo sapiens en forma de cromañones. Entonces, estos viejos y rudos habitantes fueron arrinconados en zonas montañosas o penínsulas como la Ibérica y Crimea. O, como hoy sabemos, en regiones inhóspitas y marginales de Siberia. Reyes destronados por un enemigo más capaz y numeroso. Un enemigo implacable: nosotros.

—Ésta ha sido siempre su teoría —intervino el moderador—. Que parece avalada por sus recientes y relevantes hallazgos.

—En efecto —asintió el profesor, al tiempo que le indicaba cambiar la imagen de la pantalla de nuevo—. ¿Ven estas puntas dentadas? Están hechas de hueso. Pertenecen a venablos o azagayas que se lanzaban con un propulsor: una plataforma corta y flexible de madera terminada en gancho donde se colocaba el proyectil, que luego se disparaba empujando con fuerza, proporcionando un impulso extra debido a la ampliación de la palanca del brazo. Una súper arma que conseguía matar a mucha distancia, y que desconocían los neandertales.

—Esto nos lleva al que para usted es el descubrimiento más importante, ¿verdad? —apuntó el moderador, reconduciendo la charla.

—Así es. Junto a la enorme cabaña se descubrió un enterramiento. Una fosa con dieciséis cuerpos. Nueve pertenecían a mujeres jóvenes, seis a niños de entre cinco y diez años, y uno a un adulto masculino de más de cuarenta años con graves taras físicas. En todos se han confirmado signos de violencia: fracturas de cráneos, piernas, brazos... Y lo más revelador: hemos encontrado varias puntas de hueso como las que ven en la imagen, algunas aún clavadas en los cuerpos.

—¿Clavadas en los cuerpos? —preguntó un periodista desde un extremo de la sala, invisible a sus ojos—. No lo entiendo. Explíquenos ese punto.

El profesor, contrariado, meneó la cabeza. Todos esos detalles se relataban con minuciosidad en el artículo publicado en la revista científica. Estaba claro que la mayoría de los allí presentes no se habían tomado la molestia de leerlo en su totalidad, conformándose con mirar sólo los titulares. Lébedev, que se había propuesto no perder la paciencia y cumplir lo pactado con los patrocinadores, se dispuso a explicarlo.

—En total hemos localizado catorce puntas. Ocho en la tierra de la fosa, junto a los huesos, y seis incrustadas en cinco de los cráneos. La carne desaparece, por eso aquellas puntas que se clavaron en los cuerpos terminaron esparcidas por la tumba. No así las que lograron hacer blanco

en la cabeza. Una en concreto nos impactó sobremanera: la que encontramos clavada en la cuenca ocular de un niño.

—¿Qué cree que pasó? —insistió el mismo periodista.

—Está claro, ¿no le parece? No hay hombres jóvenes. Los cazadores no estaban. Fue un ataque premeditado por parte de humanos modernos, cromañones, a un grupo desprotegido de neandertales. Una agresión que buscaba eliminar el futuro del clan, acabando con las mujeres y los niños. Hasta la fecha no se habían encontrado evidencias de lucha entre ambas especies. Ahora las tenemos, y contradicen las diversas teorías sobre la repentina extinción de los neandertales. Como la que explica que fue por motivos climáticos que propiciaron cambios radicales en sus ecosistemas, o la que asegura que se trató por una menor fertilidad, ya que los cromañones tenían más hijos. O que, simplemente, los humanos modernos explotaban mejor los recursos naturales y fueron arrinconando a los neandertales hasta que perecieron, ellos solitos, al ser privados indirectamente de sus medios de subsistencia. Otras hablan de una alta endogamia, que propició la acumulación de genes perjudiciales para la vida. Hay incluso quien se aventura a proponer que su desaparición pudo ser debida a un virus transmitido por los nuevos pobladores, nosotros. La más reciente habla de un volcán que cubrió de ceniza las tierras de los neandertales, matándolos a ellos y dejándonos a nosotros vivitos y coleando. Entre todas las opciones, son pocos los antropólogos que se decantan por una explicación más acorde con nuestra naturaleza: la de que simple y llanamente acabamos con todos ellos en una guerra sin cuartel.

—Tiene que estar contento —comentó de pronto el moderador, esbozando una sonrisa—. La teoría que siempre apoyó parece que cobra sentido.

—Lo que pasó en Europa con los neandertales fue algo parecido a lo que ha ocurrido muchas veces en el mundo moderno cuando un pueblo, más numeroso y con una tecnología más avanzada, ha conquistado la tierra de un pueblo en inferioridad numérica y con una tecnología menos avanzada. Los neandertales vivían en pequeños grupos de veinte a cincuenta individuos. Se estima en unos tres mil quinientos clanes los que habitaban Europa cuando llegaron los cromañones. Eran nómadas y vivían en armonía con la naturaleza, tomando de ella lo que necesitaban. No eran más listos ni más tontos que nosotros, pero sí diferentes, y no sólo físicamente. Ellos eran más fuertes, mucho más, pero nosotros poseemos

algo que ellos no tenían: una ambición desmesurada y un sentido claustrofóbico del entorno, una necesidad enfermiza de buscar otros lugares. De ir más allá. Algo que nos lleva a la invasión, y a usar una violencia que forma parte de nuestra estrategia de crecimiento. Si tienen alguna duda de lo que digo, vean cualquier telediario, lean nuestra historia. Somos una especie fascinante, capaz de crear arte y tecnología, pero también tremendamente cruel y bárbara. Rasgos, estos últimos, que nunca hemos escatimado en usar para conseguir nuestros objetivos; y que, probablemente, nos llevaron a eliminar a todos nuestros posibles competidores y a quedarnos solos como especie.

—Vaya, parece que somos responsables de un genocidio —concluyó la periodista de melena casi blanca.

—No sólo de uno. Además de la extinción de multitud de especies, como los mamuts, los rinocerontes lanudos, los megaceros o los dientes de sable, por poner algunos ejemplos que desaparecieron coincidiendo con la llegada de los humanos modernos a Europa; asimismo parece que acabamos con el Homo erectus, los denisovanos y una cuarta y desconocida especie que recientemente se ha descubierto y de la que también llevamos genes.

»No le den más vueltas, no parece tan extraño. Las guerras forman parte de nuestra táctica de supervivencia. Históricamente se han explicado en términos de lucha de clases, de conflictos por el territorio, de enfrentamientos por intereses económicos, religiosos... Pero estas interpretaciones tienen un elemento en común: todas, en el fondo, son luchas por los recursos. Y los recursos, en el Pleistoceno Superior, escaseaban para unos pueblos con una economía de cazadores-recolectores.

—O sea, que hubo cruzamientos —concretó otro periodista, desde la primera fila, moviendo las gafas con petulancia, obviando el tema principal.

El profesor ya estaba acostumbrado al rechazo que visceralmente producía el hecho de, simplemente, suponer que éramos los responsables del exterminio de otras especies emparentadas con los humanos. Por eso no le dio importancia. También sabía que el asunto saldría tarde o temprano. Estaba de moda desde que la genética desvelara hechos increíbles sobre las aportaciones de otras especies a nuestro ADN. Desde entonces, la cuestión de la hibridación de humanos y neandertales, casi

descartada al no haberse encontrado ningún resto óseo que lo confirmara, había vuelto a tomar protagonismo, y era esgrimido por muchos antropólogos para explicar la desaparición de estos últimos y la de otras especies de homínidos.

—Efectivamente —contestó tras reflexionar—. No soy experto en cuestiones genéticas, pero puedo decirles que todos los humanos, a excepción de los africanos, poseemos al menos un dos por ciento de su ADN. Ello indica que, una vez salimos de África, tuvimos encuentros sexuales con neandertales. Y, a tenor de las trazas de ADN encontradas en nuestro genoma, también con las otras dos humanidades de las que ya les he hablado.

—Muy interesante —intervino el moderador—. Pero ésa no es la cuestión que debemos tratar hoy, sino la importancia del yacimiento encontrado en Siberia.

El profesor asintió, se quitó las gafas y se frotó los ojos, parecía cansado.

—En definitiva —continuó el moderador, recolocándose en la silla para mirar fijamente al profesor—, podría resumirnos qué cuestiones lo hacen único y tan relevante para la ciencia.

—Naturalmente —aceptó el profesor Lébedev, soltando un sonoro suspiro—. El hallazgo de ese poblado nos está contando una historia que aún conocemos a medias. Nos dice que, al final de la última glaciación, grupos de neandertales se refugiaron en las tierras más orientales de Siberia, y que sobrevivieron allí 14000 años más de lo que hasta ahora pensábamos. También nos cuenta que, finalmente, fueron encontrados por los Homo sapiens, por nosotros, y que fueron masacrados. Es una historia triste, pero es nuestra historia. Ahora les pido que piensen por un instante en esos neandertales que enterraron a sus mujeres e hijos. Que se pongan en su piel. Yo lo hago a menudo. Me pregunto si, después de que excavarán la tierra con sus herramientas de piedra y depositaran los cuerpos de sus seres queridos en la tumba, fueron conscientes de que, probablemente, ellos eran los últimos que quedaban de su especie.

Un silencio dramático se instaló en la sala. Hasta que un periodista, con fuerte acento ruso, lo rompió.

—Además de la cabaña y los esqueletos hallados en la tumba, ¿puede decirnos si han encontrado algo más relevante?

El profesor se tomó su tiempo antes de contestar. Ni siquiera un

minuto de duelo han guardado por toda una especie, pensó. Finalmente, después de coger aire, habló.

—Bifaces, hachas de mano, punzones, huesos de diversos animales... Poco más. Los milenios dejan escasos restos.

En la última fila, al otro extremo de donde Laura y Owen se sentaban, un hombre se revolvió en el asiento. Era enjuto, menudo y calvo, y no paraba de ajustarse unas gafas sin montura sobre su enorme nariz.

—Miente —susurró a su compañero de asiento, masticando las palabras—. Para esto quería venir. Le conozco lo suficiente para reconocer en su cara cuándo lo hace.

—Si usted lo dice —contestó su acompañante, con desgana. Un hombre muy corpulento, con el pelo negro cortado a cepillo y vestido con una chaqueta de cuero marrón que crujía cada vez que se movía.

—Ese cabrón ha encontrado algo más que no desea contar.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó el gigante, que aún parecía más grande en contraste con él.

—Sabemos que ha dejado el yacimiento en manos de su segundo, sin haber terminado del todo las excavaciones. Él jamás haría eso si no existiera un motivo tremendamente importante. Quiero saber por qué. Dónde ha ido. Qué demonios oculta. Necesitamos pegarnos a su culo tanto como sus calzoncillos.

—Déjelo de mi cuenta. Aunque voy a necesitar más gente.

—Por el dinero no te preocupes. Pero no me falles, Cracco. No me falles.

—Ya me conoce, no lo haré.

Dicho esto, los dos hombres se levantaron y abandonaron la sala con disimulo, aprovechando la semioscuridad. El profesor Lébedev apreció movimiento. Dirigió la mirada al fondo creyendo que se trataba de algún periodista que se había levantado para formularle otra pregunta. Entonces vio las figuras de los dos hombres justo cuando salían, recortadas contra la luz que entraba del hall. Un gigante y un enano, no hay duda: el profesor Miguel Echevarría y su perro guardián. Tendré que tener cuidado, mucho cuidado, se lamentó.

—Profesor, profesor —insistió el moderador, hasta que Lébedev volvió de sus pensamientos.

—Ah, sí, perdón, ¿qué me decía?

La conferencia de prensa continuó casi media hora más. Durante ese tiempo, el profesor contestó todas las preguntas que le plantearon, tratando de mantener la calma. La mayoría fueron redundantes y sólo buscaban definir cuestiones que más tarde pudieran reducir a titulares, como: "Descubiertas pruebas del primer crimen de la humanidad". O, aún más impactante: "Holocausto en el Cuaternario". En un momento dado, el moderador dio por terminada la conferencia y Lébedev, después de agradecer la asistencia de los periodistas, se marchó por donde había venido.

—Bueno, esto se ha acabado —soltó Owen, casi desperezándose—. La verdad es que ha estado bastante entretenido.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Laura, con el ceño arrugado—. ¿No querías venir y ahora dices eso?

—Claro —contestó Owen, haciéndose el ofendido—. Ya sabes que últimamente la antropología me está interesando. El congreso de ayer fue un poco soporífero, pero me quedaría horas escuchando al profesor de no ser porque sé de buena tinta que nos tienen preparado un ágape de cuidado.

—Eres imposible.

—De verdad. Lo vi al entrar. Hay de todo. Incluido ese manjar de pezuña negra que tenéis aquí. Y vuestro vino. Me muero por una copita de tinto y una... ¿cómo la llamáis...?

—Tapa.

—Eso, una tapa de jamón cortado bien finito. Con su tocinito, su grasita, su...

—Venga, salgamos —cortó Laura, mientras él la seguía chupeteándose aún los dedos.

El refrigerio se había dispuesto en el hall.

Varias mesas con comida y bebida ocupaban el centro, dejando sitio alrededor para que los asistentes tuvieran espacio suficiente para departir cómodamente. No había científicos, a excepción del profesor Lébedev, que estaba rodeado de periodistas, y Laura, que había buscado un rincón alejado junto a una pared. Owen revoloteaba de mesa en mesa probando de todo, siempre con una copa de vino en la mano, y, de vez en cuando, le llevaba algo a Laura.

—Este canapé de salmón está exquisito.

—Gracias, pero no quiero nada más —le contestó Laura, apurando

su vaso de zumo de tomate—. Estoy muerta. Voy a despedirme del profesor y me voy a descansar.

—¿Tan pronto? —se extrañó Owen.

—Mañana nuestro vuelo sale temprano, tú deberías hacer lo mismo.

—Umm, delicioso —dijo su ayudante, metiéndose entero en la boca el canapé que ella había rechazado.

Laura levantó la cabeza y buscó al profesor. No lo encontró. La última vez que lo vio estaba hablando con un par de periodistas. ¿Dónde se había metido? ¿Estaría en el baño?, se preguntó nerviosa. Estaba tan incómoda, rodeada de tanta gente y soportando aquel bullicio de conversaciones, que incluso se notó mareada. Owen se fue de nuevo y ella esperó, estirando el cuello de vez en cuando por encima de las cabezas de los asistentes, buscando al profesor. No era muy alta por eso necesitó, además, ponerse de puntillas para conseguir una buena visión. Los minutos pasaban y el profesor no aparecía. Se estaba agobiando de tal manera que decidió, sobreponiéndose a su fobia, adentrarse en la muchedumbre y buscarlo. El día anterior ya había estado con él, incluso comieron juntos y pudieron hablar de sus cosas, pero quería felicitarle por la conferencia de prensa y, sobre todo, darle un abrazo y desearle mucha suerte antes de despedirse y volver a Alemania.

Deambuló por entre los corpúsculos parlantes de periodistas igual que haría un ratoncillo asustado recién salido del nido. Atrapaba, inconscientemente, fragmentos de intrascendentes conversaciones al vuelo. Retazos de lo que se daba por llamar "vida social", pero que para ella no eran más que excusas para evitar la soledad. Una soledad en la que Laura se encontraba muy cómoda. O, al menos, eso le gustaba creer la mayoría del tiempo. En ocasiones, sin embargo, cuando se sentía de bajón, no pensaba igual, y echaba de menos a alguien a su lado, unas palabras de cariño, un cuerpo al que abrazarse y que la abrazara... No le pasaba muy a menudo, afortunadamente; pero cuando sucedía, la científica quedaba arrinconada y aparecía la mujer. Una mujer que descargaba lágrimas hasta quedarse seca.

Vio a Owen charlando con un par de periodistas. Respiró hondo y siguió buscando. Cansada de recorrer esa yincana de seres humanos, se dirigió a una de las mesas del centro dispuesta a hidratarse tomando algo. Se servía un zumo de naranja cuando le sonó el teléfono. Fue un milagro que lo oyera entre aquel alboroto. Probablemente ayudó el hecho de que

lo llevara en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero y no dentro de su mochila.

—¿Sí? —contestó, sin mirar quién llamaba.

—Laura, soy Yuri.

—¿Profesor Lébedev, es usted?

—Escuche. Necesito que me haga un favor.

—Claro, ¿dónde está? —preguntó, girándose en todas direcciones—. Llevo un buen rato buscándole.

—Estoy en un taxi, camino del aeropuerto.

—¿En un taxi? Yo creía que...

—¡Escuche! —insistió el profesor, con más intensidad—. He dejado un paquete a su nombre en el mostrador de información del museo. Dentro encontrará instrucciones y un pequeño recipiente. No lo abra hasta que llegue a su laboratorio. Debí explicárselo ayer, personalmente, pero no pensé que se complicarían las cosas.

—Pero...

—Preste atención, es muy importante que no comente el asunto con nadie, ¿me oye? Con nadie. Siento meterla en esto, no era mi intención. Me pondré en contacto con usted lo antes posible.

Laura se quedó mirando su teléfono móvil cuando el profesor colgó sin despedirse. Ella haría cualquier cosa por él, cualquier cosa, aunque no pudo evitar sentir que aquello que le pedía estaba envuelto en un halo de misterio y peligro tan evidente que le erizó la piel. En aquel instante, le pareció que se encontraba completamente sola. El silencio se hizo dentro de su cabeza. Sintió un frío helador y luego un calor tan sofocante que creyó que sus mejillas iban a incendiarse. Poco a poco fue volviendo en sí. El ruido tornó a inundar la sala y sus pulmones consiguieron gestionar con efectividad el aire que les entraba a trompicones. Cuando fue capaz de reaccionar, se orientó y salió del hall en dirección al mostrador de información de la entrada. Allí, una amable azafata le entregó un paquete de tamaño mediano envuelto apresuradamente con papel de periódico. En uno de los lados había un sobre sujeto con celofán.

—No tendrá una bolsa, ¿verdad?

—Aquí no, pero si espera un momento le traeré una de la tienda de suvenires —le contestó, solícita.

—Se lo agradecería.

Durante el tiempo que tardó en volver, Laura sostuvo el paquete entre las manos como si se tratara de una bomba a punto de estallar. Respiró aliviada cuando, con la ayuda de la azafata, lo depositó dentro de la bolsa de cartón, como si esa pequeña distancia que había incorporado gracias a la longitud de las asas fuera suficiente para librarla de una posible explosión.

Entonces dudó qué hacer.

Aquel extraño encargo del profesor Lébedev trastocaba sus planes, que por otra parte no eran más que un puñado de elucubraciones motivadas por ideales románticos sin fundamento.

Desde que saliera de Alemania acompañada por Owen, había fantaseado con la posibilidad de que se produjera un acercamiento entre ambos. No porque ella lo propiciara, sería incapaz, pero sí por parte de él. Ésa era la verdadera razón de que le pidiera que la acompañara, tenía que admitirlo: le gustaba. Al principio fue pura atracción. Luego creyó ver algo más. Se sentía tan torpe en ese terreno que ni siquiera sabía reconocer qué había detrás de esa sensación que nacía en sus tripas cada vez que estaba a su lado. ¿Sería realmente amor? ¿O sólo deseo? No tenía ni idea, aunque tampoco le importaba demasiado. De lo que sí estaba segura era de que, por una vez en su vida, estaba dispuesta a desoír a su parte racional para dejarse llevar por las emociones. Si la ocasión se presentaba, claro. Y ella había preparado todo para que así fuera. Reservó una habitación en un hotel de Alcalá de Henares para que Owen pasara las dos noches que duraba el congreso, mientras que ella lo haría en casa de sus padres, que vivían en Madrid capital. Eso era lo que habían acordado, aunque Laura confiaba en que, en algún momento de la segunda noche, él se insinuara y la invitara a subir a su habitación. Tenía una excusa para decir a sus padres. Incluso sabía lo que les diría, ya que lo había repetido en su mente tantas veces que se lo había aprendido de memoria: "Mamá, ha surgido una cena con colegas y se hará tarde para coger el tren de cercanías. Alquilaré una habitación, no os preocupéis. Os quiero mucho".

El porqué había decidido que pasaría algo entre ellos esa noche, si llevaba trabajando con Owen casi un año, era un enigma; por no decir un absurdo sin fundamento producido por la mente de una persona emocionalmente inexperta. De haberlo sido, de tener un poco más de mundo, hubiera sabido que alguien como Owen no ocultaba nunca sus

sentimientos, que era un libro abierto, que su filosofía de vida era sencilla: cogía aquello que le gustaba, o al menos lo intentaba. Pero Laura deambulaba por el mundo de las relaciones humanas y el amor como lo haría un gazapo dando sus primeros pasos bajo la atenta mirada de un halcón: imprecisa y en constante peligro. Una presa fácil de la frustración o el desamor.

En nada de esto pensaba, por supuesto, mientras se encaminaba de nuevo hacia el hall donde se celebraba el ágape. Miró su reloj. Eran las ocho. Buscó entre los asistentes hasta que lo vio de espaldas. El encargo del profesor Lébedev se diluyó según se acercaba a Owen, y también las palabras de advertencia de éste: "es muy importante que no comente esto con nadie". Incluso sonrió recordando lo nerviosa que se había puesto dándole al asunto una trascendencia que tal vez no tuviera. Se tomaría una copa de vino con Owen y se animaría, eso haría; no estaba dispuesta a que nada le estropeará esa noche.

Pero algo sí lo hizo.

Cuando se encontraba a pocos metros de su ayudante de laboratorio, justo en el momento en el que disfrutaba de su envidiable anatomía — consecuencia de una magnífica estructura ósea— y de esa manera suya de moverse tan desenvuelta y atractiva, Laura vio algo que la detuvo en seco. A su lado distinguió la melena de una mujer, e inmediatamente después a su dueña: la misma periodista de nariz operada que durante la conferencia se encontraba sentada cerca de ellos, y en la que Owen pareció reparar.

"Idiota", se dijo al comprobar, con una punzada de dolor, cómo Owen le agarraba el brazo y le hablaba al oído. No había que ser una experta para darse cuenta de que estaban intimando. Las risas de ella, las miradas de él, el lenguaje de sus cuerpos... Quedó paralizada en mitad del bullicio, y no reaccionó cuando Owen, al girarse en un momento dado y verla allí, la llamó para que se acercara. Tuvo que ser él el que fuera a su encuentro.

—¿Dónde te habías metido?

—Bueno..., yo... había ido al baño —mintió Laura.

—¿Qué llevas ahí? No me digas que has llenado un par de "tápers" con canapés.

—Oye, estoy cansada, me voy a casa.

—¿Ya? Yo había pensado quedarme un ratito más, esto está muy animado. Metido en el laboratorio todo el día, rodeado de probetas y

batas blancas no tengo muchas oportunidades de divertirme. Ya sabes...
—suspendió la frase, antes de volver la cabeza para encontrarse con la mirada de la joven periodista, que lo esperaba con una copa en la mano.

—Entiendo.

—Entonces, ¿no te importa que no te acompañe?

—Claro que no —soltó Laura, intentando sonar convincente—.
Mañana nos vemos en el aeropuerto. Procura no retrasarte.

—Eres un encanto de jefa.

El beso apresurado que le dio Owen en la mejilla, antes de marcharse, le dejó un leve aroma a vino y a fracaso. La combinación propia de los perdedores. No le gustó, por eso sacudió la cabeza antes de moverse, para intentar deshacerse de ambos olores.

Al salir a la calle, al menos uno había desaparecido.

Parada frente a la fachada del museo, en medio de la Plaza de las Bernardas, barajó la posibilidad de llamar a un taxi que la llevara a Madrid, o al menos hasta el tren de cercanías, pero enseguida la descartó. Lo último que deseaba en ese momento era encerrarse en el asiento de atrás de un coche con un taxista charlatán. Caminaría. La estación no se encontraba lejos y la noche estaba agradable. Le vendría bien dar un paseo.

Cuando llevaba recorridas un par de calles le sorprendió la poca gente que se cruzaba con ella y el extraño silencio que sumía a la ciudad, tan sólo alterado por el golpeteo de sus pisadas. En un par de ocasiones, antes de que llegara a la estación, le vino a la cabeza el asunto de Owen. Incluso quisieron formarse en su mente imágenes dolorosas, algunas relacionadas con cuerpos desnudos entre sábanas de hotel, pero fue capaz de controlarlas hasta hacerlas desaparecer. Y todo gracias a una técnica realmente sencilla: pensar en otra cosa. Una vez llegó su tren y tomó asiento junto a una ventanilla, dentro de un vagón que iba casi vacío, decidió hacer caso al profesor Lébedev y dedicar el viaje de vuelta a pensar en los neandertales. En imaginar cómo debieron de ser los momentos en que, consciente o inconscientemente, y después de enterrar a sus mujeres e hijos, aquellos pocos supervivientes se convirtieron en los últimos de su especie.

3 - LOS ÚLTIMOS DÍAS

*Hace 16000 años.
En algún lugar de lo que hoy es la Siberia oriental.*

La inmensa masa de hielo apenas se adivinaba en la lejanía, desde lo alto del collado, entre las brumas del amanecer que resbalaban pegadas a la ladera cubierta de musgo y monte bajo. Una pareja de gaviotas rosadas volaban inalcanzables tierra adentro, en busca del alimento que el mar congelado les negaba. Bajo la atenta mirada de un águila una liebre correteaba nerviosa a través del bosque, dispuesta a aprovisionar su despensa antes de que llegara el frío. Un estallido de vida despertaba durante un corto periodo de tiempo más allá de las Tierras del Norte.

El primero en abandonar la cabaña, aquella clara mañana, fue Montaña. Pero no fue el primero en despertarse. Cuando salió de debajo de las pieles de lobo ya andaban trajinando un par de mujeres. Una de ellas era la abuela del grupo, Media Luna, y la otra la madre de sus dos hijos, Arroyo Claro, que aprovechaba la tranquilidad del amanecer para amamantar al pequeño antes de ayudar a Media Luna a reavivar las brasas que aún seguían vivas en el hogar. Ése era uno de los trabajos más importantes y de más responsabilidad dentro de la comunidad, ya que si el fuego se apagaba, encender uno nuevo no era sencillo, incluso en el corto tiempo de verano, cuando la madera estaba más seca. El otro era conseguir comida, por supuesto, y en ello todo el grupo aportaba su granito de arena: los hombres jóvenes cazando, y las mujeres, niños y ancianos, recogiendo setas, frutos y huevos de los nidos. Buena parte del espacio interior de la cabaña lo ocupaba el almacén, donde se depositaban, en lugar seco, todo lo recolectado durante los meses de calor, incluida la carne desecada al aire y luego ahumada. Razón que tenía preocupados a los miembros del grupo, ya que veían el lugar

reservado a albergar las piezas de carne aún medio vacío.

Los cazadores llevaban varias semanas saliendo a diario con la intención de capturar alguna presa. La última vez estuvieron tres días fuera, durante los cuales acecharon a un grupo de renos que finalmente desaparecieron adentrándose más allá del manto helado. Todavía tenían tiempo de abatir algún animal que les proporcionara la carne suficiente para pasar el invierno, como un ciervo de grandes cuernas o un bisonte lanudo; o, siempre les quedaba la posibilidad de arriesgarse adentrándose en el hielo para dar caza a la mayor de las bestias. La respetaban tanto por sus enormes colmillos y su fuerza bruta, que sólo lo intentaban si no les quedaba otro remedio. La última vez había sido hacía tres inviernos. El recuerdo de aquella cacería aún tardaría muchos más antes de que desapareciera de la memoria del grupo. Sobre todo para uno de ellos, Un Solo Ojo. Así se renombró al que fuera uno de los mejores cazadores del clan, y que sufriría de por vida las mutilaciones que le produjo el último mamut que se aventuraron a dar caza: un ojo, el brazo izquierdo a la altura del codo y una pierna que perdió la movilidad de la rodilla. Estuvo a punto de morir. Los compañeros debieron de renunciar a llevar parte de la carne del animal para poder acarrear con él hasta el campamento. Muchas noches se ocupó de él Manos Que Sanan, hasta que por fin una mañana despertó, dejando atrás los terribles dolores que lo mantenían bañado en sudor. Volvió a la vida, pero ya jamás pudo ser el mismo. Aunque se adaptó bien. Pronto supo encontrar su lugar en el grupo, ayudando a curtir pieles para confeccionar ropa de abrigo, a recoger leña o a cuidar de los más pequeños mientras las madres se adentraban en el bosque para recolectar frutos. También era un gran narrador, y le gustaba contar historias de cacerías a los más jóvenes al calor de la hoguera. Ya no sonreía tan a menudo como antes, cuando era un orgulloso cazador, pero había sabido aceptar su condición de tullido y vivir de sus recuerdos.

Poco a poco el grupo fue desperezándose y la cabaña se llenó, primero de murmullos y, a continuación, de vivas conversaciones. Todos se levantaban con hambre y reclamaban su ración de frutos y carne seca. La encargada de distribuir la comida era Media Luna, y la cantidad que entregaba iba en función del cometido que cada uno desempeñaba dentro del grupo. Los que más carne comían eran los cazadores y las mujeres embarazadas, que en ese momento eran dos. Les seguían el resto de

mujeres, los niños y por último los ancianos. Un Solo Ojo, a pesar de su corpulencia, debía conformarse con un par de tiras de carne seca y llenarse la tripa a base de semillas o frutos. Qué se le iba a hacer, había perdido su estatus y nunca más lo recuperaría.

La cabaña era grande, lo suficiente para que todos durmieran dentro bien abrigados bajo pieles de animales y alrededor del fuego. Había más hombres que mujeres, por ese motivo las parejas no eran estables, variaban cada invierno. Sólo Montaña, por ser el jefe, podía permitirse mantener la misma; el resto debía conformarse con gozar del calor de una mujer un invierno sí y otro no. Cada cierto tiempo era común que los clanes intercambiaran mujeres con otros clanes. A veces viajaban durante semanas para encontrarse con sus vecinos y llevar a cabo el canje, tan necesario para mantener la sangre limpia. Los hombres morían normalmente por heridas producidas durante las cacerías, pero la mortandad era mucho más elevada entre las mujeres, debido a los partos. Por esa razón, a lo largo de los tiempos, si había que sacrificar a un hijo por falta de comida o por la necesidad de emigrar a otros lugares y no poder cargar con él, sus antepasados preferían que fuera niño. No les era fácil hacerlo, pero la supervivencia del grupo era lo primero y lo más importante que debía saber un buen jefe. Por eso, Montaña, daba gracias a los espíritus por permitir que el suyo prosperara a pesar de la dureza de aquellas tierras, y no haber tenido que sacrificar a ningún niño todavía.

Bueno, por eso y por evitar ser encontrados por los Caraplanas.

Media Luna apartó un buen trozo de carne seca, la envolvió en hojas y se la dio a Arroyo Claro.

—Anda, llévaselo a Montaña, debe estar bien alimentado si queremos que nos sirva como jefe.

La anciana siempre decía lo que pensaba y jamás se callaba nada. Era muy incisiva y tenía mal carácter. Pocos osaban contradecirla, y los que lo hacían se veían abocados a una discusión eterna que solía ganar ella. A pesar de todo, era muy respetada dentro del grupo por sus buenas ideas y por haber contribuido al clan con tantos hijos como dedos tenía en las manos. Entre ellos Montaña.

Una suave brisa despejó el cielo de nubes y dejó al sol acariciar, por fin, la piel curtida de los únicos habitantes de dos patas del bosque. Tras comer y beber agua de los odres de piel de reno, cada uno de los integrantes del grupo se dispuso a empezar su tarea diaria: algunos

recogiendo leña, otros trabajando las pieles, y sólo los más diestros fabricando herramientas de piedra como cuchillos, raspadores, hachas de mano o lanzas. También usaban la madera para hacer punzones con los que confeccionar sus ropas de piel.

Nunca el hueso, eso era tabú.

De las piedras con las que fabricaban sus preciados utensilios se aprovechaba hasta la última esquirla, ya que no servía cualquiera y a veces debían alejarse muchos días de su cabaña para poder encontrar las que eran realmente buenas. Los hombres más jóvenes y fuertes salían de caza, a menudo durante días, aunque la mayoría de las veces volvían con las manos vacías y el grupo debía conformarse con alimentarse con los frutos o bayas que las mujeres y ancianos recolectaban. De ahí que, cada vez que se cobraban una pieza o se la arrebataban a uno de los grandes depredadores que cazaban en las amplias estepas, se celebrara con entusiasmo y comieran hasta no poder más. Al oscurecer, cuando todos entraban en la cabaña para resguardarse de la escarcha de la noche, que incluso en verano cubría los pastos de una fina capa de hielo, los integrantes del clan se permitían olvidarse de sus tareas y charlaban al calor del fuego un rato; aunque sólo fuera durante la mínima tregua que el cansancio y el sueño les autorizaba. Pero aún les quedaba todo el día, y una dura jornada por delante para que eso pasara.

Montaña se alejó de la cabaña, construida al abrigo del bosque, y trepó por una peña cercana desde la que cada mañana escudriñaba el horizonte en busca de alguna señal que le indicara el mejor camino a tomar. Cuando estuvo arriba cerró los ojos y dejó que fueran los sentidos del oído y del olfato quienes decidieran por él. En ocasiones escuchaba el sutil galope de los animales de casco y pezuña resonar sobre el suelo congelado, o el potente eco que producían los topetazos de las cornamentas de los ciervos luchando por las hembras. Otras veces era el olfato el que le traía el delicioso aroma de los rebaños de renos pastando a orillas del río, o el intenso e inconfundible olor de las grandes bestias de colmillos curvos apareándose cerca del mar de hielo. Casi nunca volvía a la cabaña sin haber tomado una decisión. Siempre tenía clara la dirección que tomar.

Siempre, menos aquella mañana.

Su extraordinario olfato, debido a que poseía las fosas nasales más grandes de todo el clan, había percibido algo en el ambiente que no sabía

interpretar. Un olor inquietante que no se correspondía con el de ningún animal o planta que él conociera. Tampoco fue capaz de determinar su procedencia, ya que parecía venir de todos lados.

—¿Adónde iremos hoy? —le preguntó Brazo de Piedra, el mejor y más valiente de los cazadores después de él.

Montaña no contestó inmediatamente. Durante ese tiempo que permaneció callado, mirando al cielo con los ojos entornados, decidió que no les contaría nada sobre aquel extraño olor. No quería que pensarán que sus extraordinarias cualidades de rastreador empezaban a fallar. Por eso, tras aquellos instantes de silencio, levantó su brazo y señaló en la primera dirección que se le ocurrió.

—Por allí ya estuvimos hace dos días, y sólo encontramos suelo pantanoso y algún conejo escuálido —le recriminó, confundido, Ala de Halcón, el cazador más preciso al arrojar la lanza.

—Lo sé —contestó Montaña, intentando parecer seguro—. Pero cerca queda un arroyuelo, y es posible que hoy vayan a beber los ciervos de grandes cuernos.

—Eso estaría bien —dijo Gran Bramido, babeando mientras imaginaba una de sus enormes patas asándose en el hogar.

—Llevan luchando entre ellos varios días —añadió Montaña—. Deben estar sedientos.

Ninguno de los demás cazadores hizo más preguntas, y la partida de caza abandonó el poblado después de pertrecharse adecuadamente. Una vez dejaron atrás el bosque y salieron a la amplia llanura el viento se intensificó, agitando las largas melenas de los hombres. La idea era volver antes del anochecer, por ese motivo sólo vestían un calzón de piel de nutria. Cada cazador portaba un zurrón con carne seca, un pellejo con agua, cuchillos de piedra, puntas de lanza de repuesto, madera seca por si necesitaban hacer fuego y trampas de crin de caballo para colocar a la salida de las madrigueras de los conejos, si tenían la suerte de encontrar alguna. También llevaban un par de lanzas cada hombre, una pesada y otra ligera, más apropiada para animales pequeños y rápidos, como zorros o marmotas. Lo que jamás olvidaban tampoco, aunque fuera verano y no pensarán ir muy lejos, era su hatillo con varias pieles de lobo cosidas, ya que si la noche les caía encima y debían dormir al raso representaría su seguro de vida.

El grupo de cazadores caminó durante un buen rato, en fila, sin

hablar y procurando no hacer ruido para no ahuyentar a las posibles presas. Debieron quitarse las botas de piel de mamut para atravesar uno de los cientos de arroyuelos resultantes del deshielo proveniente de las montañas. El agua helada les llegaba hasta las rodillas, pero ninguno de ellos se quejó lo más mínimo. Eran hombres acostumbrados al frío extremo, y aquello no significaba nada. A media mañana se cruzaron con un lince, que pasó tan rápido que ni siquiera tuvieron tiempo de armar el brazo para arrojar la lanza. Luego, se encontraron por el camino con un rinoceronte lanudo que pastaba indiferente bajo un viejo olmo retorcido. Era un macho joven y enorme, en toda su plenitud. Un animal formidable muy difícil de abatir. Sabían que en terreno más blando la bestia se movería peor. Incluso, con un poco de suerte, podría quedar atorado; pero allí el suelo era duro y sus patas lo desplazarían con rapidez. Montaña dudó. Aquel animal les proporcionaría mucha carne, huesos, grasa y una gruesa piel para confeccionar ropa. Era una presa apetitosa. Apetitosa y muy peligrosa. Los rinocerontes atacaban con más fiereza cuando se sentían heridos. Otros animales huían al notar las lanzas clavadas en sus cuerpos, como los renos, las cabras o los ciervos, y sólo tenían que seguirlos, a veces durante días, hasta que finalmente morían desangrados. La mayoría de los animales eran cobardes, pero los rinocerontes y los mamuts no. Ni los grandes felinos, por supuesto, ellos luchaban hasta el final. Se defendían hasta el último aliento. Con ellos sólo servía la emboscada en terreno favorable. Encontrar la oportunidad idónea y elegir un individuo viejo o enfermo, mermado en su fuerza y su movilidad. Entonces la caza era posible, atacando todos a la vez, desde varios ángulos, clavándole sus pesadas lanzas en los ijares, en el ano, en los ojos... Ni siquiera así era fácil matarlos. A menudo necesitaban horas, incluso días, y seguía siendo peligroso. Un Solo Ojo era la prueba.

Aún quedaba mucho verano, pensó finalmente el gran jefe. Encontrarían presas más sencillas. No era el momento de arriesgar la vida.

—¿No vamos a intentarlo? —preguntó Oso Gris, al comprobar que Montaña pasaba de largo, dejando a la bestia comiendo tranquilamente.

—No.

—Podríamos hacer antorchas y llevarlo hasta el arroyo que dejamos atrás.

—Sabes que a algunos no les asusta el fuego, y menos de día.

Demasiado peligroso. Encontraremos algo mejor.

—Llevas diciendo eso desde que se derritió la nieve y crecieron los prados, pero hasta ahora nada. Deberíamos matarlo —insistió, poniéndosele delante, en actitud desafiante.

Montaña no pudo evitar que le recordara a él cuando era más joven. Fuerte, valiente, decidido... Pero imprudente. Podría llegar a ser un buen jefe si mejoraba ese aspecto, mientras tanto, sólo sería un peligro para su clan.

—He dicho que no —sentenció Montaña.

La mirada que Oso Gris le dedicó a Montaña fue bajando de intensidad hasta desaparecer. Era temerario, pero no tanto como para retarle. Quizá pudiera derrotarle en combate, aunque para llegar a jefe necesitaba algo más que ser el más fuerte; también debería demostrar poseer unas cualidades especiales que ayudaran a la supervivencia de todo el clan, algo de lo que él aún no estaba seguro. Por eso calló y, finalmente, echó a andar.

No volvieron a encontrarse con ningún animal hasta que llegaron a una zona pantanosa, encajonada entre apretados pinos, tan juntos que pareciera que lo hacían para darse calor. Allí, próximos a una pequeña charca sombría, los vieron. Se trataba de una hembra de ciervo con su cría, que pastaban la fresca hierba que crecía en la orilla.

Montaña levantó la mano y el grupo se detuvo. Luego la movió y todos se agacharon hasta quedar ocultos entre la maleza rastrera que rodeaba el pantanal. Con rapidez y pericia evaluó la situación y le pareció favorable. El lugar era un fondo de saco. Si los rodeaban, hostigándolos, y sólo les dejaban una salida donde la mitad de los cazadores atacarían en el último momento, tenían muchas posibilidades de éxito. Incluso si los animales decidían retroceder y adentrarse en el pantano, podrían lancearlos a distancia mientras sus patas se hundían en el lodo entorpeciendo sus movimientos. Si había suerte tenían muchas posibilidades de cobrarse dos presas, y en el peor de los casos, sólo la cría tampoco era mala recompensa. El riesgo era mínimo y la ganancia mucha.

Estaba decidido.

Con gestos explicó a sus hombres el plan y los distribuyó en sus distintos puestos de caza. Él se quedó con los tres mejores, a la entrada del pantano; ellos serían los encargados de salir al paso a los animales,

infligiéndoles las primeras heridas o abatiéndolos en última instancia. Los demás se dividieron y, a rastras, se dirigieron hacia los árboles después de dejar todo lo que llevaban en el suelo, menos sus lanzas pesadas. Montaña esperó junto a Brazo de Piedra, Ala de Halcón y Oso Gris a que se situaran en el perímetro, ocultos tras los troncos de los pinos, para dar la orden que iniciaba la caza, que consistía en un silbido largo y modulado que se asemejaba al canto de un ave.

Pero éste no se producía.

Una leve brisa había traído hasta las fosas nasales de Montaña el mismo olor que horas antes notara cerca del poblado. Ese olor desconocido que lo incomodaba y le hacía mostrarse desconfiado. De ahí que detuviera la caza, para tratar de valorar si podía representar una amenaza o no.

Los tres cazadores que lo acompañaban lo miraban impacientes, sin saber cuál era la razón para la espera. La hembra de ciervo levantó la cabeza y miró en derredor. Parecía nerviosa, como si hubiera sentido el peligro. Si no actuaban rápido perderían el factor sorpresa y la caza se complicaría.

Finalmente, Montaña, desoyendo a su instinto, dio la señal.

Al instante, de entre los árboles, salieron los cazadores gritando y agitando los brazos, flanqueando a los animales. La cría esperó, paralizada, a que su madre actuara. Cuando ésta eligió una dirección por la que escapar, la siguió pegada a su costado. Los animales, confundidos y asustados, corrieron buscando una salida, dando saltos y chapoteando en las aguas del pantano. Los cazadores los fueron cercando, metidos en el agua, hasta dejarles una única vía de escape. Hacia ella se dirigieron en alocada carrera, sin saber que entre las hierbas altas les esperaban cuatro lanzas rematadas en puntiagudas puntas de piedra.

Ala de Halcón fue el primero en lanzar. Se levantó de repente y, con increíble puntería, acertó en el cuello de la cría, que berreó antes de detenerse herida de muerte. La madre continuó corriendo, variando la dirección un poco a su izquierda para evitar al cazador. Entonces, Brazo de Piedra, impulsó su lanza con toda la fuerza que su corto y robusto brazo fue capaz de imprimir. Pero falló, y ésta terminó perdiéndose en el pantano. Tampoco Oso Gris pudo acertar con la suya, que pasó a menos de un palmo del animal. La cierva, aterrada por la presencia de los tres hombres, buscó el único hueco que le dejaban para salir del pantanal,

ignorante de que allí, aún agazapado, esperaba Montaña.

Se necesitaba ser muy fuerte y muy valiente para interponerse en el camino de un animal lanzado a la carrera y que te triplica en peso, pero Montaña era ambas cosas; por eso no dudó, llegado el momento, en salir de la espesura, lanza en mano y, afianzando los pies en el suelo, aguantar la embestida. El impacto fue brutal. Montaña salió despedido hacia un lado, dando vueltas sobre el suelo húmedo. Le dolía el hombro derecho cuando consiguió levantarse, y también el costado. Enseguida se olvidó de ello cuando comprobó que su lanza había hecho blanco en la cierva, clavándose profundamente en su pecho y parándola en seco. El animal permaneció de pie unos instantes antes de que sus patas le fallaran y terminara rindiéndose a la muerte.

Entonces el pantanal se llenó de gritos de alegría, y los cazadores saltaron y corrieron como niños alrededor de las presas abatidas; felices porque los espíritus de la caza hubieran respetado sus vidas y les hubieran concedido tan preciados manjares.

Montaña también se alegraba, cómo no, aunque no podía dejar de percibir ese extraño olor que tanto le preocupaba. Acució a sus hombres en despiezar a los animales. Quería volver al poblado lo antes posible.

—¿Por qué tanta prisa? Podríamos encender un fuego y asar una buena pieza. Tengo hambre —intervino Gran Bramido, tocándose la tripa—. Nos lo hemos ganado.

—Sobre todo tú —se mofó Ala de Halcón—, que casi te ahogas en el pantano.

—Tropecé con una piedra y resbalé —se justificó, bajando la voz.

Montaña, que había recuperado su lanza y permanecía apoyado en ella sin dejar de mirar en todas direcciones, fue inflexible.

—Haced lo que os ordeno.

Mientras la mitad de los hombres arrastraban a los dos animales fuera del terreno blando y encharcado para comenzar a despiezarlos, la otra mitad se ocupó de conseguir ramas gruesas para transportar los trozos de carne. No eran animales muy grandes y serían capaces de llevárselos en su totalidad, incluso las vísceras y huesos.

Murciélago era muy diestro con los cuchillos que él mismo fabricaba con magníficos filos, por eso normalmente se encargaba de iniciar el despiece. La piel de los ciervos era dura, pero nada comparada con la del rinoceronte, el bisonte o el mamut. No tardó en penetrarla y

comenzar a separar miembros después de haber sacado todas las tripas. A Gran Bramido se le hizo la boca agua cuando Murciélago extrajo el hígado de la cría. Era su bocado favorito. El de la mayoría. Montaña seguía intranquilo, pero no pudo negarles que disfrutaran de aquel manjar, y, cuando terminaron de trocear los animales y atarlos a los palos con tiras de cuero, se sentaron junto a la charca. No hicieron fuego, el hígado, los riñones y el corazón los comían crudos. Primero daban un mordisco a la víscera y luego, con el cuchillo, cortaban el trozo que iban a comerse. La entraña fue pasando así, de mano en mano, hasta que se terminó.

—Me estoy imaginando cuando nos vean llegar con toda esta cantidad de carne —dijo Ala de Halcón.

—Sí, hoy ha sido un buen día —confirmó Brazo de Piedra—. Los espíritus de la caza nos han favorecido.

—¡Eeeerrrc! —Gran Bramido, haciendo honor a su nombre, soltó un sonoro eructo que resonó en todo el pantanal—. Estaba buenísimo el hígado.

—Seguro que te comerías también el de la madre —bromeó Murciélago.

—Claro —confirmó, bebiendo un poco de agua del pellejo—. Aquí aún me queda mucho espacio —terminó diciendo, acariciándose la abultada barriga.

Todos rieron. Todos menos Montaña, que no había comido y permanecía de pie, con la lanza en la mano.

—En marcha —ordenó de pronto.

—Descansemos un poco más —se quejó Gran Bramido.

—He dicho que nos vamos —cortó Montaña, tajante.

A regañadientes, los hombres se incorporaron.

—Está raro, ¿verdad? —cuchicheó Ala de Halcón al oído de Brazo de Piedra—. Le noto intranquilo desde que salimos esta mañana.

—Sí, pero será mejor que obedezcamos. No me gustaría enfadarle.

De dos en dos cargaron con los palos de los que pendían los grandes trozos de carne, y se pusieron en marcha. Montaña y Murciélago iban delante, libres de carga; el primero por tratarse del jefe, y el segundo por ser el encargado de la agotadora tarea de desmembrar a las piezas.

Aún no habían salido del pantanal cuando Montaña se detuvo en seco.

—¿Qué pasa? —preguntó Oso Gris, que iba justo detrás y a punto estuvo de chocar con él.

Montaña hizo un gesto con la mano pidiéndoles silencio.

—¿Lo oís? —preguntó, girando en todas direcciones.

Los cazadores aguzaron el oído y luego negaron con la cabeza.

—Los pájaros han dejado de cantar —dijo finalmente, casi en susurros.

Ala de Halcón y Brazo de Piedra intercambiaron miradas cómplices.

Montaña levantó la cabeza, cerró los ojos y olfateó el aire. El olor había vuelto, y con mucha más intensidad, no cabía duda. Sintió que en su cabeza se formaban imágenes confusas e inquietantes, proporcionadas por una memoria ancestral que intentaba avisarle de un terrible peligro. El corazón le latía con fuerza y tenía los músculos en tensión. Aferrado a su lanza se giró para advertir a sus hombres.

Entonces los vio.

Salían de entre los árboles. Eran muchos. Tenían flacos cuerpos pintados de colores, y en sus cabezas y cuellos lucían adornos hechos con plumas y dientes de animales. Iban armados con ridículas lanzas, muy finas. Aunque sus gestos parecían amenazantes, sus rostros casi le causaron ternura, ya que le recordaron a los de sus niños: con grandes ojos amables y... planos.

Planos, repitió, y sintió un escalofrío.

Él no los había visto jamás. Nadie los había visto en su clan. Ni siquiera los más viejos. Ni los padres de estos. Ni los padres de sus padres. Muchas generaciones atrás había que remontarse en la memoria para saber de ellos: a cuando sus antepasados vivían donde se ponía el sol, en las tierras cálidas, y su pueblo era numeroso. Su recuerdo formaba parte fundamental del Gran Relato, aquel que incluía toda la historia, y que los ancianos contaban tranquilamente alrededor del fuego, al abrigo de las cuevas o bajo las estrellas. En él se les mencionaba a menudo. Incluso los cazadores, a veces, repetían sus terribles sucesos a la luz de los candiles de aceite para asustar a los niños en las largas noches de invierno, como si de leyendas se tratara. Pero no lo eran. Eran reales, y ahora los tenían delante.

—Son los Caraplanas, ¿verdad? —oyó decir a Murciélago, con un ligero temblor en su voz.

Montaña asintió con la cabeza.

El resto de sus hombres se apresuraron a soltar los palos con los que transportaban la carne y a empuñar sus lanzas con ambas manos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Oso Gris, impaciente.

—Quizá sólo quieran la carne. Dejémosela y vayámonos —musitó Montaña, retrocediendo.

—¡Es nuestra! ¡La hemos cazado nosotros! —se quejó Ala de Halcón, agitando la lanza.

—Haced lo que os digo.

—Son flacuchos. Y mira sus caras, parecen niños asustados — insistió Oso Gris.

—Recordad el Gran Relato. Según las historias que de ellos se cuentan son terribles adversarios. Rápidos y escurridizos. Y esas ridículas lanzas tuyas pueden matar a mucha más distancia que las nuestras. Además, mirad cuántos son —trató de convencerlos Montaña, sin dejar de retroceder lentamente.

Y no porque estuviera asustado, que lo estaba, sino porque quería volver con los suyos cuanto antes. Había comprendido el origen de ese extraño olor, el mismo que tan nítidamente olfateara cerca del poblado, y tuvo un mal presentimiento.

Los Caraplanas clavaron en el húmedo suelo los numerosos venablos que portaban y cogieron un extraño palo que llevaban colgando de la cintura. Montaña y los suyos reculaban en apretado grupo, caminando de espaldas, con sus lanzas pesadas a punto.

—¿Qué hacen? —preguntó Gran Bramido.

—Creo que no se van a conformar con la comida —contestó Oso Gris.

—Cuando lancen, corramos todo lo rápido que podamos —añadió Montaña.

—¿Cuándo lancen?

Nadie contestó a Gran Bramido. No hubo tiempo. Los Caraplanas colocaron los venablos en el palo que hacía de propulsor y lanzaron todos a la vez. La lluvia de azagayas recorrió, silbando, la distancia que les separaba de los cazadores. Unas se quedaron cortas. Otras los sobrepasaron. Algunas acertaron con la distancia correcta. Pero sólo una perforó carne. La que atravesó el hombro de Gran Bramido, que emitió un quejido al recibir el impacto de la delgada lanza rematada por una punta

de hueso dentada.

—¡Corred! —gritó Montaña.

No había tiempo para lamentos. Con su brazo sano, Gran Bramido rompió el venablo y obedeció la orden de su jefe.

Oso Gris, sin embargo, no se resignó a huir sin presentar batalla. Armó su poderoso brazo, tomó impulso y, con todas sus fuerzas, arrojó su lanza pesada contra los enemigos. Pero ésta ni siquiera logró recorrer la mitad de la distancia. Frustrado e impotente, pateó el suelo y maldijo antes de seguir a sus compañeros, que corrían desesperadamente para salvar sus vidas. Era el momento de alejarse lo más posible, mientras los Caraplanas colocaban una nueva azagaya en el propulsor. Eso lo sabía Montaña, y ahora todos los demás.

Al salir del pantanal les esperaba terreno llano, un buen trecho hasta alcanzar unas peñas bajas que daban paso a un bosque tupido de chopos y abedules. Hacia allí se dirigieron. Si conseguían llegar hasta él, tendrían alguna oportunidad.

Cuando habían cubierto más de la mitad del camino, escucharon a su espalda los silbidos producidos por decenas de azagayas al volar por el aire. Los cazadores apretaron los dientes sin volverse a mirar, esperando que fallaran. No fue así. Dos acertaron. Una se clavó en la pierna de Ala de Halcón, a la altura del muslo. La otra atravesó la espalda de Murciélago, que cayó fulminado sin emitir un solo sonido. Montaña giró la cabeza un instante, el tiempo justo para ver a los Caraplanas corriendo mientras preparaban sus fabulosas armas para una nueva descarga. Eran muchos. Él jamás había visto a tantos hombres juntos. Duplicaban a todo su clan. Las peñas estaban cerca, y luego el bosque. No podían detenerse a recoger el cuerpo de Murciélago, tendrían que dejarlo allí, sin poder darle entierro, abandonado a las mandíbulas de los carroñeros.

A trompicones treparon por las grandes y redondeadas rocas. Un momento muy peligroso, porque iban más lentos y quedaban expuestos al enemigo. Antes de llegar a la cima recibieron una nueva lluvia de azagayas. Esta vez fueron más precisas, y varias acertaron en dos de sus hombres, que rodaron peñas abajo, heridos de muerte. Una vez arriba, Montaña pensó si debían ofrecer resistencia allí. Tenían una posición de ventaja, y las rocas los protegerían. Al final descartó la idea, podían ser flanqueados, la lucha sería dura y probablemente perdería más hombres. Algo que no podía permitirse ya que, según temía, los necesitaría a todos

cuando llegaran al poblado.

—Sigamos. El bosque está cerca —gritó a Ala de Halcón, a Oso Gris y a tres más de sus cazadores que, resguardados tras unas rocas, se preparaban para arrojar sus lanzas.

A regañadientes desistieron y bajaron la suave ladera que desembocaba en el bosque, donde se adentraron justo antes de que aparecieran los Caraplanas.

Montaña los observó de nuevo, tras el grueso tronco de un chopo, junto a Brazo de Piedra. El resto de sus hombres también se protegió, con las lanzas dispuestas.

—Se han detenido —confirmó Brazo de Piedra.

—Aquí el alcance de sus lanzas no importa. Tendrán que luchar cuerpo a cuerpo si deciden entrar.

—Ataquémoslos —oyó decir a Oso Gris, un par de árboles a su derecha.

—No. Esperemos —lo contradijo Montaña.

—Han acabado con varios de los nuestros. Merecen morir.

—Aún están fuera del alcance de nuestras lanzas. Si salimos a descubierto nos matarán antes de que podamos acercarnos lo suficiente — razonó Montaña para calmar el calor que adivinaba corriendo por las venas del bravo cazador. El calor que también él notaba.

Los Caraplanas dudaban. Quietos, desplegados al borde de las peñas, con el sol detrás recortando sus delgados cuerpos.

¿Quién sería su jefe? Se preguntó Montaña. ¿Un temerario? ¿O no? Si era lo primero tendrían que luchar hasta la muerte, al abrigo de los árboles, y habría muchos caídos en ambos grupos antes de que uno se alzara victorioso. Si por el contrario era un prudente y sabio cazador se daría por satisfecho, y regresaría a su poblado con una buena recompensa de carne de ciervo. Con el corazón en la boca y los músculos en tensión, Montaña apretaba la madera de su pesada lanza esperando que el misterio se despejara.

Y finalmente lo hizo.

Uno de ellos, que llevaba un penacho de plumas blancas de gaviota sobre su cabeza y todo el cuerpo pintado de rojo, se dirigió al resto en un lenguaje desconocido y con una voz que, a Montaña, le recordó el maullido de un gato montés. Habló poco. Cuando terminó, los Caraplanas se dieron la vuelta y desaparecieron.

Montaña ya sabía quién era su jefe. No lo olvidaría jamás.

—Vamos, deprisa, volvamos al poblado.

—¿Dejaremos a nuestros muertos aquí? —preguntó Ala de Halcón.

—No tenemos tiempo —urgió Montaña, enigmático.

Durante el trayecto de vuelta, que hicieron al trote, nadie habló. Ni una sola palabra se escuchó entre los valerosos cazadores mientras atravesaban la franja de vegetación baja y suelo duro que daba entrada a las tierras fértiles y boscosas; el último lugar de sus antepasados: su hogar.

Cada muerte de un miembro se sentía profundamente dentro del clan. No eran muchos, y todos necesarios. La pérdida de tres hombres jóvenes y fuertes sería un duro revés, pero se repondrían y saldrían adelante, como otras veces habían hecho en el pasado. Superarían su muerte y la vida de su clan continuaría. Lo haría, pensaba Montaña, siempre y cuando sus temores no se cumplieran.

El sol proyectaba sombras bajas cuando divisaron el poblado. La gran cabaña, cubierta de barro, parecía dorada a la luz del atardecer. No vieron humo saliendo por el hueco del centro, nadie daba saltos ni agitaba los brazos en señal de alegría por su regreso.

Antes de llegar, todos sospecharon que algo raro pasaba. Montaña supo, con certeza, que algo terrible.

Las luces del día habían desaparecido cuando terminaron de cavar la fosa junto a la cabaña. Tuvo que ser grande y profunda, ya que los muertos habían sido muchos. Trabajaron acompañados por un silencio trágico, premonitorio del desastre que se les venía encima. Todas las mujeres y los niños estaban muertos, y eso representaba algo más que una enorme calamidad, significaba el fin de su clan. Un Solo Ojo permaneció todo el tiempo sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la entrada de la gran choza, repitiendo sin cesar las mismas palabras: "Cayeron sobre nosotros como una jauría de lobos. No pudimos hacer nada". Había tenido la fuerza suficiente para contarle a Montaña todos los detalles del ataque, hasta que perdió la poca que le quedaba a través de la sangre que derramaban las múltiples heridas recibidas. No sobreviviría, eso todos lo sabían, incluido él, por eso nadie intentó sacar las puntas de hueso que perforaban su pecho, costado y cuello.

Los muertos descansaban unos junto a otros, envueltos en pieles.

Montaña se había ocupado personalmente de elegir una hermosa manta, confeccionada con pieles de zorro blanco, para amortajar los cuerpos destrozados de Arroyo Claro y sus dos hijos. Luego, ordenó a sus hombres que buscaran flores frescas para arrojar en la tumba, tarea que les obligó a adentrarse a oscuras en el bosque.

Los ancianos observaban a distancia, sintiéndose culpables.

Media Luna, la única mujer que quedaba, se lo había explicado: "Buscaban a las mujeres jóvenes y a los niños. Los viejos no les interesábamos. No quisieron gastar flechas ni energías con nosotros".

Y tenía razón, en parte.

Los Caraplanas llevaban semanas vigilando el campamento desde la distancia, ocultos en el bosque, esperando su momento. Conocían bien la fuerza de sus brazos y su valentía, y prefirieron evitar un enfrentamiento directo con los rudos cazadores. Por ese motivo, cuando esa mañana vieron alejarse a la partida de caza, decidieron atacar. Su jefe dividió a sus hombres. Una mitad seguiría a los cazadores, y la otra asaltaría el poblado. El método que utilizaban era sencillo y maligno. En efecto, como pensaba Media Luna, matando a mujeres y niños acababan con el futuro del clan, pero dejar vivos a los ancianos también estaba calculado, ya que representarían una carga para los supervivientes, más bocas que alimentar y una rémora si debían huir. Los Caraplanas ya lo habían hecho otras veces. Muchas a lo largo de los tiempos. Y, de esa manera tan cruel y cobarde, habían conseguido diezmar y expulsar de sus tierras a los Grandes, como ellos los llamaban.

"Cayeron sobre nosotros como una jauría de lobos. No pudimos hacer nada".

Repitió de nuevo Un Solo Ojo, con la voz cada vez más débil.

—No tardará en morir —confirmó Manos que Sanan.

—Entonces esperaremos —indicó Montaña—. Merece un entierro digno. Que su espíritu se vea acompañado por aquellos a quienes defendió.

Un Solo Ojo era un tullido, pero en su pecho latía el corazón de un guerrero. Cuando los Caraplanas rodearon el poblado, él no se quedó paralizado por el miedo, sino que presentó batalla. Y vaya si lo hizo. Los cuerpos de dos de aquellos demonios flacuchos yacían muertos en señal de su bravura. Al verlo con un solo brazo y cojeando lo subestimaron, y ése fue su error; porque armado con su hacha de piedra se lanzó al ataque

con fiereza, igual que hacían los felinos de grandes dientes al sentirse acorralados. Debieron usar sus prodigiosas armas para herirlo a distancia, ya que en el cuerpo a cuerpo era insuperable. Aun así continuó luchando hasta que, ya sin fuerzas, incapaz de llevar aire suficiente a sus pulmones para seguir en pie, su mano se abrió y dejó caer el hacha antes de derrumbarse.

Un Solo Ojo murió cuando el sol desapareció definitivamente, como si hubiera esperado a la oscuridad para irse sin sentir la vergüenza por no haber podido defender a los suyos. La misma vergüenza que notaba Montaña presionando su ancho y poderoso pecho, impidiéndole hablar. Vergüenza y rabia, por no haber sido capaz de prever el mal que se cernía sobre su clan. Él era el responsable de todos, y les había fallado. Fue imprudente al alejarse aquella mañana después de haber percibido aquel extraño olor, y dejar a los suyos desprotegidos. Los olores hablan, y aquél no decía nada bueno. Sin embargo, ordenó a sus hombres marchar. Ni siquiera les dijo nada. Tenía el don del olfato, pero no lo supo escuchar. O peor, no quiso. Y ahora, la mitad de su clan estaba muerto.

La mitad más importante.

Incapaz de hablar y de moverse, Montaña permaneció alejado de sus hombres y de los supervivientes. Solo. Agarrado a su lanza. Mirando al ocaso y temblando de dolor y de frustración. Hasta que llegó el momento de despedir a los muertos.

La ceremonia se celebró a la luz de las antorchas, después de que el cuerpo sin vida de Un Solo Ojo fuera depositado junto al resto, envuelto en pieles y con sus armas.

Los supervivientes se situaron alrededor de la gran fosa y esperaron a que el chamán contactara con los espíritus. Se llamaba Raíz de Olmo, y era tan viejo que nadie en el clan le había conocido de joven, ni siquiera los más ancianos. No tenía ni un diente, y en su cuerpo enjuto se distinguían las venas y los tendones como si fueran las raíces de un árbol saliendo de la tierra. Con las manos extendidas y la cabeza dirigida hacia el cielo estrellado comenzó a recitar palabras ininteligibles, tan antiguas como el propio mundo, con las que buscaba entrar en contacto con los seres superiores que mandaban sobre los animales, los bosques, las montañas, la lluvia, el viento, la nieve, el sol... Con aquellos que decidían sobre la vida y la muerte. Los mismos que mandaban sobre los espíritus de sus grandes guerreros, y que siempre habían guiado los pasos

de su pueblo. En un momento dado, Raíz de Olmo puso los ojos en blanco y empezó a canturrear y a girar sobre sí mismo. El silencio de la noche se quebró con su voz lastimera e hipnótica, y las danzantes llamas de las antorchas contribuyeron a que se creara un ambiente místico durante el cual, la tragedia de la muerte fue sustituida por la magia de lo sobrenatural.

El pequeño grupo, que ahora podía contarse con las manos de dos hombres, asistió a la ceremonia sin poder evitar que sus ojos se empañaran. Echarían de menos a sus mujeres y su calor en las largas noches; y a los niños correteando por el poblado, jugando con palos o persiguiendo a insectos o pequeños roedores. Nada sería igual cuando volviera el invierno y permanecieran, la mayor parte del tiempo, dentro de la cabaña, cerca del fuego, sin tener a quién transmitir sus enseñanzas ni contar sus historias de caza.

Nadie durmió aquella noche.

Al amanecer cubrieron los cuerpos con tierra y Raíz de Olmo pronunció las últimas palabras en voz baja, apenas audible. Unas palabras que sólo los más viejos y sabios podían usar, y que permitían a los muertos viajar hasta el otro mundo. Ése del que hablaban las leyendas, y que estaba donde el sol se ponía. El mundo de sus antepasados, en el que jamás hacía frío y la comida nunca faltaba.

Cuando la mañana disipó definitivamente las sombras de la noche, el grupo buscó a su jefe. Era la hora de arrinconar el dolor y afrontar su destino. Durante la noche, Montaña, había tenido tiempo de reconciliarse consigo mismo. No fue fácil. Hubo instantes en los que se sintió débil e indigno para seguir guiando los pasos de su clan; sin embargo, se reafirmó al pensar en la opción que les quedaba: ¿Oso Gris?, se decía; él buscará venganza y todos moriremos. Tendría que asumir su responsabilidad. No podía abandonar, aunque se notara flaquear. Si querían tener una oportunidad de sobrevivir, él debía continuar al mando.

—Vayamos dentro —pidió a todos aquellos que lo perseguían con la mirada.

En la cabaña junto al fuego, bajo unas pieles, se encontraban Ala de Halcón y Gran Bramido. A Manos que Sanan no le fue fácil extraer las puntas de hueso dentadas de sus cuerpos, y necesitó rasgar mucha carne para conseguirlo. Luego, rellenó las heridas de barro mezclado con hierbas y las cubrió con hojas de eucalipto. Vivirían, según dijo, si

llegaban a la mañana. Y allí estaban, temblando de fiebre pero saludando a un nuevo día.

Montaña apenas esperó a que todos se acomodaran.

—La desgracia ha caído sobre nuestro clan —comenzó diciendo, de pie, con la lanza aún en la mano—. El Gran Relato nos hablaba de ellos, aunque nunca nadie los había visto. Aquellos que han perseguido a nuestro pueblo desde el principio de los tiempos nos han encontrado.

—¿Qué quieren de nosotros? —preguntó Agua de Lluvia, el más joven de sus cazadores.

—Nuestras vidas —sentenció Montaña, al tiempo que Raíz de Olmo afirmaba con la cabeza.

—¿Por qué?

—Según el Gran Relato ellos viven en el lugar que arrebataron a nuestros antepasados, la parte de tierra más fértil, donde la nieve casi nunca aparece y la caza es más abundante —explicó Montaña, aunque todos lo sabían—. Pero son muchos. Tantos como mosquitos a la orilla de un río, y nada es suficiente para saciar su hambre. Necesitan cada vez más terreno de caza, y ahora están aquí, dispuestos a quitarnos el nuestro.

—¡Luchemos! —exclamó Oso Gris, algo que Montaña esperaba oír.

—Calma tu sangre, bravo guerrero, sería inútil. Son demasiados y sus armas son mejores, ya lo has visto. Sabemos fabricarlas, pero nuestros brazos son demasiado cortos y robustos para manejarlas con habilidad, el Gran Relato ya habla de ello. Además, aunque lográramos vencerles, sin mujeres nuestro clan está condenado —razonó—. Sólo hay una cosa que podemos hacer si queremos que nuestro pueblo tenga una oportunidad.

—¿Qué? —se aventuró a preguntar Media Luna.

—Necesitamos a los Cabezas de Fuego.

4 - UN MAR DE DUDAS

Leipzig, Alemania.

Un mes después del congreso celebrado en España.

Laura llevaba un buen rato incorporada en la cama, pensando. El mismo que Owen llevaba dormido.

Por la puerta entreabierta del baño se escapaba la luz que él se dejó encendida al levantarse a orinar, instantes después de terminar de hacer el amor con ella. Gracias a esa mínima claridad, y a que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, podía ver perfectamente la habitación en la que estaba. En realidad, prácticamente toda la casa. El piso de su ayudante era un estudio con un solo ambiente, que servía al mismo tiempo de salón, habitación (merced a un sofá, algo destartado, que se convertía en cama) y cocina; si podía llamarse así al mueble de IKEA que albergaba, en una única pieza, placa vitrocerámica con horno, encimera, baldas, cajones y fregadero. Un ridículo baño, con una ducha en la que apenas cabía una persona, completaba la diminuta vivienda.

Era la cuarta vez que se acostaba con Owen, llevaba bien la cuenta. Y no porque hubieran representado actos de pasión incomparables en los que había gozado como en su vida y por tanto recordaría siempre, sino porque era domingo. Y los domingos, desde hacía un mes, ella pasaba la tarde con él y luego hacían el amor.

Todo comenzó un viernes, a la salida de los laboratorios, cuando Owen la invitó a tomar unas copas, algo que no había sucedido jamás. Después de unas cuantas rondas, entre los vapores del alcohol, él se declaró. Le dijo que llevaba mucho tiempo enamorado de ella, pero que nunca se había atrevido a decírselo por miedo a ser rechazado. Que la veía inalcanzable, siendo ella una científica reconocida y él un triste técnico de laboratorio. Se mostró tierno y sincero, muy alejado del papel de picaflor canalla que solía representar, según le confesó, para llamar su

atención. "Lo de aquella periodista, en el congreso de Madrid, ¿también fue para llamar mi atención?", le había preguntado entonces Laura, envalentonada por el tercer gin-tonic. Y él lo había afirmado, tras hacerle un mohín que le encantó. En aquel momento, Laura estaba como en una nube. Nada menos que Owen, el chico que más le había gustado de todos los que había conocido en su vida, se abría para confesarle su amor; y justo cuando pensaba que no tenía nada que hacer. Hubiera gritado de alegría, e invitado a todos los del local a una ronda para celebrarlo. Y luego, se hubiera tirado a su cuello para besar sus sensuales labios mientras pegaba bien su cuerpo contra el de él. Eso habría hecho su lado pasional, pero el otro, el que guiaba sus actos desde que tenía uso de razón, se tomó su tiempo. En concreto dos días. Hasta el domingo siguiente, cuando se presentó sin avisar en casa de Owen. Ella se había convencido diciéndose que sólo iba a hablar con él, a asegurarse de que aquello que había oído el viernes de sus labios no había sido producto de una mente confundida por el alcohol. Bueno, con eso quiso engañarse, porque la verdad es que se había pasado la mañana depilándose y eligiendo la ropa interior más sexi que tenía en su armario. No va a pasar nada, se decía, mientras pulsaba el timbre de la puerta. Pero, por supuesto, pasó.

De eso hacía un mes, y ya llevaban cuatro encuentros románticos. Siempre los domingos. Entre semana no quedaban. Durante el trabajo nada había cambiado entre los dos: ella era su jefa y él su ayudante; los sábados, le dijo, los reservaba para ella, sin darle más explicaciones. De ahí que, de momento, su relación se reducía a unas cuantas horas los domingos. Ni siquiera todo el día, ya que Laura llegaba por la tarde y se iba al anochecer. Nunca se quedaba a dormir, algo que Owen no terminaba de entender. Bueno, no entendía eso y el poco tiempo que compartía con él.

Aunque, en realidad, todo era muy sencillo. Lo primero se debía a que no soportaba su casa. No porque fuera pequeña, ella había vivido de estudiante en lugares mucho menores, incluso compartiendo habitación, lo que no aguantaba era el extremo desorden... y la suciedad. Owen era un dejado, y eso sacaba de quicio a Laura. Podría haberlo solucionado quedando en la suya, que estaba infinitamente mejor, pero de momento prefería guardar su espacio, reservarlo para ella misma. Con respecto a lo de quedar tan poco, tenía una explicación algo más complicada que de

momento no se decidía a darle.

Precisamente pensaba en ello, con la espalda apoyada en el cabecero de la cama, desnuda, sumida en aquella penumbra tranquilizadora: en si debía desoír las indicaciones que le había dado el profesor Lébedev y compartir con Owen su gran secreto, o guardárselo para sí. No lo conocía nadie, ni siquiera el director del Instituto de Antropología Evolutiva. Se había jugado su puesto de investigadora adjunta trabajando a escondidas, fuera de horas, incluso los sábados. Pero la petición venía de su viejo profesor, a quién tanto debía, y no pudo negarse. Esa misma mañana había terminado de analizar las muestras que le había entregado el profesor durante la conferencia en Madrid, y cotejado los resultados con la base de datos. No había lugar a error, lo había comprobado dos veces, y en ambas la conclusión a la que llegó el ordenador fue... simplemente increíble. Sentía la imperiosa necesidad de compartir su secreto con alguien, aunque el profesor había insistido, en la nota manuscrita que le entregó junto a las muestras, que sólo lo hiciera con él. Pero era tan alucinante lo que tenía entre manos que no era capaz de concentrarse en otra cosa, ni siquiera en disfrutar de la compañía de Owen.

Había algo que también la inquietaba, algo más personal. No podía evitar ser realista por momentos y pensar que su idilio con Owen era una locura. Ella tenía treinta y tres años, y él ocho menos. Además, aunque le costaba reconocerlo, estaba la diferencia de status y de aspiraciones profesionales. Para ella la investigación era una pasión y para él sólo un trabajo. De hecho, en más de una ocasión le manifestó que había estudiado biología por seguir a una chica del instituto que le gustaba, pero que él no sentía ningún entusiasmo por lo que hacía, que su sueño era ser rico y disfrutar de la vida sin complicaciones. "Menudo sueño", se dijo mentalmente meneando la cabeza. En definitiva, entre unas cosas y otras no estaba en disposición de centrarse en esa relación que tanto había deseado, ni podía explorarla a fondo como a ella le hubiera gustado. De momento, tendría que conformarse con seguir como estaban, y dejar que el tiempo, ese árbitro implacable que todo lo juzga, dictara su veredicto.

Incapaz de permanecer más en la cama se levantó, con cuidado de no hacer ruido. El frío suelo de baldosas hirió sus pies desnudos, que apoyaba parcialmente. A medio camino del cuarto de baño escuchó la voz de Owen saliendo del sueño.

—Umm. ¿Adónde vas?

—A darme una ducha. Sigue durmiendo.

—¿Ya te vas? Vamos, vuelve a la cama —suplicó Owen, pícaro, dando golpecitos sobre el colchón.

—Sabes que tengo que irme.

—Sí, lo sé —afirmó rotundo, cambiando el tono de voz—. Pero no lo entiendo.

—Necesito mi espacio —trató de explicarse Laura, apoyada en el quicio de la puerta, permitiendo que el contraluz perfilara su cuerpo desnudo.

—Me lo has dicho, aunque creo que no me lo has contado todo —recriminó Owen, incorporándose en la cama hasta quedar sentado—. Vamos, Laura, si queremos que lo nuestro funcione, debemos ser sinceros el uno con el otro. Sé que te quedas en el laboratorio después de horas. Incluso los sábados y los domingos por la mañana. Y que llevas haciéndolo durante el último mes.

—Pero... ¿Cómo...?

—Me lo ha dicho el guardia de la puerta.

—¿Me estás espiando? —saltó Laura, indignada.

—Estaba volviéndome loco. No me cuadraba nada. Pensaba que andabas con otro.

—¿Yo? ¿Con otro? Eso es una estupidez.

—¿Entonces, qué demonios haces todos los días en los laboratorios? No me digas que adelantando trabajo porque no es así, también lo he comprobado.

—No me gusta que me controlen.

—Ni a mí que me mientan.

—No te estoy mintiendo, simplemente...

—Simplemente, ¿qué?

Laura se quedó callada, mordiéndose los labios.

—Mira. Estoy muy ilusionado contigo —añadió Owen, suavizando el tono—. Sólo quiero que nuestra relación avance, y así es imposible.

—Dame tiempo —concluyó Laura, antes de entrar en el baño y cerrar la puerta.

Bajo la macilenta luz del espejo que había sobre el lavabo, Laura contempló a una mujer naufragando en un mar de dudas. Su pelo revuelto, las mejillas irritadas por la barba de tres días de Owen y su piel cubierta

de saliva seca informaban de una cosa, pero sus ojos lo hacían de otra. Acercó la cara al espejo para ver si así se aclaraba su mirada, aunque únicamente consiguió confirmar sus temores: estaba sobrepasada. Por si no era bastante duro intentar gestionar lo de Owen, encima debía soportar ella sola el peso que suponía el encargo del profesor Lébedev.

Maldijo su suerte mientras esperaba que saliera el agua caliente dentro de esa ducha de mierda.

Cuando terminó de asearse volvió al salón-dormitorio y, sin dar la luz, se vistió en silencio. No cruzó palabra con Owen hasta que, colgándose la mochila, se dirigió a la salida.

—Bueno, mañana nos vemos —se aventuró a decir, en voz baja, girando el pomo de la puerta.

—¡Espera!

Owen se levantó de la cama y se plantó frente a ella.

—No insistas —suplicó Laura.

—No voy a hacerlo. Sólo quería darte un beso de buenas noches.

Laura se dejó hacer sin oponer resistencia. Incluso estuvo a punto de ceder, quitarse la ropa, volver a la cama para hacer de nuevo el amor y luego, con la cabeza apoyada en su pecho, contárselo todo. Faltó muy poco, mientras sus lenguas se entrelazaban en una lucha lúbrica, para que se dejara llevar de una vez por sus sentidos, aunque ello significara traicionar la confianza del hombre al que más debía y admiraba en el mundo.

Finalmente, superó la tentación y logró transformar, justo a tiempo, la debilidad en fortaleza.

—Adiós —dijo, aún con el sabor de Owen en los labios.

—Adiós, cariño —añadió él, dejando resbalar el dorso de su mano por la mejilla incendiada de Laura.

El frío de la noche le vino bien para atemperar el sofoco que sentía en su interior. Había aparcado a un par de manzanas, y agradeció la caminata. Se permitió callejear un rato por la ciudad desierta antes de coger su Toyota híbrido y volver a su casa. Circular en coche por Leipzig, en domingo, a las doce de la noche y a finales de febrero, no era como hacerlo por Madrid; allí parecía que un apocalipsis incomprensible hubiera eliminado a todos los humanos dejando intactos los edificios, como pasaba en algunos libros o películas de ciencia ficción de esos que tanto le gustaban.

Atravesó la ciudad, ya que Owen vivía en las afueras, y se dirigió al centro, donde tenía el apartamento que, tan generosamente, pagaba el instituto. El motor de su coche en función eléctrica apenas producía ruido y, en más de una ocasión, en lugar de conducir sobre asfalto le pareció que se deslizaba por el aire. Incluso bajó las ventanillas y soltó las manos del volante varias veces para disfrutar de la sensación de volar. No había peatones ni conductores, pero ella respetaba todos los semáforos sin excepción. Esperando a que se pusiera en verde uno, cerca ya de su casa, le deslumbró la luz en el retrovisor de un vehículo que venía detrás. Al mirar confirmó que se trataba de un único foco: una moto. Owen tiene una, quizá sea él, fabuló ilusionada. No quitó la vista del espejo hasta que vio al foco cambiar de dirección y tomar una calle a la derecha.

—¿Pensabas que era él, boba, después de cómo lo estás tratando?
—dijo en voz baja, soltando un bufido al final.

Tenía garaje, pero al ver un sitio libre junto al portal de su casa decidió aparcar y así, ahorrarse el bajar dos plantas y luego hacer mil maniobras para encajar el coche entre el enorme Audi Q7 y el monstruoso Land Rover Sport de sus adinerados vecinos. Al encaminarse al portal, con las llaves en la mano, le pareció escuchar pasos. En el silencio absoluto de la ciudad cualquier mínimo ruido se amplificaba enormemente. Se giró pero no vio a nadie. Era un barrio tranquilo, todo Leipzig lo era, incluso los suburbios. Pocas veces las noticias hablaban de asaltos a ciudadanos o incidentes violentos. Aun así, se sintió inquieta y se apresuró a abrir la pesada puerta de barrotes. Ya en el vestíbulo, más relajada, se dirigió a los buzones. Recordó que llevaba varios días sin mirar la correspondencia y no le gustaba que se acumularan papelotes que terminaban asomando por la ranura. Mientras esperaba el ascensor descartó la publicidad, que tiró a la papelera, y ojeó un par de revistas científicas que tuvo que sacar de sus bolsas. Nada importante, lo de siempre. Entonces llegó el ascensor. En su interior continuó revisando la correspondencia. También había una carta de la óptica en la que se hizo las gafas de cerca, recordándole que ya había pasado un año y le convenía volver a revisarse la vista; y un par de cartas que supuso serían de recién licenciados en Medicina o Biología felicitándola por su trabajo y *bla, bla, bla*, para al final hablarle de su currículum y solicitarle una oportunidad de trabajar con ella. Las recibía a menudo, de todos los lugares del mundo. A pesar de que contratarles no dependía de ella,

siempre las contestaba y luego se las entregaba al director del instituto. Le recordaban tanto a ella en sus comienzos que, aunque las posibilidades de lograr una beca eran mínimas, no podía dejar de intentar, al menos, echarles una mano. Además, le fascinaba cómo esos jóvenes en lugar de enviarle a su atención un frío email al correo electrónico del instituto, se molestaban en redactar una carta personalizada, a veces escrita de su puño y letra, y luego se las arreglaban para averiguar su domicilio particular en Alemania. Una de esas cartas venía de Córdoba, Argentina, y la enviaba un tal Oswaldo José Bernal. La otra no traía remitente, y procedía de más lejos aún: Nome, Alaska, una ciudad que no le sonaba de nada. Iba a abrirlas cuando el ascensor se detuvo en su piso. Las guardó en la mochila y buscó las llaves. Al abrir la puerta de su casa recibió una bofetada de bochorno, consecuencia de una calefacción por suelo radiante que siempre estaba conectada. Acalorada fue derecha a su cuarto, se desvistió y se puso un pijama ligero que constaba de pantalón corto y camiseta. Sintió sed y se dirigió a la cocina, abrió el frigorífico y sacó un tetrabrik de zumo de naranja. Bebió con ansia un vaso lleno hasta arriba. Hambre no tenía, por eso, aunque le trataron de tentar un muslo de pollo asado y un blíster con jamón de York, declinó la invitación y fue directa al cuarto de baño. Empleó más de diez minutos en cepillarse los dientes, los tenía perfectos y quería que continuaran así por mucho tiempo; como siempre le decía su madre: "una bonita sonrisa es la mejor carta de presentación". Al atravesar el salón para ir a su habitación tuvo una extraña sensación. Encendió todas las luces tratando de ver de qué se trataba. Nada parecía fuera de lugar y, sin embargo, no dejaba de notarla. Era extremadamente meticulosa. A veces, incluso obsesiva en cuanto al orden. Por ese motivo, no tardó en darse cuenta de qué le había chocado tanto. Sobre la mesa que usaba de escritorio, junto a la ventana, su ordenador portátil estaba abierto y ella siempre lo cerraba cuando no trabajaba con él. Lo había hecho por última vez el sábado por la noche, al volver del laboratorio, de eso estaba segura. ¿O lo usó el domingo por la mañana para comprobar si tenía correo del profesor? Ya no estaba tan segura. Demasiadas emociones juntas le estaban volviendo loca. Tras pensarlo unos segundos tomó asiento y encendió el ordenador. No tenía clave de acceso. En el trabajo sí, les obligaban, pero en casa lo veía innecesario, sólo lo usaba para asuntos personales y a quién le podía interesar su aburrida vida. Estaba cansada, era tarde y al día siguiente

debía levantarse temprano para ir al instituto, sin embargo, la ausencia de noticias por parte de Lébedev la obsesionaba. Y más después de lo que había descubierto. Tenía tantas cosas que contarle... ¿Por qué no daba señales de vida? Se preguntaba, inquieta. Le dijo que se pondría en contacto con ella, pero de eso hacía más de un mes. Había dedicado toda la mañana a buscarlo inútilmente. Nadie conocía su paradero, ni siquiera sus familiares o colaboradores más cercanos. ¿Dónde se había metido?

Cuando el ordenador se inició del todo fue directa a su correo electrónico. En la bandeja de entrada encontró un par de correos nuevos. Los nombres de los remitentes no le decían nada. Los abrió y descubrió que se trataba de más licenciados en busca de becas. Frustrada, apagó el portátil de malos modos y se fue a su habitación. Ya bajo las sábanas, a oscuras, se convenció de que todo tendría una explicación lógica, tanto para la ausencia de noticias del profesor como para su reticencia de ahondar más en su relación con Owen. "Las cosas son más simples de lo que pensamos, somos las personas quienes las complicamos", se dijo, volviéndose de lado y haciéndose un cuatro, dispuesta a que nada perturbara su descanso. Pero, al contrario de lo que pensaba, la noche no transcurrió tranquila. Unos sueños, llenos de ancestrales seres oscuros y siniestros, la atormentaron. Se despertó varias veces empapada en sudor, con la sensación de que las criaturas de las pesadillas habían abandonado el territorio onírico y rondaban por la casa. Por la mañana se reiría de todo eso, se dijo, tapada hasta la barbilla, aunque en aquellos momentos estaba aterrada.

5 - VEINTE KILOS DE C4

En algún lugar de Alaska.
Quince días después.

La silueta de dos hombres a caballo y una mula se recortó en el horizonte brumoso de aquella fría mañana de principios de invierno. Los percherones no eran animales bonitos pero sí jóvenes y fuertes, lo mejor para desplazarse por aquellos duros parajes. El caballo que iba en cabeza relinchó y cabeceó, esforzándose en que sus cascos encontraran el mejor agarre para salvar el repecho lleno de cantos sueltos que cubrían la empinada ladera. Lo montaba el profesor Lébedev y, aunque no era un jinete experto, se daba buena maña a tenor de lo complicado del terreno.

—Tómatelo con calma —le sugirió Ryan, el hombre que lo seguía—. Deja que el animal suba a su ritmo, tú sólo trata de no caerte.

—Maldito charlatán —bramó el profesor—. No estás hablando con un anciano, ¿sabes?

—Vale, vale. Pero luego, si te caes, no esperes que sea yo quien te dé friegas en el culo.

El descenso por el otro lado de la loma fue aún peor. Requería de una técnica sencilla aunque muy exigente para el físico, ya que era necesario mantener una posición sobre la silla lo suficientemente inclinada para no caer de frente, pero no tanto como para terminar haciéndolo por detrás. Por eso, Lébedev dio gracias cuando, por fin, el terreno se niveló y pudo descansar sus maltrechos riñones. Durante el resto de la mañana, con los animales al paso, atravesaron un inmenso bosque de coníferas cuyos árboles estaban tan apretados que, a veces, les era imposible cabalgar en línea recta. Ryan comprobó con preocupación que a medida que se alejaban del campamento base encontraban más nieve, y que en las zonas sombrías se iba acumulando considerablemente. Tras dejar el bosque salieron a una gran pradera de vegetación baja que

los rigores de las noches frías habían teñido de color parduzco. Lo más peligroso son las grietas, le había advertido al profesor antes de salir, la nieve las tapa y un caballo puede romperse una pata, y nosotros la crisma. Sin embargo, allí, el tibio sol había sido capaz de derretirla, permitiendo que los animales caminaran con más seguridad.

Descansaron a la orilla de un riachuelo cuyas aguas cristalinas bajaban entre cantos redondeados por siglos de erosión.

Ryan ató las riendas de los animales a una pesada roca y se dispuso a coger algo de las alforjas de la mula.

—¿Qué tal un café? —preguntó, levantando en su mano una cafetera que parecía provenir de un museo.

—Perfecto —contestó el profesor, agradecido de poder estirar las piernas un rato.

—Y esto para entrar en calor —añadió Ryan, sacando una petaca del bolsillo interior de su gruesa chaqueta de piel.

Después de buscar ramas secas y troncos de pequeño tamaño, Ryan acumuló yesca en un montón y la encendió con el mechero. Mientras el fuego tomaba fuerza, montó el trípode compuesto por tres palos de hierro unidos por un extremo y colgó de él la cafetera, que ya tenía llena de agua del arroyo. También se ocupó de coger un par de mantas y colocarlas bien dobladas junto al fuego, para que pudieran sentarse cómodamente. Incluso tuvo tiempo de prepararse una pipa de tabaco antes de que el café comenzara a hervir. Durante ese rato el profesor se limitó a permanecer de pie, con la mirada clavada en las lejanas montañas nevadas.

—No pienso buscar tu taza, ya he hecho demasiado —se quejó Ryan, dejándose caer pesadamente junto al fuego, con la suya en la mano.

—Oh, perdona —se disculpó el profesor, saliendo de una especie de trance.

—Te veo preocupado.

—¿Recuerdas que te hablé de Laura?

—Varias veces.

—Debería haber venido, ya.

—Lo sé. Por esperar a tu amiga nos arriesgamos a tener mal tiempo.

—Me hubiera gustado tenerla aquí. Además, me extraña que no esté deseando hablarme de los resultados que obtuvo de las muestras que le dejé.

—No te molestes —sugirió Ryan, dando un sorbo al humeante café

—. Me lo has explicado, pero ya sabes que todo ese asunto me trae al paio. Yo vivo en el presente, camarada Yuri, en el presente.

Así lo llamó al profesor, "*camarada*", y es lo que eran desde hacía más de treinta años.

Se conocieron en unas excavaciones arqueológicas que Lébedev dirigía cerca de la frontera con Mongolia, cuando Ryan aún se llamaba Ruslan y era un joven sargento del ejército soviético que, junto a un grupo de soldados, protegía el yacimiento y a los arqueólogos de posibles ladrones o salteadores. Durante los diez meses que duraron los trabajos se fraguó entre ellos una amistad que trascendió lo puramente profesional y que, pocos años después, marcaría el destino de Ruslan, cuando éste decidió desertar del ejército. Fue el profesor quien entonces ayudó al joven militar a abandonar la URSS a toda prisa en un barco mercante que navegaba hasta las costas de Japón, y de ahí a Estados Unidos. La razón de la precipitada huída fue una disputa con un coronel borracho al que, el temperamental sargento, terminó mandando al hospital con la mandíbula y varias costillas rotas. También fueron los contactos del profesor en Norteamérica los que le proporcionaron un lugar donde vivir y su primer trabajo en una gasolinera. El talento y la determinación del joven militar hicieron el resto, y en poco tiempo cambió el mono naranja de gasolinero por el traje a medida que lucían los empleados de la empresa de seguridad más reputada de EEUU. Durante algunos años se ocupó de guardar las espaldas a políticos, estrellas del rock y mujeres de ricachones, hasta que un día se cansó de aquel aburrido trabajo y decidió buscar emociones alistándose en el ejército. Sus aptitudes le llevaron a formar parte del 75º Regimiento Ranger, destinado en Fort Benning, Georgia, donde llegó al grado de capitán, hasta que se jubiló.

Por tanto, al profesor Lébedev le debía no haber terminado en una cárcel en Siberia y haber podido labrarse un futuro en el país de las oportunidades. De ahí que, cuando le pidió ayuda, no pudiera negarse.

—¿En qué piensas? —preguntó Ryan, apurando su café.

—Me preocupa que Echevarría tenga algo que ver con que Laura no esté aquí.

—Le das demasiada importancia a ese mierdecilla.

—No hablarías así si hubieras visto al "armario" que lo acompañaba.

—¿En serio? Vamos, estás con el mejor —se mofó Ryan, doblando

ambos brazos para sacar bíceps.

El exmilitar no era alto, pero sí fuerte. Una fortaleza que no se debía a horas interminables de gimnasio y cócteles de anabolizantes, sino a una naturaleza generosa. Conservaba todo el pelo y todavía de un color marrón casi uniforme, lo que contribuía a que, a pesar de haber cumplido ya los sesenta y cinco años, aparentara diez menos.

—Que se apropiara de tu descubrimiento hace treinta años no quiere decir que quiera volver a hacerlo ahora de nuevo. Además, no creo que tenga ni idea de lo que buscas. Ni siquiera yo estoy seguro de saberlo — trató de razonar Ryan.

—Entonces, ¿qué hacía en Madrid con ese guardaespaldas? —se preguntó el profesor—. Es listo, creo que se huele algo. Es tan listo como ambicioso. Ya es rico, se forró con los libros que escribió sobre los hallazgos de Mongolia, pero siempre quiso el reconocimiento en los círculos académicos. Busca la gloria y la posteridad, y eso le hace muy peligroso. No se detendrá ante nada, lo sé, lo conozco bien.

Después de hablar y, sin esperar respuesta, el profesor bajó la cabeza. Le dolía cada vez que recordaba al joven y entusiasta Miguel Echevarría y los años que fueron colegas, amigos. Aquellos años durante los cuales compartieron la misma pasión: la de estudiar el pasado de la humanidad y desvelar sus misterios. Pero aquel hombre de ciencia lo traicionó por la más vulgar de las razones: el dinero. Desde aquel día no había vuelto a cruzar palabra con él, aunque nunca dejó de seguir de cerca su trayectoria profesional; quizá por la necesidad irracional de llenar el vacío que dejó, o simplemente para vigilarlo porque sabía que tarde o temprano regresaría para volver a apuñalarlo por la espalda.

No lo consentiría. Estaba alerta y había tomado muchas precauciones. Ese cabrón no le robaría su descubrimiento. Esta vez no.

—Bueno, creo que es el momento de ponernos en marcha.

—¿Eh? Sí, sí, claro —dijo el profesor, saliendo de sus pensamientos.

La inmensa pradera desprovista casi de vegetación dejó paso a un terreno repleto de arbustos bajos y espesos, con un suelo quebrado y hosco atravesado por profundas grietas como tajos hechos por un cuchillo gigante. Un pájaro carpintero detuvo su incesante trabajo para observar cómo pasaba, bajo el árbol que estaba taladrando, la silenciosa comitiva. También una hembra de "carbonero", con su vientre amarillo y su cabeza

de un negro brillante, se asomó desde el hueco de un gran pino para mirarlos. La presencia de humanos no era muy normal por esos territorios. Puede que, para muchos animales, ellos fuesen los primeros que veían pasar por ahí en su vida.

Para muchos, no para todos.

—¿Fue por aquí donde la encontraste? —preguntó Ryan, mirando en todas direcciones.

El profesor asintió sin dejar de prestar atención al accidentado suelo.

—O sea, que estamos entrando en el territorio de los osos.

—No debes preocuparte, sólo atacan si se sienten amenazados.

—Claro, igual que yo —dijo Ryan con sorna, desenfundando el rifle que llevaba al costado del caballo.

—Eso no será necesario.

—Ya, pregúntaselo a esa chica que ayudaste. Según me contaste estuvo a punto de arrancarle un brazo.

—No fue tan grave. Además, ella y su padre lo querían cazar.

—Cómo no. Uno solo de esos grandullones puede acabar con un rebaño de renos en una noche. Tuvo suerte de que la encontraras.

—¿Crees en el destino? —dijo de pronto el profesor, enigmático.

—Umm —dudó Ryan, mientras se acariciaba la barbilla—. Eso sería como admitir que todo está predeterminado; vamos, que nosotros poco o nada podemos hacer para cambiar las cosas. Una vez oí a un tipo en la televisión que hablaba del tema. Me quedé con la "*capullada*" que dijo. Era algo así como que existía un plan en el cosmos diseñado por un ser superior desde el principio de los tiempos, y que todos lo debíamos cumplir sin posibilidad de alterarlo en absoluto.

—Afirmar que no existe el libre albedrío quizá sea exagerado —reflexionó el profesor—. Pero yo, un hombre de ciencias, debo admitir que cuando una increíble sucesión de acontecimientos interconectados se producen delante de tus ojos, el escepticismo se tambalea.

—¿Me estás hablando de Dios? ¿Tú? ¡Venga ya!

Lébedev no contestó. Levantó la cabeza sin llegar al cielo, y se quedó con la mirada clavada en las cumbres nevadas a las que se dirigían.

Unas grandes nubes salieron de la nada y cubrieron el sol. Las altas

copas de los árboles comenzaron a cimbrear, produciendo un sonido rasposo que inundó el valle por el que discurría un río en cuyas orillas se acumulaba la escarcha que el día había sido incapaz de fundir. Un águila calva patrullaba el cielo, planeando en círculos concéntricos, a resguardo de las nubes para evitar que el sol proyectara su sombra. En un momento dado agitó las alas y se lanzó en picado sobre un castor que se alimentaba con la corteza de un abeto. Un agudo chillido traspasó el aire y viajó varios cientos de metros, paralizando durante un instante al resto de pequeños mamíferos y aves. Luego, volvieron a sus quehaceres y la vida continuó en aquellas tierras salvajes.

Los dos hombres y sus monturas siguieron bordeando el río hasta que llegaron a una zona donde las piedras asomaban por encima del agua. Era el lugar que el profesor esperaba encontrar, el más indicado para vadearlo.

—¿Estás seguro de que es por aquí? —preguntó Ryan, agarrando con fuerza las riendas—. No me gustaría mojarme el culo para nada.

—Soy el mejor trazando mapas. Si el GPS no falla, estamos cerca de la siguiente señal.

—¿Cuántas más hay hasta que lleguemos?

—Cinco —contestó el profesor, después de revisar el mapa que llevaba en la mano.

—Joder, pues sí que se tomaron molestias. En fin, sigamos.

A mediodía descansaron de nuevo. Ryan volvió a hacer fuego, donde calentó una sopa de sobre y preparó un par de bocadillos con carne asada que llevaba en una tartera. No se demoraron mucho en comer, el exmilitar insistió en que no quería que se les hiciera de noche.

—No me gusta la oscuridad —se justificó.

—Llegaremos antes de que anochezca, confía en mí —le dijo el profesor, dándole un golpecito en el hombro.

Y tuvo razón. A media tarde, cuando todavía el sol asomaba por encima de las montañas, alcanzaron su destino. El profesor había comprobado constantemente el mapa y el GPS, y afirmó con seguridad que, al otro lado de aquellos pinos, se encontraba la última señal.

—Bueno, pues no perdamos más tiempo —dijo Ryan, abriendo las manos.

No llegó a ser un bosque, sólo se trataba de unas cuantas hileras de árboles dispersos que habían crecido entre peñascos. Cuando los dejaron

atrás, salieron a un claro despojado de vegetación que descendía suavemente hasta la ladera de una montaña. El suelo de tierra y cubierto de piedras sueltas dificultó el avance. Los animales relinchaban y tropezaban constantemente, y los jinetes se balanceaban en sus monturas igual que si fueran en una atracción de feria. Pero nada de eso afectaba al profesor. Incluso se había olvidado del insoportable dolor que sufría en los riñones después de haber cabalgado todo el día, y de haber despertado a sus hemorroides. Para él, en ese instante, tan sólo existía la montaña.

—¿Lo ves? ¡Allí!

Gritó de pronto, señalando con el dedo. Ryan detuvo el caballo y observó, sin decir nada.

—La luz del crepúsculo es inmejorable para verla —continuó el profesor, tan entusiasmado como un niño delante de su merienda favorita.

Ryan la encontró, a unos seis metros de altura, la misma señal que llevaba viendo todo el día tallada en rocas: un surco, en este caso vertical, con un agujero abajo.

—¿Qué me dices? ¿Se puede hacer? —preguntó el profesor, al tiempo que desmontaba trabajosamente.

Ryan estudió durante unos segundos la acumulación de rocas que había bajo la señal, y después de lanzar un suspiro dijo:

—Claro, pero harán falta veinte kilos de C4 sólo para mover las rocas más pequeñas.

—Si tengo razón, con eso será suficiente.

—Si tienes razón —repitió Ryan, dudando.

—Los huesos tienen memoria, amigo mío, y cuentan su historia a quienes saben escucharles.

6 - TODO POR UN LIBRO

Miguel Echevarría levantó la vista de los papeles y miró por la ventana. Las vistas eran de una hermosura cautivadora. Desde allí se veía la gran lengua de aguas tranquilas que se adentraba desde el mar, la Fire Island y, más allá, la masa verde de bosques que alfombraba las laderas de las montañas nevadas. Estaba solo, en la suite de un hotel en Anchorage, la ciudad más grande y poblada de Alaska, y el último destino conocido de Lébedev.

Cracco había tardado unos días en averiguar adónde había volado el profesor cuando se marchó de Madrid. Tuvo que tocar a varios de sus contactos y soltar algunos billetes grandes antes de conseguirlo. El problema era que, una vez allí, se perdía su rastro. Habían buscado en todos los hoteles de la ciudad, desde los más caros hasta las pensiones más humildes. Incluso recorrieron las agencias de alquiler de apartamentos, aunque nada, no estaba. Parecía claro que Anchorage había sido un destino de paso, pero, ¿hacia dónde? En coche se podía ir a pocos sitios en aquel país sin carreteras decentes, no había tomado un vuelo regular interior, y las empresas de alquiler de avionetas eran muchas, y lo peor, la mayoría no figuraban en ningún registro, ya que operaban de manera "pirata". Estaban en la ciudad más al norte de Alaska, situada por encima del paralelo 60, en un punto clave de ese inhóspito país. Podía estar en cualquier parte. Ahora dependía de su informador para conseguir alguna pista, o de Cracco, que seguía buscando incansable entre todos los pilotos privados de avionetas. Su guardaespaldas no era ningún "lumberas", pero se mostraba muy eficiente en determinados temas. Era italiano. Llegó a España con diecinueve años y trabajó de todo, desde camarero hasta lavacoche, pasando por portero de discoteca y finalmente detective privado en una empresa de dudosa reputación. Poseía un físico impresionante que él mismo se encargó de potenciar a base de horas de gimnasio y clases de artes marciales, y no tenía ningún problema en alternar las largas horas de vigilancia con los "trabajos extras", si con

ello se sacaba algún dinero. Y así es como lo conoció Echevarría. Un día, sospechando que su mujer lo engañaba, contrató los servicios de la agencia para la que Cracco trabajaba. Tras varios días de pesquisas, el propio italiano le confirmó sus temores: su mujer se veía dos veces por semana con su profesor de pilates. Siempre los martes y jueves, cuando éste libraba. Para Echevarría fue un duro golpe enterarse de que su mujer, treinta años más joven que él, no se había casado por amor, sino por dinero. Aunque la decepción no duró mucho, dando paso al odio. Al poco tiempo se divorció sin darle un euro, usando las fotos obtenidas por el italiano como prueba. Pero no se quedó satisfecho. Necesitaba más, y Cracco supo ver lo que era: venganza. Fue el mismo italiano el que verbalizó lo que en su interior se iba fraguando; y el que, por unos cuantos miles, la llevó a la práctica. Averiguó que su mujer se había ido a vivir con ese desgraciado a un apartamento a las afueras de Madrid, y sólo tuvo que esperar el momento oportuno. Fue un sábado, por la noche, cuando volvían de cenar. Aprovechó que aparcaron lejos de su casa, en una calle oscura, para asaltar a la pareja. No necesitó ayuda. Él solo se bastó para mandar a los dos al hospital. A ella con la nariz convertida en papilla y varias costillas rotas, y a él con una rodilla y un codo destrozados. Los daños no fueron casuales, habían sido una petición expresa de Echevarría. Le dijo que la rinoplastia de su mujer la había pagado él, y estaba en su derecho de dejarle la nariz como la tenía antes de conocerlo; y, con respecto a él, deseaba quitarle de una vez esos andares chulescos y la posibilidad de volver a dar clases de gimnasia en toda su vida. La policía nunca sospechó nada ya que, después de que Cracco los dejara malheridos en el suelo, se llevó todo lo que tenían de valor y el asunto se cerró como un nuevo caso de robo con violencia. Y así fue como cuajó esa extraña relación entre Echevarría y Cracco. El profesor era un viejo pendenciero, y aprovechó la oportunidad de saldar cuentas con más de uno que, en el pasado, lo hubiera agraviado. Su rasero era muy bajo, y al italiano no le faltó trabajo. Desde entonces, además de sus "encargos", ejercía de guardaespaldas, razón por la cual casi nunca se separaban. No pienses, le recomendaba a menudo Echevarría, yo soy el cerebro y tú el músculo, mientras sigamos así todo irá bien. Y era verdad. El italiano siempre había cumplido, y él jamás había fallado con sus estrategias. Hasta ese momento.

Le dolía la cabeza y le escocían los ojos. Llevaba todo el día

leyendo y releendo el contenido de un montón de carpetas que le había traído, esa misma mañana, Cracco. Se trataba del informe de las excavaciones en Siberia. En él se recogían todos los hallazgos encontrados en el yacimiento hasta la fecha, incluyendo detalladas descripciones y fotos. Aunque de uno, faltaban datos. En el índice que encabezaba el informe se hacía mención a una piedra plana hallada sobre la tumba. Una lápida de un metro por cincuenta centímetros con una inscripción en su parte superior. Había buscado mil veces, pero no encontró nada más: ni la descripción ni la foto. Cracco le aseguró que el funcionario del Museo de la Evolución de San Petersburgo donde se coordinaba el estudio del yacimiento, le juró que había hecho copias de todos los documentos. Y luego, él mismo, lo comprobó cotejando uno a uno hasta el último folio y fotografía. También le explicó que las pruebas físicas, los restos arqueológicos y huesos, se hallaban en una cámara subterránea del museo, custodiadas por soldados las veinticuatro horas del día; que no sería imposible acceder a ellas, pero que le costaría una fortuna, ya que en Rusia no se juzgaba igual a un puto funcionario corrupto que a un militar. Con esas palabras se lo dijo.

Echevarría se rindió, por fin, cerrando la carpeta que tenía en sus manos. Parecía evidente que la clave de todo estaba en aquella lápida que se mencionaba en el índice, y que probablemente se encargó de eliminar del informe el propio Lébedev. Pero, ¿por qué? ¿Qué había en ella para provocar que hubiera viajado a Alaska, abandonando precipitadamente el yacimiento más importante del último siglo? Sin duda sería una inscripción, unos símbolos, ¿pero cuáles? ¿Con qué significado? ¿Y por qué Alaska? Que él supiera, en ningún yacimiento neandertal se había encontrado nada más elaborado que rayas hechas con piedras sobre un hueso. Esos seres primitivos no dejaron pinturas ni tallas. Pero claro, éste era un yacimiento distinto. Especial. Pertenece a unos neandertales catorce mil años más modernos.

Evaluó la situación: la lápida estaba en los sótanos del museo. Echarle un vistazo le costaría una fortuna, y no andaba muy bien de fondos. Podía tratar de averiguar qué tenía de especial aquella maldita piedra llamando a alguno de los colaboradores de Lébedev en el yacimiento, pero no estaba seguro de localizar a alguien que estuviera dispuesto a traicionarle. Era arriesgado, podría dejarle al descubierto. Además, en el supuesto de conseguirlo, tampoco le garantizaba que

entendiera el significado de la inscripción, si es que realmente la había.

—La clave está en ti, viejo cabrón —dijo entre dientes, visualizando a su antiguo amigo—. Sólo tengo que encontrarte.

Echevarría se levantó de la silla de un salto, excitado. Se dirigió al minibar y se sirvió un güisqui con hielo. Después de dar un generoso sorbo, paseó por la amplia habitación con el vaso en la mano. Sentía que estaba rozando algo muy grande. Algo que el profesor Lébedev conocía y él no. Un hallazgo que, de poder apropiarse, le proporcionaría el reconocimiento definitivo; además de, por qué no admitirlo, salvarle el culo. Echevarría ganó una fortuna con aquel libro que escribió sobre el yacimiento de Mongolia. Y mucho más recorriendo televisiones y dando conferencias por todo el mundo. Pero el ritmo de vida que llevaba y que incluía apartamento en París, casa de verano en la Toscana y yate amarrado frente a su "loft" en Miami, costaba mucho mantener, y el dinero empezaba a escasear. Desesperado le había vendido humo a su editor, seduciéndolo con la idea de un nuevo libro. Le habló de un superventas al estilo del *Clan del Oso Cavernario*, donde se relataría la gran aventura de la humanidad, pero bajo un estricto rigor científico. Una novela que resumiría lo que se conocía sobre nuestros antepasados, basándose en todos los hallazgos arqueológicos encontrados hasta la fecha. Sería fácil de digerir, le contó con entusiasmo, al incluir personajes bien trabajados con los que el lector sensible empatizaría, y la gente aprendería divirtiéndose. Le garantizó que se leería en todos los colegios y universidades, y que entraría a formar parte de los libros de obligada lectura para cualquier estudiante del mundo. Lo sedujo con la idea de que la editorial, además de unos suculentos dividendos, lograría un prestigio inigualable. Cuando su editor, un hombre prudente, dudó, él le aseguró que ya tenía escrito el primer borrador; una mentira motivada por la desesperación que le llevó a otra cuando, éste, le pidió leerlo. Echevarría necesitaba dinero urgentemente y le dijo lo primero que se le ocurrió. Lo convenció de que el libro incluía el último y más increíble hallazgo de la historia de la paleontología, tan reciente que no podía desvelarlo todavía. "Tú editorial será la primera en hablar de ello, pero tendrás que esperar y confiar en mí. Si no te interesa, no hay problema", le soltó con una seguridad pasmosa, y el cauteloso editor picó hasta el punto de concederle el mayor anticipo de la historia de la editorial: un millón de dólares. Respiró cuando cobró el talón, pero entonces se

enfrentó con la realidad: todo era mentira; no tenía ningún borrador escrito, ni, por supuesto, un increíble hallazgo que se desvelara en él. Durante el último año había ido dando largas a su editor, y aprovechando para escribir un libro que no valdría ni la décima parte de lo que ya había cobrado. Sin embargo, eso podía cambiar si se apropiaba del descubrimiento de Lébedev y lo incluía en la novela antes de que se hiciera público. Estaba entre la espada y la pared. Existía la posibilidad de que terminara arruinado y con sus huesos en la cárcel, pero el destino le había brindado una magnífica oportunidad y no iba a desaprovecharla. No sabía de qué se trataba aquello que mantenía a Lébedev desaparecido, aunque estaba seguro de que sería algo extraordinario. Podría soportar unos años en la cárcel, pero no la pobreza. Ya había pasado penurias siendo un niño y no estaba dispuesto a sufrirlas de nuevo. Haría lo que fuera por conseguir lo que ansiaba, lo que fuera.

7 - ALASKA

Laura había pasado una semana horrible, y le quedaba lo peor. Era viernes. En unas horas terminaría su jornada, y ya no podría distraer más su mente ni esconderse detrás del trabajo. Llegaba el fin de semana, el domingo, y tendría que afrontar su futuro con Owen.

El secreto que le ocultaba pesaba como una losa en su conciencia, y no dejaba que su relación avanzara. Sentía que él estaba poniendo más de su parte para que todo funcionara, que se mostraba atento, detallista..., incluso comprensivo con su extraño distanciamiento. Lébedev le había advertido que no confiara en nadie, y ella lo había respetado, pero ya no podía más. Necesitaba abrirse a Owen, y no podía hacerlo con la sombra de esos malditos análisis planeando sobre ella. También, estaba la falta de señales de vida del profesor. ¿Qué debía hacer? ¿Esperar una semana? ¿Dos? ¿Un mes? ¿Un año? No quería ni pensarlo, pero... ¿y si al profesor le había sucedido un accidente terrible? ¿Y si había muerto? ¿Sería entonces el momento de compartir su descubrimiento, cuando su idilio con Owen se hubiera disuelto como el azúcar en el café? Era una científica, y quería seguir siendo fiel al profesor Lébedev, pero también era una mujer que merecía ser feliz, y esperaba que con Owen pudiera serlo.

Aprovechando que tenía unas muestras en la centrifugadora, y que aún quedaban algunos minutos para que terminara el proceso de separación por capas dentro de los tubos de ensayo, Laura decidió ir al servicio. Se orinaba, pero además había tomado una decisión. Hacía un rato, al pasar junto a la vitrina donde guardaba las placas de Petri, vio su reflejo en el cristal y no le gustó nada. Una cosa era su aversión a ir a la peluquería un día sí y otro no, o a ir pintada como una puerta, y otra muy distinta el parecer una indigente que dormía en la calle.

Eso tenía que cambiar.

Con su mochila en la mano salió del laboratorio y se dirigió a los baños. Por el camino no se cruzó con nadie, cosa que agradeció, ya que no tenía ninguna gana de conversaciones de compromiso, y mucho menos

de trabajo. Los servicios estaban vacíos. Después de orinar tomó fuerzas y se plantó delante del espejo. ¡Dios, estoy horrible! Se dijo, rebuscando desesperadamente en su mochila. Sabía que en algún momento había metido uno de esos cepillos plegables, y que también tenían que andar por ahí perdidos un lápiz de ojos y un pintalabios. Con eso sería suficiente. No se trataba de salir del baño convertida en una diosa de la gran pantalla sino en mejorar un poco su aspecto exterior, lo justo para ganar en autoestima y no sentir que se estaba dejando caer en el abismo de la depresión. El cepillo apareció, y se peinó la melena hasta dejarla decente. También el pintalabios. No recordaba que fuera de un color rojo tan vivo, pero aun así lo usó. Lo que no aparecía por ningún lado era el lápiz de ojos. Cansada de rebuscar sin éxito, volcó el contenido de su mochila en la encimera del lavabo. Se sorprendió de que, aparte de las cosas que sí usaba habitualmente como las llaves, el móvil, las gafas de cerca o su cartera, cargara también con una cantidad increíble de cosas inútiles como libretas en las que jamás anotaba nada, varias gafas de sol, una crema para las manos que le daba alergia, un paquete de toallitas húmedas que hacía años que estaban secas... Y papeles, un montón de papelotes arrugados. Iba a tirarlos a la papelera, igual que había hecho con la crema y las toallitas, cuando reconoció las cartas que había recogido del buzón el domingo pasado. Entre la semanita que estoy pasando y el cajón de sastre que es mi mochila, no me extraña que sigan sin abrir, pensó, contenta por haber encontrado también el perfilador. Guardó las cartas en el bolsillo de la bata y se pintó una fina raya en los ojos. Satisfecha con el resultado, incluso sorprendida con el gran cambio que había conseguido su rostro con esos pocos retoques, abandonó los servicios.

Nada más volver al laboratorio, comprobó que la centrifugadora hubiera terminado su trabajo y la apagó; ahora le tocaba elegir las mejores muestras y prepararlas adecuadamente antes de iniciar el proceso para obtener el genoma completo. Eran de tejido óseo, de una momia egipcia. El encargo lo había hecho el Museo del Cairo. Esperaban que ellos les dijeran si el cadáver, perteneciente a un varón de unos veinte años, estaba o no emparentado con la reina Hatshepsut. Para que el resultado fuera aceptable, el procedimiento tenía que ser extremadamente cuidadoso, guardando los protocolos de seguridad necesarios para que no se produjera la contaminación de las muestras; motivo por el cual ella

nunca dejaba que, de esa parte, se ocupara ningún técnico. Y no porque creyera que no estaban capacitados, sino porque entendía que era su responsabilidad.

Se disponía a colocarse los guantes y la mascarilla cuando la voz de Owen, a su espalda, la sobresaltó.

—¿Te traigo un café? Yo voy a tomarme uno bien cargado.

—No vuelvas a hacer eso, me has dado un susto de muerte.

—Lo siento, cariño —se disculpó Owen, levantando ambas manos—. Bueno, ¿qué me dices? ¿Un cortado con doble de azúcar, como siempre?

—Te he dicho que no me llames cariño aquí —contestó Laura, molesta.

—Vaya, lo siento de nuevo. Está visto que hoy no doy una. Bueno..., nunca —reconoció con pesadumbre, dándose la vuelta dispuesto a abandonar el laboratorio.

—Espera —dijo Laura, tras reflexionar unos segundos—. Te acompaño.

Las máquinas de "vending" estaban en la primera planta, donde ellos se encontraban, al final del pasillo. La sala era sencilla pero acogedora. En ella se había evitado el blanco frío que dominaba casi todo el edificio, y se había apostado por un melocotón pastel para las paredes y un marrón claro para los sillones y las mesas. Un amplio ventanal, que daba a unos jardines, proporcionaba la claridad suficiente para que no hiciera falta encender las luces hasta bien entrada la tarde.

Sólo una mesa estaba ocupada por dos técnicos que charlaban animadamente. Los saludaron con la mano y se sentaron alejados de ellos.

—Pensé que tampoco querías que nos vieran juntos —soltó Owen, después de dejarle el café sobre la mesa.

El tono con el que lo dijo no era de reproche. Más bien transmitía aceptación, incluso docilidad. Laura lo notó y quiso ponerle remedio.

—Quiero que lo entiendas. No me parece oportuno que la gente...

—Lo entiendo, no te preocupes.

—Todo esto es nuevo para mí —se sinceró, notando cómo su voz empezaba a quebrarse.

—Te he dicho que lo olvides. Iremos a tu ritmo —concluyó Owen, desplegando su mejor sonrisa.

Laura lo imitó, esbozando una mueca forzada que no llegó a sonrisa.

No había que ser un lince para darse cuenta de que Owen estaba cambiando. Que cada día se esforzaba un poco más en agradarle, y eso no era justo, pensó.

—Estás muy guapa —oyó decir a Owen, en voz baja—. Te sienta bien ese rojo en los labios.

—Gracias —fue lo único que pudo decir.

Se sentía tan culpable que ni siquiera se atrevió a mirarlo a los ojos. Una culpa que había ido creciendo a lo largo de la semana, pugnando por salir, y que ya era incapaz de retener por más tiempo.

—¿Recuerdas cuando me preguntaste si estaba ocupándome de algo fuera de horas de trabajo?

—Sí —afirmó Owen, frunciendo el ceño.

—Bueno, creo que debería contarte algo.

—¿Estás bien? —preguntó, al ver su cara seria.

—Sí. Escucha. Yo...

El timbre de un teléfono sonando paró en seco a Laura. Era el de Owen.

Después de mirar quién llamaba, se disculpó con un gesto y se levantó de la mesa para hablar en privado. Laura lo observó pasear de un lado a otro de la sala escuchando a su interlocutor, con la mano libre acariciándose el mentón. Le pareció que la conversación iba para rato cuando lo vio detenerse y apoyarse en la máquina de los sándwich.

Frustrada por la intromisión, que había interrumpido su arrebatado de sinceridad, lanzó un largo suspiro y, arrellanándose en la silla, metió las manos en los bolsillos de la bata.

—¡Joder! —exclamó para sí, sacando dos sobres arrugados.

Dudó en abrirlos.

¡Qué demonios!, pensó, se distraería un poco leyendo halagos a su carrera y currículums inflados.

Así era la carta que le enviaba el tal Oswaldo desde Argentina, una retahíla interminable de lisonjas redundantes, con las que pasó vergüenza ajena, y una trayectoria profesional que para muchos quisieran científicos consagrados. La dobló sin terminar de leer y la guardó en el sobre. La entregaría en administración y se olvidaría de ella. La otra carta le llamó más la atención. Era la que venía sin remite desde Nome, Alaska. Dentro encontró varios folios pulcramente escritos a mano, con una caligrafía inclinada, angulosa y con óvalos abiertos, que le resultó tremendamente

familiar. Había estudiado grafología como hobby, y, según lo que recordaba, aquella letra pertenecería a una persona de cierta edad, culta, creativa, extrovertida y generosa. Ojeó los folios y no le pareció que contuvieran ningún currículum. Sin más preámbulos, y después de comprobar que Owen seguía hablando por teléfono, se dispuso a leerla. Tras el encabezado, fechado tres semanas atrás, comenzaba con un saludo. Un saludo que conocía muy bien.

"Hola, pequeña".

Era del profesor Lébedev. Lo que seguía la dejó helada.

"Siento no haber podido comunicarme antes contigo vía e-mail, pero toda precaución es poca, teniendo en cuenta la importancia de lo que voy a contarte".

Leyó con la boca abierta la mitad de la carta. Y así la encontró Owen, tan absorta que se asustó al escuchar su voz.

—Bueno, ya estoy de vuelta. ¿Estás bien?

—¡Ohh, sí, sí! —contestó Laura, levantando la vista de la carta.

—Era mi madre —prosiguió Owen—. Ya te conté que se había mudado a otra casa después de la separación. Me tiene loco con el asunto de... ¿Qué estás leyendo?

Laura dudó un instante. Una fracción de segundo. Lo imprescindible para determinar que, antes de decidir si compartiría esa información con él, primero necesitaba terminar de leer la carta.

—Nada importante —contestó azorada, doblando los folios con nerviosismo antes de guardárselos en el bolsillo de la bata—. Se me ha hecho tarde. Tengo que volver al laboratorio.

—¿Seguro que estás bien?

—Claro, claro —resolvió, levantándose de la mesa precipitadamente y saliendo de la sala de descanso.

Ya en el laboratorio, a solas, volvió a sacar los folios manuscritos por el profesor y terminó de leerlos. Lo que allí le contaba le pareció increíble. Ahora entendía muchas cosas. Incluido el asunto de las muestras biológicas que, con tanto misterio, le pidió que analizara. También la cautela con la que el profesor manejaba el asunto. Hubiera

necesitado mucho tiempo para pensar en ello y digerirlo adecuadamente, pero no lo tenía, ya que su mentor le pedía que viajara inmediatamente a Alaska. Se levantó del taburete donde se había sentado, junto a la ventana, y paseó nerviosa por el laboratorio. ¡Dios mío, hace una semana! Se dijo en voz baja, recordando el tiempo que llevaba la carta en su mochila. Tengo que ir, decidió de pronto, si me necesita debo hacerlo. Revolvió sin miramientos en los cajones hasta que encontró lo que buscaba, una libreta roja con goma que le habían regalado y que jamás había usado. El profesor había dedicado casi la mitad de la carta a explicar, con sumo detalle, cómo llegar hasta donde él estaba. No era fácil, según le ponía, ni barato, por eso el profesor le indicaba el número de su tarjeta de crédito y su clave para que hiciera uso de ella. Cuando terminó de anotar todos los datos en su libreta, cerró los ojos y se llevó las manos detrás de la nuca. Su cabeza bullía como una olla exprés. El tomarse unos días en el trabajo no era problema, incluso un par de semanas si era necesario; el verano pasado sólo disfrutó de la mitad de las vacaciones y jamás, desde que estaba en el instituto, había faltado un día. No tendría que elaborar complicadas justificaciones, sería fácil. Lo que le preocupaba era Owen. El asunto del profesor, y ahora ese viaje, estaban interfiriendo en su ya complicada relación. Intuía que, si se largaba sin darle explicaciones convincentes, se levantaría entre ambos un muro insalvable, casi definitivo. Ella creía en las relaciones sin secretos, en las que reinaba la confianza, y estaba dilapidando sus principios. Además, estaba el asunto de viajar sola. Lo había hecho muchas veces, por supuesto, pero no en un viaje como aquel. Estaba aterrada. Asaltada por una angustia repentina y un sentimiento de culpa, el pecho le subía y le bajaba tratando de llenar sus pulmones de aire. Decidió analizar la situación con objetividad, sosiego y madurez. Lo que se esperaba de una persona con su preparación e inteligencia. Al cabo de unos segundos se dio cuenta de que tenían razón todos aquellos que aseguraban que: una cosa era lo que nos dice la cabeza, y otra muy distinta lo que nos dicta el corazón. Poco tardó, este último, en convencerla. ¡Dios, me gusta tanto Owen! Se lamentó. No quiero perderlo. Al fin y al cabo, hace un rato estaba dispuesta a compartir con él el tema de los análisis que me encargó el profesor, continuó autoconvenciéndose. No es preciso contarle todo, sólo lo suficiente para sentirme mejor. Ésa era la solución, determinó, hacerle partícipe de parte

de la información, pero no de tanta como para traicionar al profesor. Ni siquiera le contaría lo de Alaska, le diría que Lébedev la reclamaba en Moscú. ¡Joder! Exclamó, cayendo como un fardo sobre el taburete, sólo pensar en el viaje que le esperaba le temblaban las piernas. Pero debía mantenerse firme. Superar sus miedos. Ya era mayorcita.

Se empezaba a dibujar una mueca de determinación en su rostro cuando se abrió la puerta. Laura entonces dio un respingo, a punto estuvo de caerse de la silla. Era Owen.

—Cariño, a ti te pasa algo y quiero que me lo digas.

Al ver los hermosos ojos azules que la observaban, y sentir las manos que estrechaban las suyas, Laura se olvidó de sus razonamientos.

—Tengo que ir a Alaska —le dijo finalmente, balbuceando igual que una niña—. Y quiero que tú me acompañes.

8 - LOS CABEZAS DE FUEGO

*Hace 16000 años.
En algún lugar de lo que hoy es la Siberia oriental.*

Montaña había tomado una decisión: tendrían que marcharse lejos, y no hacerlo solos.

Tras los dramáticos acontecimientos que habían llevado a la muerte a todas las mujeres jóvenes y niños, los que quedaban en el poblado se habían sumido en una profunda tristeza; y, después de que su jefe les hubiera expuesto con crudeza su futuro inmediato, también en una alarmante preocupación. Hubo quien dudó, incluso quien estuvo en contra.

—Sabemos que el clan de Caballo Veloz está a unos pocos días de camino —argumentó Brazo de Piedra.

—Sí, aunque en la dirección en la que se pone el sol, la misma de la que vienen los Caraplanas. Quizá hayan tenido suerte y no se hayan topado con ellos, pero no podemos arriesgarnos. Es más seguro ir en la otra dirección —explicó Montaña.

—Los Cabezas de Fuego no son de los nuestros. ¿Cómo sabes que nos aceptarán? —receló Oso Gris.

—Hace muchos inviernos, cuando yo era una joven fértil, tuvimos un intercambio —intervino Media Luna, apoyando a Montaña.

—Lo sabemos —replicó Oso Gris, menospreciando la observación—. Y también sabemos que los hijos que nacieron de aquellas uniones iban en contra de nuestro pueblo. Lo dice el Gran Relato, por eso son tabús.

—Tienes razón —confirmó Media Luna—. Yo misma lo vi con mis propios ojos. Los hijos que parimos no eran de los nuestros, ni de los suyos, por eso tuvimos que...

—¡Basta de palabrerías! ¡No hay tiempo! ¡Nos acechan! —exclamó de pronto Montaña, después de observar el bosque que tenían a su

espalda—. Yo soy el jefe, y digo que partamos de inmediato. Si alguien se opone puede desafiarme en combate —sentenció, mirando fijamente a Oso Gris.

—Yo estoy contigo —se oyó decir a Manos que Sanan.

—Y yo —le siguió Ala de Halcón.

—Y yo también —se sumó Gran Bramido.

—Y yo —continuaron el chamán, Raíz de Olmo, Agua de Lluvia, Brazo de Piedra... Y así hasta el último de los supervivientes.

Oso Gris, que apretaba el asta de madera de su lanza con fuerza, terminó retirando la mirada y asintiendo.

—Nos llevaremos todo lo que podamos cargar, comida, pieles, herramientas... Cuando el sol esté en lo más alto, partiremos —concluyó Montaña, alejándose del grupo que se había congregado a su alrededor.

Sobre la loma donde le gustaba otear el horizonte, sentado sobre una piedra, con su lanza y su hacha de piedra entre las piernas, Montaña meditaba. No podía estar contento, pero sí satisfecho. Al final, sus argumentos les habían llevado al convencimiento de que no tenían otra salida, y que lo mejor sería marcharse. Les había hablado de la muerte del clan: rápida si eran atacados por los Caraplanas; o lenta, cuando fueran todos demasiado viejos para cazar o recolectar alimentos. También los había disuadido de encaminarse en busca del clan de Caballo Veloz, con el que habían hecho intercambios de mujeres en el pasado, ya que su intuición le decía que, si no habían sabido de ellos en los últimos inviernos, era porque estaban todos muertos. Aun así, admitió la sugerencia de Manos que Sanan de dejar una señal en el campamento que indicara la dirección que iban a tomar. Una señal que sólo los de su pueblo entenderían. Él, sinceramente, no creía que nadie que no fueran los Caraplanas pisaría ya jamás su poblado; transigió porque sabía que aportaría esperanza, y eso era algo que iban a necesitar.

A sus enormes fosas nasales todavía llegaba el olor de aquellos malditos Caraplanas. Retazos que la brisa traía, de aquí y de allá, de una manera intermitente. Nada de lo que debiera preocuparse, de momento, ya que no se trataba de un rastro reciente. Sin embargo, estaba seguro de que eran observados desde la distancia, fuera del alcance de su olfato. Su experiencia le decía que se habían convertido en presa, y que sus cazadores no cejarían en perseguirlos hasta que hubieran acabado con el

último de ellos. No llegaba a comprender cuál podía ser el motivo de tal hostilidad, tal odio. La tierra era muy grande, había espacio para todos, y muchos animales y plantas como alimento. De hecho, ellos se habían quedado con lo mejor; entonces, ¿qué tenían en su interior que les obligaba a seguir matando? El Gran Relato no hablaba de eso. Nadie de su pueblo, a lo largo de los tiempos, desde que ellos aparecieran, había llegado a comprenderlo; y a un enemigo que no entiendes es imposible vencerlo. Por eso tenían que huir. Retirarse, como habían hecho siempre. Y esperar que los dioses, esta vez, les concedieran un futuro duradero.

Cuando el sol estuvo en lo más alto del cielo, bajó del montículo y se dirigió al poblado. Junto a la gran cabaña se encontró un montón formado por pieles, comida y herramientas: lo que les pidió que separaran. Le pareció muchísimo. Sus hombres podrían cargar con bastantes cosas, pero los ancianos apenas podrían soportar su peso una vez dejaran el llano y se encaminaran a las tierras altas de los Cabezas de Fuego. Prefirió no decir nada. Ya pensaría en algo después, lo importante era abandonar el poblado lo antes posible.

Raíz de Olmo, el chamán, fue el primero en verlo llegar.

—Hoy es un día que se incorporará a la memoria de nuestro pueblo —dijo, saliéndole al paso.

Montaña asintió. El chamán continuó hablando, esta vez en un tono más enigmático.

—No será el único. Muchos días venideros merecerán estar. Y en tus manos recaerá la responsabilidad de que nuestro pueblo siga escuchando el Gran Relato al calor de una hoguera.

—Habrá que hacer muchos sacrificios —se decidió a hablar Montaña.

—Lo sé, me lo han dicho los espíritus.

—¿Qué más te han dicho?

—Que lograrás llevar a muchos a un nuevo hogar, pero que tú no lo verás.

—Entonces moriré satisfecho —admitió, apoyando la mano en el hombro de Raíz de Olmo.

A base de resistentes cinchas, ayudándose los unos a los otros, fueron cargando los múltiples bultos conteniendo las pieles que les mantendrían calientes por las noches. Las herramientas y la comida las

metieron en macutos hechos con la piel completa de marmotas y castores, y los cruzaron sobre su pecho. Además, cada uno de los supervivientes del clan llevaba metido en su cinto un hacha de piedra; y en la mano dos lanzas, una pesada y otra más ligera. La triste comitiva, cargando lo máximo que permitían sus fuerzas, abandonó el poblado sin mirar atrás, y en absoluto silencio. Los guiaba Montaña, que era el único que conocía con certeza el camino que llevaba hasta los dominios de los Cabezas de Fuego, ya que como jefe tuvo que pasar un invierno con ellos para aprender a comunicarse. En su memoria todavía perduraba el recuerdo de aquellos días, aunque de eso hacía mucho tiempo. Esperaba que siguiera mandándolos Garra de León, un jefe prudente y sabio que comprendería el peligro que los acechaba, y con el que podría llegar a un entendimiento. Bueno, no quería engañarse, también añoraba volver a encontrarse con Cola de Ardilla, la mujer que se ofreció a darle calor durante las frías noches. Habría envejecido, ya no sería la delicada florecilla que parecía quebrarse bajo su peso, gimiendo entre sus brazos como una cría de zorro. Habría tenido hijos, varios, y su cuerpo ya no sería tan firme y suave como antes. Si aún vivía sería otra, como él, y tal vez no se reconocerían. Montaña sacudió la cabeza para espantar esos recuerdos tan inoportunos, y miró atrás. Le tranquilizó lo que vio. Gracias a la suave brisa y al terreno llano, la comitiva caminaba a buen ritmo, sin que notara flaquear a los más ancianos, de momento. También le preocupaba que los Caraplanas los siguieran, de ahí que, de vez en cuando, levantara la cabeza y olfateara el aire.

—Puedes olerlos, ¿verdad? —oyó decir a su espalda. Era Ala de Halcón.

—Sí.

—Ahora el viento sopla a favor, ¿qué haremos cuando lo haga en contra?

—Espero que eso no ocurra.

—¿Y si ocurre? ¿Y si no estamos preparados y nos atacan? A campo abierto seremos presa fácil.

—No pienses y camina. Quiero llegar al Gran Bosque antes de que se haga de noche.

Así llamaba su clan a la colosal masa de árboles que se apretaban en la falda de la cadena de picos nevados que daba paso a la Ruta de los Hielos, la que había que seguir para llegar hasta las tierras de caza de los

Cabezas de Fuego. Allí, entre los altos abetos y pinos, sobre el suelo alfombrado por hierbas bajas, esperaba que pasaran la noche, a cubierto de los fríos nocturnos y a resguardo de posibles ataques.

Y así fue.

La noche transcurrió sin incidentes, y todos durmieron calientes gracias a las gruesas pieles de lobo y oso, ya que Montaña se negó a que encendieran fuego. Él no durmió, ni la mitad de sus hombres, y el amanecer los sorprendió sentados en el suelo, con la espalda apoyada en los troncos rugosos de los árboles, abrazados a sus armas.

—Quizá nos dejen en paz —oyó decir a Ala de Halcón, a su lado.

Montaña no contestó, y siguió mirando la inmensa planicie que habían dejado atrás, atento al más mínimo movimiento, o al más sutil de los olores.

El jefe de los Caraplanas, Ojos de Serpiente, llegó al atardecer al lugar donde había decidido reunirse con el resto de sus hombres, en lo profundo del bosque, lejos del poblado de los que ellos llamaban los Grandes. Lo hacía contento. Traían la carne que les habían arrebatado a esos brutos y, además, habían conseguido abatir a varios de sus cazadores. A su hijo y heredero, Luna Llena, le había dejado la mitad de sus hombres y la parte más sencilla.

Los encontró alrededor de un gran fuego, cabizbajos. No hubo manifestaciones de júbilo, ni alborozo.

—¿Qué pasa? ¿No os alegráis de ver a vuestro jefe? Además, mirad, traemos buena carne, recién cazada. ¿Dónde está mi hijo? —preguntó al final Ojos de Serpiente, buscando en derredor.

Ninguno se decidía a hablar.

Con un pálpito en el pecho, dejó caer al suelo el gran trozo de carne que llevaba a la espalda y agarró de los brazos a uno de los cazadores zarandeándolo con violencia.

—¡Contesta! —lo apremió, escupiendo las palabras.

—Había... guerreros —mintió el cazador, con la voz temblona—. Lucharon con fiereza. Dos de los nuestros... cayeron.

Ojos de Serpiente fue aflojando la presión de sus manos poco a poco. Había entendido.

—¿Dónde está mi hijo?—preguntó finalmente, apretando la mandíbula.

—En el poblado. No pudimos recuperar su cuerpo.

—Bien, coged vuestras armas, vamos a terminar lo que empezamos —sentenció Ojos de Serpiente.

—Los Grandes se marcharon al amanecer —se atrevió a decir el cazador.

—Pero el cuerpo de mi hijo sigue allí, ¿no es así? ¡Habla! —le espetó, con la mirada incendiada.

Intimidado y avergonzado, el cazador sólo fue capaz de asentir.

Ojos de Serpiente hubiera matado de un golpe de hacha a ese miserable cobarde. Los hubiera matado a todos, pero se contuvo porque sabía que necesitaría hasta el último de sus hombres.

—Vamos —concluyó, y todos lo siguieron.

A lo lejos distinguieron la cabaña de los Grandes, y también una manada de lobos apiñados. Gruñían y se lanzaban dentelladas los unos a los otros, pugnando por la comida. Rojo de ira, cargó un venablo en su propulsor y lo lanzó contra el grupo de animales. El dardo acertó a un hermoso macho de largo pelo grisáceo, que chilló lastimero. El resto de los cazadores lo imitaron, produciendo una lluvia de flechas que dejó varios lobos muertos y puso en fuga a los demás.

Ojos de Serpiente se encaminó hacia los cuerpos con el corazón atropellado. Sabía lo que se encontraría. Había dos cadáveres, ambos destripados, con las costillas al aire y miembros arrancados. El de su hijo conservaba aún medio rostro, aunque le habían devorado ya el cuello y parte del pecho. El jefe de los Caraplanas se agachó, lo observó entre la película acuosa que se formó en sus ojos, y luego posó la mano sobre su frente. La notó helada. Un frío que no fue capaz de aplacar el fuego que sentía en su interior. Sus hombres lo miraban sin atreverse a decir nada, hasta que se levantó y, sin dirigirse a ninguno en concreto, ordenó:

—Enterradlos en el bosque, con sus armas, lejos del terreno de estos brutos. No hay tiempo para ceremonias. En cuanto terminéis, partiremos en busca de esos malditos.

—¿No volvemos a nuestro poblado? —oyó decir a uno de sus hombres.

—Son alimañas, ya lo sabéis. Son un peligro. Hay que acabar con todos —dijo, masticando las palabras, rojo de ira, enardecido por la venganza—. El rastro todavía estará fresco. Llevan ancianos, no pueden ir muy rápido. Cazaremos a los que quedan de los Grandes antes de que se

adentren en las montañas.

Ojos de Serpiente tenía razón. El pueblo de los Grandes, como ellos los llamaban, de promedio les sacaban media cabeza de altura y más del doble de corpulencia; y eso, que durante los años de juventud y mayor vigor podía ser una ventaja, se convertía en un inconveniente en los individuos de mayor edad, ya que sus piernas debilitadas por los años necesitaban transportar un peso excesivo que los ralentizaba. A pesar de ello, el clan de Montaña, o lo que quedaba de él, alcanzó a mediodía el camino que ascendía encajonado en una garganta de paredes verticales cubiertas de puntiagudas piedras. El mismo que desembocaba en un altiplano, perfecto para acampar antes de iniciar la Ruta de los Hielos, la que los llevaría hasta las tierras altas de los Cabezas de Fuego. Si no bajaban el ritmo podrían llegar a la meseta antes del anochecer, y desde ella controlar la vaguada.

Pero sus cálculos no iban a cumplirse.

El terreno fue empinándose significativamente, y el suelo llenándose de rocas cada vez más grandes. A medio camino tuvo que aligerar de bultos a los ancianos, obligando a sus hombres a tener que cargar con mucho más peso. Eran fuertes, aunque todo tenía un límite. Viendo que sería imposible alcanzar la cima antes de que oscureciera, buscaron un recodo al abrigo de los fríos vientos nocturnos y acamparon. No era un buen sitio, pero no había otro remedio.

Después de comer un par de tiras de carne seca de caballo y un puñado de bayas, Montaña, a pesar de resistirse, terminó vencido por el sueño. Dos noches sin dormir eran demasiadas. Bajo la manta confeccionada con la piel de varios grandes lobos, la misma que compartiera tantas noches con Arroyo Claro y sus hijos, Montaña se sumió en un duermevela plagado de imágenes inquietantes. Se despertó varias veces, bañado en sudor, sobresaltado por la dolorosa sensación de ser atravesado por lanzas con punta de hueso. Se agitó durante toda la noche por las pesadillas que lo torturaban, repletas de aquellos seres semejantes a ellos, con sus inocentes caras de niños y sus cuerpos delgaduchos, pintados y cubiertos de collares de dientes y plumas.

Al amanecer, cuando ya la luz violácea anunciaba en el horizonte la llegada de un nuevo día y las rapaces surcaban el cielo con vuelos de caza, Montaña tuvo el peor de los sueños. Fue tan real que sus gritos

resonaron en todo el valle. Se vio en un lugar oscuro, estrecho; donde las luces de minúsculas lamparitas de tuétano de reno alumbraban unas paredes empapadas que desprendían reflejos anaranjados. No estaba solo. Escuchaba voces, susurros. En un momento dado llegó a una gran sala, con el techo alto. Olía a animal. A un animal que todos conocían bien, y temían. De repente, saliendo de un rincón oscuro, un enorme oso se abalanzó sobre él. Sus fauces abiertas expelieron un aliento cálido y denso que llegó hasta su rostro, y sus ojos amarillos brillaron en la oscuridad igual que ascuas. Montaña intentó defenderse, interponer su pesada lanza entre él y la bestia. Pero fue inútil. El palo se quebró como si fuera una ramita ante la embestida del animal, y la punta de piedra apenas traspasó su dura piel. Le quedaba su hacha, que sacó de su cinto y empuñó con desesperación. Pero ni siquiera pudo usarla, ya que de un zarpazo, el animal, se la arrancó de la mano. La pesadilla terminó cuando el gran oso le destrozó la garganta de un mordisco.

Se despertó al faltarle el aliento. Al sentir que se ahogaba.

No quiso comentar el mal sueño con nadie. Hasta que, una vez recogieron el campamento y se pusieron de nuevo en marcha, Raíz de Olmo aceleró el paso y se puso en cabeza, a su lado. Ninguno dijo nada durante un buen trecho, hasta que Montaña entendió lo que esperaba el viejo chamán.

—El Gran Oso de Ojos de Fuego ha venido a visitarme esta noche.

Raíz de Olmo asintió, fatalista.

—Te oí gritar. Todos lo hicieron.

—Moría. Mis armas eran inútiles contra él.

—Los dioses te han contado lo que ya me contaron a mí. Te ponen a prueba.

—No fallaré a mi pueblo.

—Entonces serás recordado —concluyó Raíz de Olmo, con el aliento irregular, mirando la gran pendiente que todavía les quedaba para coronar la cima.

Llegaron al altiplano justo antes de que el sol de mediodía descargara su furia ígnea sobre ellos. Buscaron la sombra de las robustas encinas, capaces de soportar tanto el calor del verano como el frío extremo de los eternos inviernos. Bajo sus tupidas ramas, los más ancianos cayeron rendidos, boqueando por la sed y el cansancio de la

subida. Montaña ordenó a sus hombres que los ayudaran a beber de los odres, con cuidado de no atragantarse y, sobre todo, a no desperdiciar la preciada agua.

Desde allí se divisaba la garganta por la que habían subido, el amplio valle y la extensa llanura de tránsito que habían dejado atrás hacía un par de días. Con los ojos entornados, y haciendo ala sobre ellos con la mano para evitar el molesto sol, Montaña se concentró en unas diminutas sombras que le pareció que se movían. Preocupado llamó a Agua de Lluvia, el más joven de sus cazadores, y el que mejor vista tenía.

—¿Ves allá a lo lejos, esa zona despejada de árboles y matorrales?

—Sí —asintió Agua de Lluvia.

—Observa bien, y dime si distingues moverse algo.

El joven cazador no tuvo mucha dificultad en descubrirlos. Con la voz queda contestó.

—Parecen hombres. Un gran grupo.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Montaña se rascó la cabeza y miró a los ancianos derrumbados bajo la encina. Algunos dormitando, otros aún recobrando el aliento.

—¿Crees que son ellos? —quiso saber Agua de Lluvia.

—¿Quién si no?

—Cubrirán la distancia en la mitad de tiempo que nosotros. Somos demasiado lentos. Mañana nos alcanzarán.

—El poblado de los Cabezas de Fuego no está lejos. Llegaremos antes de que el sol se ponga —intentó tranquilizarle Montaña, al notar el miedo en su voz.

—¿Y luego?

—No tengo todas las respuestas.

Y era verdad que no las tenía, por supuesto, pero ésa sí. Los acompañaran o no los Cabezas de Fuego en su huída, Montaña sabía lo que debían hacer; el gran sacrificio que les esperaba si querían tener una oportunidad de sobrevivir.

—Vamos, bebe y come —animó Montaña al joven cazador—. Debemos ponernos en marcha de inmediato.

Al atardecer, cuando el sol ya rozaba la línea del horizonte en las tierras bajas y la luz doraba los pastos secos que nacían entre las rocas, el clan de Montaña divisó el hogar de los Cabezas de Fuego.

El poblado estaba formado por varias chozas, a diferencia del suyo que lo constituía una única cabaña de gran tamaño; y, a diferencia de esta última, construida con huesos y colmillos de mamut y barro seco, las de ellos estaban hechas con troncos clavados en el suelo, unidos por un extremo y luego cubiertos por pieles de animales. Las chozas se apiñaban cerca de una pared vertical que las protegía del viento, en terreno llano y junto a un arroyuelo que bajaba de la montaña. A medida que se acercaban más se sorprendían con la belleza y prosperidad de la que, aparentemente, gozaban sus vecinos. Y así era. El lugar era realmente hermoso, con vistas a las lejanas montañas nevadas y a la inmensa planicie repleta de bosques que tenían a sus pies. Y, con respecto a la comida, nunca les faltaba. Se alimentaban de frutos y bayas que les proporcionaban los árboles que por esos parajes crecían, de los huevos que cogían de los nidos de gaviotas y otras aves que anidaban entre los peñascos, y de la rica carne de los rebecos, muflones y cabras que vivían en grandes rebaños pastando la abundante hierba y los jugosos arbustos en los amplios claros de altura.

Muchos en el clan de Montaña jamás habían visto a un Cabeza de Fuego. Habían oído hablar de ellos muchas veces, aunque eso no los preparó para la sorpresa que se llevaron. Sabían que se les llamaba así porque sus cabellos eran rojos como el fuego, en contraste con una piel tan blanca como la nieve, pero nunca imaginaron que fueran tan diferentes a ellos. Les parecieron enclenques a su lado, y eso los tranquilizó, al igual que sus rostros planos y aniñados con grandes ojos azules como el cielo. Los que se asustaron fueron los Cabezas de Fuego al ver aparecer a esos gigantes de apariencia brutal. La confusión que se creó en el poblado fue tal, que en un principio el grupo de Montaña fue recibido con gritos de guerra y alguna que otra lanza volando. El malentendido se aclaró cuando Montaña les habló en su idioma para explicarles que venían en son de paz, y reclamó la presencia de su jefe.

Tras unos instantes de tensión, durante los cuales ambas tribus se mantuvieron a distancia, en una calma tensa, salió de una cabaña un hombre que portaba una larga vara rematada con la calavera de un macho cabrío. Un hombre al que Montaña reconoció inmediatamente: era Garra de León.

Con ademanes decididos y autoritarios, el jefe de los Cabezas de Fuego pidió a su pueblo calma, y les ordenó que fueran hospitalarios con los visitantes. Luego invitó a Montaña a que se acercara. Éste, después de

dejar en el suelo los bultos con los que cargaba y las lanzas, siguió a Garra de León hasta su cabaña. El interior, alfombrado con pieles de osos, era cálido gracias a un pequeño fuego donde se asaba un pedazo de carne.

—Siéntate —le sugirió Garra de León, al tiempo que se acomodaba junto a la hoguera.

A Montaña se le fueron los ojos al succulento bocado que desprendía un aroma delicioso. Llevaban dos días comiendo carne seca y bayas, e imaginar esa carne recién cazada entre sus dientes le hizo babear.

—Come —le ofreció Garra de León, a quien no pasó desapercibido el brillo de sus ojos.

Montaña adelantó la mano y, de pronto, se detuvo.

—Mi gente...

—No te preocupes, ellos comerán también. Ya he dado orden.

Montaña esbozó una sonrisa y se lanzó hacia la carne ya sin miramientos. Garra de León lo observó comer sin decir nada.

—Gracias —dijo después de tragar un generoso bocado y limpiarse los labios con el dorso de la mano—. Tenemos que hablar.

—Vienes de lejos. Y traes a tus ancianos, pero no veo a tus mujeres ni hijos —aventuró Garra de León.

—Lo que ves es todo mi clan. Los Caraplanas...

—Entiendo —le cortó Garra de León.

—Han llegado a nuestras tierras. Y pronto llegarán a las vuestras —dijo Montaña, vehemente.

—Lo han hecho ya.

—¿Cómo?

—El verano pasado teníamos concertado un intercambio de mujeres con un clan vecino, los que habitan las tierras más cercanas al mar. Pero no se presentaron. Envié una partida de hombres para conocer el motivo de su incumplimiento —explicó Garra de León, en un tono monótono, como si la historia la hubiera repetido muchas veces.

—Los habían matado —aventuró Montaña.

—Hombres, mujeres, niños, ancianos... A todos. No tenemos sus armas, ni vuestra fortaleza. Somos presa fácil para ellos.

—¿Crees que aquí estáis seguros? —preguntó Montaña, sin mucho convencimiento.

—Un grupo de los Caraplanas os siguen. Mis rastreadores os vieron

ayer... Y a ellos.

—Lo siento.

—Nos hubieran encontrado tarde o temprano. Sólo era cuestión de tiempo.

—Entonces, ¿qué piensas hacer con tu pueblo?

—¿Y tú con el tuyo?

—Debemos huir. Juntos. Y encontrar otras tierras lejanas donde asentarnos.

—Nos encontrarán. Siempre lo hacen.

—Es posible, pero si eso sucede estaremos a salvo.

—¿A salvo? ¿Cómo?

—Escucha con atención, y no me interrumpas hasta que termine.

—Sospecho que vas a decirme que tendremos que hacer sacrificios.

—Amigo, tendremos que hacer el mayor de todos.

Montaña no tardó mucho en explicar a Garra de León su desesperado plan. Cuando terminó, el jefe de los Cabezas de Fuego se levantó y paseó dentro de la cabaña con las manos cogidas a la espalda. Tras lanzar un profundo suspiro habló.

—Soy el jefe del clan. Su guía. Aquél a quien acuden cuando no llueve, o llueve demasiado. Cuando el invierno se alarga o el verano se acorta. Siempre que hay algún problema vienen a mí para que lo resuelva. A veces lo hago y a veces no, pero jamás dejo de intentarlo; por eso sigo siendo su jefe, porque confían en que haré todo lo posible para que nuestro clan prospere.

—Eres un buen jefe —se animó a decir Montaña, aprovechando el silencio que se produjo.

—Tu clan ha aceptado el sacrificio, y lo entiendo, vuestras mujeres han muerto. Pero lo que nos pides a nosotros...

—Hablo de futuro. De que las generaciones venideras vivan sin miedo. Tendremos que romper tabús, lo sé. Y quizá nuestros dioses se enojen con nosotros. Pero no encuentro otra solución. ¿Y tú?

Garra de León buscó un rincón alejado del fuego y se sentó, a oscuras, con la cabeza vencida.

—Tengo que pensarlo —se le oyó decir.

—Hazlo. Pero no tardes en tomar una decisión. Tenemos que marcharnos.

—Lo haré.

—Otra cosa —añadió Montaña, cerca de la puerta, antes de salir.
Garra de León levantó la cabeza para mirarlo.
—¿Cola de Ardilla, aún vive?

SEGUNDA PARTE

9 - UN BAR DE DIBUJOS ANIMADOS

—¿Tú qué piensas? ¿Creían en dioses? ¿En el más allá?

—¿Cómo dices?

—Los neandertales. Aquí dice que no —concretó Owen, mostrándole la portada del libro que estaba leyendo.

Laura salía de un sueño ligero, y tardó unos segundos en enfocar con claridad.

—Ese libro es una mierda. ¿De dónde lo has sacado?

—Estaba en la biblioteca del laboratorio.

—Debiste coger el del profesor Lébedev.

—Lo hice. Ya lo he leído mientras tú dormías.

—¿Cómo?

—Estamos llegando.

—¡Joder! —exclamó Laura, con la cara pegada a la ventanilla del avión.

El estrés de las últimas horas la dejó agotada. Después de que encontrara la carta que el profesor Lébedev le había enviado, todo se desarrolló con una celeridad asombrosa. Primero habló con el director del instituto de Leipzig, su superior directo, y le pidió un permiso de una semana para ella y su ayudante, que, como suponía, no tuvo problema en conseguir; luego, siguió al pie de la letra las instrucciones que había anotado en su libreta y reservó un par de pasajes a Anchorage, Alaska, logrando milagrosamente vuelo para ese mismo día. La urgencia con la que se movió, motivada en parte por la culpa y en parte por curiosidad, le dejó poco tiempo para la reflexión. Owen y ella llegaron al aeropuerto por separado, después de haber pasado por sus respectivos apartamentos para hacer un equipaje de emergencia. Sólo se relajó, relativamente, una vez subió al avión y tomó asiento. A Owen no quiso engañarle, sabía lo dañina que era la mentira en las relaciones y ella deseaba que la suya no empezara a crecer sobre una base tan indeseable. Le pareció que una

solución razonable era ocultarle parte del relato, y esperar hasta encontrarse con el profesor para que fuese él quien se lo contara por completo. No era un plan perfecto, pero fue lo único que se le ocurrió para mantener la promesa a Lébedev y no dilapidar del todo su futuro con Owen. Esperaba que, tanto uno como otro, llegado el momento, supieran entenderla y perdonarla.

—Bueno, ¿qué me dices?

—Sobre qué.

—Los neandertales. ¿Qué piensas? ¿Eran como nosotros o no?

—En parte sí y en parte no.

—Te escucho.

—Vaya, parece que te has tomado en serio todo esto.

—Si a ti te interesa, a mí también —zanjó Owen, cerrando el libro y cruzando los brazos.

Laura se reacomodó en el asiento y lo miró directamente a los ojos, sin poder evitar que se notara que estaba encantada.

—Verás —comenzó a decir, con voz didáctica—. Existen dos tipos de antropólogos: los que ven a los neandertales como una especie primitiva con la que no quieren tener nada en común y a la que niegan toda capacidad humana, y aquellos que los contemplamos con cierta... simpatía.

—¿Simpatía?

—Quizá ésa no sea la palabra adecuada —admitió Laura, posando el índice sobre sus labios, pensando—. Fascinación —dijo finalmente, satisfecha—. Eso es: fascinación. Como sabrás, si has leído el libro del profesor, no son nuestros antepasados. Nos separamos de ellos hace varios cientos de miles de años, y seguimos caminos independientes. No son nuestros abuelos. Si quieres, podemos decir que son nuestros primos.

—Ya decía yo que mi prima Lynda era bastante bruta —se mofó Owen.

Laura no cayó en la provocación infantil y continuó, entusiasmada con poder hablar de su tema favorito.

—La evolución humana es extraordinariamente complicada. No la conforma una sola línea, sino muchas. Podríamos compararla con un gran árbol. Venimos del mismo tronco, pero luego nos dividimos en ramas. Muchas ramas. Algunas progresaron y otras llegaron a callejones sin

salida o se extinguieron. Sólo unas pocas lograron alcanzar una gran longitud. Y, finalmente, quedó la nuestra.

—Un árbol con una sola rama. Una imagen un poco triste —meditó Owen—. Pero no me has contestado a lo que te había preguntado.

Laura arrugó el entrecejo.

—¿Tenían dioses? ¿Creían en la vida después de la muerte? ¿Pensaban en el futuro o vivían al día?

—Umm, ése es un tema controvertido —suspiró Laura, retirándose el pelo de la cara, coqueta—. La ausencia de representaciones artísticas da pie a los detractores de los neandertales para afirmar que carecían de pensamiento simbólico; vamos, que eran unos necios que no miraban más allá de sus narices. Con respecto a los enterramientos encontrados en cuevas, opinan que no se realizaron porque tuvieran compasión hacia el muerto ni creyeran en el más allá, sino por una cuestión de orden práctico: simplemente no querían convivir con un cadáver pudriéndose, o dejarlo fuera para que atrajera a las fieras.

—¿Y tú? ¿Qué opinas?

—Yo, al igual que el profesor Lébedev, creo firmemente que sí. No tengo ninguna duda de que tenían sentimientos y emociones, que lloraban a sus muertos y creían en algo más grande que ellos mismos. En dioses, en el Sol, en la Luna... ponle el nombre que quieras, eso da lo mismo. Fueron pioneros en descubrir el mundo y su propia existencia.

—Bueno, los enterramientos hallados en Siberia parecen apoyarlo.

—Sí —afirmó Laura, asomada a la ventanilla.

—Ha sido un hallazgo increíble. Tú amigo el profesor estará muy contento —opinó Owen, cogiéndole la mano.

—Claro —balbuceó Laura, incómoda ante la posibilidad de una pregunta que la obligara a mentir.

—No se me quita de la cabeza —dijo de pronto, revolviéndose en el asiento—. ¿Qué demonios hace en Alaska? ¿Y qué es eso tan importante que quiere enseñarte? No me digas que no es extraño.

—Él es así. —contestó, lacónica, sacando su libreta para disimular.

Había leído un montón de veces las instrucciones que había anotado del profesor, y esa vez seguían siendo las mismas. Miró su reloj. Aterrizarían en una hora. Después de un cambio de avión en Fráncfort, una escala en Chicago y todo un día viajando, por fin llegarían a su destino. Previendo que acabarían destrozados, Laura había alquilado una

habitación en un hotel situado en el centro de Anchorage. La idea era tener un lugar en el que pudieran dormir en condiciones, al menos unas cuantas horas, darse una ducha y cambiarse de ropa. Intentar llegar del tirón hasta donde estaba el profesor hubiera sido una locura; además, quería estar fresca y con todos los sentidos en perfecto estado cuando se encontrara con su mentor.

—Menos mal que tendremos tiempo para descansar —oyó decir a Owen, que pareció adivinar sus pensamientos—. Tengo el culo cuadrado. ¿Es bueno el hotel?

—Un cuatro estrellas. No había otra cosa.

—Cojonudo. En la cama sábanas limpias y servicio de habitaciones. ¿Sabes lo que dicen de los viajes?

Laura se encogió de hombros y adelantó el labio inferior, infantil. Había empezado a reconocer cuándo Owen usaba insinuaciones sexuales, y le gustaba seguirle el juego.

—Que tiene en las parejas un efecto afrodisíaco.

—¿Sí? ¿También en las que llevan un día entero viajando en avión?

—Mmm —ronroneó Owen, seductor—. En esas especialmente.

La voz del piloto, avisando de que tomarían tierra en breve, los sorprendió besándose y manoseándose debajo de la manta.

Media hora más tarde bajaban del avión y se dirigían a la zona de recogida de equipajes. Laura odiaba ese momento porque siempre tenía el presentimiento de que su maleta sería extraviada. No fue así, y después de esperar un buen rato pudieron salir del aeropuerto. Nada más cruzar las puertas de cristal que daban paso al aparcamiento fue consciente de que no había cogido la ropa adecuada, y Owen también.

—¡Joder! ¡Hace un frío de cojones! —exclamó, abrochándose la cazadora de cuero.

—Tomemos un taxi, rápido —lo apremió Laura, aterida bajo la fina tela de su chaqueta.

Tuvieron suerte y no esperaron mucho en la cola que se formó para hacerse con un transporte. El taxista que les tocó, un hombre alto y delgado con camisa de cuadros, tomó sus maletas, las introdujo en el enorme maletero de su cuatro por cuatro y, una vez todos estuvieron acomodados dentro, solicitó la dirección. A Laura le castañeteaban los dientes y le costaba hablar, por eso le enseñó la hoja de la reserva en la que figuraba el nombre del hotel y la calle.

—No son de aquí, ¿verdad?

—Yo soy de Florida, y ella de España —contestó Owen, masajeando sus manos heladas.

—Ahora entiendo —dijo el taxista, poniendo el motor en marcha.

—Pensé que estaban en verano —apuntó Laura, atemperándose gracias a la calefacción del vehículo.

—Aquí los veranos no son como en su país, señorita —contestó el taxista, mirándola a través del retrovisor—. Además, se está terminando lo bueno. Pronto llegará el frío.

—¿El frío? —intervino Owen—. ¿Acaso ahora le parece que hace calor?

El taxista soltó una carcajada.

—No es asunto mío, pero si van a pasar aquí unos días espero que hayan traído ropa de abrigo.

Laura y Owen entornaron los ojos intentando recordar qué demonios habían metido en sus maletas. El agudo taxista entendió sin que le contestaran.

—No se preocupen, cerca de su hotel hay unas magníficas galerías comerciales. Allí podrán comprar todo lo que necesiten.

—Gracias —dijo Laura.

—¿Trabajo o placer?

—Trabajo.

—Esta tierra es muy hermosa. Busquen algún momento para disfrutar de ella —recomendó el taxista—. Sólo andar por la ciudad con las montañas nevadas al fondo es una delicia. Y, si pueden, visiten el Tony Knowles Coastal Trail, es un largo paseo que recorre la parte oeste de la ciudad; tiene unas vistas preciosas del brazo de Turnagain y, desde la parte sur, puede verse el centro de Anchorage. La mejor hora es el atardecer.

—Nos lo apuntamos. Pero antes tendremos que abrigarnos bien —intervino Owen, con cierta sorna.

—Claro, no lo olviden.

Laura pensaba en que ese hombre tenía razón, no había visto nada como aquella ciudad. Había viajado bastante por todo el mundo, pero esa sensación de calma que le transmitían las imágenes que recibía a través de la ventanilla no la había experimentado nunca.

Veinte minutos más tarde llegaban al hotel. El taxista, después de sacar las maletas del coche y cobrar el servicio, les dejó una tarjeta.

—Pueden llamarme a cualquier hora. A veces no es fácil encontrar taxis libres. Sobre todo cuando hay tormenta.

—¿Tormenta? —preguntó Owen, mirando preocupado el cielo.

—Aquí nunca se sabe, amigo.

—Muchas gracias —resolvió Laura, con urgencia, imaginando una cálida y cómoda cama con sábanas limpias—. Y ahora, vamos dentro antes de que pierda las orejas.

El taxista volvió a reír, se metió en el coche y desapareció entre el tráfico.

No había ningún cliente en la recepción y no tardaron más que unos minutos en registrarse. El empleado, un joven alto y rubio con los ojos azules, fue extremadamente amable; incluso empalagoso para el gusto de Laura. Insistió en que un botones los acompañara a la habitación, y no paró hasta que se llevaron un plano de la ciudad y varios folletos donde se recomendaba qué hacer en Anchorage.

—Se nota que no ven muchos turistas por aquí —cuchicheó Owen, según iban hacia el ascensor.

La habitación estaba en la tercera planta y era magnífica. Daba al Este y, desde el amplio ventanal, se divisaba una estampa de postal.

—¡Guauu! —exclamó Owen, apoyado en el marco de la ventana—. Dale una propina al joven, yo no llevo suelto.

—No es necesario —dijo el botones, un chico de unos veinte años y cara agradable—. Si necesitan cualquier cosa sólo tienen que llamar. Espero que tengan una feliz estancia.

—Oh, yo también —añadió Owen, lanzándose sobre la cama.

Laura le dirigió una mirada asesina y luego despidió al botones con un "gracias" sincero.

—No estés tan tensa y tratemos de divertirnos un poco.

—No hemos venido a divertirnos. Además, estoy hecha polvo.

—¿Has dicho que quieres echar un polvo?

—Maldita sea, Owen, a veces eres...

—Vamos, era broma.

—Quiero descansar un poco —dijo Laura, dejando la mochila de mala gana sobre el escritorio que había junto a la ventana—. Luego saldremos a comprar ropa de abrigo y a contratar el transporte para mañana.

—Aún no me has dicho adónde vamos —preguntó Owen, mientras

empezaba a desnudarse.

—Tampoco lo sé. Únicamente tengo las coordenadas que me dio el profesor.

—Menudo misterio es todo esto. Fiuuuu —susurró, al tiempo que movía las manos y simulaba un viento tenebroso.

—Basta de charlas y de bromas —zanjó Laura, quitándose la ropa y dejándola sobre el respaldo de la silla—. ¿Me vas a dejar dormir?

—Te has pasado la mitad del viaje haciéndolo.

—Ya, ¿y qué? Será el *jet lag*.

—Vale, vale, ya me callo. ¿No me ves? Ya estoy dormido como un bebé —se burló Owen, adoptando una posición fetal en la cama con el pulgar en la boca.

—Lo digo en serio —recalcó Laura, sólo con las bragas, sentada en la cama.

Owen, con los ojos cerrados, fingió roncar.

Nada más meterse bajo las sábanas, él la abrazó por detrás y comenzó a respirar cerca de su oreja. Luego hizo resbalar la mano por sus pechos y su vientre, con suavidad, como si fuese casual. Laura no protestó, aquello era demasiado placentero. A continuación notó cómo se quitaba los calzoncillos y se apretaba contra ella. Se le cortó la respiración al sentir sus labios jugueteando con su oreja y el calor y la firmeza de la erección contra sus nalgas. Ésa no era la idea, necesitaba descansar, pero cómo convencer de eso a su piel, a su sexo. Su cuerpo se rebelaba, imponiéndose a una voluntad que se resquebrajaba por segundos. Unos hábiles dedos le bajaron las bragas y comenzaron a explorar sus íntimos pliegues, lubricados por un deseo ya imposible de detener.

—Me prometiste que dormiríamos —musitó Laura. La Laura cerebral y disciplinada, la que estaba perdiendo la batalla.

Casi sin darse cuenta, convertida en instinto, Laura buscó su boca y se fundió en un beso profundo y febril. Sus lenguas jugaron una danza lenta y extremadamente erótica mientras sus manos se llenaban de carne. Con la respiración alterada y el corazón bombeando al máximo, invadida por el deseo más profundo, restregó su pubis contra el palpitante pene de Owen, invitándolo a que la penetrara. Él no lo hizo inmediatamente. Se hizo de rogar, sumiendo a Laura en la desesperación. Gimiendo y retorciéndose, casi suplicándole, la dulce Laura, la inexperta Laura, la

inocente Laura..., desapareció por completo, sustituida por una Laura sexual y salvaje; una Laura que tomó el control, agarrándolo de los hombros, colocándolo de frente y subiéndose a horcajadas sobre él.

—Vaya, esto es nuevo —dijo Owen, complacido, poniendo las manos bajo la nuca.

Laura no contestó, no podía. Con los ojos muy abiertos, y ayudándose con la mano, se introdujo el pene.

No fueron lentos, no fueron suaves; los movimientos de pelvis de Laura se asemejaron más a una impetuosa y descontrolada galopada sobre un brioso corcel, que al ondulante y sutil bamboleo sobre un velero. La carrera no duró mucho. Al poco de iniciarse ambos experimentaron el éxtasis. Se *corrieron* casi al tiempo, pero a Laura le duró más el orgasmo. Con la espalda arqueada y las manos cogidas a los tobillos de él, convulsionó durante unos segundos, emitiendo unos gemidos que Owen no había escuchado jamás.

—¡Joder!

—Tenías razón —logró decir Laura, cuando recuperó el aliento.

—¿Cómo dices?

—Los viajes. Parece que es verdad eso de que tienen efectos afrodisiacos en las parejas.

—Ya te digo —asintió Owen, secándose el sudor de la frente con la sábana.

—Bueno, ahora a dormir —sugirió Laura de pronto, recuperando el control su lado racional.

Apenas apoyó la cabeza en la almohada se sumió en un sueño profundo, ausente de imágenes y de remordimientos: el sueño de bebé más parecido que un adulto pueda tener.

Se despertó a las tres horas, cuando la luz dorada del atardecer entraba por el amplio ventanal. A través de unos ojos a medio abrir descubrió a Owen sentado, leyendo en una cómoda butaca junto al escritorio.

—¿Qué haces? —preguntó Laura, con la voz pastosa.

Owen, sobresaltado, cerró el libro y lo dejó encima de la mesa antes de contestar.

—El *jet lag*. No podía dormir. Me duché y luego busqué algo para leer —dijo, cogiendo de nuevo el libro y mostrándole la portada.

Laura reconoció la novela. Era suya, la había metido en la mochila

junto a la libreta antes de salir de Alemania. Por un instante sintió pánico al pensar que Owen hubiera dado con la carta del profesor, pero enseguida se acordó que la había destruido en un arrebato de exceso de celo. Aun así no le gustó la idea de que él hubiera cogido algo de su mochila sin su permiso, y se levantó de la cama de malos modos.

—¿Quién te ha dado permiso para hurgar en mis cosas?

—Oh, lo siento —se disculpó Owen, levantando ambas manos—. Terminé mi libro y recordé que dijiste que habías traído uno. No he "hurgado" en tus cosas —recalcó molesto—. Me moría de aburrimiento y no quería despertarte. Sólo eso.

Laura recapacitó. Owen tenía razón, se había pasado.

—Perdona, soy un poco "quisquillosa".

—Vale, vale. Disculpas aceptadas.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó, desperezándose.

Owen arrugó el entrecejo.

—La novela —concretó, señalando con el dedo.

—¡Ah! Bien. Me gusta el título: "La Selva Pálida". Llevo pocas páginas, pero prometo. Me ha sorprendido que leas este tipo de libros.

—¿Por qué?

—Pensé que la ficción no estaba entre tus lecturas favoritas.

—¿Acaso conoces todo lo que me gusta? —preguntó Laura, retórica.

Owen arrugó el morro y ojeó la portada.

—No me suena el autor.

—Pues, anótalo, te lo recomiendo. Y ahora voy a darme una ducha. Es muy tarde y tenemos muchas cosas que hacer —concluyó Laura, saltando de la cama después de mirar el reloj.

Tardó diez minutos en salir del baño, y cinco en vestirse. Escogió la ropa más abrigada que llevaba en la maleta: pantalones vaqueros, deportivas de media caña, camiseta y jersey de lana. Por encima se colocó la chaqueta cruzada de paño fino que ya había demostrado su poca eficacia frente al frío de Alaska. Lo que Owen eligió no ofrecía mejores garantías; de entre las prendas, sólo una bufanda de lana alrededor del cuello, sobre la cazadora de cuero, dejaba entrever que vestía ropa de invierno.

—Vamos a necesitar de todo —afirmó Laura.

—Paga el profesor, supongo.

—Me temo que no. Me dejó los datos de su tarjeta, no su tarjeta. He

podido usarla para el hotel y el viaje. En una tienda no servirá.

—Pues yo he venido con lo puesto —admitió Owen, poniendo cara de inocente al tiempo que daba la vuelta a los bolsillos de su pantalón.

—No te preocupes. Esto corre de mi cuenta.

—Genial. Entonces, ¿a qué esperamos?

Según les informó el atento recepcionista, las galerías de ropa se encontraban muy cerca del hotel, como les dijo el taxista, a un par de manzanas conforme salían a la derecha. El trayecto, por tanto, fue corto; sin embargo, suficiente para que se hicieran una idea de lo que necesitarían comprar. Asesorados por una simpática dependienta de amplia sonrisa, se equiparon con pantalones acolchados, botas de alta montaña, forros polares, gorros, dos pares de guantes, uno fino y otro más grueso, y un anorak con capucha de pelo natural que les cubría hasta más abajo de la rodilla. A la hora de pagar, aunque la cuenta llegaba a las cuatro cifras, a Laura no le pareció caro teniendo en cuenta la magnífica calidad de las prendas.

—Bueno, además de evitar que muramos de frío, serán un buen recuerdo de Alaska —apuntó Laura, entregando su tarjeta de crédito a la dependienta.

—Espera. Me gustaría que añadieras esto —oyó decir a Owen.

—¿Y tú, para qué demonios quieres una navaja?

—Vamos, será otro recuerdo. Además, piensa, estamos en Alaska. ¿No conoces la película "El desafío"?

A Laura no le sonaba. No veía mucho cine, no tenía tiempo. Owen continuó.

—Sí mujer, es ésa en la que Anthony Hopkins, un multimillonario muy inteligente, decide acompañar a su joven esposa, Elle Macpherson, que es modelo, a una sesión de fotos en Alaska. Es muy buena. Vamos, ¿aún no te acuerdas?

—Pues no.

—Viaja también un cotizado fotógrafo interpretado por Alec Baldwin. Y bueno, no te la voy a contar entera pero... Digamos que hay una historia de cuernos de por medio.

—Ya —asintió Laura—. ¿Y eso qué tiene que ver con la navaja?

—Resulta que, en un momento dado, se produce entre los tres un intercambio de regalos, y el fotógrafo le entrega al millonario una navaja muy parecida a ésta.

—Ah, estupendo —soltó Laura, algo defraudada.

—Escucha —continuó Owen, animado—. Cuando el fotógrafo quiere localizar a un indio, un auténtico indio ya me entiendes, no uno de pega, la avioneta en la que viajan sufre un accidente y quedan perdidos en mitad de la inhóspita Alaska. Para que te hagas una idea, la película cuenta una historia de traición y supervivencia, y la navaja es parte muy importante en ambos casos.

—Magnífica película. Tiene que verla —intervino la dependienta, sacando la navaja de la caja—. Además, el caballero tiene buen gusto: cachas de hueso tallado y acero de Damasco, toda hecha a mano.

—Ya veo —se sorprendió Laura, al ver el precio que colgaba de una etiqueta.

—Vale, vale, la dejaré —concluyó Owen, infantil, cogiendo la navaja de las manos de la dependienta y metiéndola de nuevo en la caja.

Laura dudó. Owen a veces se comportaba como un crío, y era entonces cuando más sexi le parecía.

—De acuerdo —recapituló Laura, antes de que la dependienta devolviera la navaja a la vitrina—. Cóbrela también.

Atardecía definitivamente cuando salieron de las galerías comerciales, llevando en bolsas sus antiguas ropas. Preocupada, Laura sacó su libreta y marcó el teléfono de la agencia de avionetas que le había indicado el profesor. El hombre que la atendió le dijo que si se daban prisa aún la encontrarían abierta, pero que cerrarían en media hora. No se lo pensó dos veces y buscó la tarjeta que le había dado el taxista. Al segundo timbrazo descolgó. Les prometió que los recogería en cinco minutos. Tardó diez.

—Tenemos menos de veinte minutos —lo apremió Laura, mientras se introducía en el coche, después de mostrarle la dirección.

—No se preocupe, señorita, llegaremos en quince. Dentro de poco todo el mundo estará en sus casas y las carreteras serán sólo para nosotros —la tranquilizó el taxista—. Veo que me hicieron caso y han comprado ropa de abrigo. Mucho mejor ahora, ¿verdad?

—Uff, desde luego —confirmó Laura.

Nada más recorrer un par de calles, al salir a la vía principal que recorría la ciudad de Este a Oeste, se encontraron un atasco.

—Todas las carreteras para nosotros, ¿eh? —se quejó Owen.

—Es muy raro. Puede que se trate de un accidente —intentó

justificarse el taxista—. Seguro que se despeja enseguida.

Pero no se despejó hasta pasado un buen rato, y llegaron a la puerta de la agencia justo cuando un hombre de mediana edad, regordete y con poco pelo, se disponía a echar los cierres. Laura saltó del taxi apenas se detuvo.

—Pueden dejar las bolsas dentro, los esperaré —dijo el taxista a Owen, antes de que saliera del coche también.

Hecha un manojo de nervios, Laura asaltó al hombre que, agachado, echaba la llave a un candado.

—Perdón, ¿puede atenderme un minuto?

El hombre se incorporó trabajosamente y la miró de arriba abajo.

—Hablé con usted por teléfono hace unos minutos.

—Ah, sí. Recuerdo que le dije que cerraba en media hora.

—Bueno, hemos venido lo antes posible, pero el tráfico...

—¿Tráfico? A estas horas todo el mundo está en sus casas —discrepó el hombre, dispuesto a marcharse.

—Por favor —suplicó Laura, interponiéndose en su camino—. Necesitamos alquilar una avioneta.

—Claro, es lo que se suele hacer en esta oficina... en horas de oficina —puntualizó el hombre, burlón.

—Ya, lo siento, no hemos podido llegar antes. Es urgente. ¿No podría hacernos el favor...?

—¿Urgente? ¿Cómo de urgente?

—Mucho.

—Señorita. Se avecina mal tiempo. No reservamos vuelos hasta la semana que viene —dijo el hombre, condescendiente.

—¡Eso no es posible!

—Claro que lo es —contestó el hombre, impaciente por irse.

—Déjalo —intervino Owen, al ver la cara de desesperación de Laura—. Habrá agencias de vuelos privados a patadas, y con mejor pinta que ésta —rubricó, señalando la fachada y el rótulo algo gastado de las oficinas.

—¡Oiga, qué ha querido decir con eso! —se indignó el hombre.

Laura intervino.

—Owen, espera en el taxi.

—Yo...

—Por favor —insistió Laura.

—Está bien —cedió Owen, alejándose de mala gana.

La conversación entre aquel hombre y Laura se alargó aún durante unos minutos. Owen observaba desde el asiento de atrás del coche. El taxista, después de mirarlo por el retrovisor un par de veces, se decidió a hablar.

—Una mujer tenaz.

—Cuadrículada —puntualizó Owen, con desdén.

—Sabe lo que quiere, y no está dispuesta a renunciar a ello. A mí eso no me parece que sea negativo.

—¿Ha cruzado cuatro palabras con ella y ya piensa que la conoce?

—Tengo ojo para las personas.

—Ah, ¿sí? —se mofó Owen—. ¿Y qué opina de mí?

—¿De usted? Bueno... Ahora está aquí, sentado, y ella allí.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Owen, confundido, incorporándose en el asiento.

El taxista no tuvo que contestar, lo que agradeció, ya que Laura, de pronto, abrió la puerta y entró.

—¿Qué ha pasado? —se interesó Owen, olvidándose del taxista.

—Me ha dicho que el negocio es suyo y la avioneta también, pero en tema de vuelos el piloto es el que tiene la última palabra. Que es a él a quien debemos convencer.

—Ya, y, ¿te ha dado su teléfono?

—No tiene teléfono. Me ha dicho dónde podemos encontrarlo.

—¿No tiene teléfono? ¿Qué clase de persona es ese tipo?

—Eso no importa si logramos que nos lleve en su avioneta. Ésta es la dirección —concluyó, enseñando un papel al taxista.

—Mmmm —dejó escapar éste.

—¿Sabe dónde está? —preguntó Laura.

—Claro —dijo el taxista—. El Chilkoot Charlie's es el local de copas más famoso de todo Anchorage. Yo antes iba mucho, cuando era más joven.

—¿Está lejos de aquí?

—Nah —exclamó, haciendo un gesto con la mano como refuerzo de negación—. Estaremos allí en diez minutos.

—Diez minutos, ¡ja! —murmuró Owen.

El taxista hizo como que no lo había escuchado y continuó hablando.

—El problema es que además del más famoso, el Chilkoot Charlie's también es el más grande. Es un "*macrocomplejo*" de ocio lleno de bares

y salones con música en vivo. Un auténtico laberinto. ¿Cómo encontrará a la persona que busca?

—Ese hombre me dijo que suele estar en el Bird House. Que pregunte en la barra por Santana, Erik Santana.

—Bueno, espero que tengan suerte —concluyó el taxista, acelerando por una carretera prácticamente vacía.

—Yo también.

A los ocho minutos exactos, el taxi salía de la carretera y se detenía en un aparcamiento casi lleno, frente a unas cabañas de madera que formaban un conjunto más o menos uniforme. Al fondo, casi engullidos por la oscuridad de la noche, se perfilaban los pinos contra un cielo de tonos violetas. El lugar podría haber pasado por un camping de montaña de no ser por los llamativos carteles clavados sobre las puertas y los rótulos luminosos que había por todas partes. Y, por supuesto, por la estridente música que se filtraba a través de las paredes hechas con troncos de árboles.

—Bueno, ya hemos llegado —anunció el taxista levantando el brazo y mostrando el reloj de su muñeca, especialmente a Owen.

—Va a ser una locura —dijo Laura, al tiempo que miraba por la ventanilla el trasiego de gente que entraba y salía de los distintos locales.

—Pues no ha visto nada. Esto es una mínima parte. Pero no se preocupe, el Bird House está pasando la entrada a la derecha. Tiene una gallina azul en el tejado. No tiene pérdida.

—¿Una gallina azul? —preguntó Owen.

—Sí, un muñeco grande, como de dibujos animados. Ya me entienden.

—Ah, bien. Lo buscaremos —concluyó Laura, sacando la cartera para pagar.

Owen, por su parte, ya había abierto la puerta y salía con su bolsa de ropa.

—Estoy pensando... —comenzó a decir el taxista, sin coger el billete de cincuenta dólares que le ofrecía Laura—. Podría esperarlos, si no van a tardar mucho.

—La verdad es que... No sé... —dudó Laura.

—Aquí todo el mundo viene en su coche. No pasan muchos taxis. Además, un local de copas no es el mejor lugar para entrar cargados —añadió al verla luchando por sujetar la mochila y la bolsa de su ropa.

—Vamos, no les cobraré la espera.

—No tiene por qué molestarse.

—No es molestia.

—Puede que nos retrasemos. No me gustaría que tuviera que esperar demasiado.

—Haremos una cosa: si no han vuelto en una hora, dejaré las bolsas en la recepción del hotel.

—¿Haría eso? —se extrañó Laura.

—Me pillas de camino a mi casa.

—Bueno, al menos cóbreme ahora, por si acaso.

—Déjelo —rechazó de nuevo el dinero que le ofrecía—. Seguro que necesitarán un taxi otro día. Ya me pagará.

—¿Está seguro?

—Del todo —sentenció el taxista.

—Bueno. Está bien, pues muchas gracias —se rindió Laura, saliendo del taxi.

—Te dejas la ropa —advirtió Owen.

Laura no le contestó, le quitó la bolsa de las manos y la metió en el asiento trasero, junto a la suya.

—¿Qué haces?

—Nos esperará. No hay problema —simplificó Laura.

—¿En serio?

Laura se despidió del taxista con la mano, nerviosa, avergonzada por la actitud de Owen, al que empujó sin miramientos en dirección a la entrada del complejo de ocio.

—¿Estás segura de lo que haces? —la recriminó Owen, levantando la voz—. No me gusta ese tipo.

—A mí me parece un buen hombre —comentó ella, con la mandíbula apretada.

—¿Un buen hombre? No sé cómo te fías de él. Puede que no vuelva a ver mi ropa nunca.

—Bueno, al fin y al cabo la he pagado yo —concluyó Laura, echando a andar delante de él.

Un viento frío proveniente de las montañas sacudió su rostro. Le gustó el olor a resina de conífera y a tierra húmeda que traía. Con deleite, Laura llenó sus pulmones esperando que esa bocanada de naturaleza fuera el acicate que necesitaba: algo parecido a una palmada de ánimo en la espalda. Tenía que seguir adelante, pero estaba siendo más duro de lo que pensaba.

Las palabras de Owen le habían enfadado, pero también le hicieron

pensar. Tal vez tenía razón. Era demasiado ingenua. Confiaba en la gente sin tomar precauciones, dejándose llevar por las primeras impresiones. En el mundo real, donde las cosas transcurrían sin su estricto control como en su laboratorio, tendría que tener cuidado. De pronto, se sintió como un cervatillo rodeado de lobos. Se preguntó por qué había querido que Owen la acompañara en aquel viaje si no tenía en cuenta su opinión, y la respuesta salió sola: se estaba comportando igual que un niño mimado. Ya sabía cómo era, de hecho le gustaba ese toque infantil que destilaba, pero la cosa cambia cuando lo que necesitas a tu lado es a un adulto con criterio dispuesto a ayudar. ¿Se había equivocado? ¿Tendría que haber viajado sola? Se preguntó. No quiso torturarse más y decidió centrarse en lo inmediato. Y lo inmediato era encontrar a ese piloto. Luego, más tarde, volvería a pensar en el tema.

Tras un buen rato buscando, por fin dieron con el Bird House. Una cabaña semejante a las demás pero con una enorme gallina azul en el techo, como dijo el taxista. El interior era amplio, todo de madera, al igual que el exterior, y escasamente iluminado. Las paredes estaban decoradas con cabezas de alce, rifles y enormes cepos para osos. Una banda tocaba música folk en un extremo, con un sonido demasiado alto. Unos rótulos de neón de marcas de cerveza les indicaron dónde se encontraba la barra, y hacia ella se encaminaron haciéndose sitio entre la gente que llenaba, casi por completo, el local. Sirviendo las copas había dos camareros, ambos jóvenes, de unos veinticinco años. Uno alto y delgado, con el pelo revuelto y los brazos tatuados; el otro más bajito y musculado, con el pelo cortado al uno y una abundante barba negra. Hacia él se dirigió Laura, llamándolo con la mano levantada, una vez lograron llegar hasta la barra.

—¿Qué te pongo, guapa?

—Buscamos a alguien. Nos han dicho que podríamos encontrarlo aquí.

—Por aquí viene mucha gente —contestó Barba Negra, perdiendo interés.

—¿Puedes ponernos dos cervezas? —intervino Owen—. Estoy muerto de sed —se justificó, mirando a Laura.

—Una cerveza y una Coca Cola cero —rectificó ella.

—Marchando.

—¿Podría ayudarnos entonces? —insistió Laura, mientras el camarero ponía las bebidas—. Se llama Santana, Erik Santana.

—¿Santana? —repitió Barba Negra.

—Exacto.

—Si quieren hablar con él van a tener que esperar. Es aquél que está en el escenario. El que toca el bajo.

—¿Está seguro? — preguntó Laura extrañada, al distinguir a un tipo bastante desaliñado que se movía como si estuviera en trance—. La persona que nosotros buscamos es piloto.

—Y de los buenos. Cuando está sobrio, claro.

—¿Perdón?

—Un par de días a la semana toca aquí, es su *hobbie* —añadió el camarero, obviando la cara de sorpresa con la que lo miraba Laura.

—Bueno y, ¿le queda mucho para terminar?

—No. Un par de temas. Alguno más si hay bises, aunque no lo creo. A continuación viene el plato fuerte, un grupo rock que...

—Bien, gracias, entonces esperamos hasta que termine — atajó Laura, sacando un billete para pagar.

Dentro de aquel local repleto de gente hacía calor. Mucho calor. Con los anoraks en la mano, dieron gracias por no haberse puesto los forros polares, los pantalones acolchados y las botas; si lo hubieran hecho ahora tendrían un problema.

—Buag, no aguanto esta música. Además, estoy sudando como un pollo y necesito más refrigerante. ¿Quieres algo? —preguntó Owen, apurando su cerveza.

—No —contestó Laura, preocupada, sin dejar de mirar el escenario.

—Bueno... te importa dejarme... Ya sabes, he venido con lo puesto.

—Espera —dijo molesta, haciendo malabarismos para sacar la cartera de la mochila al tiempo que sujetaba el anorak y la Coca Cola—. ¿Te importa...?

—Oh, claro —exclamó Owen, cogiendo sólo el vaso.

—Gracias, hombre —soltó ella, con retintín.

Con el billete en la mano, Owen se perdió entre la gente en dirección a la barra.

Meneando la cabeza, Laura se centró en el grupo que tocaba. Aunque no entendía mucho de música folclórica norteamericana, no le pareció que lo hicieran mal. En especial ese tal Santana que, a pesar de deambular por el escenario como si estuviera a punto de desmayarse, tocaba su bajo con una sensibilidad especial. Owen tardaba. Lo buscó en la barra, pero no lo vio. Tampoco lo encontró por los alrededores. Quizá hubiera ido al baño. Sí,

seguro que era eso, pensó. Se centró de nuevo en el escenario. Estaba totalmente metida en la música cuando de repente... terminó. Se vio aplaudiendo al grupo, contagiada por el entusiasmo de quienes la rodeaban. Entonces se preocupó de nuevo por Owen. Estirando el cuello lo buscó mirando entre las cabezas, hasta que por fin lo encontró. ¿Qué hacía? ¿Estaba hablando con una joven de sombrero vaquero o sólo lo parecía? Atenta también a los miembros del grupo de música que ya bajaban del escenario, y en especial a ese tal Santana, Laura, nerviosa, se mordió el labio inferior de rabia. ¿Eran imaginaciones suyas o definitivamente Owen había dado un cambio en las últimas horas? Sí, estaba raro. Menos atento con ella, más... Owen. ¡Eso era! Lo sentía más distante y capullo, por qué no decirlo, igual que era antes de que se enrollaran. En otras circunstancias, Laura hubiera hecho un estudio completo de la situación, repasando hasta el último detalle. Su mente analítica habría tratado de entender, imponiéndose a su instinto, que clamaría sin ser escuchado. Eso hubiera hecho, pero no tenía tiempo, ya que el hombre que había ido a buscar desaparecía por un lado del escenario en dirección a la salida; de ahí que, en esa ocasión, se dejara llevar por lo que le decían las tripas, que era: ese picaflor ha vuelto a las andadas, ocúpate del asunto que te ha traído hasta el culo del mundo y después ya verás lo que haces. Sin pensárselo dos veces, y no importándole abrirse paso a empujones, Laura siguió al piloto. No pudo alcanzarlo dentro del local y lo abordó fuera, junto a un cartel luminoso con letras azules donde ponía: Bar - Booze - Bras - Business - Cards, debajo del nombre del local. Toda una declaración de intenciones.

En contraste con la temperatura interior, al salir fuera sintió como si el mundo hubiera entrado en una nueva glaciación. Lo que antes era una brisa suave se había convertido en una ventolera que, en cuestión de segundos, le arrancó el calor de las mejillas dejándoselas heladas. Tampoco apreciaba ya el agradable aroma a pinos y tierra húmeda. Su nariz se estaba convirtiendo en un cubito de hielo. A toda prisa se puso el anorak y se subió la cremallera hasta arriba. Se hubiera puesto la capucha, pero no quería presentarse de esa manera.

—Perdón, ¿es usted Erik Santana? ¿El piloto?

—¿Quién quiere saberlo? —contestó él, girándose con lentitud.

—Mi nombre es Laura, Laura Anglada. Pero eso no importa —dijo, ofreciéndole la mano.

—Encantado, Laura, ¿en qué puedo ayudarla?

—Hace unos meses contrató sus servicios un amigo mío, y necesitaría que nos llevara con él.

—Tenemos una oficina en la ciudad que se encarga de esas cosas. ¿Quién le ha dicho que venga aquí?

—Lo sé. Hablé con una persona allí. Fue él quien me dijo que podría encontrarlo aquí.

—Ese gilipollas...

—Me advirtió que se avecinaba tormenta, y que tenían todos los vuelos cancelados.

—Exacto.

—También me comentó que, aun así, dependía de usted el volar o no.

—Exacto —repitió el piloto, distante.

—Bueno, ésa es la razón de que ahora esté aquí.

A Laura comenzaban a castañetearle los dientes, y eso dificultaba que se le entendiera bien. Santana la miró un instante, calibrando.

—¿Y puede saberse quién es ese amigo suyo? Llevo a mucha gente en mi avioneta —contestó Santana, apoyando el bajo en el suelo.

Laura se fijó en él con detalle. En el escenario parecía más bajito, seguramente porque el resto del grupo estaría formado por gigantes. A ella le sacaba la cabeza. El pelo, revuelto y con media melena, era bastante oscuro sin llegar a ser negro. Le calculó unos treinta y cinco años, delgado pero no flaco. No era guapo, aunque tenía unos bonitos ojos que, unidos a unas mandíbulas marcadas y a una nariz con personalidad, lograban un conjunto de un atractivo notable. Vestía pantalones militares con bolsillos a los lados y una camisa de franela a cuadros rojos y blancos. Le sorprendió que no llevara abrigo, y que estuviera en mitad de ese frío glacial como si tal cosa.

Laura se dio cuenta de que tenía que ser más precisa, ya que ese tipo no parecía que fuese a ponérselo fácil. Su talante no era chulesco, aunque sí reservado.

—Puede que el nombre no le suene, se llama Yuri Lébedev, y es un hombre mayor, con acento extranjero.

—Ah, el ruso —saltó Santana.

—Sí —asintió Laura, abriendo mucho los ojos.

—Y, ¿cuándo ha dicho que querría viajar?

—Lo antes posible. Mañana mismo.

—¿Iría usted sola? ¿Llevaría carga?

—Seríamos dos. Un amigo y yo. Con un par de maletas.

—Entiendo —musitó Santana, recordando algo.

Laura lo observó acariciarse la barbilla, produciendo un sonido rasposo debido a una barba de tres días. Durante ese corto periodo de tiempo que esperó hasta que el piloto se decidiera a continuar hablando, ella sólo fue capaz de pensar en cómo demonios podía estar ese hombre en camisa sin sufrir una hipotermia.

—¿Sabe? Conozco bien a su amigo el ruso. Me contó que era antropólogo o algo así.

—Paleoantropólogo, entre otras cosas —puntualizó Laura.

—Lo que usted diga. El caso es que suelo entregarle suministros una vez al mes. Es un buen cliente.

—Entonces, ¿nos llevaría? —preguntó Laura, entusiasmada.

—No tan rápido. Le hice una entrega hace una semana. Hasta dentro de tres no tendría que volver.

—Le pagaría bien. Por favor, es muy importante que nos lleve con él.

—¿Y puede saberse por qué?

—Bueno, somos científicos. Preferiría no hablar de eso.

—O sea, que usted también se dedica a desenterrar huesos.

—No exactamente. Yo no hago trabajo de campo, me ocupo de analizar muestras.

—Todo el día con la bata puesta mirando por un microscopio —añadió Santana, esbozando una sonrisa que despejaba cualquier intención de molestarla.

Laura no le contestó. Tampoco creyó que lo esperara. Fue directa a lo que de verdad le importaba.

—Por favor, dígame que puede llevarnos o me veré obligada a buscar otra empresa que lo haga.

—Es posible que la encuentre, pero con una tormenta aproximándose dudo que nadie se aventure a volar sin conocer bien a dónde va.

—Bueno, entonces, ¿nos llevará usted o no? —soltó, endureciendo el tono.

—Déjeme pensar un segundo.

Ya llevaba demasiado tiempo dando explicaciones a ese tipo que parecía jugar al gato y al ratón. Estaba dispuesta a marcharse dejándolo ahí, rascándose la barbilla, cuando escuchó una voz a su espalda.

Era Owen.

—¡Joder, por fin te encuentro! Te he buscado por todas partes.

—Me habrías visto salir de no haber estado hablando con esa... cowboy —soltó Laura, entre dientes, intentando que el piloto no la escuchara.

No lo consiguió.

—Sí, ahora se ha puesto de moda entre las jovencitas ponerse sombrero vaquero —intervino Santana, en tono neutro—. ¿Es su amigo? ¿El que vendría mañana con nosotros?

—Ah, te refieres a esa... chica —admitió Owen, agarrando a Laura por la cintura, al tiempo que fulminaba a Santana con la mirada —. Me había confundido con otro —añadió, esbozando una sonrisa seductora—. Yo sólo...

—Bueno, eso no importa ahora —zanjó Laura, deshaciéndose de su abrazo con disimulo—. La cuestión es que he estado hablando con el señor Santana y no parece dispuesto a llevarnos en su avioneta. ¿No es así?

—Te lo dije —saltó Owen, satisfecho, antes de que contestase—. Te advertí que buscáramos otra empresa. Tiene que haber a patadas.

—La verdad es que lo he pensado mejor y creo que los llevaré —dijo por fin Santana, colgándose el bajo al hombro.

—¿Está seguro? —quiso saber Laura.

—Por supuesto —contestó, mirando de reojo a Owen—. Si salimos pronto podré dejarlos allí y yo estar de regreso antes de que llegue la tormenta.

—¡Genial! —exclamó Laura, sin poder evitar el entusiasmo.

Después de despedirse y quedar en que los recogería en su hotel a primera hora de la mañana, Santana se encaminó a su vehículo, aparcado junto a la carretera. Era una camioneta Chevrolet del 98, de color blanco y de doble cabina. Sin dejar de mirar de vez en cuando a la pareja, dejó la guitarra en el asiento trasero, se sentó en el asiento del conductor e introdujo la llave sin arrancar. A través del parabrisas los vio meterse en un taxi. Eran ellos sin duda. Chascó la lengua en señal de contrariedad y sacó un papel del bolsillo delantero de su pantalón. Estaba muy arrugado. Lo desdobló. En él había anotado un teléfono móvil y un nombre. Un nombre difícil de olvidar.

Owen tuvo que soportar, de Laura, primero su risita de triunfo mientras señalaba el taxi que les esperaba en el lugar exacto que les había dicho; y luego, durante el trayecto de vuelta, el absoluto mutismo con el que parecía castigarlo.

—¿Por qué estás así? Y no me digas que no estás enfadada porque te

conozco —se atrevió a preguntarle, al llegar a la habitación.

—No estoy enfadada. Sólo desilusionada —contestó Laura, con indiferencia.

—¿Desilusionada?

—Decepcionada, mejor dicho.

A veces le costaba encontrar la palabra exacta. Tenía buen vocabulario, por tanto atribuía el problema a la precipitación: cuando estaba enfadada hablaba más rápido de lo que pensaba.

—Vamos, Laura, no me jodas. Ya te lo he explicado mil veces. Estaba pidiendo en la barra cuando esa chica me confundió con...

—No hace falta que lo repitas de nuevo.

—Estás haciendo una montaña de un grano de arena.

—Se me pasará. Ahora me gustaría leer un poco —dijo finalmente, intentando negociar una tregua.

—Estupendo, yo haré lo mismo. ¿Me dejas tu libro?

—Toma —resolvió, lanzándolo sobre la cama—. Yo usaré mi tableta.

Laura prefirió sentarse en un sillón, y Owen se quedó en la cama. A los veinte minutos él dormía profundamente. No roncaba, pero sí respiraba lo suficientemente fuerte como para que ella lo sospechara. Lo confirmó al girarse y verlo con el libro entre las manos, los ojos cerrados y la cabeza vencida sobre la almohada.

Se levantó procurando no hacer ruido y lo tapó con la colcha. Mientras lo hacía miró su cuerpo semidesnudo y le vino a la cabeza la escena que habían protagonizado esa misma tarde. Se había dejado llevar y disfrutó como nunca. Sabía que había parejas capaces de solucionar sus conflictos personales con el sexo, o, simplemente, apartarlos durante la pasión. Separar ambos terrenos. Ella no.

Le mintió mínimamente cuando le dijo que no estaba enfadada con él, lo estaba un poco. Y fue sincera cuando le confesó que sentía decepción. Había querido que la acompañara porque lo necesitaba a su lado. Creía que su presencia sería indispensable para poder llevar a cabo aquel viaje, y afrontar las dificultades que entrañaba el mundo exterior, ese mundo que existía más allá de su laboratorio. Pero se equivocó. Hasta el momento Owen había aportado poco o nada, y había tenido que ser ella la que solventara todos los imprevistos. La conclusión a la que llegó fue clara: su relación de pareja iba a menos, mientras que su crecimiento personal iba a más.

Con sentimientos encontrados se acomodó en el sillón y navegó un rato

por internet, intentando que el sueño le llegara. A la media hora se cansó y encendió la televisión. Bajó el volumen todo lo que pudo y recorrió las cadenas. No encontró nada que le gustara y fue directa a la oferta de películas que le ofrecía el cable. Recordó una que le apetecía ver. La buscó y allí estaba: "El desafío", con Anthony Hopkins.

—Bueno, conozcamos la Alaska salvaje —musitó, haciéndose un ovillo en el sillón.

10 - SOMBRAS

En algún lugar de Alaska.

El profesor Lébedev se revolvió en el saco de dormir, torturado por el dolor. Todo el día cabalgando había irritado sus hemorroides y su culo parecía un volcán a punto de entrar en erupción. Terminó por levantarse y asomarse a la entrada de la cueva, con la intención de que un cielo hermosamente estrellado distrajera su mente. No lo consiguió. La noche sin nubes invitaba a la contemplación, pero el frío que llegó cuando se ocultó el sol hacía imposible permanecer fuera sin un abrigo. Volvió dentro y paseó, a oscuras, sintiendo el olor a humedad de las rocas milenarias que lo rodeaban. ¡Dios!, bramó desesperado, calculando el tiempo que aún quedaba para que Ryan volviera.

Después de que los explosivos abrieran un hueco en la ladera descubrieron una cueva, como él había predicho, aunque mucho más grande de lo que nunca llegó a imaginar. Durante horas la examinaron, ya que necesitaba encontrar los vestigios del pasado que confirmaran sus sospechas. Habían llevado comida y bebida sólo para un par de días, y, lo más grave, las baterías de las linternas se les agotaron en poco tiempo y habían olvidado traer repuestos. Por tanto, la alegría inicial se vio enturbiada por la falta de previsión y el descuido. Tras hablarlo con Ryan y descartar las posibilidades algo primitivas que él le proponía, como cazar para comer y usar antorchas, tomó una decisión más juiciosa: si querían seguir recorriendo la cueva y examinarla con detalle necesitarían alimentos, buena luz, tiempo... y su crema para las hemorroides, por supuesto. El profesor no estaba en condiciones de afrontar un viaje de vuelta tan largo montado a lomos de un caballo, y propuso a Ryan que fuese él quien lo hiciera. Yo me quedaré trabajando cerca de la entrada por si encuentro algo, le propuso. Si te das prisa, mañana por la tarde estarás de vuelta. Y en eso quedaron. Al poco de marcharse su amigo,

Lébedev comenzó a remover la superficie de tierra con su rasqueta, una herramienta parecida a una espátula pero en forma de hoja y acabada en punta, el utensilio indispensable para cualquier trabajo de campo. Lo hizo aprovechando las últimas luces del atardecer que se filtraban a través del hueco practicado en la pared de rocas, haciendo catas aquí y allá, tratando de determinar cuáles serían los lugares en los que, con más probabilidad, podría encontrar algo. Sus ojos expertos le dijeron, al poco de ponerse a buscar, que aquella cueva debía llevar varios milenios, ya que la capa de tierra acumulada sobre el suelo de roca era de pocos centímetros; por tanto, de haber algo, tendría que aparecer casi a la vista, y no enterrado a mucha profundidad. Trabajó durante horas, y no fue demasiado ortodoxo. Conocía perfectamente las últimas técnicas de estudio arqueológico y, cómo no, el método Wheeler, en el que se usan testigos para delimitar cuadrículas donde luego se realiza una excavación estratigráfica y se datan los objetos hallados en cada estrato. Lo había utilizado un millón de veces. Aunque algo antiguo ya, a él continuaba pareciéndole el más preciso. Sin embargo, en esa ocasión no pretendía seguirlo, ya que no tenía los medios, ni el personal, ni el tiempo, y, sobre todo y más importante, no necesitaba datos precisos, le bastaba con una mínima señal de que su sospecha, su teoría, se confirmaba.

No descubrió nada, y sólo consiguió que su trasero se resintiera. Vencido por el dolor, la falta de luz y la desesperanza de hallar algo significativo, resolvió tomárselo con más calma y esperar a que volviera Ryan. Se propuso dormir a cubierto, dentro de su saco, y continuar al día siguiente si se encontraba con fuerzas.

Ésa había sido su intención, pero un hierro al rojo que parecía penetrar sus entrañas dio al traste con sus planes y lo sumió en la desesperación. Entonces, el profesor, decidió arrinconar el dolor de la única forma que le quedaba: rodeándose de la emoción que proporcionaba la búsqueda. Cogió el martillo más largo que tenía y envolvió la cabeza de metal en trapos, luego los ató con varias vueltas de cuerda y lo empapó todo con el aceite que le sobró de una lata de atún que se había comido para cenar. Su propósito era hacer una antorcha de circunstancias, lo suficientemente duradera como para permitirle asomarse a la entrada de la segunda abertura.

La cueva era grande y de forma redonda, de unos treinta metros de diámetro y ocho de altura. Al fondo, y en ambos extremos, se abrían unos

huecos de dos por dos metros que daban paso a sendos túneles. Al principio, nada más llegar, Ryan y él exploraron el de la derecha. Lo hicieron hasta que las baterías comenzaron a fallar y tuvieron que regresar. No vieron nada significativo, ni en el suelo ni en las paredes, pero sí llegaron a confirmar que desembocaba en una pequeña gruta sin salida. Parecía claro que, de haber algo, tendría que estar en el otro túnel, aunque en realidad no era eso lo que más le preocupaba. Lo realmente significativo, lo que de verdad podría representar un hallazgo único en la historia, estaba en posesión de su alumna favorita, en la persona en la que más confiaba: Laura Anglada. Todo se basaba en una sospecha suya, un presentimiento sustentado en la intuición, algo que normalmente nunca le fallaba. Pero necesitaba confirmarlo. Creyó entonces, cuando se comunicó con Laura a través de una carta que encargó a Ryan enviar desde Nome, que era una buena idea, que éste sería el medio más seguro. Y quizá lo fuera, aunque no el más efectivo. Se torturaba al pensar que, tal vez, un exceso de celo había provocado que tomara una decisión equivocada. La paranoia que le produjo ver a su antagonista Miguel Echevarría en la conferencia de Madrid lo había llevado a descartar comunicarse con ella vía email, un medio más rápido y fiable en contraposición del obsoleto correo clásico. La carta podría haberse extraviado, o Laura no haber mirado el buzón, o tenerla sin leer encima del mueble del recibidor de su casa pensando que se trataba de publicidad. Visto con perspectiva, la idea había sido un error. Sacudiendo la cabeza, el profesor decidió que, de no tener noticias suyas en veinticuatro horas —el tiempo que estimó que pasaría hasta que volviera a la cabaña—, dejaría a un lado sus temores sobre Echevarría e iría a Nome para hablar con ella directamente por teléfono. Sí, eso haría.

Relativamente satisfecho con la conclusión a la que lo habían llevado sus elucubraciones asintió con la cabeza, dándose a sí mismo la razón, y decidió proseguir con el plan de distraer su mente del suplicio que le subía desde el trasero. Cogió su bolsa de bandolera y metió en ella una rasqueta, una brocha para limpiar de tierra las muestras y varias tizas para señalar hallazgos. Luego, con un mechero, encendió la antorcha y se dirigió hacia el túnel de la izquierda. Su intención no era adentrarse mucho, únicamente unos metros; sin embargo, cuando quiso darse cuenta, había recorrido un buen trecho. Estaba a punto de darse la vuelta, ya que no parecía encontrar nada fuera de lo normal, cuando de pronto el túnel se

ensanchó. Se movió de un lado a otro, intentando determinar sus límites. Aunque la raquíta tea apenas iluminaba, su luz fue suficiente para que reconociera que había llegado a una segunda caverna; en este caso mucho mayor que la que se encontraba a la entrada. Se detuvo a escuchar. Percibió claramente un goteo rítmico. Aún está viva, determinó, una expresión que usan los espeleólogos cuando quieren decir que una cueva producida por la erosión de un río subterráneo todavía no ha terminado su formación. A la exigua luz de la antorcha, el profesor vio las formaciones kársticas: hermosas estalactitas cayendo del techo y estalagmitas que crecían desde el suelo, juntándose ambas en algunos casos para moldear lo que se conoce como columnas. No era un experto en esa disciplina, pero sí sabía que el agua era el responsable de la creación de aquellas maravillas naturales, y que lo hacía al transportar minerales que se depositaban muy lentamente, al "frenético" ritmo de un centímetro cada cien años. Calculando el tamaño de las columnas más altas, llegó a la conclusión de que aquella cueva habría comenzado a formarse hacía unos setenta mil años. O sea que, aunque en términos geológicos estaba todavía en pañales y no tenía demasiado valor, para sus intereses era perfecta.

—Estuvisteis aquí, lo sé —murmuró.

Según avanzaba por el resbaladizo suelo iba dejando señales en las rocas con la tiza. Una flecha que marque el camino de vuelta será suficiente, se dijo. Cuando tuvo la idea de adentrarse en el túnel estaba seguro de que, llegado el momento, sería capaz de controlarse y dar la vuelta. Se prometió que iba a ser cauteloso. Curiosear un rato para distraer el dolor y regresar enseguida. Lo que tardara en echar un vistazo. Asomarse y nada más. Sin embargo, en ese instante no le pareció que fuera a ser tan fácil. En su interior se estaba librando una batalla donde uno de los bandos, formado por los abanderados de la prudencia y el buen juicio, luchaba contra otro bando, el constituido por los partidarios de la osadía y la temeridad, y el primero iba perdiendo.

—Un poco más. Sólo unos metros más y daré la vuelta —musitó, dirigiéndose al bando de los vencidos.

La tela y la cuerda de la raquíta antorcha se consumían rápidamente, y la luz mermaba por momentos. Cada vez menos prudente, Lébedev aceleró el paso sin llegar a vislumbrar una pared. Aquel espacio parecía inmenso. Por fin, tras andar algunas decenas de metros más, creyó distinguir uno de los límites. Ya tenía una referencia, ahora sólo era

cuestión de seguirla. Tanteando con las manos recorrió el muro de piedra húmeda, pero no le fue fácil. El suelo unas veces presentaba enormes rocas o estalagmitas que debía de rodear, y otras desaparecía convertido en un charco de agua helada que le llegaba hasta las rodillas. Cuando comenzó a notar que el frío le hacía tiritar de una forma incontrolada, decidió que había llegado el momento de regresar. No lo hizo con mal sabor de boca. Era verdad que no había encontrado nada, pero su plan para distraerse del suplicio de las hemorroides había funcionado a la perfección.

Salvaba unas rocas cuando sintió una corriente de aire pasar por su nuca. En un principio pensó que podrían ser imaginaciones suyas, o la ilusión creada por un escalofrío, ya que de cintura para abajo iba empapado. Pero no era así. El titilar de la antorcha, se lo confirmó.

—Interesante —susurró, volviendo la cabeza.

El bando de la prudencia le dijo que no debía continuar su búsqueda. La llama de la antorcha se estaba volviendo azulada, señal inequívoca de que estaba viviendo sus últimos minutos de vida. No tardaría en apagarse y necesitaba estar en la boca del túnel, que le llevaría de vuelta a la cueva de la entrada, antes de que eso pasara. De hecho, vio el asunto tan mal que decidió renunciar a las marcas de tiza y fiarse de su orientación. Aceleró el paso todo lo que pudo. Tropezó un par de veces, y otras tantas resbaló. Se estaba empezando a poner nervioso. Si no estoy equivocado, se dijo, una vez pasada esa formación rocosa tiene que estar la salida.

Pero no lo estaba.

Con la respiración alterada comenzó a desesperarse. Todas las rocas, estalactitas y estalagmitas, le parecían iguales. Recordó algo que una vez le habían dicho, que las cuevas parecen distintas recorridas en un sentido que en otro. Decidió pararse y pensar. No podía estar muy lejos. No había caminado tanto. Si se tranquilizaba encontraría la salida. Pero no aparecía, y la llama alumbraba ya menos que un mechero. ¡Eso es! ¡El mechero!, exclamó con júbilo. Si finalmente se apagaba la antorcha, aún le quedaba esa opción. Unos minutos más tarde se quedó totalmente a oscuras. Se detuvo. Sólo escuchaba su respiración y el goteo rítmico del agua. Sacó el mechero y lo encendió. Comprobó con angustia que el círculo de luz que creaba a su alrededor era mínimo. Continuó avanzando por aquel laberinto kárstico, confiando en que tarde o temprano daría con

lo que buscaba. Decidió ir en una dirección, todo recto, hasta que chocara contra una pared. Luego, sólo tendría que seguirla para encontrar la salida. Con el brazo adelantado, iluminando vagamente el camino, trató de llevar a cabo su idea. No era buena, pero era la única que se le ocurrió. Tras bordear una poza de varios metros de diámetro y descender por una pendiente resbaladiza, llegó a una zona despejada cuyo suelo se nivelaba. No le sonaba de nada, pero por lo menos el caminar por ahí se le hizo más sencillo. De vez en cuando apagaba el mechero y esperaba a que se enfriara, tenía el dedo gordo al rojo vivo. En una ocasión, al volver a encenderlo, cuando la luz que producía era más intensa, vio algo. No le parecieron rocas, eran demasiado redondeadas, más bien se asemejaban a... cráneos. Pero, ¿dónde había sido? ¿A la derecha o a la izquierda?, se preguntó. Tan desorientado estaba que ya ni siquiera era capaz de determinar algo tan básico. Sin embargo, el entusiasmo le volvió temerario y se lanzó a la búsqueda sin tomar precauciones. Con paso decidido sorteó una acumulación de depósitos en forma de hongos y atravesó una charca de aguas cristalinas sin importarle empaparse de nuevo. Fue al salvar una muralla de rocas, dispuestas en el suelo igual que la columna vertebral de un enorme dinosaurio, cuando se percató de que había cometido un grave error. No había mirado qué había al otro lado y, al saltar, en lugar de sentir el suelo, sus pies se encontraron con el vacío. La caída no duró mucho, menos de un segundo. El segundo más aterrador de su vida. Por un instante pensó que se precipitaba a una sima insondable. El trayecto se le hizo eterno. La caída no fue limpia. Fue chocando y rebotando contra las rocas hasta que finalmente se detuvo. Despatarrado, igual que un muñeco roto, quedó encajado en una grieta. Había recibido múltiples golpes y le dolía todo el cuerpo, especialmente la cabeza. Logró llevar la mano hasta la frente. La notó caliente y pegajosa. Sangraba en abundancia. Ya no tenía el mechero. Tanteó a su alrededor sin éxito. Trató de incorporarse, pero le fue imposible. Las piernas no le respondían y la cabeza le daba vueltas. Se debilitaba por momentos. ¿A qué profundidad estaba? ¿A cuatro, cinco, seis metros...? En caso de poder levantarse, ¿sería capaz de salir de allí? El pecho le ardía. Le costaba respirar. Le costaba pensar. Su cerebro se llenó de miles de destellos brillantes que procedían de una nebulosa densa que giraba a una velocidad endiablada. ¿Se estaba muriendo? ¿Ése sería su fin?

De pronto creyó oír ruidos. Pasos y voces lejanas. El tiempo pareció detenerse. La falta de oxígeno y el golpe en la cabeza comienzan a provocarme delirios, mi cerebro se desconecta, pensó, asumiendo que pronto llegaría su muerte. Dejó de ver los destellos de flases y se sumió en una oscuridad absoluta. Se dejó llevar, rindiéndose, y comenzó a adentrarse en un espacio angosto que le resultaba, a la vez, siniestro y acogedor. De golpe la cueva se iluminó. Las piedras a su alrededor se dibujaron, y las formaciones del techo proyectaron sombras que empezaron a realizar una danza fantasmagórica. Intentó enfocar. No pudo, y llegó a la conclusión de que no eran sus ojos los que veían aquello, ni sus oídos los que percibían los ruidos a su alrededor, sino que todo era debido a una alucinación, a los últimos chispazos de su conciencia.

Tampoco le pareció real cuando sintió unas fuertes manos que lo cogían. Ni creyó que fueran hombres quienes lo transportaban en silencio, iluminados por antorchas, a través de ese laberinto de roca.

Resignado, y antes de perder la conciencia definitivamente, entendió que aquella escena era una invención, la representación que hacía su cerebro de la muerte.

11 - UN SOLDADO DE LA VIEJA ESCUELA

Echevarría estaba muy satisfecho con el vuelco que habían dado los acontecimientos en las últimas horas. Por fin disponían de una pista fiable sobre el lugar dónde se encontraba el profesor Lébedev, y, si todo iba bien, pronto tendría la información que buscaba. Aunque no quería precipitarse y prefería ser prudente. Confiaba en Cracco, pero sabía que podrían surgir imprevistos. En operaciones complejas, como la que estaban llevando a cabo, siempre existían factores incontrolables dispuestos a entorpecer el éxito. La llegada de esa genetista era uno de ellos. El asunto, según le explicó Cracco, estaba controlado, incluso lo tranquilizó asegurándole que su presencia allí había sido una bendición.

—¿En serio? —fue lo que dijo entonces Echevarría.

—Claro —le contestó el italiano—. Será nuestro seguro, por si algo falla.

No conversaron mucho más, no había tiempo. Cracco conocía los planes de Laura y necesitaba llegar antes que ella. Lo tenía todo perfectamente preparado y, una vez dispuso de la localización exacta, se puso en marcha. Acompañado de dos hombres, unos indeseables de su confianza que había traído de España, volaron en hidroavión en dirección a Nome. Luego, continuaron adentrándose hacia el norte unos cincuenta kilómetros más, hasta que amerizaron en un río, a una hora a pie de las coordenadas donde supuestamente estaría el profesor, ya que su intención era llegar al punto de destino sin llamar la atención. Antes de despedirse del piloto, al que habían hecho creer que eran excéntricos cazadores europeos en busca de emociones, quedaron con él en que los recogiera en ese mismo lugar cuando lo avisaran. "Quizá no estemos mucho, ya veremos cómo se da la caza", le había dicho Cracco, esperanzado en conseguir pronto lo que buscaba y largarse de ese hermoso pero inhóspito país lo antes posible. Sabiendo que una vez se alejaran de las ciudades de nada servirían los móviles, el italiano se había hecho con un teléfono vía satélite que usó para comunicarse con Echevarría nada más comprobar

con su GPS, y después de una larga caminata, que habían llegado al objetivo.

—¿Está seguro de que es ahí?

—Son las coordenadas exactas —contestó Cracco.

—Bueno, ya sabe lo que tiene que hacer ahora.

—Sí, lo sé, ¿pero lo sabe usted también?

—¿Qué quiere decir? —preguntó Echevarría, confundido.

—Las cosas a veces se complican.

—Haga lo que tenga que hacer, pero consiga la información.

—Bien, eso es lo que necesitaba oír.

Todo eso sucedió durante el crepúsculo, bajo la naciente luz de un nuevo día; antes de que Cracco y sus hombres se dirigieran a aquella cabaña de madera que se levantaba entre los pinos, cerca del río.

—No se ve a nadie por aquí. Ni sale humo por la chimenea —especuló Cracco.

Lo primero que inspeccionaron fue el cobertizo que había justo a la derecha. Lo encontraron abierto, y, a tenor de los excrementos que vieron, pudieron confirmar que recientemente se había usado para guardar caballos.

—Mario, tú esperarás detrás de la cabaña mientras que Tato y yo iremos por delante —dijo finalmente, al tiempo que quitaba el seguro del rifle que colgaba de su hombro.

El italiano conocía bien a sus acompañantes y sabía que estarían a la altura si las cosas se complicaban. Ya había recurrido a ellos en muchas ocasiones. Los llamaba para asuntos de cierta envergadura que requerían de más de un hombre, y en los que estaban garantizados los huesos rotos. Como aquella vez que Echevarría le encargó que diera un escarmiento a unos tipos que se negaban a pagar el alquiler de uno de sus pisos. Se trataba de una familia de rumanos, un matrimonio con tres hijos mayores que le plantaron cara cuando se presentó solo. La cosa cambió cuando lo hizo con Mario y Tato. Esa pareja de matones, a los que conocía de las calles, de cuando las pateaba como detective privado, eran únicos para esos "trabajos". Sobre todo Tato, un burgalés de treinta años, experto en artes marciales mixtas, con pocas luces pero duro como una roca. Delgado y de baja estatura, su apariencia no dejaba adivinar la

bestia en la que podía convertirse llegado el momento. Mario también era una buena pieza; más corpulento que Tato, sin llegar al tamaño de Cracco, era un canario que, a sus veintiocho años, había pasado media vida en la cárcel; siempre por peleas y siempre por usar la navaja. Le gustaban los estiletes de mariposa, que manejaba con una destreza increíble, y que no dudaba en utilizar a la menor ocasión. Ninguno de los dos lo dudó un instante cuando Cracco les puso delante un buen fajo de billetes. No hicieron preguntas, ni les preocupó tener que viajar hasta tan lejos. Ambos vivían el momento y aquel iba a proporcionarles mucho dinero, y eso era lo importante.

La cabaña, de cinco por diez metros, era la típica vivienda de cazador hecha con troncos de árboles. Tenía una pequeña ventana por la parte trasera y dos más grandes en la delantera, a ambos lados de la puerta. Todas estaban cerradas. También la puerta, como comprobó Cracco cuando intentó entrar sin hacer ruido.

—No se oye nada —susurró Tato, acercando la oreja a la ventana.

El italiano, entonces, golpeó sin miramientos con los nudillos y esperó unos segundos.

—Nada, jefe. ¿Tiramos la puerta abajo?

Cracco dudaba. ¿Estarían en el lugar adecuado? ¿Su contacto le había proporcionado los datos verdaderos o le había tomado el pelo? No. No le creía capaz de hacer eso. Otra cosa es que se tratara de un error, aunque sería demasiada casualidad que esas coordenadas los llevaran hasta el lugar donde se encontraba una cabaña. Dejó de pensar, él era un hombre de acción que actuaba al ritmo de los acontecimientos. Decidió que entrarían en la cabaña, la registrarían y le contaría a Echevarría lo que habían encontrado. Eso haría.

—Bueno, jefe, ¿qué dice? Una buena patada y estamos dentro —propuso Tato, sopesando el candado que colgaba de una cadena.

—Está bien, dale —autorizó Cracco, echándose a un lado.

Tato armaba su pierna derecha, dispuesto a asestar un golpe a la puerta, cuando el italiano lo detuvo.

—Espera, llega alguien.

Después de que Ryan dejara al profesor Lébedev en la cueva, cabalgó de regreso a la cabaña lo más rápidamente que pudo. No le hizo ninguna gracia dejarlo allí, solo y con el culo como un mandril, pero

aquel viejo cascarrabias era más cabezota que él y desoyó todas sus propuestas. Ante tales perspectivas se llevó la mula y los dos caballos, por lo que siempre dispuso de un animal de refresco. Quería volver a la cueva lo antes posible, aunque tuviera que pasar la noche sin dormir. No aminoró el ritmo en ningún momento, y, a pesar de hacer el viaje casi a oscuras, logró recorrer la distancia en la mitad de tiempo. Amanecía cuando alcanzó la gran llanura en la que se encontraba la cabaña. El cielo estaba cubierto de nubes densas y de color grisáceo, mal augurio, pensó el exmilitar ruso. A medida que se acercaba y la luz del día aclaraba el paisaje, distinguió algo. Aguzó la vista y reconoció que se trataba de personas. Dos en concreto, y estaban cerca de la cabaña. Pensó en la amiga del profesor. Le había hablado mil veces de ella y, en teoría, debería haber llegado ya. Sin embargo, había cosas que no encajaban: no veía ninguna avioneta cerca, y, según el profesor, vendría sola.

Su extraordinaria vista de tirador de élite ya no era la misma que cuando tenía treinta años, y Ryan necesitó estar a unos doscientos metros para confirmar que se trataba de dos hombres. Uno de ellos enorme.

—Mal negocio —musitó, tratando de mantener la calma.

Recordó que Lébedev también le había hablado en numerosas ocasiones sobre ese puto profesor español del que sospechaba que andaba detrás de apropiarse de su hallazgo. Reconoció, en ese momento, que nunca le dio demasiada importancia al asunto. Ni siquiera cuando le advirtió que, últimamente, ese profesor se dejaba acompañar de un guardaespaldas italiano, grande como un oso y con el pelo negro cortado a cepillo. El mismo tipo que, si sus cansados ojos no lo engañaban, esperaba a la puerta de la cabaña.

Ryan barajó la posibilidad de dar la vuelta y salir picando espuelas. Los dos hombres aún estaban lejos. Además, no tenían caballos. Era verdad que el gigante parecía llevar un rifle, pero había que ser un tirador extraordinario para acertar a un hombre a caballo a esa distancia. Ni siquiera él, en sus mejores momentos, hubiera sido capaz de realizar semejante disparo. Dudó sólo unos segundos. Enseguida determinó que no huiría por dos razones: una lógica y otra no tanto. La lógica se sustentaba en una posibilidad. El profesor Lébedev guardaba en la cabaña toda la información de su descubrimiento, estaba bien escondida, pero nadie podía asegurarle que no la encontrarán. Si lo hacían, sería cuestión de tiempo que llegaran hasta la cueva. Tenía que reconocer que todo ese

asunto de la historia de la humanidad le traía al paio. Nunca le importó demasiado su pasado, como para prestar atención a lo sucedido hacía miles de años. Para él todo aquello eran zarandajas destinadas a abrir noticiarios, llenar periódicos, vender libros y conseguir premios académicos. No le quitaba el sueño lo más mínimo, pero sí a su amigo. Para Lébedev, ese hallazgo representaba el hecho más importante en la historia de la humanidad, y él no estaba dispuesto a que, al hombre a quien debía todo lo que era, unos desgraciados le robaran su descubrimiento. Ésa era la razón lógica por la que decidió no darse la vuelta. La otra razón, sin embargo, tenía más que ver con un carácter rudo, una educación basada en valores sencillos pero firmes y en la creencia vital de que si alguien te busca, terminará encontrándote. Ryan se había conducido toda su vida por esos principios y certidumbres, y no estaba dispuesto a renunciar a ellos en aquella ocasión. Por ese motivo, tras ajustarse la gorra y palpar la culata de su rifle, apretó el paso de su caballo dispuesto a resolver el problema.

—¿Puedo ayudarles en algo? —gritó Ryan, cuando se encontraba a unos veinte metros.

El sol naciente molestó a Cracco, y tuvo que hacer sombra sobre sus ojos con la mano para ver quién les hablaba. Se encontró con un hombre corpulento, a lomos de un caballo percherón, llevando de las cinchas a otro caballo y a una mula. Le calculó cincuenta años. No era el tipo que buscaban.

—Buenos días —saludó Cracco, exhibiendo una amplia sonrisa.

Ryan continuó acercándose. Cuando estuvo a menos de seis metros se detuvo.

—Buscamos a un amigo. Esperábamos encontrarle aquí —continuó Cracco.

—Ya.

—Unos setenta años, acento extranjero...

—No he visto a nadie con esa descripción.

—Entiendo.

—Y han venido a...

—Bueno, a Alaska sólo se viene a por oro o a por osos. Y esto no es una pala —contestó Cracco, dando golpecitos al cañón de su rifle.

Ryan le mantuvo la mirada, calibrando.

—Llevamos toda la mañana andando y estamos cansados —continuó Cracco, ante el mutismo de Ryan.

El ruso apoyó ambos antebrazos en la cabeza de su silla de montar antes de hablar.

—¿Toda la mañana? —preguntó irónico, girándose para mirar el naciente sol.

—Quien dice toda la mañana dice un par de horas, ¿verdad? —admitió Cracco buscando la confirmación de Tato, que no tardó en llegar.

—Verdad.

—...

—¿Es suya la cabaña?

—Sí —asintió Ryan, entre dientes.

—Me gusta —dijo Cracco, tocando con delicadeza un tronco de la pared—. Tiene un aire a autenticidad increíble. Cuando la vimos desde lejos me dije: allí debe de vivir un cazador de verdad, como los que habitaban estas tierras hace cien años. ¿No es así?

Tato esta vez sólo asintió, sin decir palabra.

—Veo que no ha cazado nada —añadió, señalando la mula libre de carga.

—Mala suerte —respondió Ryan, con sorna.

—Mmm, ya veo. Incluso, perdió a su amigo.

—¿Cómo dice? —se tensó Ryan.

—Por si no se ha dado cuenta, lleva un caballo ensillado pero nadie encima.

Que en menos de un segundo se puede evaluar una situación era algo que el viejo exmilitar había aprendido en el ejército, y que en esa ocasión pudo volver a poner en práctica. En un abrir y cerrar de ojos recogió todos los datos que necesitaba: aquellos dos tipos eran profesionales. Ambos armados. Uno con un rifle y otro con una pistola o un cuclillo oculto en el bolsillo de su abrigo. Mandaba el que tenía acento italiano, eso parecía claro, y estaba poniéndolo a prueba. Evaluándolo. Le convenía seguirle el juego. Mientras durara, tendría una oportunidad.

—Oh, ¿se refiere a...? —Ryan dejó la frase suspendida, señalando el caballo que tenía a su lado—. Precaución. Soy un hombre precavido.

—Claro, claro —asintió Cracco, con una media sonrisa canalla—. Pero dejémonos de charla. ¿Qué le parece si nos invita a pasar a su cabaña y nos prepara uno de esos cafés que resucitan a un muerto? Lo he

visto mil veces en las pelis del oeste y no me gustaría largarme de Alaska sin probarlo. Ni tú tampoco, ¿verdad?

—Verdad —asintió de nuevo Tato, apretando el puño dentro del bolsillo del abrigo.

—Además, así haremos tiempo por si aparece nuestro amigo.

Ryan entornó los ojos sin mover un músculo. Subido en el caballo y con el sol a su espalda aún tenía ventaja.

—¿Qué dice? ¿Va a invitarnos a ese café o no? —insistió Cracco, haciendo desaparecer la sonrisa de su rostro.

El exmilitar dejó resbalar la mano derecha por su muslo hasta quedar colgando a un palmo de la culata de su arma. Si era rápido en desenfundar podría cargar el Winchester y disparar antes de que el gigante lo hiciera primero. Sería un éxito al cincuenta por ciento; ya que si el otro, en lugar de un cuchillo llevaba una pistola en su bolsillo, estaba listo. Aun así, sería mejor opción que meterse dentro de la cabaña con ellos.

Ya tocaba la culata del rifle cuando, de pronto, vio aparecer a un tercer hombre. Salía de la parte trasera de la casa, a su izquierda, y traía entre sus manos un fusil automático.

Eso lo cambiaba todo.

Ryan lanzó un suspiro de resignación, rindiéndose a la evidencia. Sus posibilidades de éxito se habían reducido a la nada. Poco a poco regresó su mano hasta dejarla apoyada de nuevo en la cabeza de la montura. Tendría que seguir participando de esa farsa ridícula hasta que el gigante quisiera, no veía otra posibilidad.

—Claro, les prepararé un café bien caliente. Pero antes voy a dejar los caballos a cubierto —sugirió Ryan, intentando una última maniobra.

No funcionó.

—Oh, no se moleste —oyó decir a Cracco—. Tato, ocúpate de los animales del caballero.

—Enseguida.

—Eso no le hará falta —añadió el italiano al ver cómo, después de desmontar, Ryan comenzaba a sacar el rifle de su funda—. Si aparece un oso nosotros nos encargaremos de él.

El interior de la cabaña estaba limpio pero desordenado. Al fondo había un par de camas individuales, ambas sin hacer. En la zona central se

encontraba una mesa redonda con dos sillas, y a un par de metros de distancia, junto a una ventana, otra de menor tamaño llena de libros, cuadernos y carpetas. Sobre la chimenea, ocupando todo el espacio, lucía una imponente cornamenta de alce de cuyas puntas colgaban una cantimplora de aluminio y unos prismáticos. Las paredes laterales también estaban decoradas con trofeos de caza, pieles de zorros, glotones, marmotas y coyotes. La otra pared, la más larga, tenía una alacena y múltiples estanterías repletas de latas de conservas, cecina de carne y frascos de cristal que dejaban ver su contenido.

—Mmm, veo que se ha aprovisionado bien —dijo Cracco, cogiendo un tarro en el que flotaban unos pimientos rojos—. ¿Piensa pasar aquí el invierno?

Ryan no le contestó. Se encaminó a la chimenea, cogió papel de periódico y lo prendió con un fósforo de una cuarta de largo. Luego, añadió ramas finas y esperó a que las llamas cobraran fuerza. Finalmente, cogió un par de troncos del grosor de un brazo y los echó al naciente fuego, procurando no ahogarlo. Se tomó su tiempo. Necesitaba pensar.

—¿Cómo les gusta el café?

—¿Cómo lo toma usted?

—Fuerte —contestó Ryan, cogiendo una cafetera y llenándola con el agua de una garrafa.

—Pues fuerte para todos.

Tato y Mario, después de pasear por la cabaña mirando sin mirar y haciendo resonar sus botas sobre los tablones de madera del suelo, decidieron tomar asiento alrededor de la mesa redonda. Cracco permaneció de pie hasta que se encaminó a la mesa que hacía de escritorio y, después de curiosear, cogió una carpeta.

—Por favor —saltó Ryan, levantando una mano—. Le importaría no tocar eso.

—Veo que además de la caza tiene usted otras aficiones, señor...

—Mi nombre es Ryan.

—Ryan —repitió Cracco, abriendo la carpeta—. Un nombre muy americano, sin embargo usted tiene acento...

—Ruso. Y usted, italiano —completó Ryan, masticando las palabras, al tiempo que apretaba el puño en torno al asa de la cafetera.

—Exacto, buen oído —admitió Cracco, dejando la carpeta sobre la mesa y cogiendo otra.

Como suponía Ryan, la situación estratégica en el interior de la cabaña se había complicado extraordinariamente. No era un novato, era un soldado de la vieja escuela, y sabía que tenía todas las de perder si iniciaba un ataque. No tenía armas, ellos sí, y eran tres. Bueno, cuatro, el italiano valía por dos. Sólo un milagro le haría ganador de esa desigual batalla. Conocía a los hombres, sobre todo a los malos, y esos tipos parecían de los peores. No estaban nerviosos, se mostraban seguros, y en su mirada podía adivinar el poso maldito que deja la sangre. La cuestión era saber qué órdenes tenían. Hasta dónde estarían dispuestos a llegar para conseguir la información que buscaban. Eran matones profesionales, de eso no le cabía ninguna duda, ¿pero contemplaban la posibilidad de matar o se detendrían antes? No le quedaba otra que comprobarlo.

—Le he dicho que no toque mis cosas —gruñó Ryan, encarándose con Cracco.

—Tranquilo, amigo. Tranquilo —oyó decir detrás de él.

—Hágale caso —recomendó el italiano—. Mario es de gatillo fácil.

Ryan se giró para comprobar la situación a su espalda.

Lo que vio no le gustó nada. Uno de los tipos sentado a la mesa había empuñado una pistola, y el otro jugaba con el seguro de su fusil.

—¿Qué buscan aquí?

—Dos camas, dos caballos, toda esa comida... estos libros —comenzó a decir Cracco—. Creo que nos está mintiendo.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Dígame usted? Yo nunca he entendido a la gente que no sabe cuándo ha perdido.

—¿Perdido?

—Tarde o temprano nos dirá dónde está el profesor Lébedev y nos contará qué buscan aquí, en Alaska. Entonces, ¿por qué no hacerlo por las buenas?

—Vaya, veo que no habían venido por el café —respondió Ryan, con guasa.

—Oh, no, hágalo, hágalo —lo animó Cracco, acompañándose de gestos de la mano—. No sabemos cuánto tiempo tendremos que pasar aquí. Parece un tipo duro. Si además es estúpido, puede que nos lleve un buen rato hacerle hablar.

Ese italiano le recordó a un sargento que tuvo durante su estancia en Afganistán. Él, por entonces, era un soldado raso que llevaba pocos

meses destinado en un cuartel avanzado, en pleno territorio muyahidín. Una mañana, una patrulla logró capturar a dos combatientes afganos. Dos adolescentes descalzos, malnutridos y armados con rifles de la Segunda Guerra Mundial. El reglamento obligaba a interrogar a los prisioneros. Según los psicólogos que habían elaborado el protocolo era necesario llevar el martirio al máximo, ya que ésa era la única forma de estar seguros de lo que realmente sabía el prisionero; y el sargento, buen profesional, siempre estaba dispuesto a comprobarlo. El borde mismo de la muerte, ése era el límite; aunque casi siempre se sobrepasaba. Él estuvo presente en aquel interrogatorio. Presenció cómo, aquellos dos jóvenes, contaban todo lo que sabían al poco de comenzar a quemarlos con cuchillos al rojo. Jamás podría olvidar los gritos de dolor extremo de aquellos casi niños. Sus lamentos. Las súplicas para que pararan. Pero aquel sargento siguió. Primero machacándoles los dedos de las manos y de los pies con un martillo, y luego castrándolos con unos alicates oxidados. Al final se terminó cruzando el estrecho límite y ambos, después de pasar un tormento inenarrable, murieron. Ese día se juró que jamás se dejaría apresar con vida. Que ningún torturador disfrutaría con su sufrimiento mientras él se orinaba y se cagaba en los pantalones. Prefería mil veces una muerte digna en el campo de batalla.

Durante su etapa de soldado, en los múltiples conflictos armados que vivió, fue herido varias veces; y pasó por experiencias realmente complicadas, pero tuvo la suerte de no tener nunca que elegir entre rendirse o luchar hasta la muerte.

—Maldita sea —se dijo entre dientes, comprendiendo que ese momento había llegado.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Cracco.

—Pensaba en voz alta.

—No piense demasiado, no es bueno. ¿Ya está el café?

—Le queda un minuto —contestó Ryan, comprobando la cafetera puesta al fuego.

—Magnífico. Ahora busque algo donde poder tomarlo. Y azúcar. A mí me gusta muy dulce. Nos sentaremos a la mesa, todos juntos, y luego nos dirá lo que hemos venido a saber.

Ryan no contestó. Se dirigió a la alacena, cogió cuatro tazas de aluminio y un azucarero de cristal. Lo colocó todo sobre la mesa redonda, sin mirar a los dos hombres que había sentados. Luego, abrió un cajón y

se puso a rebuscar. Cracco se movió, para poder controlarlo mejor.

—No hay para todos —concluyó Ryan, mostrando tres cucharillas en abanico.

—No es problema. Yo usaré esto —dijo Mario, socarrón, haciendo saltar el resorte automático de su estilete.

¿Quién es el más rápido? ¿Quién el más peligroso? ¿A cuál de los tres debía neutralizar primero? Esas preguntas le asaltaron mientras regresaba a la chimenea para coger la cafetera. Su experiencia le decía que el hombre que menos habla es también el más observador y, por tanto, el primero en darse cuenta de las cosas. Y ése era el tal Tato, que no le quitaba el ojo de encima.

"Tú eres el elegido", pensó, con la cafetera en la mano, después de comprobar que el café estuviera bien caliente.

Tan rápido como fue capaz lanzó el líquido hirviendo sobre la cara de Tato y, casi en el mismo movimiento, describió una curva asestando un golpe brutal con la cafetera vacía en la sien de Mario. "Dos fuera de juego. Sólo queda uno", se dijo, dentro de ese universo irreal que crea la adrenalina. Se giraba para enfrentarse al tercero cuando sintió un intenso dolor en el estómago, tan fuerte que le cortó la respiración, obligándole a doblarse por la cintura. Según caía de rodillas pudo ver, antes de recibir otro impacto en el pómulo izquierdo, que se trataba del italiano usando la culata de su rifle para machacarlo. Esquivó el tercer golpe dirigido al mentón y logró incorporarse para contraatacar, algo que pilló a Cracco desprevenido.

—¡Qué cojones! —exclamó el italiano, justo antes de que Ryan le asestara una patada certera en las costillas y otra en la rodilla derecha.

Tambaleándose, Cracco, se alejó de la fiera en la que se había convertido el ruso y buscó con la mirada a sus dos compañeros. Lo que vio no le gustó en absoluto. Mario estaba caído sobre la mesa, inmóvil, y Tato daba vueltas sobre sí mismo, lanzando alaridos, con las manos tapándose la cara. Estaba claro que había subestimado a ese viejo. Sin duda era más fuerte de lo que aparentaba, y mucho más valiente. Era tarde para lamentarse por no haber tomado más precauciones, tendría que solucionar el problema él mismo. Con un giro rápido de muñeca accionó el cerrojo del rifle e introdujo una bala en la recámara. No quería matarlo si no era absolutamente necesario, su intención era amedrentarle para detenerlo en seco. Pero no surtió efecto. Aquel ruso enloquecido desoyó

la advertencia que representaba el cañón de un arma apuntándote y se lanzó al ataque igual que una locomotora. Cracco le sacaba la cabeza, más de treinta kilos y estaba armado, y, sin embargo, sintió miedo. Jamás había visto a alguien que, en una situación de desventaja tan evidente, reaccionara de esa manera; ni que despreciara el peligro y el dolor de esa forma. ¿Quién era ese tipo que se le venía encima enseñando los dientes y con la mirada tan fría como el hielo?

Asustado como nunca lo había estado en su vida, Cracco apretó el gatillo.

12 - UNA MANO DE PINTURA Y COMO NUEVA

Al tiempo que aquel disparo retumbaba dentro de la cabaña, Laura atendía el teléfono de la habitación. Era el recepcionista.

—Buenos días, señorita Anglada. Está aquí el señor...

—Santana —completó una voz lejana.

—Santana —repitió el recepcionista—. Dice que los espera en la puerta con el coche.

—¡Que no tarden! —escuchó de nuevo al piloto, a través del auricular.

—Enseguida bajamos —respondió ella, antes de que el recepcionista repitiera el mensaje de apremio.

Después de colgar, Laura se dirigió al baño y golpeó la puerta con los nudillos.

—¿Qué pasa? —se oyó decir a Owen.

—¿Te queda mucho? Ya es la hora.

—Un minuto —respondió Owen, justo antes de producir un estertor que no dejaba lugar a dudas: vomitaba.

No fue un minuto sino cinco lo que tardó en salir, con el pelo revuelto y apretándose el estómago.

—Creo que he desayunado demasiado rápido.

—Más que la velocidad con la que engullías, creo que ha sido la cantidad —replicó Laura.

—Tenía un hambre feroz.

—Eso me pareció al ver cómo, después de comerte un montón de beicon con huevos revueltos, cuatro salchichas y una rebanada de pan de dos cuartas untada con jarabe de arce y mojada en un buen tazón de leche, decidiste pedir una porción de tarta de queso y arándanos.

—Tienes razón, me he pasado y mi estómago lo está sufriendo.

Laura permanecía de pie, con la maleta junto a la puerta de salida y el anorak entre las manos.

—Anoche me acosté disgustado, amor mío —se acercó Owen, con

intención de besarla. Laura retiró la cara con actitud de desagrado.

—Pues no lo parecía. Te quedaste dormido nada más apoyar la cabeza en la almohada.

—¿Sí?

—Por cierto, ¿no te has lavado la boca?

—Como me estabas metiendo prisa...

Contestó Owen, colocando la mano en forma de cazo y situándola entre la nariz y la boca para comprobar el aliento que exhalaba.

—Vamos, coge tus cosas de una vez —lo apremió Laura, abriendo la puerta.

—Vale, vale.

La habitación la había pagado con la tarjeta del profesor Lébedev, pero de los extras tuvo que hacerse cargo ella. Owen esperó, sentado en un sillón, a que liquidara la cuenta y recuperara los pasaportes. No le llevó más que unos minutos y, sin embargo, al terminar lo encontró profundamente dormido.

—¿Eh? —se sobresaltó cuando Laura, al pasar junto a él, le dio una patada en la pierna.

En la calle, apoyado en su camioneta Chevrolet, el piloto esperaba con cara de pocos amigos.

—Lo sentimos —se disculpó Laura, azorada.

—Las predicciones no son muy buenas —dijo Santana, subiendo a la camioneta—. Vamos, quiero estar de vuelta antes de que anochezca.

Después de poner las maletas en la zona de carga, Owen y Laura tomaron asiento en la cabina. Sin esperar a que se pusieran los cinturones de seguridad, Santana arrancó y salió quemando ruedas. Conducía a toda pastilla, sin decir una palabra, sorteando los pocos coches que se encontraba por la carretera igual que si se tratara de una competición. El ruido del potente motor penetraba por las ventanillas delanteras bajadas junto con el aire frío de la mañana, convirtiendo el interior del vehículo en un infierno; sobre todo los asientos traseros.

—¿Tienes frío, cariño? —preguntó Owen, abrazando a Laura.

Y, antes de que ella contestara, se dirigió a Santana golpeándole en el hombro.

—Oye, tío, ¿puedes cerrar las ventanillas?

—¿Por qué? —quiso saber éste, extrañado—. No hay nada como el sonido de un V8, mezclado con el aire puro de la mañana, para despejarse.

—Por favor —suplicó Laura, levantando la voz.

—Como quieran.

Santana también aminoró la marcha, y realizó el resto del trayecto tratando de conducir de una manera más prudente. No se encontraron mucho tráfico. En menos de quince minutos dejaron atrás la ciudad y las carreteras asfaltadas, y tomaron un camino de tierra que los llevó hasta un aeródromo que dejaba mucho que desear. Las ruedas derraparon cuando la camioneta paró al lado de un hangar donde se veían dos avionetas. Una de ellas medio desmontada.

—Bueno, ya hemos llegado —anunció Santana, apagando el motor y saltando del vehículo a toda prisa.

—Este tío me pone de los nervios —susurró Owen—. ¿Estás segura de que era la mejor opción?

—Sabe dónde está el profesor. Ya ha ido varias veces. No te preocupes —respondió, tratando de convencerlo de lo que ella misma no estaba.

—¡Vamos! —gritó Santana.

Cargando con las maletas y con un par de mochilas, Owen y Laura siguieron al piloto hasta el hangar. Al entrar se les cayó el alma a los pies. Lo que les pareció ver desde lejos, desgraciadamente, se confirmaba una vez estuvieron allí. Aquellas dos avionetas eran pura chatarra, y el resto del hangar aparentaba estar abandonado desde hacía siglos: todo lleno de trastos por el suelo, sucio y con parte de las lamas del techo rotas.

—¿Qué cojones es esto? —saltó Owen, abriendo los brazos.

—Son buenas máquinas, aunque ahora no lo parezcan —se explicó Santana, golpeando el ala de una de las avionetas.

—Así es —dijo una voz desde el fondo del hangar.

De un rincón oscuro vieron aparecer a un hombrecillo con un mono azul lleno de grasa que le quedaba enorme. Su cara, entre las pobladas cejas y la barba cerrada, era un enigma. Ni siquiera pudieron distinguir sus ojos; sólo calcular, por lo canoso de su pelo, que tendría unos sesenta años.

—Les presento a Mike, mi mecánico. No existe nadie en el mundo que sepa más de aviones que él —anunció Santana, con cierto orgullo.

—Bah, exagera.

—Venga, Mike, tú siempre tan modesto. ¿Está listo el avión?

—Revisado y a punto. Lleno hasta los topes de combustible y, como

siempre, con un depósito adicional. Lo he encendido hace un rato y el motor ronronea como un gatito —respondió el mecánico, ufano.

—Genial, pues entonces, en marcha —concluyó Santana, encendiendo un cigarrillo.

—Un momento —intervino Laura, que hasta el momento había asistido a la conversación con la boca abierta al igual que Owen—. ¿No estará diciendo que vamos a volar en uno de estos... aviones?

Santana y su mecánico se miraron un instante, muy serios, y luego rompieron a reír a carcajadas.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó Laura, molesta.

Siguieron riendo apoyados el uno en el otro, sin contestar, hasta que Owen habló.

—Te lo advertí. Además, recuerda lo que dijo el camarero. Marchémonos de aquí de una vez.

—¿Qué camarero? ¿Qué les dijo?—preguntó Santana, mutando la risa por un rictus absolutamente severo en décimas de segundo.

Owen enmudeció de pronto, al ver al piloto encararse con él de esa manera.

—Anoche, en aquel bar, el Bird House —medió Laura, en tono de indignación—. Dijo que usted bebía.

—¿Has oído, Mike? Beber, yo. ¿Te lo puedes creer? —y, sin esperar respuesta, se dirigió a Laura—. ¿Quién fue, el más joven, el de barbas?

—Sí —se atrevió a intervenir Owen.

—Valiente cabroncete. No le hagan caso —resolvió Santana, relajando el gesto y dibujando una sonrisa de oreja a oreja—. Es buen amigo mío, pero tiene un sentido del humor un tanto... especial.

—Entonces, ¿no bebe? —preguntó Laura.

—Ni una gota. Se lo aseguro, se lo juro por...

—Está bien, le creo.

—Y eso qué más da —dijo Owen—. Yo no pienso subirme a uno de estos cacharros.

—Ni yo —afirmó Santana, estallando de nuevo en risas, junto al mecánico.

—Señor Santana —espetó de pronto Laura, levantando la voz—, ¿puede dejar de reírse de una... puñetera vez, apagar el cigarrillo y explicarnos lo que pasa?

—Oh, lo siento, de verdad —se calmó Santana, mirando fijamente a

Laura como si la viera por primera vez—. Ha sido un malentendido muy gracioso. Estos aviones son chatarra, como bien dice su amigo. Mike los conserva para piezas. El nuestro está detrás del hangar, en el lago. Cojan su equipaje y síganme. Y, por favor, permita que me termine el pitillo. Lo estoy dejando, y éste es el primero del día.

Los tres rodearon el hangar, subieron un empinado montículo de tierra que luego descendía con una pendiente suave de hierba húmeda, y llegaron hasta la orilla del lago. Allí, amarrada a un poste de madera, estaba la avioneta.

—No me digan que no es bonita. Una Havilland Canada DHC-2 Beaver equipada con flotadores. Capacidad para siete personas. Velocidad de crucero de doscientos treinta kilómetros por hora. Autonomía: mil ciento ochenta kilómetros; seiscientos más con el depósito extra —anunció Santana, con orgullo.

El aparato, a contraluz, no era del todo visible. Cuando estuvieron más cerca resaltaron sus carencias. La silueta era impecable, pero el estado de la pintura dejaba mucho que desear. Además, estaba llena de arañazos y los flotadores lucían un buen número de abolladuras.

—Digamos que, tampoco es ninguna maravilla —refunfuñó Laura.

—Desde que hiciera su primer vuelo en 1947, ha demostrado ser la mejor avioneta para recorrer estas tierras. Créanme. Una manita de pintura y estará como nueva.

—¿Mil... novecientos... cuarenta y siete? —repitió Owen, incrédulo.

—Oh, no. No me refería a ésta en particular, sino al modelo. Esta preciosidad pertenece a las últimas que se fabricaron. En el sesenta y siete.

—¿Habla en serio? —preguntó Laura.

—Claro —asintió Santana—. Un auténtico bebé. Y ahora vamos, todos arriba.

Laura y Owen se miraron sin decir nada, y terminaron metiendo las maletas en la parte trasera ayudados por Santana, que no dejaba de tararear una canción irreconocible. Parecía contento.

—Si quieren, uno de ustedes puede sentarse junto a mí. Les aseguro que las vistas desde la parte delantera son espectaculares.

—Yo paso —masculló Owen, tomando asiento en la fila trasera.

—Iré yo —anunció Laura, resuelta.

—¿Estás segura? —dijo Owen, dando golpecitos en el asiento contiguo al suyo, igual que si llamara a una mascota.

—Por supuesto.

—Genial —exclamó Santana, mientras soltaba la avioneta de las amarras—. No se arrepentirá, se lo aseguro.

Tras hacer varias comprobaciones en el panel de control y confirmar que los pasajeros llevaran abrochados los cinturones de seguridad, encendió los motores. En ese instante, el ruido en la cabina fue ensordecedor.

—Pónganse los cascos, sino será imposible oírnos —gritó, Santana.

Owen hizo caso omiso, se arrellanó en el asiento, cruzó los brazos y cerró los ojos. Santana lo observó por el retrovisor, luego volvió la mirada a Laura que luchaba por colocarse los cascos correctamente. No trató de ayudarla. Sin saber por qué, intuía que no era de esas mujeres a las que les gustaba que los hombres anduvieran detrás de ellas haciéndose los caballerosos.

—¿Me escucha bien? —dijo al final, para comprobar que todo estuviera correcto.

—Fuerte y claro. Se dice así, ¿no?

Santana asintió, conteniendo la risa. No estaba el horno para bollos.

Con la misma facilidad con la que se maneja una barca a pedales, Santana condujo la avioneta por el agua hasta enfilarse la diagonal más larga del lago. Entonces, tocó unos cuantos interruptores en el panel y revolucionó los motores antes de acelerar al máximo.

—No se asuste. El agua no es como el asfalto. Puede que demos unos cuantos botes.

—Nunca he volado en avioneta —contestó Laura, con el aliento contenido, sin poder quitar la vista del espejo brillante que era la superficie del lago.

—¿Está asustada?

—Un poco. La verdad, es que mucho —rectificó.

—Sin embargo, ha elegido ir delante.

—Soy una inconsciente.

—No lo creo —negó Santana, girándose para mirar su perfil.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Laura, con la voz temblona por el traqueteo del avión sobre el agua.

—Es una pionera.

—¿Una pionera? No diga tonterías.

—Esta tierra salvaje desvela nuestra verdadera naturaleza —sentenció, volviendo la cabeza y concentrándose en el pilotaje—. Agárrese bien, vamos

a despegar.

Laura contuvo el aliento dentro de sus pulmones hasta que no pudo más. Lo hizo durante tanto tiempo que, al soltarlo, produjo el mismo ruido que haría un neumático de camión al desinflarse de golpe.

—Ya ha pasado lo peor. Ahora, disfrute del viaje —anunció Santana, ajustándose las gafas de sol.

Una vez el avión tomó altura, la belleza de esas tierras inundaron las retinas de Laura con una intensidad abrumadora. Tan entusiasmada se encontraba con el paisaje que se desplegaba frente a ella, que Laura no dejaba de mover la cabeza de un lado al otro, igual que si viera un partido de tenis: iba de las montañas nevadas a los profundos valles colmados de bosques inmensos, y de ahí a los lagos y ríos chispeantes y repletos de agua que bajaban de las cumbres nevadas, intentando no perderse nada. Mantuvo la boca abierta hasta que notó la sequedad de ésta.

—La primera vez que la gente contempla Alaska desde el aire —comenzó a decir Santana—, puede experimentar dos sentimientos contrapuestos: el de miedo o el de fascinación. Veo que usted está deslumbrada.

—Jamás había visto nada tan espectacular en mi vida —confesó Laura, tragando saliva y mojándose los labios con la lengua.

—Pues va a tener oportunidad de disfrutar, nos quedan cuatro horas de viaje.

—¿Tanto?

—Sí, y eso si encontramos buen tiempo y viento de cola.

—El día está precioso.

—No se fie. El final del verano es la época menos estable, cuando se producen más tormentas y comienzan las primeras nevadas. Hará frío. Aunque veo que van bien equipados.

—Sí.

—Lo que me chocan son las maletas. *Trolleys* de marca y con ruedas. ¿Ustedes sabían exactamente a dónde venían?

—Exactamente...

—No quiero meterme donde no me llaman, pero yo diría que bolsas o mochilas grandes hubieran sido opciones más adecuadas.

—No se preocupe, nos apañaremos —resolvió Laura, sin tratar de disimular que deseaba terminar la conversación. Santana lo notó, pero hizo caso omiso.

—Me dijo que ese profesor era colega suyo, ¿verdad? Un tipo muy agradable.

—Sí que lo es.

—Y su acompañante también. Un poco serio, pero ya se sabe cómo son los rusos.

—¿Acompañante... ruso?

—Ah, ¿no lo sabía?

—Bueno, apenas he tenido tiempo de hablar con el profesor. Ha sido todo muy rápido —contestó Laura, azorada.

—Desde hace un par de meses ese ruso está con él. Parece un buen tipo, pero ya le digo, muy reservado.

—Ya.

—Tampoco es que su amigo el profesor hable demasiado. En todo este tiempo no he conseguido sacarle una sola palabra de qué demonios hace en ese lugar perdido de Dios. Usted tampoco me va a contar nada, ¿verdad?

Laura se encogió de hombros.

—Sé que es antropólogo, entre otras cosas —continuó Santana—. Busqué su nombre en Google y uff... Parece un tipo importante. ¿Usted también lo es?

—No. Soy *paleogenetista*.

—Vaya nombrecito. Recuerdo cuando la gente trabajaba en cosas con nombres normales: médico, mecánico, carnicero... piloto. Ahora existen profesiones como "*youtuber*", "*influencer*", "*community manager*"...

—No parece tan mayor para hablar así.

—Serán estas tierras —sonrió Santana, satisfecho con haber conseguido que Laura participara en la conversación.

Aprovechando la situación favorable, probó suerte de nuevo.

—Seguro que andan buscando huesos, confíeselo. Antiguos, me refiero.

Laura bufó y movió la cabeza, negando.

—Vamos, seré una tumba. Es sólo curiosidad. No se lo contaré a nadie.

—Por favor, señor Santana... —suplicó Laura, en tono de fastidio.

—Vale, vale, lo entiendo. Era por hablar de algo.

—No es necesario que hablemos.

—Joder, menudo corte me ha dado —saltó Santana, espontáneo.

—Lo siento, no era mi intención. Quería decir que... —se disculpó Laura, intentando explicarse.

—No hay problema. A partir de ahora, chitón —resolvió Santana, muy

serio.

Una vez más se ponía patente su torpeza para relacionarse. Por un momento, Laura creyó que estaba mejorando, que había logrado mantenerse razonablemente normal mientras tenía una conversación de compromiso con un extraño. Pero todo había sido un espejismo. En el instante en el que el diálogo fue por derroteros que a ella no le interesaban o le molestaban, de nuevo había salido su lado borde y asocial.

Miró para atrás.

Vio a Owen con los cascos sobre las piernas y la cabeza caída hacia un lado, dormido como un bebé. ¿Por qué demonios lo había hecho? ¿Por qué lo buscó instintivamente? ¿Qué esperaba de Owen? ¿Que la sacara del apuro? ¿Que usara su don de gentes para establecer una conversación fluida y ausente de contenido, una charla de compromiso con el piloto que durara hasta que llegaran? Qué estupidez más grande. Se dijo. Owen parecía no estar en su mejor momento, y para nada había *empatizado* con ese tal Santana. Además, sería como tirar la toalla. Estaba mejorando, notaba que sólo tenía que sobreponerse y practicar más. Abrirse al mundo no le era fácil, pero debía hacerlo. No era un reto, ni una meta caprichosa, lo sentía como una necesidad. Un logro que le urgía conseguir si pretendía ser, algún día, una persona totalmente independiente.

El diálogo interior le duró casi una hora. Tiempo durante el cual hizo un repaso exhaustivo sobre ella y su personalidad complicada, y sobre ella y su relación con Owen. Y, en ambos casos, llegó a la misma conclusión: tenía que cambiar. Luego, sintió un sopor delicioso acrecentado por las bellas imágenes que llegaban inagotables a través de los cristales, y cayó en un sueño profundo y reparador de más de dos horas.

Cuando despertó y comprobó lo que había dormido, se sobresaltó.

—¡Madre mía!

—Vaya, ya está de vuelta.

—Anoche no descansé muy bien —se disculpó, ajustándose los cascos.

—Perdón, había olvidado que... —añadió Santana, simulando que cerraba su boca con una cremallera.

—Oh, siento lo de antes. No estuve muy acertada.

El piloto asintió sin hablar.

Laura miró en todas direcciones, incluido el asiento de atrás. El paisaje deslumbraba por su hermosura y Owen dormía, todo seguía igual. Decidió poner en práctica sus decisiones y tratar de llevar una conversación "normal"

con aquel hombre.

—¿Queda mucho para llegar?

—Mmmm, mmm, umm —pronunció, con los labios pegados.

—Ah, ya. Tiene la cremallera echada —dijo Laura, siguiéndole la corriente.

—Umm —asintió.

—Ya me he disculpado. No sea rencoroso.

Santana fingió que abría la cremallera y luego soltó el aire por la boca antes de hablar.

—Menos de una hora. Uff, qué sensación más buena.

—Pensará que soy una maleducada, ¿verdad?

—Verdad.

—O que estoy un poco... loca.

—¡Mujer, loca, loca..., no! Pero sí un poco nerviosa.

—Tiene razón, este viaje está sacando lo peor de mí.

—¿Está segura?

—¿Qué quiere decir?

—Antes le dije que estas tierras revelan nuestra verdadera naturaleza.

Alejados de la civilización nos sentimos más cerca de nuestros orígenes, y por tanto de nosotros mismos. Yo creo que está haciendo un ajuste. Sólo eso.

—Vaya —se sorprendió Laura.

—Bueno, entonces... ¿Quiere que hablemos?

—Adelante.

—Usted primero.

—Está bien. ¿Es usted de aquí?

—Antes de contestar, ¿le podría hacer una petición?

—Claro.

—¿Podría tutearme? Yo la seguiré tratando de usted, si así lo desea.

—No, tiene razón. Tuteémonos. Al fin y al cabo debemos tener edades similares.

—Lo has dicho tú —sonrió Santana, mucho más relajado—. Contestando a tu pregunta te diré que soy de Alaska. Nací en Anchorage y nunca he vivido en otro lugar del mundo. Para qué, si estoy en el mejor.

—¿Siempre fuiste piloto?

—Me enseñó mi padre. Él fumigaba plantaciones, campos de cultivo y bosques de pinos destinados a madera. Cualquier cosa que pudiera sobrevolar. También se ocupaba de llevar provisiones a los habitantes de

los pueblos más aislados. Le encantaba su trabajo.

—¿Lo ha dejado?

—Un día su avioneta tuvo un problema. Yo era entonces muy joven. Tardaron una semana en encontrarlo. Cuando lo hicieron, sólo hallaron los restos que de él dejó un oso Kodiak.

—Oh, lo siento, debió ser horrible.

—Me consuelo pensando que murió en el accidente —concluyó, bajando la voz paulatinamente.

—Yo soy española —comenzó a decir Laura ante el mutismo en el que pareció sumirse Santana—. Y puedo decirte, después de haber recorrido bastantes países, que quizá tengas razón y éste sea, sino el mejor, sí el más hermoso de todos —confesó, más por animarlo que porque realmente lo pensara.

—Y eso que aún no has visto nada —dijo Santana, luciendo una amplia sonrisa—. Oye, lo de tu amigo no parece normal. Demasiado sueño para un adulto, ¿no? —añadió, después de dirigir una mirada al asiento trasero.

—Sí —contestó Laura, lacónica.

—¿También es paleoge... peloge...?

—Paleogenetista —completó Laura.

—Eso.

—De momento es sólo un becario.

Nada más decirlo se arrepintió. Pero ya era tarde.

—Eres su jefa —adivinó Santana.

—Digamos que está a mi cargo en el laboratorio.

—Entiendo. ¿Entonces vosotros dos no sois...?

—¿Pareja? —se animó a completar Laura, de nuevo.

Santana asintió, volviéndose para mirarla.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, no junta las rodillas al andar, es un chico guapo, algo más joven que tú... Hacéis buena pareja. Además, anoche... No sé, cuando hablabais... Me pareció que erais algo más que amigos. Sólo eso.

—Preferiría no hablar del tema.

—Disculpa. Soy un poco metomentodo.

Laura permaneció callada un instante. Hasta que recordó algo.

—¿Qué has querido decir con que no junta las rodillas al andar?

—Bah, no me hagas mucho caso, son cosas mías —resolvió Santana, aprovechando para realizar un viraje y bordear una cumbre nevada.

Una maniobra que hizo que Laura se olvidara de lo que iba a decir.

—Estamos teniendo viento de cara. Y mira ese cielo —dijo de pronto Santana, después de estabilizar el avión.

—¿Malas noticias? —preguntó Laura, sacudiéndose de la cabeza los restos de la última conversación.

—Tormenta, y este viento... Nos retrasaremos. No creo que llegemos antes del atardecer. Si la cosa se pone fea, tendré que regresar mañana.

—Vaya, lo siento.

—Esa cabaña donde está su amigo no es muy grande. Tendremos que apretarnos.

—¿Apretarnos? ¿Dónde? —oyeron decir de pronto a Owen, a través de los auriculares.

Laura se volvió como un resorte y lo vio desperezándose mientras se ajustaba los cascos. ¿Cuánto tiempo llevaría escuchando? Se dijo.

Su siguiente frase resolvió su duda.

—Me parece que llevo durmiendo un siglo. ¿Queda mucho para llegar? Santana contestó.

—El tiempo no acompaña, amigo. Aún nos queda un buen rato.

—Decía Erik...

—¿Erik? —la cortó Owen, ladeando el rostro.

—Prefiero que me llames Santana, todo el mundo lo hace —intervino el piloto, dirigiéndose a Laura, obviando el tono en el que Owen había repetido su nombre.

—Puede que haga mal tiempo —continuó Laura—. Decía Santana que si se confirma, tendrá que hacer noche con nosotros y regresar mañana.

—Vaya —exclamó Owen, en tono de fastidio.

Laura trató de poner paños calientes a la incómoda situación.

—Vamos, llegado el caso nos apañaremos.

—Yo me conformo con cualquier rinconcito. Cerca del fuego, claro —añadió Santana, usando un mínimo de complicidad con Laura que a Owen le molestó todavía más.

—Veo que las cosas han fluido por aquí mientras yo dormía.

Laura prefirió no contestar. Santana hizo como si no le hubiera escuchado y cogió algo de una bolsa que llevaba a su lado.

—Puedo ofreceros agua y sándwiches de pavo.

—No, gracias —contestó Owen, con desaire.

—¿Son caseros? —preguntó Laura.

—Los hace Mike. Tostados y con mucho queso. Deliciosos.

—Pues entonces tomaré uno —decidió Laura, cogiendo uno de los sándwiches y una botellita de agua—. ¿Tú no quieres? ¿Seguro?

—He dicho que no. Creo que seguiré durmiendo —refunfuñó Owen, quitándose los cascos de malos modos.

Laura miró a Santana y se encogió de hombros.

Definitivamente se estaba cansando de las niñerías de Owen. Era ella la que tendría que estar molesta con su comportamiento y, sin embargo, ahora debía aguantar esa rabieta de celos tontos. Su paciencia tenía un límite, y estaba a punto de agotarse. Dispuesta a dar carpetazo al tema de Owen, al menos por el momento, decidió saborear el sándwich de pavo que le resultó realmente bueno.

—¿Quieres otro? —dijo Santana, al comprobar lo rápido que se lo había comido—. Si tu amigo no se lo va a comer...

—Lo conozco. Seguro que más tarde preguntará por él, y si no está...

—Tú misma.

—Espera —lo detuvo cuando ya guardaba el sándwich de nuevo en la mochila—. ¡Qué demonios! Trae para acá. Si luego tiene hambre, que se coma un codo.

Santana observaba de vez en cuando a Laura. Le gustó cómo comía, masticando sin separar los labios; y la forma tan peculiar de beber agua, sin apenas mover la cabeza e inclinando mucho la botella al tiempo que levantaba el dedo meñique. También se deleitó con la manera en que luchó contra el sueño, abriendo mucho los ojos y contorsionando el cuello, en una batalla que terminó perdiendo. Dormida también le gustaba. Parecía tan ingenua, tan frágil... Y a la vez tan lista, tan fuerte... Entonces, le vino a la cabeza el tipo que lo había visitado dos veces. Tenía un aspecto imponente y un nombre raro que sonaba a problemas. Demasiada pasta como para que la cosa oliera bien. Su padre siempre le decía que el dinero fácil es peligroso.

Cracco, así le dijo que se llamaba.

13 - CINCO LITROS DE SANGRE

El sol cedió su sitio con resignación a unas nubes preñadas de nieve que cubrieron el cielo y sumieron el valle en una oscuridad melancólica. El viento también hizo su aparición, primero agitando las copas altas de los pinos, y más tarde barriendo el suelo y provocando remolinos de arena en los lugares donde la hierba había desaparecido.

Cracco, sentado junto a la mesa redonda, con una taza de café en la mano, miraba por la ventana las cumbres nevadas de las montañas, y los jirones de niebla densa que bajaban de sus laderas. Estaba agotado, más mental que físicamente. Fueron horas las que estuvo hablando vía satélite con Echevarría, describiéndole una por una hasta la última de las notas que habían encontrado del profesor Lébedev. Y total, para nada. Según le dijo, ninguno de sus apuntes daba pistas significativas sobre lo que andaban buscando.

Eso fue después de que tuviera que ocuparse de sus dos compinches. Mario se recuperó rápido, tenía la cabeza dura y bastó con un antiinflamatorio y un par de tiritas para tenerlo como nuevo. Tato estaba peor. El café hirviendo que le había arrojado ese puto ruso le abrasó media cara, y tuvo que aplicarle una crema para quemaduras, que por suerte encontraron en un botiquín, y luego vendársela. Saldría de ésa, aunque le quedarían feas secuelas. Después estaba el tema del muerto. No es que le importara llevarse a alguien por delante, la cuestión era haberlo hecho sin que estuviera previsto. Le gustaba tener las cosas controladas, seguir los planes. Si iba a haber un cadáver quería conocer los detalles de antemano, ya que la cosa se pondría seria y el dinero también. El asunto fue que, después de la charla interminable con el profesor, tuvieron que registrar la cabaña minuciosamente, incluido el establo. Y fue allí donde, escondida bajo una bala de paja, encontraron una caja con explosivos y detonadores. Estaba a la mitad, por lo tanto habían hecho uso de ellos. Esa información sí le gustó a Echevarría. Cuando se lo dijo fue como si le hubiera tocado la lotería. A él le extrañó, y tuvo que ser el

profesor quien le explicara el motivo: "Cracco, eso quiere decir que están trabajando. No excavan, están demoliendo rocas. Lo importante es que han encontrado algo, ahora sólo hay que averiguar dónde". Eso le dijo, y luego le dio las siguientes instrucciones a seguir. Raras, pero inteligentes. Tenía que reconocer que ese mierdecilla de Echevarría poseía una cabeza prodigiosa para los planes; y suficiente dinero para llevarlos a cabo, por supuesto. No había que ser un lince para darse cuenta de que las cosas se estaban complicando, y mucho. Lo que se prometía como un trabajo sencillo en el que sólo tendrían que sacarle información a un viejo ratón de biblioteca, se estaba volviendo un asunto muy farragoso. Sin embargo, si todo salía bien ganaría suficiente dinero para retirarse una buena temporada; tal vez para siempre, si finalmente decidía invertir en un negocio de compra venta de coches que le rondaba por la cabeza.

—¿Vamos a tener que esperar mucho más? No me gusta estar aquí con este fiambre —dijo Mario.

—No creo que tarden —contestó Cracco, oteando el cielo—. ¿Cómo está Tato?

—Se ha quedado dormido. No me extraña, se ha inflado a analgésicos.

—¿Podremos contar con él?

—Claro, es duro como una roca.

Mario, que hablaba sentado a los pies de la cama donde Tato dormía, se levantó y rodeó el cuerpo de Ryan, evitando pisar el gran charco de sangre.

—Joder, qué cantidad de sangre —dijo, poniéndose en cuclillas junto al cuerpo—. ¿Cuánta calculas que habrá? Dicen que tenemos diez litros.

—Cinco —rectificó Cracco.

—¿Cinco? ¿Estás seguro?

—Sí.

—Pues yo diría que este cabrón tenía más. Aquí debe haber, por lo menos, ocho —sentenció, incorporándose y yendo hacia la chimenea—. Empieza a hacer frío.

—Fuera hará más.

—Prefiero la playa a la montaña, ¿tú no?

Cracco decidió no contestarle y dio un sorbo al humeante café.

—¿Tan importante crees que es el asunto como para que este tipo se

dejara matar? —preguntó de pronto, mientras jugaba con su estilete de mariposa abriéndolo y cerrándolo.

—Imaginaba lo que le esperaba.

—Hombre, si nos lo hubiera puesto fácil no tendría que haber sufrido mucho.

—¿Y luego?

—Bueno, está claro que no le podíamos dejar marchar.

—Él lo sabía. No era ningún principiante. La manera de actuar. Su frialdad... Exmilitar, seguro.

—Ya. Si nos hubiéramos encontrado con el viejo la cosa hubiera sido de otra manera, ¿verdad?

A Cracco le pareció una obviedad que no merecía respuesta.

—Todo esto habrá que cobrarlo aparte. ¿Se lo has dicho a tu jefe?

—Sabíais a lo que veníais.

—Sí, pero creo que la lista de fiambres va a crecer mucho.

Cracco pensó antes de contestar. Decidió que no era el momento de juntarse con más problemas. Si quería tener a sus hombres al cien por cien debería decirles aquello que querían oír. Después ya vería. Los trabajos se terminan cuando se terminan, y, a veces, surgen imprevistos.

—Si os portáis bien habrá mucha pasta, os lo aseguro.

—Cojonudo.

Cracco agotó el café de la taza y se sirvió más de la cafetera. Mario terminó cogiendo una silla y sentándose a su lado, pero antes agarró una botella de güisqui que estaba en el suelo.

—Sólo un trago, te necesito sereno.

—Claro, tío. Es para calentar un poco las tripas. Pero no como lo hizo ese ruso. *¡Ja, ja, ja!* —concluyó Mario, lanzando una carcajada sonora y desagradable.

De reojo, Cracco miró el cuerpo de Ryan y chascó la lengua preguntándose de qué habría sido capaz ese maldito ruso si no hubiera acabado con él. Si era cierto lo que creía, y se trataba de un exmilitar ruso, aun desarmados eran terribles. Podría haberle sacado los ojos o mordido en el cuello arrancándole la yugular. Los entrenaban a conciencia. Lo sabía porque tuvo un compañero de trabajo que había sido de las Fuerzas Especiales, un Spetsnaz, y el tío era una fiera. Él era grande, pero el tamaño no importa cuando el otro está dispuesto a morir matando. Por eso respiró aliviado cuando el disparo de su rifle de caza lo

detuvo en seco. Tuvo la suerte de que la bala le entrara por el estómago y saliera destrozando la columna y paralizándole las piernas, porque herido de muerte podría haber sido todavía más peligroso. Murió desangrado. No había nada que hacer por él. Ni lo hubiera hecho. Ahora componía una estampa realmente impactante: caído de frente, sobre un charco de sangre inmenso que ya comenzaba a coagularse, con el brazo izquierdo bajo su cuerpo y el derecho extendido. Una imagen perfecta para los planes que tenía reservados a los visitantes. Esperaba que funcionaran. Él conocía a las personas, pero Echevarría las conocía mucho mejor y estaba seguro de ello.

Pero eso es el puto futuro y ahora estamos en el presente. Llegado el momento ya veremos qué se hace, concluyó pasándose la mano por la cabeza, acariciando su corto pelo con la mirada fija en un punto del cielo.

—Rápido. Acércame esos prismáticos —dijo de pronto, dejando la taza de café sobre la mesa.

Mario los descolgó de la enorme cornamenta de alce que presidía la chimenea y se los dio.

—¿Qué pasa?

Cracco trasteó con la rueda hasta que el enfoque fue el correcto. Entonces, esperó pacientemente y no le contestó hasta que estuvo seguro de que el objeto del cielo se trataba de una avioneta.

—Despierta a Tato. Ya están aquí.

14 - NO HAY NADIE EN CASA

Santana no despertó a Laura hasta que no estuvieron muy cerca del destino. Aprovechó que sobrevolaban unas cumbres nevadas especialmente hermosas para tocarle el hombro con delicadeza.

—¿Eh? ¿Eh? —se sobresaltó, saliendo de un sueño profundo.

—Estamos llegando.

—Oh, genial —celebró, estirándose con disimulo.

—Dile a tu amigo que se abroche el cinturón.

De mala gana, Owen obedeció a Laura. Además del cinturón se puso los auriculares.

—Espero que hagas un buen aterrizaje, amigo, no tengo el cuerpo para soportar muchos botes —sugirió Owen por el micrófono, algo sobrado.

—Amarar —corrigió Santana.

—¿Cómo dices?

—Aterrizar en el agua se llama amarar o amerizar —le aclaró Laura, en tono neutro, ante el mutismo del piloto.

—Amarar, aterrizar, ¿qué más da? Lo que quiero es que lo haga despacito y con buena letra.

Laura dirigió una mirada de resignación a Santana con la que pedía comprensión para Owen, aunque creyera que no se la merecía. Estaba claro que, a medida que pasaba el día, más capullo se estaba volviendo. No sabía qué le pasaba. En un principio pensó que se trataba de celos, pero después llegó a la conclusión de que su comportamiento recordaba más al de un niño que, cansado de la visita a un familiar, se pone pesado para que sus padres lo lleven de vuelta a casa.

—Junto a la otra orilla está la cabaña —anunció Santana, comenzando las maniobras de descenso.

Laura respiró hondo y cerró los ojos mientras la avioneta atravesaba el río. Por fin vería al profesor. Lo necesitaba tanto... Tenían tantas cosas que contarse... Él la pondría al corriente de sus hallazgos y

ella podría librarse, de una vez, de la carga que soportaba. Estaba nerviosa y excitada al imaginar la cara que pondría cuando le diera los resultados de los análisis que le pidió. Y no sería para menos, eran increíbles.

Lo que más le costaba admitir era el hecho de que también necesitaba ver al profesor para compartir su tiempo con alguien más que no fuese Owen. Le urgía descansar de su relación. Estaba agotada, y no lo aguantaba ni un minuto más.

El creciente viento produjo rizos blanquecinos en el río, transformando el agua en una superficie ondulante e incómoda. Santana aminoró la velocidad todo lo que pudo y levantó el morro de la avioneta antes de que los patines tomaran contacto con las revueltas aguas. A pesar de la prudencia y de su buen hacer, el aparato se bamboleó y dio varios saltos antes de posarse definitivamente. A mínimas revoluciones condujo la avioneta hasta un espigón muy rústico, construido con troncos sin desbastar, donde por fin se detuvo.

—Bueno, ya hemos llegado —anunció Santana, apagando el motor.

Laura observó la cabaña por la ventanilla, que se encontraba a unos cincuenta metros. Allí, en mitad de aquel lugar inhóspito, le resultó tremendamente hermosa. Tan absorta se quedó en su contemplación, que Santana debió apremiarla para que abriera la puerta de la avioneta y bajara.

—Lo siento, es que... —se disculpó Laura.

—Parece irreal, ¿verdad? —dijo Santana, quitándose los auriculares.

—Sí.

—Uno de los pocos sitios vírgenes que quedan en el mundo. Disfrutémolos mientras dure.

—Pues el día no es que acompañe —saltó Owen, mirando el cielo.

—No —confirmó Santana, mientras ayudaba con el equipaje de la pareja—. Como me temía, creo que se avecina tormenta.

—¿Qué harás? ¿Te quedarás? —se interesó Laura.

—Tomaré un café con el profesor y luego ya veremos. Pero vosotros id. Yo aún tengo que amarrar bien el avión.

El estrecho espigón, de menos de un metro de ancho, se adentraba en el río unos diez metros. Laura iba delante, tirando de su maleta de ruedas. Owen la seguía muy pegado, deseoso de decirle algo.

—No me hace puta gracia que ese tipo se quede aquí.

—Ha hecho el favor de traernos —contestó Laura, sin volverse—. Es lo menos que podemos hacer por él.

—Ya, pero mira esa cabaña. No creo que tenga más de dos camas.

—Piensa que somos hombres primitivos volviendo de un duro día de caza y te parecerá una maravilla. Nos apañaremos, no te preocupes.

—¿Tendrá baño? Me estoy meando.

—Owen, ¿hablas en serio?

—¿Quieres decir que tendremos que salir a hacer nuestras necesidades fuera? —se sorprendió Owen.

—Pues claro, ¿adónde crees que venías?

—Acabo de llegar y ya estoy deseando volver al hotel.

—A mí también me gustan las comodidades del mundo moderno, no creas, pero si tengo que sacrificarlas para ver todo esto lo haré.

—¿Todo esto? —replicó, con extrañeza.

Laura se detuvo justo en la puerta de la cabaña y se volvió moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Owen. Por favor, no digas más gilipolleces por hoy. Te lo ruego —sentenció, antes de golpear con los nudillos.

¡Pom, pom, pom!

—Yo...

—¡Calla! —exclamó, y volvió a golpear.

¡Pom, pom, pom!

—Vale, me callo.

¡Pom, pom, pom!

La tercera vez dio tan fuerte que se hizo daño.

—Parece que no hay nadie en casa —se atrevió a decir Owen—. Creí que habías dicho que nos esperaba.

—Yo no dije eso. Te dije que me había pedido que viniera, pero no pude confirmarle el día ni la hora a la que llegaría. Es posible que haya salido. No sé... —se explicó Laura, notando un calor que le subía por la cara.

¿Y si el profesor ya no estaba? ¿Y si se había largado a otro lugar en vista de que ella no aparecía? También se le pasó por la cabeza que Santana los hubiera traído al lugar equivocado.

Contempló todas esas posibilidades antes de que Owen hablara de nuevo.

—Quizá no esté cerrada. ¿Has probado?

Sin contestarle, Laura accionó la rústica manija de madera hasta que notó que la puerta se abría.

—¡Has visto! Menos mal que estoy yo aquí —celebró Owen.

—Sí, menos mal —repitió Laura, con retranca, antes de entrar.

El interior de la cabaña era un maldito desastre. Papeles y botes de comida tirados por todas partes; estanterías descolgadas, cajones abiertos y...

—¡Joder! —exclamó Laura al distinguir el cuerpo que había en el suelo, en mitad de un charco de sangre.

Owen no fue capaz de articular palabra ni de reaccionar en un primer momento.

—¿Es el profesor? —consiguió decir.

—Creo que no —dudó Laura.

—¡La madre que me parió! —exclamó Owen, dejando caer la maleta y girando sobre sí mismo, presa del pánico.

Tras unos segundos paralizada, Laura consiguió sobreponerse y adquirir la suficiente presencia de ánimo para acercarse al cadáver y mirar su cara.

—No es el profesor —afirmó esta vez.

—¿Y quién cojones es este tío?

—Está muerto —confirmó Laura, después de comprobar el pulso en su cuello.

—¡Joder, eso ya lo veo! Pero qué le ha pasado. ¿Un oso?

—Ni idea. Ayúdame a darle la vuelta —solicitó Laura, más serena. Más en el papel de científica.

—No toques el puto cadáver. No lo toques —suplicó Owen, cada vez más histérico.

—Vamos, sólo quiero ver si tiene heridas de garras.

—Te he dicho que no.

A punto de salir, Owen se encontró con Santana que entraba en la cabaña en ese preciso instante.

—¿Qué pasa? —preguntó al ver el rostro de Owen blanco como la leche.

—Míralo tú mismo.

Owen le tapaba la visión del cadáver. Cuando se apartó pudo verlo. Rápidamente Santana fue con Laura, que seguía inclinada sobre el cuerpo.

—¿Sabes quién es? —le preguntó ella.

—El ruso del que te hablé. El que estaba con tu profesor —contestó Santana, después de mirar su cara.

—¡Joder! ¡Joder! —gritó Owen, golpeando el marco de la puerta.

—¿Quieres callarte de una puta vez? —le espetó Laura.

—Bueno, bueno. Tranquilicémonos un poco —sugirió Santana—. ¿Has comprobado que esté muerto?

—Sí —contestó Laura—. Yo diría que... —iba a continuar hablando cuando la interrumpió Owen.

—¡Esto no me gusta! ¡No me gusta nada!

Santana le dirigió una mirada lo suficientemente intensa como para hacerle callar de golpe.

—¿Qué ibas a decir? —invitó a continuar a Laura.

—Bueno. La sangre vertida no coagula o lo hace mal cuando es *post mortem*. Por el nivel de coagulación de ésta, yo diría que este hombre murió desangrado. ¿Piensas que pudo ser un oso? —preguntó, mirando la cara de preocupación de Santana—. Iba a darle la vuelta para comprobarlo.

—¿Ves el roto de la camisa y la mancha de sangre en su espalda?

—Sí.

Santana se incorporó, se situó por detrás del cadáver y comenzó a remangarle la ropa. Primero la camisa de cuadros, y luego una gruesa camiseta térmica.

—Lo que sospechaba.

—¡Dios! —exclamó Laura, al ver el gran agujero de bordes irregulares por el que asomaban trozos de huesos.

—Démosle la vuelta. Yo tiraré por el hombro, tú hazlo por la cadera. Usa el cinturón. No hace falta que lo volteemos del todo. Sólo quiero comprobar una cosa.

—Vale —asintió Laura, haciendo de tripas corazón.

—Ya es suficiente —dijo Santana cuando el cuerpo estuvo apoyado, a cuarenta y cinco grados aproximadamente, sobre uno de sus costados.

—¿Qué? —preguntó Laura, impaciente.

—Curioso —contestó Santana, con la cabeza metida bajo el cuerpo del muerto.

—¿Qué es curioso? —insistió Laura, cada vez más nerviosa.

—¿Ves su mano izquierda?

Laura asintió.

—Está todo lleno de sangre, pero puede distinguirse claramente —
continuó Santana.

—La veo, aunque no entiendo...

—A este hombre lo dispararon y, por el tamaño del agujero de salida de la espalda, fue con un rifle. Pero no murió al instante. Tuvo tiempo para introducirse el dedo índice en la herida —explicó Santana, e hizo un gesto a Laura para que dejara de nuevo el cadáver en la posición original.

—¿Por qué lo haría? —preguntó Laura, levantándose.

—Porque sabía que así tardaría más en desangrarse.

—Claro, pero...

—Bueno, ya he aguantado bastante tiempo vuestro momento C.S.I. —saltó Owen, dejando a Laura con la palabra en la boca—. ¿Vais a decirme qué cojones vamos a hacer?

—Owen, cálmate, sólo queríamos...

—No, Laura, tu amigo tiene razón. Esto parece un asesinato. Tendremos que llamar a la policía.

—¿Y el profesor? Debemos buscarlo. Puede estar en peligro, o tal vez... muerto —saltó de pronto Laura, consciente de lo que allí podría haber pasado.

—También es posible que haya sido él quien... —aventuró Owen, sin atreverse a terminar la frase.

—¿Hablas en serio? Él no sería capaz de matar a una mosca —se indignó Laura.

—Esto nos sobrepasa. Tenemos que avisar a las autoridades —sentenció Santana.

—Por supuesto —admitió Laura, sentándose en una de las camas cuyo colchón estaba rasgado.

—¿Qué haces? —se extrañó Santana al verla buscar en su mochila y sacar un teléfono móvil.

—¡Qué voy a hacer! ¡Llamar a la policía!

—Aquí esos aparatos no sirven para nada. Tendremos que usar la radio de la avioneta.

—Muy bien, pues a qué esperas.

—No os mováis, vuelvo enseguida. ¿Me has oído? —preguntó dirigiéndose a Owen, que paseaba de un lado a otro mordiéndose las

uñas.

—Sí, tío, te he oído —respondió de malos modos, soltando un bufido.

Santana salió de la cabaña y se encaminó a la avioneta. Lo hizo deprisa, sin dejar de mirar en todas direcciones. También observó el cielo cada vez más oscuro, adelantando un atardecer que ya se presagiaba en el horizonte. Cuando se encontraba a unos treinta metros del aparato, una gran explosión lo lanzó de espaldas contra la hierba húmeda. El intenso calor de la bola de fuego que se formó, pasó por encima cortándole la respiración y cegándolo momentáneamente. Tardó en incorporarse. Le ardían los pulmones, le costaba enfocar y los oídos le pitaban. Tambaleante, contempló la avioneta destrozada, envuelta en llamas, y a su alrededor trozos de fuselaje por todas partes. Se quedó petrificado viendo la devastación producida, y no movió un músculo hasta que escuchó a Laura a su lado.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Al volverse vio también a Owen, que se llevaba las manos a la cabeza.

—Volvamos a la cabaña —logró decir, muy serio—. Aquí fuera no estamos seguros.

Santana se había sentado y tenía ambas manos apoyadas en la mesa. Laura había preferido la cama. El único que permanecía de pie era Owen, que no dejaba de mirar por la ventana.

—¿Por qué no ha podido ser un accidente? —preguntó Laura.

—Ya te lo he explicado. He visto incendiarse motores de avionetas, y ninguna ha explotado de esa manera. La han volado con explosivos.

—¿Y ahora, qué? —logró articular Laura, pesimista.

—Pues ya lo ves. Estamos sin radio y sin manera de salir de aquí —concretó Santana.

—Cuando vean que no regresas vendrán a buscarte, ¿no es así? —quiso saber Owen.

—No será tan fácil. Nadie tiene las coordenadas exactas del destino. Ni mi jefe, ni siquiera Mikel. Pueden pasar días hasta que veamos un avión de rescate. Tal vez semanas. Estas tierras son inmensas.

—¡Maldita sea! —refunfuñó Laura—. Esto se complica.

—Y tanto —exclamó Santana, molesto con su observación—. Quizá

ha llegado el momento de que me cuentes qué demonios buscaba ese profesor tuyo en un lugar perdido de Alaska.

—No... No me lo dijo —titubeó Laura—. Sólo quería que viniera porque tenía algo importante que enseñarme.

—¿Importante? ¡Joder! Pues entonces, ¿dónde está? —preguntó Santana.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —exclamó Laura, rompiendo a llorar.

—Hay un cobertizo al lado de la cabaña —intervino de pronto Owen—. Voy a asegurarme de que el profesor no esté allí.

—Te acompaño —se ofreció Santana.

—Mejor quédate con ella. No tardaré.

—Como quieras.

Laura lo observó cómo salía de la cabaña. Parecía rendido, sobrepasado por los acontecimientos y, sin embargo, llegado el momento había sido el único capaz de tomar una decisión inteligente. No como ella, que se debatía entre el miedo, la culpa y la justificación. Tenía que pensar, era muy buena en eso. La acción se le resistía, pero no había nadie como ella haciendo análisis de rastros. Bueno, sí, había alguien, la persona que la enseñó: el profesor Lébedev. Él siempre le decía que un yacimiento había que tratarlo como el escenario de un crimen, donde los detalles más insignificantes pueden resolver el misterio.

Pensemos un poco, se propuso Laura, ¿qué tenemos aquí?: un hombre muerto de un disparo, otro desaparecido, una bomba en una avioneta y una cabaña revuelta. Empecemos por ahí. Está claro que quién ha hecho esto anda buscando algo, por eso ha registrado hasta el último rincón de este lugar. Seguramente el hombre muerto les negó la información, o no la conocía, y por eso lo mataron. Luego llegamos nosotros y, aprovechando que estábamos distraídos, volaron la avioneta; sin duda para impedir que nos marcháramos y llamáramos a la policía. Nos quieren aquí, seguramente porque esperan obtener de nosotros, de mí, lo que han venido a buscar.

Santana la miraba.

Laura se frotó las manos totalmente abstraída. Para ella, en ese momento, sólo existían sus pensamientos.

Ahora entendía todas las precauciones que había tomado el profesor para mantener en secreto su paradero: sabía que alguien andaba detrás de su hallazgo. Echevarría, concluyó. Según tenía entendido era un cabrón

dispuesto a cualquier cosa, aunque nunca hubiera imaginado que sería capaz de asesinar para apropiarse del descubrimiento del profesor. Pero, ¿qué descubrimiento? ¿Tenía éste algo que ver con las muestras de ADN que le había entregado en Madrid? Claro que sí, se contestó ella misma. Ahí terminaba todo lo que sabía sobre los trabajos del profesor en Alaska. Si ese desgraciado de Echevarría esperaba sacarle más información, iba listo.

Una vez Laura terminó con el estudio detallado de lo que conocía y asumió su papel en aquella peligrosa trama, le llegó el momento a la teoría: a la pura especulación. Para ello era necesario que abriera bien su mente y observara el escenario del crimen, el yacimiento, con otros ojos.

—¿Adónde vas? —le preguntó Santana, al verla levantarse de la cama de un salto.

—A estirar las piernas.

—No salgas.

—No lo haré.

Y era verdad. Lo que buscaba estaba ahí dentro, delante de sus narices. Pero, ¿dónde?

Un cielo cada vez más oscuro había sumido el interior de la cabaña en una penumbra molesta y triste. Laura buscó por el suelo hasta que encontró una lámpara de queroseno. Comprobó que tuviera el depósito lleno y la puso sobre la mesa.

—¿Tienes un mechero?

—Claro —contestó Santana, y se ocupó de encenderla.

Luego sacó un paquete de tabaco, se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió.

—¿No lo habías dejado?

—Estoy en ello —resolvió, dando una larga calada.

—Si no te importa, ¿podrías...?

—Oh, perdón —se disculpó Santana, dando manotazos para dispersar el humo—. Saldré fuera e iré a echar un vistazo al cobertizo. Tu amigo ya está tardando.

—Gracias.

Esperó a quedarse sola para recorrer la cabaña con una nueva mirada. No era criminóloga, era científica, pero en determinadas circunstancias ambos oficios se parecían mucho. Había una mesa llena de

papeles revueltos y decidió empezar por ahí. Cogió una silla y se sentó con intención de revisarlos con detenimiento, aunque no esperaba encontrar nada significativo. Si era cierto lo que creía, y el profesor sospechaba que andaban tras él, no habría sido tan descuidado de dejar pistas en un lugar tan visible. Aún así se propuso ser concienzuda y comprobar uno a uno cada papel, cada nota y cada libro que encontrara, para descartar todas las posibilidades. Examinaba una carpeta con datos sobre la última glaciación cuando volvieron Owen y Santana. Tan concentrada estaba que se había olvidado de ellos.

—¿Qué haces? —le preguntó Owen.

—Echando un vistazo a todo esto —contestó ella, sin girarse.

—Dile lo que había en el cobertizo —sugirió Santana, desplomándose sobre la cama.

—Una caja de bombas vacía y un montón de cagadas de caballo.

—Desde cuando entiendes de explosivos y de excrementos —preguntó Laura, dejando la carpeta en el montón de documentos revisados.

—Sus cirulos son inconfundibles. Tengo un amigo que tiene una cuadra y los he visto cagar miles de veces. En cuanto a las bom..., explosivos —rectificó—. Bueno, en la caja ponía C4. No hay que ser muy listo.

—Así es —intervino Santana—. El heno estaba fresco y los excrementos también. Allí había caballos, al menos dos.

—¿Y ahora dónde están? —preguntó Laura, volviéndose para mirar a los dos hombres.

—Puede que los tenga su amigo el profesor, o que se los llevaran los tipos que han hecho todo esto —contestó Santana, tumbándose y cruzando las manos sobre el pecho.

—¿No piensas hacer nada, tío? —se impacientó Owen.

—Qué quieres que haga. Se hace de noche y estamos a un montón de kilómetros del pueblo más cercano. Lo mejor será descansar y tomar decisiones mañana.

—¿Mañana? ¡Mañana podemos estar muertos! Está claro que esos tipos estaban vigilándonos. Esperaron que estuviéramos dentro de la cabaña y volaron la avioneta —expuso Owen, tratando de parecer sereno.

—Eso mismo pienso yo. Pero, ¿por qué? —dijo Santana.

—Ni idea. ¿Tú qué piensas? —preguntó a Laura.

—¿Cómo quieres que lo sepa? —contestó molesta.

Owen se acercó a Laura, se apoyó en la mesa, le quitó el papel que tenía en la mano y lo ojeó sin mucho interés.

—¿Sabes lo que yo creo? —dijo finalmente, mirándola.

Ella no tuvo que contestar, se trataba de una pregunta retórica.

—Esos tipos buscaban a Lébedev —comenzó a razonar, entornando los ojos—. Él no estaba y en su lugar encontraron a este... pobre desgraciado. Se resistió o simplemente se negó a revelarles el paradero del profesor, y lo mataron. Mientras registraban la cabaña nos vieron llegar. Entonces se escondieron y esperaron el momento de actuar. Tuvo que ser fácil volar la avioneta cuando estábamos distraídos con el cadáver.

—Tiene sentido —corroboró Laura, sorprendida con el análisis que había hecho.

Santana no estaba del todo de acuerdo. Se incorporó para rebatir la teoría dando otro punto de vista.

—¿Y si sólo se trata de un robo que termina en asesinato? Unos ladrones ocasionales que deciden vaciar la cabaña, llevarse los caballos, qué se yo... Puede que fueran sorprendidos mientras lo hacían, o él estuviera dentro cuando llegaron. Quiero decir, quizá todo sea el resultado de algo más sencillo.

—¡Vamos, tío! —saltó Owen—. Ya oíste lo que ella nos contó. Hay unos tipos detrás del profesor. Mira cómo está todo esto —continuó, abriendo los brazos—. Buscaban algo. Hay que estar ciego para no darse cuenta.

—Yo también lo creo —lo apoyó Laura.

—Genial. Entonces, ¿qué pensáis hacer? —cedió Santana, sentándose en la cama.

—Yo creo que si tuvieran al profesor o alguna pista de dónde se encuentra, estaríamos muertos —sentenció Owen—. El profesor Lébedev ha descubierto algo, algo grande, seguro. El problema es que no saben qué ni dónde. Y están dispuestos a todo para averiguarlo.

Laura escuchaba a Owen, alucinada, cómo exponía los hechos con increíble lucidez.

—Mucho me temo que ahora, en este preciso momento, unos tipos armados nos vigilan. Unos asesinos que no dudarán un instante en volarnos la cabeza cuando lo consideren oportuno —concluyó Owen, fatalista—. Por eso, cariño —añadió, cogiendo las manos de Laura con

delicadeza—. Si sabes dónde está el profesor o lo que demonios haya descubierto, será mejor que nos lo cuentes. La vida de todos nosotros depende de ello.

Laura quiso hablar pero no le salieron las palabras. El labio inferior le tembló al observar la mirada suplicante de Owen. Estaba tan asustada, que el miedo a punto estuvo de anular su estricto sentido de la lealtad y traicionar la confianza que el profesor Lébedev había depositado en ella. No lo hizo.

—No lo sé, te lo juro —dijo, después de tragar saliva.

—Por favor, piénsalo, es importante —insistió Owen, dejando sus manos y cogiéndola por los hombros con fuerza.

—Te digo que no lo sé. ¡Me haces daño!

—Oye, chaval, relájate —intervino Santana, levantándose de la cama.

—Oh, lo siento, cariño —se disculpó Owen, soltándola—. Es esta maldita situación. Por favor, perdóname, no era mi intención...

—Perdóname tú también. Yo te pedí que me acompañaras —admitió Laura—. Yo te metí en todo esto.

Owen se alejó de Laura y terminó mirando por la ventana.

—Sí. La verdad es que fue una grandísima casualidad —musitó, observando la oscuridad del exterior.

Una hora más tarde, Santana dormía en una cama y Owen en la otra. Un segundo antes estaban despiertos y al siguiente no. El sueño los había vencido casi a la vez, sin avisar, sin haberlo buscado. Simplemente, sus cuerpos decidieron desconectar y sus cerebros estuvieron de acuerdo. Laura se dio cuenta de que era la única que permanecía despierta cuando terminó de revisar los documentos y se levantó de la silla para estirar las piernas. Sintió frío. Avivó las llamas de la chimenea y añadió un par de troncos medianos. En cuclillas, frente al fuego, se calentó las manos. No se incorporó hasta que las mejillas le ardieron. Entonces, paseó por la cabaña, de un lado a otro, igual que haría un animal enjaulado. Se detuvo y contempló a los dos hombres bajo la luz del candil de queroseno. Se preguntó cómo podían dormir en aquellas circunstancias. A ella le era imposible. Sentía tal inquietud en su interior, tanta ansiedad...

Como se temía, los documentos no aportaban ninguna pista de dónde se encontraba el profesor ni la razón por la que le había hecho ir hasta

allí. Hablaban de tantas y variadas cuestiones, y eran tan heterogéneos, que le fue imposible determinar un elemento común que los relacionara. Seguramente lo habría, pero ella fue incapaz de descubrirlo; y, por lo visto, esos cabrones que les tenían ahí retenidos, tampoco. También encontró mapas de Alaska, pero sin anotaciones que señalaran lugares concretos.

Registrar el resto de la cabaña se le antojaba un trabajo absurdo que no haría. Por el estado en el que se encontraba estaba claro que ya lo habían hecho, y a fondo. Desesperanzada y agotada se recostó contra una pared, a cierta distancia del cadáver de aquel hombre que, para evitar su visión y por respeto, habían cubierto con una sábana. Lo hizo Owen, de una manera precipitada y poco meticulosa, y había dejado un brazo al descubierto, el derecho, que sobresalía de una manera siniestra por debajo de la tela. De pronto se fijó en la mano. Las intensas sombras que lanzaba la lámpara de queroseno no la dejaban ver con detalle. Se acercó. Le extrañó la posición de los dedos. Se agachó para observarlos bien: tenía todos recogidos menos el índice, que se mostraba parcialmente estirado.

—¿Qué haces ahí? —oyó decir a Owen.

—Ven.

Perezoso, se levantó de la cama y llegó hasta ella. Permaneció de pie, sin agacharse.

—¿Qué pasa?

—Su mano. ¿Recuerdas si estaba en esta posición cuando llegamos, antes de que lo moviéramos? —preguntó Laura.

—Ni puta idea. ¿Por qué?

—No me parece una posición natural. La puso así antes de morir.

—¿En serio? —exclamó Owen, mostrando de repente interés.

—Quizá sean imaginaciones mías. Pero su dedo... Yo diría que señala algo.

Santana se revolvió en la cama, soltó un bufido y se incorporó con el pelo revuelto.

—Uff, me he quedado traspuesto. ¿Qué hacéis ahí?

—Laura cree haber descubierto algo —anunció Owen.

—¿Cómo?

—Tal vez no sea nada. Yo sólo... —comenzó a decir Laura, antes de detenerse presa de un ataque de inseguridad.

—No, cariño, puede que tenga algún significado —la apoyó Owen.

—¿De qué habláis? —se impacientó Santana, levantándose de la cama y acercándose hasta el cadáver.

—¿Tú recuerdas si su mano estaba así cuando llegamos? —se animó a preguntarle Laura.

—El brazo estaba estirado, eso lo recuerdo. La mano... No lo sé ¿qué le pasa a la ma...? ¡Joder, ya entiendo! —exclamó, iluminado de pronto.

Agachado junto a Laura y Owen, cogió la mano del muerto y la volteó.

—¿Crees que...?

—Señala algo, sin duda. ¿Cómo no nos dimos cuenta antes? —saltó Santana, dejando a Laura con la palabra en la boca.

Owen fue el primero en incorporarse y en decir lo que los otros pensaban.

—Apunta hacia allí.

Sin decir una palabra, los tres se pusieron a inspeccionar la pared que quedaba frente al cadáver. Había un mueble con baldas, sin puerta, y nada más. El resto, incluidas las pieles de animales y las cornamentas que la adornaban, estaba tirado por el suelo. Durante un buen rato se dedicaron a revisar con detalle hasta el último de los objetos. Incluso abrieron los botes de conservas que no estaban rotos, vaciando su contenido por si encontraban algo. Santana fue el primero en desanimarse. Laura lo hizo poco después. Owen continuó buscando unos minutos más hasta que también se dio por vencido.

—Parecía una pista, la verdad —concluyó Santana.

—Sí, pero ahora estamos como al principio —dijo Owen—. Nada de nada. Voy a tomar un poco el fresco.

—Yo también.

Laura fue la única que se quedó dentro de la cabaña. Buscó un trapo con el que limpiarse las manos y luego se sentó en una silla. Su mente analítica y lógica continuaba funcionando, sin darle un descanso, y en aquel instante se preguntaba por qué un hombre herido de muerte taponaría su herida en lugar de intentar levantarse, y luego estiraría un brazo para señalar con el dedo a... nada. Barajó varias respuestas para la primera pregunta hasta que encontró una que le pareció suficientemente convincente: quería prolongar su vida mientras sus atacantes creían que

ya había muerto. Para la segunda no dio con ninguna medianamente razonable. Se levantó de la silla y volvió junto al cadáver. En cuclillas observó de nuevo la mano. El dedo. La pared que señalaba. Y vuelta a empezar. Lo hizo colocando la cabeza en distintos ángulos, hasta que usó uno completamente diferente. Uno en el que no había pensado, aunque era el más lógico de todos dada la posición: desde arriba. De esa manera, la relación tenía más sentido: mano, dedo y... suelo.

Owen fue el primero en entrar al escuchar ruidos. Descubrió a Laura golpeando, tratando de levantar una tabla del suelo haciendo palanca con el mango de una cuchara.

—¿Qué demonios haces?

—Ayúdame —le pidió sin contestar.

Santana entró tras Owen, con un cigarro en la mano.

—¿Se puede saber qué pasa ahora?

—Estábamos equivocados —comenzó a decir Laura, con la respiración alterada por el esfuerzo—. Este hombre no señalaba la pared, sino...

—¡Al suelo! Por supuesto —entendió Santana.

—Esta tabla está suelta, pero no soy capaz de levantarla —explicó Laura.

—Quizá si usamos esto —sugirió Owen, sacando la navaja que le había regalado.

—Mmm, demasiado pequeña, mejor probemos con el mío —intervino Santana, mostrando un cuchillo de grandes dimensiones—. Un Bowie de veinticinco centímetros hará mejor el trabajo.

—Genial. Pero apaga ese cigarro, por favor —se quejó Laura, apartando el humo a manotazos.

—Oh, lo siento. Lo estoy...

—Dejando, ya me lo has dicho —cortó, tajante.

Santana tiró la colilla al suelo y la aplastó con la bota antes de ponerse manos a la obra. Sin muchos miramientos introdujo la punta del enorme cuchillo entre la junta e hizo palanca. La tabla, efectivamente, estaba suelta.

—Buena señal. No hay clavos que la sujeten —anunció Santana.

—Por favor, quita esa tabla de una vez —se quejó Laura, que no podía soportar la incertidumbre.

Tras varios intentos el cuchillo penetró lo suficiente y Santana, por

fin, pudo levantar la tabla, que medía metro y medio por veinte centímetros de ancho.

—¿Veis algo? —preguntó Owen, mirando el hueco que había quedado en el suelo.

Hubo unos segundos de vacilación, hasta que Santana introdujo la mano y sacó una bolsa de cuero muy gastado.

—¡Es de Lébedev! —exclamó Laura—. Déjamela.

La tomó de las manos de Santana, fue hasta la mesa, la puso sobre ella y la abrió. Owen a un lado y Santana al otro, observaron muy atentos lo que sacaba.

—Éste es su cuaderno de notas —explicó Laura—. Siempre usa uno en sus excavaciones.

—A ver —saltó Owen, quitándoselo de un tirón.

—Oye, tío, tranquilo —intervino Santana.

Obviando al piloto y la cara de reproche de Laura, lo hojeó unos segundos antes de dejarlo caer sobre la mesa de malos modos.

—¡Joder, está en ruso! ¿No hay nada más?

—Sí —contestó Laura, con desgana, sacando un mapa doblado varias veces.

—Esto es otra cosa —dijo Owen, entusiasmado—. Ábrelo, vamos.

Santana acercó la lámpara de queroseno y, bajo su cálida luz, Laura desplegó el mapa con suma delicadeza, igual que si estuviera manipulando un pergamino de cinco mil años.

—Veamos, esta zona de la izquierda es Siberia, por aquí tenemos el estrecho de Bering, y esto de la derecha es Alaska —explicó Santana—. Y hay puntos rojos marcados desde un extremo a otro con...

—Coordenadas —completó Laura.

—Exacto. Nosotros estamos... aquí, en este punto azul.

—Laura, ¿tienes idea de lo que significan esos puntos rojos?— preguntó Owen.

—Si los seguimos, indican una trayectoria —se aventuró a decir Santana, haciendo deslizar el dedo por el mapa.

—Una trayectoria —repitió Laura, excitada—. Mirad éste de aquí, no parece estar muy lejos de donde nos encontramos.

—A ver... Efectivamente, está a unos cinco kilómetros —concretó Santana, después de comprobar la escala del mapa.

—Y luego hay otro más al norte, y otro más hasta llegar a éste, que

es el último y el único marcado con una equis —apuntó Laura, con creciente emoción—. Tenemos que llegar allí.

—Eh, un momento, ese punto ya se encuentra bastante más lejos —advirtió Santana—. A pie tardaríamos un par de días por lo menos.

—¡Y qué! —exclamó Laura—. Estas marcas las hizo el profesor Lébedev, aunque no sé lo que indican. Pero si encontró algo estará aquí, y él también —rubricó, golpeando el lugar donde estaba la equis con el dedo repetidas veces.

—Eso es mucho suponer —dudó Owen.

—¡¿Qué dices?! —se indignó Laura—. Está claro. Ya lo dijo Indiana Jones en La última cruzada, "una equis marca el lugar".

—¿Qué lugar? ¿Qué estamos buscando? —saltó Santana, retirándose de la mesa—. Lo más prudente sería dirigirnos a la población más cercana y denunciar el asesinato.

—Ya, pero, ¿dónde está la población más cercana? ¿No hay ninguna en esa dirección? —replicó Laura, dispuesta a agotar el último cartucho.

Santana se rascó la cabeza, luego la naciente barba del mentón y finalmente volvió a la mesa.

—Veamos... —comenzó a decir, y se puso a revisar el mapa con detenimiento.

Pasaron varios minutos antes de que volviera a hablar.

—Bueno, parece que has tenido suerte.

—¿Sí? —preguntó Laura, con timidez.

—Existe una población al sur y otra al norte, cerca del punto marcado con una equis, atravesando por aquí, al otro lado de estas montañas —explicó Santana, al tiempo que marcaba los puntos en el mapa—. Ambas se encuentran más o menos a la misma distancia de donde estamos ahora. La primera la conozco, es un pequeño asentamiento de pescadores cerca de la costa. He estado varias veces. Son buena gente. De la otra sólo he oído hablar. Sé que no es muy grande y que su población indígena se dedica a la caza y al pastoreo de renos.

—¿Tendrán teléfono? —quiso saber Laura.

—¿Teléfono? Ni lo sueñes —se rió Santana—. Pero sí radio. Aquí, en Alaska, todos los pueblos se comunican por radio.

—Prefiero la segunda opción. Yo digo que vayamos al norte.

—No sé... Habría que atravesar esas montañas. Yo creo que sería más sensato ir al sur. ¿Tú qué opinas?—concluyó Santana, haciendo

partícipe a Owen.

—A mí no me mires —declinó éste, inquieto.

—Esto no es un juego, tenemos que ser prácticos.

—¿Prácticos? No me jodas Santana —protestó Laura, endureciendo el tono—. Puede que el profesor esté en peligro, ¿eso no cuenta?

—Claro que cuenta, pero estamos en mitad de Alaska, aquí pueden pasar mil cosas. Y ninguna buena. Piénsalo.

Laura lo hizo antes de hablar.

—Está bien. Estamos en tu terreno. Haremos lo que tú digas. Pero quiero que sepas que si existe la más mínima posibilidad de dar con el profesor antes de que esos asesinos lo hagan, yo estoy dispuesta a arriesgarme.

Santana tomó aire mientras reflexionaba. Muchas cosas le pasaron por la cabeza durante aquel ínfimo espacio de tiempo. Muchas cosas y una mirada. La de unos ojos oscuros que lo observaban con la intensidad más abrumadora que había experimentado jamás.

—Es difícil saber cuál es la mejor opción —empezó a decir—. Nunca he hecho ninguno de los recorridos a pie. Pueden surgir problemas en ambos sentidos. Por suerte mi reloj lleva GPS y no nos perderemos. Teniendo en cuenta esto yo diría que...

—Vamos, tío, decídate de una vez —se impacientó Owen.

—Estoy con ella —decretó Santana.

La mirada de Laura mutó en un microsegundo, y el piloto pudo disfrutar de unos ojos que, esta vez, parecían lanzar destellos de felicidad.

—Entonces está decidido. Al amanecer partiremos siguiendo las señales del mapa —resolvió Laura.

—Vale, lo que vosotros digáis —admitió Owen de mala gana, abandonando la mesa y encaminándose hacia las camas del fondo.

—Deberías dormir un poco. Mañana será un día duro —sugirió Santana a Laura.

—Ahora estoy demasiado excitada. Creo que me quedará un rato traduciendo las notas del profesor.

—¿Sabes ruso?

—Sabe de todo —saltó Owen, ya tumbado en la cama.

—Bueno, pero no estés mucho rato y duerme. Hazme caso —le recomendó Santana, antes de dejarla sola sentada frente a la mesa.

—Lo haré.

Eso le dijo, lo haré, pero no pensaba que pudiera hasta que supiera qué contenía aquel cuaderno manuscrito del profesor Lébedev.

Tres horas más tarde los dos hombres dormían profundamente, lanzando enormes resoplidos que, a veces, se superponían resonando en el silencio de aquella cabaña.

A Laura le pareció increíble la facilidad con la que ambos entraban y salían del sueño, ajenos a todo lo que acontecía a su alrededor: al peligro, a la muerte, a la incertidumbre... Hacía rato que había traducido en su totalidad el cuaderno del profesor y permanecía con la mirada clavada en el vacío, confundida, sin saber cómo interpretar lo que había leído. La historia que allí se contaba era demasiado inverosímil para ser cierta; un cúmulo de acontecimientos que ya por separado serían extraños, pero juntos resultaban realmente descabellados. Por eso no sabía si tomarla como las fabulaciones de un arqueólogo ebrio, o como el borrador de una mala novela de misterio a la que le faltaba el final. De súbito se sintió agotada. Tanto que incluso le costaba parpadear. Había llevado a su cuerpo hasta el límite de sus fuerzas, desoyendo sus señales, absorbida por completo por la historia que se relataba en aquellas páginas, y ahora lo estaba pagando. Decidió apoyar la cabeza sobre sus brazos y cerrar los ojos. Lo haría sólo unos minutos, le daba tanto miedo dormirse...

Sin embargo, lo hizo casi al instante.

Y allí, vencida sobre el cuaderno de notas y aquel mapa lleno de marcas, tuvo un sueño inquieto repleto de imágenes tan antiguas como el propio hombre.

Escondidos en el bosque, a varios cientos de metros de la cabaña, tres hombres se resguardaban del frío bajo unas mantas. De buen grado hubieran encendido un fuego para calentarse, pero podrían ser vistos y, de momento, no les interesaba. Uno dormía mientras que los otros dos fumaban en silencio, sentados juntos. Entonces, sonó un pitido intermitente. El más grande sacó un teléfono vía satélite del bolsillo de su grueso abrigo de piel y respondió la llamada.

—Le escucho.

—Cracco, antes de tomar una decisión me gustaría estar seguro.

¿Crees que lo que te ha contado tu informador es cierto? —preguntó el profesor Echevarría, al otro lado de la línea.

—No hay duda. Ya se lo expliqué. Después de ver al "fiambre", y de que voláramos la avioneta, estuvo a punto de echarse atrás. Tuve que prometerle un montón de pasta más para que decidiera seguir adelante. No se preocupe, conozco a ese tipo de mierdecillas. Son ambiciosos. Les gusta el dinero. Además, estaba demasiado asustado para mentirme. Realmente cagado, si me permite la expresión.

—Ya, pero el hallazgo del mapa... No sé...

—Usted dijo que esa chica es lista. Tómelo como un golpe de suerte.

Hubo una pausa al otro lado del teléfono.

—Tienes razón. Hemos llegado demasiado lejos para no continuar.

—Según mi informador, ahora todos duermen. ¿Qué hacemos? Aquí tenemos un frío de muerte, nos vamos a congelar.

—Por qué demorarlo más —admitió Echevarría—. Escúchame atentamente y haced exactamente lo que os diga.

Cracco prestó atención sin interrumpir. Al final, cuando Echevarría terminó de hablar, se despidió con un lacónico "de acuerdo" y colgó. Mario, que se había mantenido atento a la conversación, miró a su jefe y decidió intervenir.

—¿Qué?

—Despierta a Tato. Nos movemos.

—Cojonudo —exclamó Mario, haciendo brillar su blanca dentadura en la oscuridad.

Los dos caballos y la mula permanecían cerca, atados a un árbol, cargados de víveres y agua hasta los topes. Uno de los animales relinchó al sentir movimiento, y pateó el suelo asustado. El italiano dio una larga calada a su cigarro, apurándolo hasta el filtro, y luego lo apagó bajo su bota antes de levantarse para calmarlo. Tenía las piernas entumecidas y las manos heladas a pesar de los guantes. Cogió las riendas del percherón y lo acarició hasta que se tranquilizó. Hacía mucho que no montaba a caballo, pero eso nunca se olvida. Además, cabalgar sobre esas poderosas bestias era como hacerlo sentado en la butaca de su salón. Eran tranquilos y lentos, aunque muy cómodos. A partir de ese momento la cosa iba a cambiar. Ellos eran tres, armados y bien pertrechados, y los otros un atajo de inútiles. Sería como un juego de niños.

Tato se acercó a Cracco con la manta sobre los hombros. Aún parecía dormido.

—¿Cómo te encuentras?

—Duele, pero más duelen los remordimientos —contestó Tato, tocándose el rostro vendado.

—Maldito crabrón, tú nunca has tenido remordimientos —bromeó Cracco, golpeándole en el hombro en actitud de camaradería.

—Mario me ha contado el plan. ¿Funcionará?

—Estoy seguro. Ese Echevarría es un genio para las estrategias.

Veinte minutos más tarde, un humo denso invadió el interior de la cabaña. Owen fue el primero en darse cuenta. De un salto salió de la cama y, tosiendo, dio la voz de alarma.

—¡Fuego! ¡Fuego!

—¡¿Qué cojones pasa?! —exclamó Santana, despertando de golpe.

—¡Fuego! —repitió Owen, dando manotazos al aire para evitar el humo.

El piloto, sin perder un segundo, se levantó y fue directo a la mesa donde continuaba durmiendo Laura, ajena a todo.

—¿Qué pasa? —preguntó alarmada, después de que Santana la zarandeara para espabilarla.

—Mira —dijo, señalando una esquina de la cabaña donde las llamas eran ya evidentes.

—¡Mierda! —farfulló Laura, paralizada.

—Cojamos todo lo que podamos. Hay que salir de aquí cagando leches —gritó Santana.

Laura reaccionó por fin. Lo primero que hizo fue buscar su mochila y su anorak. Owen hizo lo mismo y fue junto a ella.

—No te preocupes y sal de aquí, yo guardaré esto —sugirió, cogiendo el mapa y el cuaderno de notas del profesor Lébedev.

—Lo haré yo —objetó Laura, arrebatándole ambas cosas de las manos y metiéndolas en su mochila.

—Está bien, como quieras —cedió Owen, levantando los brazos.

El incendio se intensificó en cuestión de segundos, y ya media cabaña era pasto del fuego. El calor en el interior resultaba insoportable, y el humo hacía casi imposible respirar.

Santana, entre tanto, iba de un lado para otro sorteando las llamas,

recogiendo del suelo botes de conservas y tarros de comida que acumulaba entre los brazos.

—¡Sal ya! —le gritó Laura desde la puerta.

—Necesitaremos víveres —respondió el piloto, agachándose para coger una garrafa de agua que había junto a la chimenea.

Owen tiró del brazo de Laura, intentando alejarla de la cabaña.

—¡Vamos, esto se va a convertir en un infierno!

Laura dudó. Se resistía a alejarse y se quedó mirando cómo Santana se afanaba en sujetar entre los brazos todo lo que había recogido. El interior estaba envuelto en llamas casi por completo, y éstas subían hasta el techo devorando los gruesos troncos de madera. No le pareció que hubiera peligro de derrumbe, al menos por el momento, pero si ese hombre no salía inmediatamente, corría el riesgo de sufrir quemaduras graves en las vías respiratorias por inhalar aire caliente, o de perder el conocimiento debido a la ausencia de oxígeno. Aunque tuviera buenas razones, estaba siendo un imprudente. Valiente, pero imprudente. El buen juicio le decía que saliera corriendo y se pusiera a salvo, mientras que su conciencia le pedía que le echara una mano. Sin pensárselo dos veces, arrinconando el miedo y la sensatez, se introdujo en aquel horno y agarró a Santana por el brazo intentando sacarle de allí.

—¡Tienes que salir, ya! —le gritó.

—Mi anorak, no encuentro mi anorak —respondió Santana, girando en todas direcciones.

Laura se fijó en sus ojos. Los tenía enrojecidos y llorosos, con la mirada perdida. Estaba claro que aquel hombre no veía más allá de sus narices. Tiró de él con tan mala suerte que, antes de llegar a la puerta, tropezó con una silla. Por suerte no cayeron. Pero Santana se vio obligado a soltar los botes de comida, que rodaron por el suelo perdiéndose entre el denso humo que cubría casi medio metro de altura.

—¡Maldita sea! —gruñó, recuperando el equilibrio.

—Sal de aquí.

—Moriré de frío —se quejó Santana, apoyado en el dintel de la puerta, boqueando.

Laura aguzó la vista y descubrió el anorak del piloto tirado en el suelo, al fondo de la cabaña, a punto de quemarse. Ella misma se sorprendió cuando, desoyendo las señales de alarma que le enviaba su cerebro se lanzó al interior, casi a ciegas, y, exponiéndose a abrasarse

viva, recuperó el abrigo de Santana. Nada más salir al exterior, y recibir el aire frío en el rostro, Laura se derrumbó en el suelo tiritando de miedo, tratando de explicarse qué fue lo que le había movido a realizar aquel acto tan temerario.

—¡Estás loca! ¿Qué demonios has hecho? —gritó Owen, precipitándose a auxiliarla.

Laura balbuceó agradeciendo el abrazo que le dio. No porque fuera suyo, sino porque le hizo sentir viva.

Santana, a un par de metros de distancia, hincado de rodillas, recuperaba el aliento y la vista. Tardó un rato en estar lo suficientemente seguro como para incorporarse, y un poco más en poder agradecer a Laura su intervención. Lo hizo con un escueto "gracias" mientras recogía de su mano el anorak aún humeante, pero fue tan sentido que a ella se le antojó el más sincero que había recibido en su vida.

—Tío, podía haber muerto por ti, ¿no lo entiendes? —le reprochó Owen, cogiéndole por las solapas.

—Yo... —balbuceó el piloto, sin oponer resistencia, todavía impactado.

—Se preocupaba por todos —lo defendió Laura.

—Ya, ¿y dónde está la comida? —se quejó Owen.

—Lo siento, yo... La perdí.

—¡Tendrás cara dura! —saltó Laura, encarándose con Owen—. Quizá, si tú no hubieras salido corriendo el primero y te hubieras quedado para ayudar, tendríamos algo.

—No era prioritario —se defendió Owen.

—Claro, lo prioritario era salvar tu culo.

—Laura, déjalo —medió Santana—. Tiene razón, fui un insensato, y mi conducta te ha puesto en peligro.

—No crees lo que dices —lo contradujo Laura—. Tú sabes que necesitaremos comida y agua para soportar el frío y el cansancio.

—Es posible —admitió Santana, con los ojos aún irritados.

—Sabéis lo que os digo —intervino Owen, cruzando los brazos—. Que todo eso ahora me importa una mierda. Está claro que alguien ha intentado asarnos como pollos, y no quiero quedarme aquí ni un minuto más. Lo que tenemos que hacer es largarnos de una puta vez. Dijiste que tu reloj GPS nos podría guiar —añadió, señalando a Santana—. Pues adelante, a qué esperamos.

—Las temperaturas bajarán mucho por la noche. Además, caminar a oscuras es muy peligroso, pero tienes razón —admitió Santana—. Aquí no estamos seguros.

—Estoy de acuerdo —secundó Laura.

—Bien, pues entonces, en marcha —recapituló Owen, abriendo los brazos—. Tú dirás qué dirección tomamos.

—¿Cuáles eran las primeras coordenadas? —preguntó Santana.

Laura se descolgó la mochila, sacó el mapa y lo extendió en el suelo. Estaba demasiado oscuro para ver nada. Santana lo cogió y se acercó a la luz anaranjada y danzante que proporcionaba la inmensa tea en la que se había convertido la cabaña.

—Por allí —dijo, señalando con la mano, tras introducir los datos en el reloj y comprobar la dirección que le indicaba.

Owen fue el primero en echar a andar, luego Laura. Ninguno miró atrás. Sólo Santana, antes de seguirlos, se permitió girar la cabeza un instante. Lo hizo por instinto, igual que lo hacen las presas cuando presienten que son acechadas por un depredador.

En la distancia, Cracco observaba la escena. Al verlos alejarse de la cabaña en llamas dibujó una mueca semejante a una sonrisa y montó en el caballo. Mario lo imitó, y también Tato, aunque éste subiendo a lomos de la mula.

—¿Por qué tengo que ir yo en esta mierda de animal?

—Vamos, no te quejes. Peor sería ir a pie —le contestó Mario, antes de acercarse a su jefe—. El plan parece funcionar.

—Sí —respondió Cracco.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

—No quiero que sospechen que los seguimos. Dejemos que se adentren en el bosque. No te preocupes, no los perderemos. Sabremos en todo momento dónde se encuentran.

—La putada es este frío.

—Con lo que vas a ganar, cuando termine esto, te podrás comprar una casa en el Caribe.

—Prefiero Tailandia. Me gustan más las asiáticas.

—Claro, lo que tú digas.

Veinte minutos más tarde, Laura, Santana y Owen, se adentraban en la espesura del bosque.

—Venga, ha llegado el momento —ordenó Cracco.
Y los tres hombres y sus cabalgaduras comenzaron la cacería.

15 - PERSEGUIDOS

*Hace 16000 años.
En algún lugar de lo que hoy es la Siberia oriental.*

Ojos de Serpiente levantó el brazo y ordenó a sus hombres detenerse a los pies de la montaña. La luz en el horizonte se apagaba y no quería iniciar el ascenso por la ladera a oscuras. Descansarían esa noche y continuarían al alba. No tenían prisa, esos brutos cargaban con ancianos, sólo era cuestión de tiempo que los alcanzaran. Además, si como sospechaba habían huido en busca de otro clan, mucho mejor; así podrían acabar con más de aquellos apestosos. Llevaba suficientes guerreros para hacerlo. Sería fácil.

Una vez encontraron un lugar cómodo y llano, mandó encender fogatas y asar la carne fresca que trasportaban. Quería que sus hombres estuvieran calientes y bien alimentados. No le importaba que los pudieran ver en la distancia, al revés, disfrutó mientras comía imaginando sus caras de terror al distinguir el resplandor de las llamas en mitad de la oscuridad.

"Sois lentos", pensó con una media sonrisa, "mañana os cogemos".

Pero no fue así.

Desde lo alto del monte, asomado a un acantilado, el jefe Garra de León observaba los fuegos encendidos por los Caraplanas. Ya había tomado una decisión, y se la había comunicado a Montaña y a los suyos. No fue fácil hacerlo. Jamás, durante sus años al mando de la tribu, había tenido que enfrentarse a una situación tan dolorosa. Pero el jefe de los Grandes tenía razón, no había otra salida. Era eso o morir todos.

Hasta él se acercó Montaña, dispuesto a compartir ese momento de desconsuelo.

—Desde que tengo memoria —comenzó a decir Garra de León al notarle a su lado—, he vivido en estas tierras. Mis padres, y los padres de sus padres, también lo hicieron. Y los padres de sus padres. Aquí hemos criado a nuestros hijos y hemos visto morir a nuestros ancianos después de que éstos nos transmitieran sus enseñanzas. Ahora debemos dejarlo todo y marcharnos. Renunciar a lo que fuimos, a lo que somos y a lo que podríamos ser. Y he sido yo el responsable de esta decisión.

El reflejo de la luna hizo brillar las lágrimas que discurrían por sus mejillas.

—No. Los responsables son ellos —lo contradijo Montaña.

—¿Crees que eso me consolará cuando me despida de mis ancianos sabiendo que los entrego a una muerte segura?

—Para mí tampoco será fácil, pero ya los has visto. Lo entienden. Saben que con ellos nunca lo conseguiremos. Admiten el sacrificio porque son sabios.

—Quizá deberíamos quedarnos y luchar.

—No podemos vencer. Moriríamos todos, y lo sabes.

—Pero lo haríamos juntos. Puede que ése sea nuestro destino —replicó Garra de León, cogiendo a Montaña por los hombros.

—Nuestro destino es sobrevivir —afirmó Montaña, con firmeza.

—Lo que propones... Será como dejar de existir.

—No digas eso —rogó Montaña, dulcificando la voz, enternecido por los ojos llenos de lágrimas que lo observaban.

Tras coger una enorme bocanada de aire con la que pretendía llenar unos pulmones encogidos, Garra de León soltó a Montaña y se dio la vuelta.

—Vamos, nuestros pueblos nos esperan.

Los preparativos ya estaban hechos cuando los dos jefes se acercaron al poblado. En el centro habían acumulado y metido en zurrónes toda la carne seca, grano y bayas que podrían cargar, así como un pellejo de agua para cada uno y las herramientas de piedra, trampas y utensilios necesarios para hacer fuego. Y por supuesto sus lanzas y pieles para dormir. Alrededor, en silencio, estaban los que se marcharían, hombres y mujeres jóvenes con sus hijos, sólo los que fueran suficientemente mayores para caminar a buen ritmo. El resto, ancianos y niños pequeños, esperaban a un lado. Los primeros resignados; los segundos jugueteando, ajenos a la tragedia.

Cada uno por su lado, Garra de León y Montaña, fueron despidiéndose de aquellos que dejarían atrás. Lo hicieron con entereza, y con profundo respeto al comprobar la valentía con la que afrontaban su suerte. Especialmente doloroso fue el momento en el que Montaña se encontró frente a frente con Media Luna. Tanto, que tuvo que ser ella la que le insuflara fuerzas:

—Confiamos en ti. Eres un gran jefe. Cuida de ellos.

—Lo haré con mi vida —respondió Montaña, con un temblor en la voz.

Tampoco le fue fácil despedirse de Raíz de Olmo, el anciano chamán.

—La memoria será nuestro reino. Nunca olvidéis lo que fuimos.

—Que los dioses permitan que los gatos de grandes dientes nos devoren vivos si lo hacemos —prometió Montaña.

Garra de León tardó más en separarse de los suyos. Su número era mayor, y los niños dolían más.

Era necesario aprovechar la noche para cobrar ventaja, y allí había poco más que hacer; por ese motivo, tras la emotiva despedida, los elegidos de los dos clanes emprendieron la marcha. Lo hicieron en silencio y a oscuras. Ninguna antorcha, ninguna palabra. Había demasiado desconsuelo en sus corazones para que les salieran las palabras, y todos agradecieron caminar entre las profundas sombras para esconder sus lágrimas. Su historia estaba plagada de momentos difíciles, pero pocos tan dolorosos como aquél.

Garra de León y sus hombres de confianza guiaban la larga comitiva. Estaban en su territorio, y eran capaces de recorrerlo a ciegas. Montaña y sus cazadores la cerraban. En medio, las mujeres y los niños: sus bienes más preciados.

Después de dejar la planicie que había sido el hogar de los Cabezas de Fuego, ascendieron por una estrecha garganta que llegaba hasta una cumbre angosta y serpenteante. La recorrieron muy juntos, con una mano apoyada en el hombro de aquél que tenían delante, confiando plenamente en el primero que los conducía: el gran jefe Garra de León. Lo hicieron durante gran parte de la noche, bajo la débil luz de la luna, hasta que decidieron que ya estaban bastante lejos para ser vistos y encendieron sus antorchas. Afrontar la bajada a oscuras hubiera sido un suicidio, incluso para los experimentados cazadores de melena roja.

A lo lejos, un halcón de las cumbres observaba las antorchas asomado a su nido, desde un risco. Jamás había visto nada igual y, asustado, ahuecó sus alas para cubrir mejor a sus polluelos. El viento silbó entre los peñascos, agitando las recias plantas de altura y levantando nubes de arena que se elevaron convertidas en remolinos danzantes. Al ruido sordo de tantos pies envueltos en botas de piel de potro, asustados roedores, lagartos y serpientes, emprendían la huida escondiéndose entre las rocas o volviendo a sus madrigueras. La naturaleza se perturbaba ante aquel hecho insólito, los animales, los elementos... Nunca antes habían visto algo semejante. Hombres sí, pero de ningún modo tantos juntos, y menos cuando la noche caía y la oscuridad lo cubría todo. Ni aquellas llamas que portaban, ni ese silencio con el que caminaban. Todo era extraño, inquietante.

También los corazones de los que formaban la lúgubre comitiva estaban asustados, ya que por primera vez en su vida ignoraban hasta dónde los llevarían sus piernas. Siempre conocían su destino final, incluso durante los largos desplazamientos que los duros inviernos les obligaban a realizar en busca de comida y temperaturas más suaves. El Gran Relato de la tribu de Montaña hablaba de interminables viajes a través de tierras desconocidas. Y de otras huidas de su pueblo por el acoso de los Caraplanas, pero nunca se mencionaba algo como lo que acababan de iniciar. Ellos serían los primeros y tal vez los últimos en hacerlo.

Cuando el cielo, negro como boca de lobo, comenzó a tornarse añil, los hombres apagaron sus antorchas. Con las primeras tonalidades anaranjadas en el horizonte, antes de que la luz del sol se impusiera desvelando las sombras, la silente comitiva terminó su descenso y llegó hasta la inmensa meseta que reinaba más allá de las cumbres nevadas. Fue entonces cuando Montaña apretó el paso y alcanzó la cabeza, donde Garra de León dirigía la marcha a buen ritmo.

—Nosotros podríamos seguir caminando todo el día. Me preocupan los tuyos. Algunos acusan ya el cansancio.

—Lo soportarán —respondió Garra de León.

—Estas tierras son desconocidas para mi pueblo. ¿Qué nos espera?

—No lo sé.

—Pero me dijiste que...

—¿Ves el lugar donde sale el sol? —le interrumpió Garra de León,

señalando con el dedo.

Montaña, entornando los ojos por la molesta luz del amanecer, asintió.

—Mi pueblo ha llegado muy lejos en esa dirección. Tanto como es posible. Nosotros iremos más allá.

—No te entiendo.

—Si queremos que esos Caraplanas no nos encuentren necesitamos encontrar un lugar donde no haya ido nadie. Por eso no puedo decirte qué nos espera.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—El invierno ya se anuncia. Florecerán de nuevo los árboles antes de que terminemos nuestro viaje.

—Un largo viaje —meditó Montaña, y miró hacia atrás, intentando adivinar cuántos conseguirían acabarlo.

El amanecer sorprendió a Ojos de Serpiente apoyado en una roca, a los pies de la montaña. Tan deseoso estaba de alcanzar a esos brutos, que ni siquiera había compartido comida caliente con el resto de sus cazadores, y se limitaba a masticar con desgana un trozo de carne fría que había quedado de la noche anterior.

Impaciente, ordenó a sus hombres ponerse en marcha. A regañadientes, levantaron el campamento improvisado e iniciaron el ascenso. El terreno de compacta arena no resultaba duro, no había rocas y la pendiente era suave. Suave, aunque larga. Mucho más larga de lo que aparentaba desde abajo. Cuando llegaron a la planicie era mediodía, y el sol ya lucía en todo su esplendor. Boqueando por el esfuerzo, debido al ritmo exigente que les había impuesto su jefe, los cazadores se tomaron un respiro mientras contemplaban, confundidos, el poblado. Ninguno esperaba encontrarse algo así en mitad de esa cumbre, fue toda una sorpresa. En el centro del asentamiento, formado por varias cabañas en círculo hechas de madera y pieles, armado con lanzas, esperaba un pequeño grupo de hombres y mujeres. Estaban demasiado lejos para distinguirlos bien. Al acercarse, comprobaron que se trataba de ancianos: unos pertenecientes a los que llamaban los Grandes, y otros, blancos como la nieve y con el cabello rojo, a los que no habían visto jamás, aunque habían oído hablar de ellos a sus mayores. Tras unos instantes de desconcierto, Ojos de Serpiente evaluó la situación y tomó una decisión

rápida.

—No os acerquéis más. Rodeémoslos y luego atacemos.

Y eso hicieron.

La lucha no duró mucho.

Los ancianos ni siquiera tuvieron la oportunidad de usar sus pesadas lanzas de mano, ni sus hachas de piedra. Fueron cayendo uno a uno bajo una lluvia de certeros venablos que se clavaban con fuerza en sus cuerpos hasta matarlos o incapacitarlos. Los Caraplanas no dejaron de lanzar sus largas flechas hasta que estuvieron seguros de que todos estaban abatidos. Entonces, se acercaron con cautela y los remataron aplastando sus cabezas a golpes de hacha. La última en morir fue Media Luna. La anciana aún tuvo fuerzas, antes de que un Caraplana le arrebatara la vida, de lanzarle un mordisco con sus escasos pero poderosos dientes y arrancarle dos dedos de su mano izquierda. El resto de los cazadores rió al verlo gritar con la mano ensangrentada, pateando la cabeza de la anciana de pura rabia e impotencia. La diversión duró hasta que el cráneo reventó y los sesos quedaron esparcidos sobre la arena. Entonces, el jefe reagrupó a sus hombres y les ordenó que registraran el poblado en busca de supervivientes. No les llevó mucho tiempo hacerlo. Todo estaba vacío. Ni siquiera encontraron comida ni pieles.

Ojos de Serpiente maldijo al entender su estrategia. Se habían deshecho de sus ancianos para ir más rápido, y, después de llevarse todo lo que pudieron cargar, quemaron lo demás. Al menos, así lo atestiguaban los restos medio calcinados que asomaban de la gran hoguera aún humeante. Sin embargo, han cometido un error al acarrear con los niños, se dijo al tiempo que escarbaba con su lanza entre las cenizas, ellos los retrasarán. Y con esa idea se hubiera quedado si, por casualidad, al voltear un montón de madera quemada, no hubiera aparecido aquel pequeño cráneo. Descubrieron varios más, todos pertenecientes a niños de corta edad. Un hallazgo macabro que preocupó a Ojos de Serpiente, ya que entendió que sus presas, además de inteligentes, parecían dispuestas a hacer cualquier cosa para sobrevivir.

Y así era, pero no de cualquier manera.

En el poblado, poco después de que marchara el grupo, los ancianos reunieron a los niños en una de las cabañas y les dieron una buena cena a base de carne asada bien troceada y tortas hechas con bayas molidas,

amasadas con agua, rellenas de frutos rojos y cocidas sobre una piedra. Los dejaron comer cuanto quisieran y luego, mientras unos los acunaron hasta que se quedaron dormidos, otros encendieron un gran fuego en mitad del poblado. Los pequeños eran de los Cabezas de Fuego, por eso decidieron que la dura tarea de hacerlos pasar "*al otro lado*" debería recaer en alguien de los Grandes. Raíz de Olmo se ofreció voluntario. Nadie mejor que un chamán para facilitarles el tránsito hacia su nueva morada e implorar el perdón a los espíritus.

Aun así, la mano del viejo chamán tembló cuando llenó un cuenco con leche de cierva, un fuerte narcótico extraído de la raíz de un árbol y la pulpa machacada de las setas más venenosas que conocía.

Media Luna se percató de ello e intentó apaciguar su alma torturada.

—Los matarán a golpes y dejarán sus cadáveres para que sean devorados por los carroñeros. Ya ha pasado otras veces en el pasado. De esta manera se irán mientras duermen, sin dolor. Luego, las llamas favorecerán el viaje. Es lo mejor que podemos hacer por ellos.

—Lo sé —dijo Raíz de Olmo, apoyando una mano en su hombro, sin que su rostro transmitiera un ápice de consuelo.

—¡Animales! —exclamó uno de los cazadores, sacando un pequeño fémur de entre las cenizas—. Han matado a sus hijos y han dejado aquí a sus ancianos.

—Los habrían retrasado. Sabían que nosotros los mataríamos cuando los encontráramos —explicó Ojos de Serpiente—. Han preferido hacerlo a su modo.

—¡Bah! Son bestias que merecen morir —gruñó el cazador, lanzando el hueso lejos.

El resto rió.

Todos menos Ojos de Serpiente, que empezaba a comprender la verdadera fortaleza que tenían aquellos a quienes se enfrentaban.

Los Caraplanas no estuvieron mucho tiempo en la planicie. Sólo lo necesario para quitar las pieles que cubrían a los ancianos —ya que les vendrían bien si tenían que pasar más noches al raso— y prender fuego a las cabañas. No les fue difícil adivinar la dirección que habían tomado los huidos: un único camino que continuaba ascendiendo. Al comienzo de la tarde llegaron a la cumbre. Desde allí divisaron la inmensa llanura cubierta de vegetación baja y tierra oscura que se extendía hasta donde la

vista alcanzaba. Ni un río. Ni un árbol. Sólo una superficie tan plana como la palma de sus manos. Y a lo lejos, casi ya invisibles a sus ojos, sus presas. El primero en divisarlos fue un cazador veterano con buena vista.

—¡Allí!

—Mirad donde están ellos, y nosotros todavía aquí arriba. Nos sacan más de un día de ventaja —anunció otro, con preocupación.

—Han debido caminar toda la noche sin parar —intervino Ojos de Serpiente, intentando entender cómo era posible que hubieran ampliado tanto su ventaja.

Sus largas piernas y ligeros cuerpos estaban mejor adaptados para recorrer grandes distancias, en terrenos llanos y con temperaturas cálidas; en esas condiciones eran imparables. Sin embargo, aquellos parajes abruptos y fríos ralentizaban su marcha y debilitaban sus voluntades. Tuvieron que descansar nada más terminar el descenso. Lo habían hecho demasiado rápido y se encontraban extenuados. Tras reponer fuerzas, comiendo y bebiendo tumbados sobre la fresca hierba en la falda de la montaña, el grupo de Caraplanas reanudó la marcha. El nuevo terreno les favorecía, y Ojos de Serpiente se mostró contento; después de tantos contratiempos por fin tendremos una clara ventaja, se dijo. Además, las huellas que dejaban eran muy claras y fáciles de seguir, y muy mal tenía que dárselos para que al día siguiente no los alcanzaran. Pero para ello deberían emplearse a fondo y caminar toda la noche, como habían hecho ellos. Al desaparecer el sol en el horizonte mandó a sus hombres encender antorchas y continuar la marcha. Habían andado durante todo el día muchas veces antes, aunque jamás de noche. Sí desde las primeras luces del amanecer hasta las últimas, pero cuando la noche caía preferían estar de vuelta en la seguridad de su poblado, o a resguardo de los peligros de la oscuridad entre las rocas, cerca de una buena fogata; ya que, no sólo temían a las fieras que salían al amparo de las sombras en busca de presas, sino que también les atemorizaban las leyendas que se contaban sobre espíritus malvados que se apoderaban de los cazadores haciéndolos desaparecer, o algo peor: trastornando sus mentes después de infundirles un miedo atroz.

Sin embargo, ninguno de los cazadores se atrevió a contradecir las órdenes de su jefe, y continuaron caminando, antorchas en mano, entre una oscuridad casi absoluta.

En la distancia, Montaña percibió el resplandor anaranjado que subía desde el suelo y chocaba contra las brumas de la noche iluminando la llanura. Eran ellos. Ya estaban allí. De nuevo estaba en la cola de la marcha, y hubo de volver a la cabeza para advertir a Garra de León. Por el camino se topó con Cola de Ardilla, que llevaba a un joven de la mano. La vio en el poblado, pero no se había animado a hablar con ella todavía. Estaba casi igual que cuando la conoció. Algo más rellenita de carnes y con la piel más arrugada, aunque conservaba sus vivos ojos y ademanes delicados. Él había cambiado mucho, y lo sabía. Pronto sería demasiado viejo para ser jefe, incluso para ser hombre. Por ese motivo Montaña había retrasado el momento de reencontrarse con ella, porque le faltaba seguridad y le sobraban años.

Tal vez, debido a la oscuridad cada vez más profunda, cobró valor y se decidió a hablar con la que fuera su compañera durante aquel invierno tan frío... y tan hermoso.

—¿Es tuyo? —le preguntó, señalando al joven que iba a su lado.

—No —contestó Cola de Ardilla.

—¿Alguno de los que dejamos? —continuó Montaña.

—No. Mis hijos son ya fuertes cazadores —respondió orgullosa.

—Claro, por supuesto. Pero aún eres joven. Todavía puedes... —comenzó a decir Montaña. Cola de Ardilla lo interrumpió.

—Hace tiempo que los dioses no me bendicen con un hijo. Me temo que mis días de ser madre pasaron ya.

—No importa —resolvió Montaña, al notar su aflicción.

Y continuó caminado a su lado.

Lo hizo durante un buen trecho, en silencio, mirándola de reojo.

—Pensé que nunca volverías —dijo de pronto Cola de Ardilla, en voz baja—. Nada más verte... Bueno... Me alegré.

—¿Me reconociste? —preguntó Montaña, sorprendido.

—Los inviernos han pasado por ti. Y algunos han dejado profundas huellas. Pero sigues siendo el mismo joven orgulloso y apuesto que un día conocí —respondió Cola de Ardilla, con mucha seguridad en su voz, manteniéndole la mirada.

El gran jefe. El fuerte e intrépido cazador que no temía a nada, se sintió aturdido. Desorientado. Y, por qué no admitirlo, también acobardado. Por eso desvió la mirada de aquellos ojos intensamente

azules, que las sombras de la noche no eran capaces de apagar, y la perdió en el cielo cuajado de estrellas.

—Muchas jóvenes de mi pueblo estarán encantadas de darte hijos fuertes. Yo los cuidaré después, si tú quieres —continuó Cola de Ardilla, revolviendo el cabello del joven imberbe que caminaba de su mano.

Montaña asintió con la cabeza y apretó el paso, alejándose. Cuando llegó hasta Garra de León, aún se encontraba confuso y abrumado. Tardó un rato en regresar del lugar tan lejano en el que había estado.

—Nos siguen. Están a un día de distancia. Quizá a dos —comenzó a decir cuando se sintió más sereno.

—Esta noche deberemos caminar a oscuras —asumió Garra de León.

—Nosotros nos pondremos en cabeza. Tenemos mejor vista.

—Está bien. Aunque me preocupa el cansancio. Tu pueblo es muy fuerte, pero el mío...

—La luz de sus antorchas danza en el cielo. Cuando se detenga, querrá decir que ellos también lo han hecho. Entonces descansaremos. Si lo hacemos de esta manera, mantendremos la distancia —explicó Montaña.

—Ellos son rápidos —dudó Garra de León.

—Caminaremos más tiempo para compensarlo.

—Será duro.

—Sí.

—Bueno, tal vez se cansen de seguirnos antes de que lleguemos al Territorio Blanco —dijo esperanzado Garra de León.

—Es posible —añadió Montaña, sin mucha convicción.

Durante varios días recorrieron la llanura, que no parecía acabarse nunca, hasta que por fin se adentraron en un bosque de altos árboles y densos matorrales donde pudieron resguardarse de los fríos vientos que se levantaban al anochecer. Y donde también encontraron bayas, desenterraron raíces comestibles que todavía conservaban su jugosidad, y cazaron con trampas las liebres que correteaban buscando alimento antes de desaparecer en sus madrigueras para superar el invierno.

Los días fueron pasando unos detrás de otros, en una sucesión monótona que se reducía a caminar, dormir poco y por turnos, y comer lo menos posible. Y así hasta que las horas de oscuridad fueron tan largas y las de luz se redujeron tanto que apenas se distinguía la noche del día.

También llegó el frío, que en la madrugada cubría las plantas de una gruesa capa de escarcha helada. Y cayeron las primeras nevadas, dificultando el paso y ahuyentando a los últimos animales que podrían servirles de alimento. De vez en cuando veían rebaños de grandes herbívoros, como ciervos o bisontes, pero no podían permitirse planificar una cacería. Debieron conformarse con la poca carne seca que les quedaba, racionar las semillas y bayas, y confiar en que la comida les durara lo suficiente hasta que pudieran capturar alguna presa o encontrar una que arrebatara a los carroñeros. Los Cabezas de Fuego supieron adaptarse bien al ritmo exigente que impuso Montaña, y jamás escuchó una queja ni notó un signo de debilidad. Era un pueblo frágil físicamente, aunque extraordinariamente fuerte de mente; algo que el jefe de los Grandes agradeció, ya que sabía por experiencia que un hombre muere más fácilmente por el desaliento ante las dificultades que por el ataque de un león de grandes dientes. Y momentos complicados encontraron muchos durante su camino. Como cuando se encontraban con un río o arroyo que tenían que atravesar. No era tarea sencilla cortar troncos y construir balsas donde colocar sus cosas, sobre todo sus pieles, para que no se mojaran; y cruzar a nado cuando eran profundos, o cogidos de la mano si las heladas aguas les permitían caminar. Lo hacían desnudos, aguantando el frío que les entumecía los miembros y les cortaba la respiración; sin quejarse, en un alarde de fortaleza que Montaña había visto pocas veces en su vida.

El problema era que ninguna de esas dificultades había hecho desistir a los Caraplanas de su obsesiva intención por darles caza. Y ahí seguían, unas veces más cerca y otras más lejos, pero siempre a su espalda.

Y el invierno llegó definitivamente.

El paisaje se tornó blanco y gélido, viéndose obligados a encender hogueras por las noches. Sabían que de esa manera facilitaban a los Caraplanas su localización, pero no tenían otro remedio si no querían morir congelados. Por seguridad sólo lo hacían cuando sus perseguidores descansaban, y después de que Montaña dispusiera centinelas a cierta distancia del campamento con objeto de avisarles en caso de que éstos intentaran atacar por sorpresa. Aunque eso nunca pasó. Hecho que Montaña atribuyó a que quizá el frío, para los Caraplanas, era mucho peor que para ellos.

Y no se equivocaba.

Para cuando los Cabezas de Fuego y los Grandes llegaron al Territorio Blanco, Ojos de Serpiente había perdido a varios de sus hombres. Algunos por agotamiento, otros por hambre, pero la mayoría congelados. Sus delgados y fibrosos cuerpos retenían mal el calor, y la ausencia de grasa les hacía vulnerables, exponiendo sus órganos a las bajas temperaturas. Sin embargo, parecían dispuestos a adentrarse en aquel mundo helado sin titubeos, y eso desanimó a Garra de León.

—¿Por qué lo harán? Ya nos han expulsado de nuestras tierras, y han matado a parte de los nuestros. ¿Qué buscan?

—Tampoco yo alcanzo a entenderlo. El Gran Relato habla de su gran número, sus armas y su necesidad desmedida por abarcar nuevos territorios, pero no dice nada de esto —contestó Montaña.

—La comida se está agotando. Pronto no habrá nada que comer.

—Contaste que tu pueblo llegó hasta estos parajes. ¿Cómo se alimentaron ellos?

—Cazando las grandes bestias lanudas que emigran buscando los únicos pastos que quedan en esta zona al entrar el invierno.

—Pues haremos lo mismo.

—Tendremos que adentrarnos en la región de los pantanos —dijo Garra de León, señalando con la mano—. A dos días de camino, al otro lado de esa bruma eterna que ves a lo lejos.

Una rapaz volaba en círculos aprovechando las corrientes térmicas, y observaba con curiosidad la comitiva que se desplazaba por aquel rincón inhóspito, semejante a una línea de hormigas, caminando incansable, dejando un surco en la nieve; preguntándose quiénes demonios eran aquellos seres que perturbaban su zona de caza.

A la mañana del segundo día, llegaron a la región de los pantanos. Allí la tierra aún no se había congelado y las aguas del anterior deshielo primaveral anegaban los pastos, convirtiendo el suelo en un lodazal salpicado de charcas rodeadas de vegetación baja y árboles raquíticos. Aunque trataban siempre de buscar la ruta más favorable, a menudo terminaban hundidos hasta las rodillas en aquel cenagal, caminando a duras penas ayudados por sus lanzas, que usaban a modo de bastones. Al atardecer divisaron una manada de mamuts. No era muy grande. Un par de machos adultos con varias hembras y alguna cría. Pastaban tranquilamente, semiocultos por la eterna bruma, a la orilla de una balsa

de aguas cristalinas.

—¿Alguna vez habéis cazado a uno de esos gigantes? —preguntó Garra de León, con gesto preocupado.

—Sí —contestó Montaña.

—Entonces, tú mandas.

—Habrá que recoger leña para hacer una hoguera. Necesitaremos antorchas y la ayuda de la noche.

—Y valor —añadió Garra de León.

—Tú lo has dicho.

Con las primeras sombras, el grupo buscó una franja de tierra seca e instaló su campamento, que consistía en algo tan sencillo como extender pieles en el suelo y situarlas alrededor de una fogata. De encender el fuego se encargaron, como siempre, Brazo de Piedra y Ala de Halcón, mientras el resto se dedicó a buscar leña por los alrededores. Se trataba de una tarea complicada en condiciones normales, y mucho más cuando el ambiente era húmedo y la madera no estaba seca del todo; de ahí que Montaña normalmente se la encomendaba a dos de sus hombres más habilidosos. Sentados uno junto al otro, los dos cazadores sacaron sus utensilios del macuto y eligieron con sabiduría los más adecuados para la técnica que habían elegido. Como se habían decantado por conseguir fuego por fricción con arco, optaron por la madera de arce para el taladro, y de eucalipto para la base. Para yesca usarían musgo seco y corteza de sauce llorón cortada en tiras muy finas. A los más jóvenes del pueblo de los Cabezas de Fuego les gustaba observarlos; lo hacían muy atentos, ya que esa técnica, que usaba un palo curvo atado con una cuerda hecha de tendón para hacer girar el taladro, era nueva para ellos.

—Mirad y aprended —dijo Ala de Halcón, orgulloso, al tiempo que manejaba el arco con habilidad.

No les fue fácil lograr calentar la madera hasta el punto de producir serrín incandescente, y debieron emplearse a fondo hasta que, finalmente, consiguieron prender la yesca y luego pequeñas ramas suficientemente consistentes para que aguantara el fuego. Cuando tuvieron una buena llama, otros miembros del grupo ya habían excavado en el suelo un gran hoyo, no muy profundo, lo habían rodeado de piedras y dispuesto en el centro las ramas más secas que habían encontrado.

Al anoecer, una hermosa hoguera fulguraba horadando la oscuridad, y sus llamas danzantes producían extraños dibujos en los

rostros de los que a su alrededor se sentaron. El reconfortante calor que desprendía pronto desentumeció sus ateridos miembros, proporcionándoles un estado muy parecido a la alegría. Al menos, hasta que Montaña habló para explicar cómo sería la caza del mamut; en ese momento, más de uno sintió un frío helador recorriendo sus entrañas. Sobre todo, dentro de las filas de los Cabezas de Fuego.

—¿Ha quedado claro? —preguntó al terminar.

Nadie dijo nada. Sólo hubo asentimientos con la cabeza y alguna palabra masticada entre los dientes que se quedó sin salir.

—Bien, entonces, ha llegado la hora.

La caza de aquellos enormes animales de largos colmillos era tan peligrosa que se realizaba en situaciones de extrema necesidad, como era el caso. Si no hubieran estado al límite de sus fuerzas, y sin nada que llevarse a la boca, jamás lo hubieran intentado. La táctica que se empleaba consistía en esperar a la noche y, antorchas en mano y profiriendo gritos, asustar al rebaño y conducirlo hasta las zonas más pantanosas con la esperanza de que alguno de los animales, normalmente los más débiles o jóvenes, se quedara atascado en el barro. Si tenían esa suerte, los cazadores entonces clavarían sus pesadas lanzas en las zonas más blandas hasta matarlo.

Montaña y Garra de León eran conscientes del peligro. Y no sólo el referente a la caza, sino también al que corrían teniendo a un enemigo acechándoles tan cerca. Necesitaban ser rápidos, muy rápidos, si querían tener éxito. Matar al animal, despedazarlo y volver a la relativa seguridad del grupo, no podía llevarles demasiado tiempo.

El grupo de cazadores, formado por todos los Grandes y la mitad de los Cabezas de Fuego, prendieron sus antorchas en la hoguera y se alejaron adentrándose en la bruma espesa del pantanal.

A lo lejos, mucho más cerca de lo que Garra de León y Montaña pensaban, tiritando de frío y de hambre, Ojos de Serpiente y sus hombres observaban la escena sumidos en la oscuridad, para no ser detectados. Ellos también habían visto por la mañana la manada de mamuts, y se les había hecho la boca agua al imaginar su carne entre los dientes. Pero tenían que admitirlo, sus lanzas ligeras y sus venablos no eran las armas más indicadas para abatir a una de esas bestias. Podrían causarles heridas a consecuencia de las cuales morirían después de varios días, pero ellos

no tenían tanto tiempo. Si no comían algo ya, la mayoría perecería.

—Vamos —ordenó Ojos de Serpiente a sus hombres—. Si caminamos toda la noche, al amanecer serán nuestros.

Aunque muchos estaban tan débiles que casi no se tenían en pie, nadie lo cuestionó; y siguieron andando, agotando sus últimas fuerzas, igual que una horda hipnótica de espectros, espoleados por el único instinto que queda cuando no queda nada: el de comer.

El grupo de cazadores se desplegó en círculo, acercándose con cautela a la manada de mamuts que dormitaban en terreno seco. A la señal de Montaña comenzaron a proferir gritos y a correr en su dirección agitando las antorchas. Las enormes bestias despertaron de golpe. Sorprendidas y aterradas por semejante espectáculo empezaron a girar en redondo sin saber qué hacer, hasta que el macho dominante escapó en una dirección. La dirección que Montaña había elegido. Antorchas en mano, unos por detrás y el resto repartidos por ambos lados, los cazadores trataron de conducir la manada hacia donde querían, procurando que no cambiara de rumbo.

Y lo consiguieron.

El primero en llegar a la charca embarrada fue el macho dominante, un prodigioso animal tan grande y poderoso que el lodo no pudo detenerlo. Lo atravesó y continuó su huida hasta perderse en la oscuridad. Lo siguieron otros machos algo más pequeños y luego las hembras, que retrasaron su marcha para adecuarla al paso de sus crías. Ninguno parecía encallar en el barro. Los cazadores se desesperaban creyendo que sus esfuerzos iban a ser en vano cuando un macho joven, desorientado, se separó de la manada y cayó en una poza más profunda, quedando clavado al fondo. En ese momento, todos lo celebraron y fueron en su busca, entrando en el lodo, que los cubría hasta la cintura. La pobre bestia, aterrorizada, movía la cabeza de un lado a otro, haciendo oscilar su musculosa trompa. Los cazadores buscaron sus flancos y la parte trasera para atacar. Las pesadas lanzas con sus puntas de piedra tallada, bien afiladas y resistentes, penetraron la dura piel gracias a la fuerza de los brazos que las empujaban. El animal lanzaba alaridos y se retorció, intentando sacudirse inútilmente a esos extraños seres que lo atormentaban. Montaña decidió acabar con su vida. No tenían tiempo de esperar a que se desangrara, ya que su agonía podría durar varios días.

Junto a Gran Bramido y Brazo de Piedra se dirigieron a la cabeza, el lugar donde se encontraban los puntos más vulnerables, y el más peligroso también. Gran Bramido consiguió clavar su lanza en la boca del mamut, bastante profunda, llegando hasta la garganta. Brazo de Piedra lo hizo en el oído, intentando llegar hasta el cerebro. Pero la lanzada mortal la dio Montaña al acertar en un ojo y romper el cráneo. En ese instante, la pobre bestia herida de muerte lanzó un barrito descomunal y se agitó violentamente. En un último intento por defenderse, el animal movió la cabeza de un lado a otro, describiendo un arco con su trompa que pretendía alejar a sus atacantes. Fatalmente, en su rápido recorrido, alcanzó a Gran Bramido en el pecho lanzándolo por los aires. No hubo mucha más resistencia por su parte, y expiró cuando Montaña terminó de incrustar la lanza bien honda en su cerebro.

Se escucharon gritos de alegría al ver doblar las patas al mamut, entregado a la muerte. Ya saboreaban su carne cuando Montaña indicó que se dieran prisa en despedazarlo. A su lado, Gran Bramido, ayudado por Ala de Halcón y Brazo de Piedra para mantenerse en pie, boqueaba buscando el aire, resistiéndose a perderse el gran placer que representaba cortar la carne de una pieza tan formidable.

—Me encuentro bien, de verdad.

—De tus labios cae sangre —dijo Montaña—. Quiero que Manos que Sanan te vea. Llévadle ante él, y decid a todos los demás que vengan. Cuanto antes terminemos, mejor.

No hubo tiempo para eso. Al poco de marcharse Gran Bramido acompañado por sus dos compañeros, una lluvia de venablos salió de la oscuridad. Todos fallaron sus objetivos y terminaron clavados en el lomo del animal o perdidos en el fango, pero su visión provocó un desconcierto enorme entre los cazadores, que se apresuraron a recular en la dirección contraria de la que venían. Una segunda descarga, mucho más certera, dejó varios heridos, entre ellos al propio Montaña, que recibió una flecha le traspasó el hombro de lado a lado.

—¡Apagad las antorchas! —gritó, agarrándose el brazo.

Los cazadores obedecieron de inmediato y ahogaron las llamas en el agua enfangada, dejando la escena completamente a oscuras.

Se produjo una tercera descarga de venablos, lanzada a ciegas, que no hirió a nadie, ya que en el lugar donde instantes antes se encontraban los cazadores sólo había barro y agua. Espoleados por una muerte segura,

habían sido rápidos como el rayo, y, guiados por los Grandes y su extraordinaria visión nocturna, fueron capaces de alejarse en total oscuridad y regresar a su campamento.

Montaña se preguntó cómo podían haberse acercado tanto sin que percibiera su olor, y se contestó admitiendo que, después de tanto tiempo unos detrás de los otros, todos olían igual. También le preocupó el hecho de que pudieran recorrer en tan poco tiempo la distancia que los separaba al anochecer. Sin duda eran unos enemigos temibles, y muy veloces cuando querían. O cuando el hambre los acuciaba. Si así era, en esos instantes estarían despedazando al mamut y comiendo su carne, y ellos podrían tener una oportunidad de escapar. Aunque tendrían que darse prisa y caminar toda la noche para cobrar de nuevo la ventaja perdida.

—Hay que curar ese hombro —se preocupó Cola de Ardilla cuando vio, a la luz de la hoguera, el brazo ensangrentado de Montaña.

—No hay tiempo para eso.

—Deja al menos que saque la flecha y tapone la herida con barro. Te desangrarás si no lo hago.

—De acuerdo —cedió Montaña, confundido por el extraño brillo que detectó en sus ojos.

¿Está llorando? Dudaba el rudo jefe, ajeno al dolor que le producían las manipulaciones que ella realizaba en su hombro. El reflejo de las llamas de la hoguera centellea en sus ojos llenos de lágrimas, se dijo, pero, ¿por qué llorará?

La pregunta nunca salió de su boca. Cuando quiso darse cuenta, Cola de Ardilla había terminado de curarlo y vendaba la herida con un trozo de piel suave de cabra.

—Ya está.

Montaña asintió en señal de agradecimiento, buscando su mirada.

—Vamos, ahora guía a nuestros pueblos y sálvanos —le pidió con la cabeza agachada, evitando sus ojos.

Con increíble velocidad y perfectamente coordinados, levantaron el campamento, apagaron la hoguera y se alejaron en la noche.

Ni una sola voz se escuchó entre la larga fila de hombres y mujeres hasta que creyeron encontrarse lo bastante lejos de sus enemigos. Entonces, comenzaron a oírse los lamentos de los heridos y los quejidos de sus estómagos vacíos. Garra de León, guiado por las estrellas, marcaba la dirección mientras que Montaña, gracias a su mejor vista,

buscaba la ruta más segura eligiendo la nieve más compacta y evitando adentrarse en zonas donde pudieran hundirse.

Fue Garra de León, después de chascar la lengua, el que rompió el silencio entre los dos jefes.

—Sin comida no lo lograremos.

—...

—Los mamuts eran nuestra última esperanza.

—...

—¡Montaña! —le increpó, agarrando su brazo herido, tratando de sacarlo de su silencio.

El jefe de los Grandes ni se inmutó a pesar del dolor que recorrió su hombro. Se tomó su tiempo para responder. Y lo hizo con unas enigmáticas palabras que dejaron a Garra de León aún más preocupado.

—El Gran Relato habla de ello. Llegado el momento, nuestro pueblo será capaz de hacer lo necesario para sobrevivir.

Y no dijo más. Luego, echó a andar hasta desaparecer de la vista, tragado por una oscuridad donde intentó ocultar su inmenso pesar.

En la distancia, Ojos de Serpiente contempló sin preocupación cómo el resplandor anaranjado producido por la hoguera de los Brutos se extinguía. Se marchaban, pero no le importaba. Ahora ellos tenían carne en abundancia para muchos días. Recobrarían las fuerzas perdidas mientras que los otros, con los estómagos vacíos, estarían cada vez más débiles. No los perseguirían, por la noche no. Encenderían su propia hoguera, comerían hasta hartarse y luego dormirían bien. Por la mañana buscarían su rastro en la nieve y les darían caza. Un día. Dos a lo sumo. Y por fin serían suyos. No aguantarían mucho más.

Eso creía el jefe de los Caraplanas, pero se equivocaba.

Incompresiblemente, muchos días después, bajo intensas nevadas y espesas brumas, enterrándose hasta las rodillas mientras avanzaban por aquel interminable paraje helado, sus hombres y él aún continuaban persiguiéndolos.

16 - SEÑALES

—¿Veis si nos persigue alguien? —preguntó Laura, completamente agotada.

—No veo una mierda —contestó Owen, sin aliento.

Santana se detuvo apoyando las manos en las rodillas, y se giró más por instinto que porque realmente pudiera distinguir algo en aquella noche sin luna. Después negó con la cabeza.

—No puedo más —confesó Laura, dejándose caer junto a un árbol, hasta quedar sentada con la espalda apoyada en él.

—Yo tampoco —secundó Owen, sentándose a su lado.

—Seguir corriendo a oscuras, por un bosque tan denso, es una locura. Pronto amanecerá. Descansemos un rato —sugirió Santana.

—Una idea cojonuda —exclamó Owen, poniendo su mochila como almohada y tumbándose todo lo largo que era.

—¿A qué distancia estamos del primer punto? —preguntó Laura.

Santana consultó su reloj y, después de apretar varios botones, respondió.

—A menos de dos kilómetros.

—Bien —añadió Laura, boqueando.

—Bien, no —la contradijo Santana, endureciendo el tono—. Creo que, ya que me habéis metido en un lío de pelotas, deberíais ponerme al tanto de lo que aquí está pasando.

—A mí no me mires —saltó Owen, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos cerrados—. La que tiene toda la información es ella.

—Eso no es verdad —replicó Laura—. No sé... toda.

—¿Lo ves? —apuntó Owen, con sorna.

—Es algo complicado —se justificó Laura, lanzando un suspiro.

—Sé que sólo soy un palurdo de Alaska que se pasa el día llevando a turistas de aquí para allá en una vieja avioneta —comenzó a decir Santana, en un tono de sincera ironía—. Pero si me estoy jugando el culo, me gustaría saber por qué.

—Vamos, cariño, el tipo tiene razón —dijo Owen—. Explícale el asunto y así, igual yo también me entero de algo.

Laura tomó aliento y lo soltó poco a poco. Después empezó a hablar.

—Está bien. ¿Te suena haber oído la noticia sobre el último hallazgo del profesor Lébedev en Siberia?

—No veo mucho la televisión.

—Bueno, entonces tendré que empezar desde el principio.

—¡Madre mía! Hazlo, pero no seas demasiado minuciosa, ya me entiendes... —insinuó Owen.

—Puede que no tenga estudios. Pero no soy ningún idiota —se quejó Santana, dándose por aludido.

—Venga, tío, no te lo tomes así. Lo hago por tu bien. No sabes lo plastas que se ponen con los detalles estos científicos —trató de justificarse Owen.

—¿Puedo empezar, o no? —acució Laura.

—Dale.

—Por favor —suplicó Santana, tomando asiento en el suelo, frente a ella.

Laura no hizo caso a la sugerencia de Owen, y se tomó su tiempo para poner al tanto de los acontecimientos a Santana. Primero le habló del yacimiento en Siberia y las razones que lo hacían tan trascendental. Como no le parecía que el piloto se aburriera, y demostraba interés en sus explicaciones, ella empezó a sentirse cómoda y se explayó sin miramientos. A continuación mencionó la carta del profesor donde le pedía que se reuniera con él en Alaska. Este punto ya se lo había comentado, por eso no se detuvo demasiado. Para finalizar le habló de Miguel Echevarría, sus desavenencias con Lébedev en el pasado, el recelo que este último sentía desde entonces hacia él y las sospechas que ella tenía de que fuera el antropólogo español el responsable de la muerte de ese hombre en la cabaña, y casi de las suyas. Por supuesto que omitió mencionar la muestra que el profesor le había encargado analizar, y algunos detalles que tradujo de su cuaderno de notas. De lo que sí decidió hablar fue de las "señales". No creía que supusiese una deslealtad hacerlo, y le parecía necesario explicarlas para que se entendiera la razón que había traído al profesor Lébedev hasta Alaska. Bueno, por eso y porque le urgía liberar un poco de peso para aliviar la insoportable carga

que soportaba.

—Atiende, Owen, de esto que voy a hablar ahora me he enterado hace unas horas, al leer las notas del profesor.

—¿Tiene que ver con esas marcas en el mapa? —preguntó éste, incorporándose de un salto.

—Exactamente.

—¿Ves?, no se me escapa una. Soy todo oídos.

—Dejadme que vuelva por un instante al yacimiento en Siberia — empezó a contar Laura.

La cabeza de Santana era un maremágnum de datos y dudas, y también preocupaciones, pero consiguió arrinconar todo eso y prestar atención al relato.

—Es increíble, como ya he explicado —continuó Laura—. Probablemente el descubrimiento paleoantropológico del siglo. Un hallazgo que deja al descubierto datos sobre los neandertales que no conocíamos. Revelando unos hechos que...

—Al grano —la cortó Owen, impaciente.

—...hablan sobre su extinción —hiló Laura, haciendo caso omiso a la impertinencia de Owen—, y el motivo y el instante en el que se produjo; mucho más cercano en el tiempo de lo que se creía. Pero eso no fue todo lo que el profesor Lébedev descubrió en ese prodigioso yacimiento. Hubo algo que se guardó para sí. Algo que no quería revelar al mundo hasta que estuviera realmente seguro de lo que significaba. Y para hacerlo necesitaba venir a Alaska.

—¿Qué descubrió? —preguntó Owen, impaciente.

Laura había ordenado en su cabeza la secuencia de su exposición, y no estaba dispuesta a saltarse ni un paso.

—Santana, ¿cómo hacemos hoy en día para orientarnos? —le preguntó de pronto al piloto.

—¿Orientarnos?

—Sí. ¿Qué usamos para no perdernos? Vamos, es fácil.

—¿El GPS? —respondió Santana, intimidado.

—Exacto. O la brújula. O las estrellas. Pero, ¿qué usaban nuestros primitivos antepasados antes de tener conocimientos sobre el magnetismo de la tierra o el firmamento?

—Cuando iba de campamento me explicaron que el musgo nace dirigido al norte —intervino Owen.

—Al menos en mayor abundancia. La razón es que suele ser la zona más sombría y húmeda —corroboró Laura—. Otra posibilidad es observar las ramas de los árboles, ya que se desarrollan más en la parte que da al sur.

—Ya te lo dije —se quejó Owen, dirigiéndose a Santana—. Sabe de todo. Me recuerdas a...

—A Anthony Hopkins en la película "El desafío". Ibas a decir eso, ¿verdad? O, mejor dicho, al personaje que interpreta: el multimillonario Charles Morse —lo atajó Laura, dejándolo con la boca abierta.

—¡Joder, tía, eres imposible! Me dijiste que no la conocías —exclamó Owen, con desesperación.

—Eso fue el otro día.

—¡La he visto! ¡La he visto! —saltó de pronto Santana—. ¡Sale Alaska! ¡Y un oso! ¡Y...! —calló al creer que nadie le prestaba atención.

Pero se equivocaba.

—¿Elle Macpherson? —completó Laura.

—Sí. Es una buena... actriz —respondió Santana, algo avergonzado.

—Grandiosa —añadió Laura, con ironía—. Aunque nos estamos desviando del tema. Hablábamos de cuál podría ser la técnica que usaron nuestros ancestros humanos para volver a sus poblados después de sus largas cacerías. Es muy probable que las estrellas nos hayan guiado durante los últimos diez o quince mil años, pero, ¿y antes? ¿Cómo hacían?

Santana se encogió de hombros. Owen fue más explícito.

—Ni puta idea. Aunque sospecho que vas a arrojar luz sobre nuestra ignorancia.

—Yo no, el profesor Lébedev —dijo Laura, con modestia—. Es una teoría. Muy sencilla y muy lógica: simplemente dejaban marcas en los árboles. No en todos, sólo en aquellos que les resultaban significativos, aquellos que poseían características especiales o estaban situados en algún lugar estratégico, como el alto de una loma o junto a un río. Durante sus marchas hendían sus cortezas con sus cuchillos de piedra y así reconocían el camino de vuelta.

—Pues menuda bobada —se mofó Owen.

—A simple vista lo parece —admitió Laura—. Pero requería de una disciplina importante. Por no hablar del asunto de los signos.

—¿Signos? —preguntó Santana.

—O señales —apuntó Laura—. Y ahora es cuando volvemos al

yacimiento en Siberia.

—La madrugada es la hora más fría —informó Santana, al verla frotarse las manos—. En este momento estaremos a dos o tres grados bajo cero. Descenderá hasta los menos diez al amanecer. Luego espero que el sol nos dé una tregua.

Antes de continuar, Laura se cerró la cremallera de su anorak, que había bajado debido al acaloramiento que le produjo la carrera, y se reacomodó en el suelo.

—Os hablaba de las señales. Si tenemos en cuenta que, probablemente, varios clanes de neandertales habitaban el mismo territorio, podría ser una locura salir al bosque y encontrarse las mismas marcas. Por eso, según la teoría del profesor, cada clan disponía de símbolos propios para indicar caminos hacia zonas de caza, abrevaderos, lagos, depósitos de pedernal... Una especie de rutas predefinidas que usaban mientras les eran útiles.

—Eso demostraría mucha inteligencia —apuntó Owen.

—La tenían. Y también un pensamiento abstracto que los capacitaba para entender el espacio y el tiempo.

—¿De cuándo estamos hablando? —intervino Santana, algo perdido.

—Doscientos, trescientos mil años. Probablemente muchos más —respondió Laura—. Pero el tema que nos ocupa ocurrió hace bien poco. Unos dieciséis mil.

—Sí, anteayer —se mofó Santana.

—En términos evolutivos, así es —afirmó Laura.

—Venga, no te lées y concreta, por favor —imploró Owen—. ¿Qué encontró Lébedev en el yacimiento de Siberia que ocultó a la prensa?

—A la prensa y al mundo académico —puntualizó Laura—. Se trataba de la losa con la que aquellos últimos neandertales cubrieron la tumba de sus muertos. El profesor se las ingenió para que la marca que había en su superficie no constara en los informes, e hizo embalar la gran piedra plana y enviarla de inmediato al depósito del Museo de Moscú, donde sabía que sería difícil que alguien accediera a ella sin su autorización.

—¿Y por qué tantas precauciones? —quiso saber Santana.

Laura se quitó el guante de su mano derecha y dibujó un signo en el suelo de tierra.

—¿Qué diríais que es?

Owen y Santana lo observaron un instante y contestaron casi al tiempo.

—Un signo de admiración.

—Eso parece. Pero para el profesor representa mucho más.

—¿Quieres decir que esto es lo que había dibujado sobre aquella losa? —preguntó Owen, creyendo entender.

—Dibujado no. Tallado profundamente.

—Y ese... puto símbolo, ¿qué tiene que ver con que Lébedev viniera a Alaska?

—Muy sencillo. Él y muchos otros antropólogos conocían la existencia de estos grabados en forma de signo de admiración. Se han hallado desde el extremo más oriental de Siberia hasta las regiones del norte de Alaska. Incluso es posible que los hicieran en una de las islas Diómedes, en la menor, situada en el estrecho de Bering, aunque la erosión hace difícil asegurarlo. Desde siempre se ha creído que eran símbolos relacionados con la protección, y que los realizaron los primeros pueblos nómadas que colonizaron Norteamérica, los antepasados de las antiguas tribus indias, y se les atribuía una antigüedad de unos trece mil años. Descubrir uno en una tumba neandertal haría que muchos otros ataran cabos, de ahí las precauciones tomadas por Lébedev.

—A ver si lo estoy entendiendo —recapituló Santana—. ¿Estás diciendo que tu amigo el profesor sospecha que aquellos que tallaron esa marca en una tumba primitiva en Siberia son los mismos que también lo hicieron aquí, en Alaska?

Laura asintió.

—¿Con qué sentido lo harían?

—Según Lébedev, son flechas que mostraban una ruta, un camino —aclaró Laura—. Él cree que la raya indica la dirección, y el punto el sentido. Cada marca lleva a otra, y así hasta el final del trayecto. Las tallaron en roca con la intención de que duraran mucho tiempo, para que todo aquel que las viera y las supiera interpretar, las siguiera.

—Y, por tanto —intervino Owen—, su misterioso hallazgo tendrá que ver con la confirmación de dicha teoría.

—Exacto.

—¡Joder! —exclamó Owen, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Un yacimiento neandertal aquí, en Norteamérica, sería la ostia!

—Eso aún no lo sabemos, pero todo apunta en esa dirección —

afirmó Laura, con prudencia.

—¡Dios mío! —continuó Owen, entusiasmado—. Y nosotros tenemos la ubicación exacta. Una equis marca el lugar, ¿recuerdas?

—Supongo.

—Ahora entiendo que ese cabrón de Echevarría esté dispuesto a todo por atribuirse algo así.

—Bueno, la verdad es que él no creo que sepa el motivo exacto que trajo al profesor Lébedev a Alaska —meditó Laura.

—Quizá. Quién sabe —admitió a medias, Owen—. Lo que sí está claro es que sospechaba que se trataba de algo gordo, y ya lo creo que lo es.

—Un momento —intervino Santana, que se había quedado atascado en algo que no le cuadraba—. Dices que esos hombres primitivos recorrieron miles de kilómetros a pie desde Siberia hasta Alaska, y que no contentos con esa proeza decidieron atravesar el estrecho de Bering. Que si mal no recuerdo, son más de sesenta kilómetros de aguas heladas en su zona más estrecha. Dices eso, ¿verdad?

—Correcto. Pero son sesenta y cuatro kilómetros para ser exactos, entre el Cabo Dezhneva en Siberia y el Cabo Príncipe de Gales en Alaska —precisó Laura.

—¡Joder! ¿Y cómo lo hicieron? ¿Construyeron barcos?

—No les hizo falta. Ellos vivieron a finales de la última glaciación. El nivel de las aguas era entonces unos cien metros menor que ahora. Básicamente, lo que en aquella época unía Siberia y Alaska era un inmenso puente de hielo que cruzaron caminando —aclaró Laura.

—Sí, un puente jodidamente inhóspito —especificó Owen.

—Hay que estar realmente desesperado para hacer algo así —dijo Santana.

—Probablemente fueron los últimos de su especie que, hostigados y masacrados por los humanos modernos, huyeron en busca de una nueva tierra donde asentarse y vivir en paz. Un lugar donde evitar su extinción —meditó Laura, bajando la voz.

—Buen intento, pero no lo consiguieron —dijo Owen, burlón—. ¿Y ahora qué? ¿Nos movemos? Tengo el culo como un cubito de hielo.

Al amanecer llegaron hasta las primeras coordenadas. No tardaron en encontrar una gran roca en la que reconocieron la señal en forma de

signo de admiración.

—Está muy erosionada. Cuando se realizó debió ser mucho más profunda —Laura pensaba en voz alta mientras recorría la hendidura con la mano.

—Pasaría desapercibida para la mayoría —comentó Owen.

—La luz baja del sol favorece las sombras. De otra manera sería invisible —secundó Santana.

—Sí, pero se aprecia lo suficiente —continuó Laura, observando la talla con autentica reverencia.

Con nerviosismo, se quitó la mochila y sacó el mapa del profesor.

—Por favor, introduce las siguientes coordenadas en el GPS —suplicó a Santana—, y dime en qué dirección están.

El piloto no tardó mucho en hacerlo y en señalar con la mano extendida.

—Por allí.

—¿Veis lo que os dije? La raya y el punto señalan en la misma dirección.

—Tienes razón —admitió Santana, mirando alternativamente la piedra y los datos de su reloj GPS.

—De puta madre —saltó Owen—. ¿Y a qué distancia está?

—Veinte kilómetros, más o menos —informó Santana.

—¿En serio? ¿Y cómo cojones hacían para no perderse?

—Iban poco a poco —explicó Laura.

Santana entornó los ojos. Owen se decidió a preguntar.

—¿Qué quieres decir?

—Sencillo —comenzó a decir Laura, agachada, mirando al símbolo y al horizonte con un ojo cerrado—. ¿Veis esa pequeña loma a lo lejos?

Santana y Owen asintieron.

—Si trazáramos una línea imaginaria estaría en la trayectoria exacta. Así hacían ellos. Buscaban referencias y caminaban hasta ellas. Una vez allí, buscaban otra.

—No parece muy seguro —dijo Owen.

—Pues lo es. Sólo hay que mirar con otros ojos —afirmó Laura—. Lo que pasa es que nosotros vivimos aturdidos por la tecnología. Hace tiempo que no sabemos qué hacer sin una conexión WIFI. Cuando caminaban, su mente registraba cada planta, cada olor, cada piedra del camino. De ello dependía su vida. Su visión del mundo era muy distinta a

la nuestra. A la del humano moderno. Mejor en muchos sentidos.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Santana.

—Más respetuosa. Vivían en comunión con los árboles, las rocas, el paisaje... la naturaleza. Eran un todo con ella. Usaban lo que necesitaban. Nada más.

—O sea, que estás en contra del progreso —opinó Santana.

—No —negó Laura, tajante—. Las herramientas de piedra fueron progreso. El fuego fue progreso. La construcción de refugios fue progreso. Incluso la caza de animales para la alimentación y el uso de sus pieles para abrigarse fue progreso. Avances necesarios para sobrevivir en una naturaleza hermosa pero implacable. Aunque, durante los trescientos mil años que los neandertales reinaron en el mundo, no necesitaron cambiarla para prosperar como especie.

—Hasta que llegamos nosotros —intervino Owen, burlón.

—Fuimos la peste —concretó Santana.

Laura estuvo de acuerdo:

—En muchos sentidos, sí.

—¡Vamos, no todo ha sido tan malo! Inventamos el beisbol, las hamburguesas y la cerveza. Ah, y los coches rápidos —matizó Owen, con guasa.

—Muy gracioso —se quejó Laura.

—Chicos, dejemos la discusión para otro momento —intervino Santana, mirando al cielo—. Debemos continuar y hacer un refugio pronto. Esas nubes que se aproximan desde el sur no me gustan nada. Si mi intuición no me engaña, traerán nieve.

—¿Un refugio? —preguntó Laura, confundida.

—¡Va, no te preocupes! Sólo hay que entrar en comunión con la naturaleza, respetarla, y ella lo construirá —ironizó Owen, antes de ajustarse las correas de su mochila y echar a andar.

Al atardecer, justo cuando llegaban a la siguiente señal tallada en una roca, comenzó a nevar. Lo que en un principio fueron algunos copos dispersos, pronto se convirtió en una descarga cerrada que no tardó en cubrir el suelo con una capa de varios centímetros de nieve.

—¡De puta madre! —exclamó Owen— ¡Lo que nos faltaba! ¿Y ahora qué?

—Debemos parar —sugirió Santana.

—Yo aún puedo continuar un poco más —dijo Laura, con el aliento

entrecortado y tiritando de frío.

—No lo creo. Hay que construir algo donde guarecernos. Cortaré unas cuantas ramas e improvisaré un refugio. Luego encenderé un fuego.

—¿Será prudente hacerlo? —se preocupó Laura.

Santana fue categórico con su respuesta:

—Esta noche bajarán mucho las temperaturas. Si no podemos calentarnos, moriremos de frío.

Con ojos expertos, Santana buscó un lugar llano cerca de una formación rocosa, e indicó a Laura y a Owen que retirasen la nieve acumulada y buscasen hierbas y hojas para cubrir el suelo. Él, mientras tanto, se dedicó a cortar ramas tupidas de los árboles con su gran cuchillo. Le llevó un buen rato conseguir la cantidad que consideró necesaria. Para entonces, Owen y Laura ya habían terminado con su cometido y esperaban golpeando el suelo con los pies.

—Estoy helada.

—Y yo —confesó Owen.

—Venid, ayudadme con esto —gritó Santana, que luchaba por tronchar una rama bastante larga y gorda.

—Oye, ¿sabes lo que haces? —dudó Owen.

—Por supuesto, amigo.

Tras cortar la gran rama y limpiarla, la usó como viga principal o cumbre, apoyando un extremo contra las rocas y el otro sobre una rama en forma de "y" que previamente había clavado en el suelo. Luego, fue colocando el resto de ramas más pequeñas a ambos lados, hasta que quedaron totalmente cubiertos; formando así una especie de tienda de campaña rudimentaria.

—No ha quedado mal —comentó Santana, mirando orgulloso el resultado—. Mi padre lo llamaba "refugio vegetal". Él me enseñó a construirlo. A veces, íbamos de caza y nos sorprendía la noche.

—Vamos a estar un poco apretados ahí dentro —comentó Laura, asomándose por la zona abierta.

—Es de lo que se trata —zanjó Santana.

Dejó de nevar, aunque las temperaturas continuaron bajando. Anocheció cuando terminaron de recoger leña seca para la hoguera que se encargó de encender Santana con su mechero.

El fuego crepitaba con violencia debido a la evaporación repentina del agua contenida en los troncos, que salía violentamente

desquebrajando la capa exterior de la madera. Ningún otro sonido se escuchaba en el bosque. Las aves estaban a resguardo en sus nidos, y el resto de los animales, incluso los cazadores nocturnos, hacía tiempo que se habían retirado a sus madrigueras, a la espera de que la fría noche pasara.

Alrededor de la hoguera, tres figuras producían sombras danzantes detrás de ellos. No se habían sentado, y disfrutaban del calor metidos casi en las llamas. Santana, después de encenderse un cigarro, sacó una petaca del bolsillo interior de su abrigo y se la ofreció a Laura.

—Creí que no bebías —dijo ésta, rechazándola.

—Sólo en las grandes ocasiones —se justificó Santana, pasándosela a Owen que sí la aceptó

—¿También lo estás dejando, como el tabaco?

—Más o menos.

—¿En qué otras cosas has mentido? —preguntó Laura, molesta.

Santana calló. Entornó los ojos y dio una larga calada a su cigarro, sin lograr apaciguar la inquietud que le rondaba por dentro.

—Vaya —exclamó, Owen, tras dar un trago a la petaca—. Ya entiendo tu preocupación porque se quemara tu abrigo. Es un güisqui cojonudo. Ahora sí aceptaría ese sándwich de pavo. Tengo un hambre canina.

Laura miró al piloto. Sus ojos decían: ¿lo ves?

Iba a confesar que se lo había comido ella, cuando Santana se adelantó haciéndose responsable.

—¡Maldita sea! —se quejó Owen.

—Lo siento, amigo. Tuviste tu oportunidad —respondió Santana, ufano, mientras volteaba los bolsillos de su anorak para demostrar que estaban vacíos y dirigía una mirada cómplice a Laura—. Aunque la comida no es lo peor. El hombre puede estar veintiún días sin comer, pero sólo tres sin beber.

—¡Ésa es otra! —saltó Owen—. Tengo sed. Y mucha.

—Creo que hay un arroyo a mitad de camino —intervino Laura, sacando el mapa de su mochila y mostrándoselo a Santana.

—Tienes razón, aquí está. Con un poco de suerte llegaremos mañana —confirmó Santana.

—Mañana, ¡menudo consuelo! —se quejó Owen, chascando la lengua—. De momento voy a comer nieve, al menos me calmará la sed.

—No es buena idea —lo detuvo Laura—. Si lo haces descenderás de golpe tu temperatura corporal. Tu organismo consumirá mucha energía para elevarla de nuevo y aún te deshidratarás más. Eso sin contar con las quemaduras que podrías sufrir en la lengua y en la boca.

—¡No me jodas! —exclamó Owen, detenido con un puñado de nieve en la mano.

—Totalmente cierto —secundó Santana—. Además, el equivalente a un litro de agua sería un kilo de nieve. Un montón así —indicó, abriendo mucho las manos.

—Sois unos aguafiestas, ¿lo sabéis? —concluyó Owen, lanzando lejos la nieve.

Antes de meterse en el refugio para dormir, Santana colocó a la entrada unas piedras que había introducido en la hoguera.

—Nos darán calor y crearán una cortina de aire para que el frío quede fuera. Al menos por un tiempo —explicó.

Owen fue el primero en entrar. Luego lo hizo Laura, que se colocó en el centro, y finalmente Santana. El espacio era mínimo, y los cuerpos estaban sumamente pegados. Tanto que casi no cabían tumbados de frente. La luz de la hoguera penetraba en el refugio improvisado iluminando sus caras, medio embutidas en las capuchas de sus anoraks. Santana volvió la cabeza con cuidado, lo justo para observar el perfil de Laura. Vio que tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos, por los que escapaban ligeras vaharadas de vapor. Estuvo así un buen rato, disfrutando a hurtadillas de ese rostro aniñado que tanto lo atraía, hasta que la respiración irregular de Laura le indicó que se había dormido. Entonces, ya más seguro, se fue girando para lograr una visión más precisa de su cara. Y así, fabulando con el sabor que tendrían esos labios y el placer infinito que le proporcionaría acariciar esas delicadas mejillas, Santana fue cayendo en el sueño más dulce que había tenido en muchos años.

A varios kilómetros de distancia, desde lo alto de una loma, Cracco observaba la luz lejana de la hoguera a través de los prismáticos. En un momento dado, Mario, desde abajo, le avisó de que la cena estaba preparada y dio la vigilancia por finalizada. Mientras él controlaba a los tres perseguidos, sus dos compañeros se habían encargado de montar la tienda de campaña, poner los caballos a resguardo bajo un frondoso pino, encender una fogata y calentar algo para comer.

—Hace un frío de cojones —bramó Tato, sentado sobre una roca. junto al fuego.

—Echa más troncos si quieres. Donde estamos no pueden vernos — sugirió Cracco, tomando asiento en otra roca.

—No te quejes. Afortunadamente nosotros tenemos esto —le recriminó Mario, abriendo ambos brazos, simulando que abarcaba todo el campamento—. Piensa en esos pobres desgraciados.

—Ya, pero ellos no tienen media cara abrasada. ¡Me duele como mil demonios!

—Olvida eso y piensa en lo atractivo que quedarás después. Me estoy acordando de ese tipo de las películas... ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Freddy Krueger.

—Te estás pasando —gruñó Tato, levantándose de un salto para encararse con él.

—Eh, tío, cálmate —dijo Mario, dejando de remover la sopa que calentaba en una cazuela.

—Vamos, chicos, tranquilos —intervino Cracco, al ver que Tato apretaba los puños y Mario se llevaba la mano al bolsillo del abrigo, donde guardaba su estilete.

—Ha empezado él —se justificó Tato.

—Mario, pídele disculpas.

—Pero jefe...

—¿Qué te he dicho? —exigió Cracco, mirándolo con una intensidad abrumadora.

—Está bien. Lo siento tío, ya sabes cómo soy.

—Disculpas aceptadas —dijo Tato de inmediato, relajando el gesto.

—A mí también me saca de quicio esta falta de acción. Pero las órdenes las da Echevarría, y él quiere que nos mantengamos ocultos y no intervengamos... de momento —explicó Cracco, cuando vio a sus dos acólitos, más relajados, sentarse en torno al fuego.

—Me muero por echarle mano a ese *chochito*. ¿Cuándo crees que podré hacerlo? —preguntó Mario, con una media sonrisa lasciva.

—Pronto —contestó Cracco—. Muy pronto.

Todavía humeaban las brasas en la hoguera cuando Laura salió del refugio. Fue la última en hacerlo. Encontró a Santana de espaldas, con los brazos cruzados y la cabeza dirigida al cielo.

—Buenos días.

El saludo pilló al piloto desprevenido, y dio un pequeño respingo antes de darse la vuelta.

—Buenos días, por decir algo. Hoy puede que tengamos tormenta. ¿Qué tal has dormido?

—Caí como un tronco. ¿Dónde está Owen?

—Por ahí. Dijo que iba a "*soltar lastre*", textual.

—Oye —comenzó a decir Laura, bajando la voz—. Siento haberte metido en este lío.

—No te preocupes, no tenía nada que hacer —contestó Santana desenfadado.

—En serio, gracias. Sin ti, no sé qué hubiera sido de nosotros.

—Hoy necesitamos llegar al arroyo —continuó Santana, cambiando de tema—. Si no, tendremos problemas.

—Ya lo creo. Mi garganta es como una lija —secundó Laura.

En ese momento apareció Owen.

—Me he quedado como nuevo —dijo, dándose golpecitos en el estómago—. Vaya, veo que ya se ha levantado la bella durmiente.

—¿Necesitabas llevar la mochila para hacer tus necesidades? —observó Laura extrañada.

—Mmm. Papel higiénico. Lo cogí del hotel. Precavido que es uno —contestó Owen con desparpajo.

—Bien, si ya estamos todos, pongámonos en marcha —resolvió Santana.

El cielo ceniciento y cargado de densas nubes no mintió, y pronto comenzó a nevar. El viento tampoco tardó en aparecer, agitando las ramas de los árboles y lanzando los copos de nieve contra sus caras, provocando el efecto de miles de agujonazos. El pequeño grupo caminaba a buen ritmo encabezado por Santana, que miraba constantemente su reloj GPS para confirmar que iban en la dirección correcta. Una vez dejaron el bosque y salieron a una inmensa llanura prácticamente pelada de vegetación, la marcha se complicó. Mucho más expuestos, al no tener árboles que los protegieran, el fuerte viento los zarandeaba de un lado a otro. La temperatura descendió helando sus rostros. En esas condiciones caminaron toda la mañana, hasta que de pronto, cuando ya vislumbraban el arroyo que tanto necesitaban, el viento cesó y el cielo se abrió dejando entrever un sol tímido pero reconfortante.

—¡Guay! —exclamó Owen.

—Muchacho, ¿no has oído nunca la expresión: "la calma que precede a la tempestad"? —lo contradijo Santana.

—Claro. Y si no te importa, no me llames muchacho.

Santana asintió y, mirando a Laura, continuó.

—El tiempo en Alaska es así: muy cambiante. Las grandes tormentas se anuncian. La manera que tienen de prepararse es ésta, con pequeños ensayos.

—¿Pequeños ensayos? —se sorprendió Laura, que tenía las mejillas heladas.

—Viene una muy grande, me temo.

Junto al arroyo no estuvieron mucho tiempo. El justo para beber cuanto pudieron y descansar unos minutos. No llevaban ningún recipiente donde llevar agua, y Santana no estaba dispuesto a vaciar su petaca de güisqui para cargar una ridiculez.

—Ni hablar —zanjó la discusión, cuando se lo propuso Laura.

Por suerte no debieron mojarse para atravesar el arroyo, ya que encontraron una zona estrecha plagada de rocas que les sirvió de puente.

Al reemprender la marcha, el estómago lleno de líquido de Owen comenzó a rugir igual que una manada de leones. El de Laura y Santana no tardaron en secundar el concierto.

—¿Cuánto nos queda? —preguntó Owen, lastimero.

—Hasta la última señal día y medio, si todo va bien. Para llegar al poblado tendremos que atravesar la montaña, que nos llevará un día más —contestó Santana.

—Me muero de hambre.

—No exageres —lo recriminó Laura—. Recuerda a esos pobres neandertales hace miles de años, atravesando estos mismos parajes, cuando las temperaturas eran diez grados menores. Seguro que tampoco disponían de comida a la carta durante el trayecto.

—Ésos se las apañarán bien. Si tenían hambre se comerían al más gordito, seguro —se mofó Owen.

—¿Eso hacían? ¿Eran caníbales? —preguntó Santana, sorprendido.

—Claro —afirmó Owen.

—No exactamente —intervino Laura, molesta—. Es verdad que se han encontrado restos de huesos en cuevas que pueden hacer sospechar que así fue, pero...

—¿Sospechar? —la interrumpió Owen—. Tu falta de objetividad en cuanto a esos brutos es absoluta. No soy un experto, pero he leído lo suficiente estos últimos días para saber que existen varios yacimientos donde los huesos de individuos neandertales presentan golpes, cortes y fracturas idénticas a las encontradas en huesos de animales para desmembrarlos y separar la carne del hueso. Pruebas irrefutables de que en aquellos lugares se produjeron festines caníbales. ¿Es o no verdad lo que digo?

Laura tragó saliva antes de responder con indignación:

—También los humanos nos hemos comido los unos a los otros en situaciones límite, y en tiempos mucho más recientes.

—Qué agradable conversación —murmuró Santana.

Owen le oyó:

—Machacaban los huesos para sacar la médula, tío. Y abrían sus cráneos para comerse el cerebro. No dejaban nada.

—Tal vez lo hicieran, no lo niego. Pero no hay ningún indicio de que fueran caníbales habituales —dijo Laura, endureciendo el tono—. Yo al menos no lo creo. Cuidaban a sus enfermos, a sus hijos... No eran bestias, como tú piensas. Quiero creer que fue la necesidad la que les llevó a hacerlo. Que esas acciones de antropofagia fueron la consecuencia de situaciones dramáticas puntuales. Por ejemplo, cuando un grupo de neandertales se veía atrapado por el mal tiempo y la nieve en una cueva durante muchos días; aislados y sin alimentos, condenados al hambre más extrema.

Las últimas palabras de Laura salieron a trompicones, impulsadas por la rabia y el llanto a partes iguales.

—Justificaciones —discrepó Owen, dispuesto a ganar la discusión a toda costa, sin percatarse del malestar que sentía ella—. Tú y el profesor diréis lo que queráis, pero a mí, esos brutos, me parece que eran capaces de cualquier cosa con tal de llenar la tripa.

Santana distinguió el brillo en los ojos de Laura. Enternecido, la hubiera abrazado para consolarla. En su lugar, optó por dirigirse a Owen.

—Amigo, tengo hambre. Y quién sabe... Mañana tal vez sea capaz de hacer cualquier cosa para llenar la tripa —remató con ironía, y la mano en la empuñadura de su cuchillo.

—Estás de coña, ¿verdad? —se acobardó Owen.

Muy serio, entornó los ojos unos segundos. Luego desplegó una

amplia sonrisa.

—Claro. Me la comería antes a ella. Tú seguro que me produces indigestión.

Santana, antes de girarse y continuar la marcha, buscó con la mirada a Laura esperando ver complicidad. No la encontró. La notó ausente, lejana, perdida de pronto en sus pensamientos.

Y no se equivocaba.

TERCERA PARTE

17 - CARNE ES CARNE

*Hace 16000 años.
En algún lugar de lo que hoy es la Siberia oriental.*

Muchos días habían pasado desde que los Caraplanas los atacaran quitándoles el animal abatido. Desde entonces, el grupo de los Grandes y los Cabezas de Fuego sólo se habían alimentado de unas pocas bayas que les quedaban y algunos frutos tardíos que lograron encontrar por el camino. Estaban débiles. Muy débiles. Y, al haber consumido toda la grasa de sus cuerpos, soportaban peor el frío y tiritaban constantemente. Gran Bramido se había recuperado del golpe que le propinó el mamut, y la herida del hombro de Montaña sanaba sin problemas; en parte gracias a su increíble naturaleza, y en parte a los esmerados cuidados que le dedicaba Cola de Ardilla. No podía decirse lo mismo de los dos cazadores pertenecientes a los Cabezas de Fuego alcanzados por los venablos de los Caraplanas. Sus heridas no hubieran sido mortales de haber comido y descansado adecuadamente, pero en esas circunstancias extremas tenían pocas probabilidades de sobrevivir. Hacía días que debían ser ayudados a caminar por sus compañeros, casi inconscientes y retrasando la marcha. Todos en el grupo sabían que estaban condenados, aunque nadie decía nada, a la espera de que sus jefes tomaran una decisión.

Montaña, después de comprobar su estado, habló sobre su destino con Garra de León; al fin y al cabo eran sus hombres y consideró una muestra de respeto hacerlo.

—Puede que todavía queden zorros blancos —dijo éste, suplicante, después de escuchar a Montaña su terrible propuesta—. O liebres buscando alimento antes de desaparecer en sus guaridas.

—Es posible. Pero somos demasiados. Su carne no sería suficiente.

Garra de León lanzó un suspiro y giró la cabeza para mirar a los dos

cazadores que los seguían a la cola del grupo asistidos por sus compañeros.

—¿Cómo lo haremos?

—Al anoecer. Mis hombres se encargarán —respondió Montaña.

—En mi pueblo no hay memoria de tales hechos.

—Habéis tenido suerte —admitió Montaña, en tono sereno—. Nuestra vida no ha sido fácil. Muchas veces la naturaleza nos ha puesto a prueba. El Gran Relato habla de ello. Fue duro, pero necesario.

—Para nosotros es tabú.

—¡Y para nosotros también! —replicó Montaña, molesto—. ¿Crees que lo haríamos si no fuese necesario? ¡No somos bestias!

—No he querido decir eso, es que...

—Te hablé de hacer sacrificios, y éste es uno de ellos. Es una monstruosidad, lo sé, pero los Caraplanas nos alcanzarán si continuamos caminando tan despacio. Van a morir igualmente, sólo es cuestión de tiempo. Al menos su carne servirá para que no lo hagamos nosotros también.

—Entonces, que así sea —sentenció Garra de León, bajando la voz.

Al atardecer llegaron a un bosque moribundo donde los raquíticos árboles se curvaban por la fuerza del viento y los matorrales agonizaban bajo el peso de la nieve. El grupo estaba tan agotado que no hizo falta que ninguno de los jefes diera la orden de acampar, les bastó con descubrir un pequeño claro resguardado tras unas rocas para derrumbarse buscando descanso. Tras recuperar el aliento, los más fuertes cavaron en la nieve hasta conseguir un agujero lo bastante grande para albergar a todos. En el centro profundizaron aún más hasta alcanzar el suelo arenoso, y lo rodearon de piedras. Las mujeres se encargaron de buscar leña, que acumularon en cantidad suficiente para que les durase la noche entera.

Soñando con el calor que les proporcionaría la gran hoguera, alejando de sus cuerpos ese frío que les helaba los huesos, no podían imaginar que aquella noche también comerían.

Al oscurecer, una vez el fuego estuvo encendido, Montaña llamó aparte a Ala de Halcón y a Brazo de Piedra y les explicó lo que debían hacer con los heridos. No fue fácil. Le costó, pero sus hombres conocían la situación crítica del grupo y se limitaron a asentir sin mostrar ningún rechazo.

—Ya he hablado con Oso Gris y Gran Bramido, ellos os ayudarán.

Agua de Lluvia se quedará conmigo, es demasiado joven para crecer con ese recuerdo —dijo Montaña, atento a las reacciones de sus hombres.

—¿Quieres que lo hagamos ya? —se animó a preguntar Ala de Halcón.

—Sí, pero no traigáis la carne hasta que Garra de León hable con su pueblo y yo con el nuestro.

—Lo entenderán —intervino Brazo de Piedra, al notar la inmensa carga que soportaba su jefe.

—No pensaba en eso —se sinceró Montaña—. Lo que me preocupa es lo que pasará cuando se acabe su carne.

—Encontraremos caza antes —dijo Ala de Halcón.

—Que los dioses te escuchen.

Los chamanes de ambos grupos estaban muertos, de ahí que fuera Manos que Sanan el encargado de despedir las almas de los desdichados y autorizar a los cazadores a sacrificarlos. Fue rápido. Ni se enteraron. Se encontraban tan débiles, consumidos por la fiebre, que bastó un golpe seco en la nuca con una piedra para hacerles pasar de la vida a la muerte con un leve quejido. Despedazarlos fue otra cosa. Requería pericia, y sobre todo estómago. Primero los desangraron, guardando el preciado líquido rojo en pellejos de animales, y luego procedieron a desmembrarlos y a separar la carne de los huesos. Las tripas, los cerebros y el resto de las vísceras las pusieron aparte, envueltas en pieles: sería lo último que comerían. Era fundamental aprovechar al máximo los cuerpos, por ese motivo también machacaron los huesos y extrajeron el nutritivo tuétano que reservaron para dárselo a las mujeres. Cuando terminaron, no llevaron la carne inmediatamente, sino que esperaron la señal de Montaña para hacerlo, como él les había pedido.

El silencio con el que fueron recibidos fue absoluto. Sentados sobre las pieles, en torno a la hoguera, protegidos del frío en aquella hondonada excavada en la nieve, el resto del grupo esperaba con la cabeza agachada para evitar mirarlos directamente.

Oso Gris fue el encargado de colocar la carne cerca del fuego, pinchada en palos afilados. Al poco de hacerlo, la grasa empezó a caer a goterones sobre las brasas, produciendo su chisporroteo característico, y desprendiendo un olor que despertó los sentidos de los que allí estaban. Un olor tan delicioso y primitivo que obligó a que, uno a uno, todos

fueran levantando la cabeza, obligados por una fuerza a la que era inútil resistirse: el hambre. Sus ojos, bajo la luz ambarina de las llamas, expresaban claramente su lucha interior: el dolor y la repugnancia frente a la necesidad de vivir. Montaña vio esa lucha, la misma que él mismo sufría, y decidió dar el primer paso. Con decisión, cortó un pedazo de carne humeante con su cuchillo de sílex y se lo metió en la boca. Pasado ese instante, en el que imaginó la parte del hombre al que había pertenecido, comenzó a masticar con auténticas ganas. Sabía bien, muy bien. Algo dulzona, pero exquisita. La tragó y cortó otro trozo.

—La carne es carne —sentenció finalmente.

No tuvo que decir más.

En un principio con timidez y recelo, y más tarde con desesperación, todos los integrantes del grupo, sin excepción, comieron. Lo hicieron hasta saciarse. Luego cayeron en un sopor inconsciente, provocado por el calor del fuego y el bienestar de unos estómagos llenos, que los llevó hasta el sueño.

Ala de Halcón fue el último en dormirse. Después de hacerlo se despertó varias veces, asaltado por pesadillas en las que brazos, piernas y cabezas cortadas lo perseguían a través de una nieve ensangrentada, reclamando sus cuerpos.

Al amanecer, el grupo despertó aterido de frío bajo un palmo de nieve. Afortunadamente, la hoguera aún mantenía brasas y no les costó avivar el fuego para entrar en calor antes de reanudar la marcha. Lo hicieron sin pronunciar una sola palabra. Evitando mirarse los unos a los otros, sumidos en una vergüenza que los obligaba a caminar con los ojos clavados en el suelo.

Los hombres de Montaña fueron los encargados de transportar la carne y, durante varios días, al caer la noche, la ceremonia en torno a la hoguera se repitió; hasta que el grupo recuperó las fuerzas y pudo andar mucho más rápido, ampliando la ventaja que, los Caraplanas, les habían recortado.

Una mañana, Montaña caminaba el último. Hasta él llegó Cola de Ardilla. Anduvieron juntos un buen trecho, hasta que se decidió a hablar.

—¿Qué tal tienes el hombro?

—Mejor —respondió Montaña.

—¿Te duele?

—No.

Comenzó a nevar de nuevo. Una nevada suave, sin aire, que hacía caer los copos con lentitud.

—¿Qué quieres saber realmente? —dijo Montaña, de repente.

Cola de Ardilla sopesó hacerse la sorprendida, pero renunció.

—Tu decisión nos ha salvado la vida. Ahora tenemos comida y estamos más fuertes. Pero, ¿qué haremos después, cuando se acabe? —preguntó, sin rodeos—. Si no encontramos nada que cazar, ¿qué pasará?

—¿Eso quieren saber los tuyos?

—No. Lo quiero saber yo —replicó Cola de Ardilla, abriendo mucho los ojos.

Unos ojos azules como el cielo de verano. Unos ojos de mirada inteligente que Montaña buscaba cuando ella estaba distraída, porque lo fascinaban tanto como lo intimidaban. Unos ojos que ahora lo observaban con una intensidad abrumadora, reclamando la verdad.

Y él no pudo negársela.

—El más débil de vuestros hombres será el siguiente.

—Lo sabía —musitó ella—. Lo más difícil fue empezar. Una vez hecho...

—Ahora no pienses en ello —la trató de consolar.

Cola de Ardilla se detuvo de pronto. Montaña se giró y la observó allí quieta, engullida por aquellas pieles de oso que la cubrían de pies a cabeza. Tan frágil, tan delicada...

—Quiero que esta noche yazcas conmigo —dijo con voz segura—. Ya lo has hecho con todas las mujeres. Esta noche quiero ser yo la elegida.

—¿Por qué? —quiso saber Montaña, sorprendido.

—Deseo hacerlo una vez más. Una última vez.

Montaña entornó los ojos, sin comprender.

—Hace varias estaciones que mi vientre no da hijos. No soy necesaria.

—¿Por qué dices eso?

—Sé que no proporcionaré mucha comida, pero la próxima quiero ser yo.

Montaña por fin entendió.

—¡No digas eso!

—Déjame hablar —exclamó ella, apretando los puños—. Soy prescindible. Ya he vivido suficiente. Quiero que los demás tengan la

oportunidad de hacerlo también.

—¿Qué estás diciendo? ¡Olvídalo! ¡No lo haré! —protestó Montaña, aunque en lo más profundo de su ser sabía que ella tenía razón.

Cola de Ardilla se acercó hasta colocarse frente a él.

—Montaña —pronunció su nombre con dulzura, al tiempo que cogía su cara entre sus manos—. Sólo quiero que estemos juntos una última vez, como cuando éramos jóvenes, con eso me conformo.

La nevada se intensificó. También el viento aumentó, barriendo con fuerza la interminable llanura blanca que los rodeaba. Incluso el cielo se oscureció de tal modo que pareció que la noche se anticipaba. Pero de nada de eso se percató Montaña. Ni siquiera de las lágrimas que comenzaban a resbalar por sus mejillas.

18 - UN ENEMIGO IMPLACABLE

La planicie ocre se ondulaba en la distancia mezclándose con el verde intenso de los bosques, antes de desembocar en la imponente frontera de montañas nevadas cuyas cumbres desaparecían tras una bruma espesa que presagiaba problemas.

Santana miró el cielo y movió la cabeza.

—Debemos darnos prisa —anunció, apretando el paso.

—¿Qué pasa? —preguntó Owen.

—Ya os lo dije. La tormenta. Se prepara una gorda. Mejor será que no nos coja al descubierto.

Laura tropezó al acelerar, manteniendo el equilibrio de milagro. El terreno, salpicado por vegetación baja y rocas puntiagudas, era incómodo para caminar.

—¿Veis ese bosque? —prosiguió Santana, señalando a lo lejos—. Espero que lleguemos antes de que se desate el infierno.

—¿No te parece que estás exagerando? —cuestionó Owen.

—Ojalá me equivoque, amigo, ojalá.

Sin referencias cercanas, como árboles o peñascos, parecía que no avanzaban. El paisaje era tan monótono que Laura creyó más de una vez que caminaban en círculos.

—¿Has comprobado la dirección?

—Sí —respondió Santana, levantando la muñeca donde llevaba el GPS—. Vamos bien, no te preocupes.

—Vale —contestó Laura, apretando el paso para colocarse a su altura.

Owen no lo hizo y continuó unos metros por detrás.

—No dejo de darle vueltas al asunto —comentó Santana, al notarla a su lado—. Entiendo lo de las señales en las piedras, pero no llego a comprender que, sólo con esas referencias, aquellos antepasados nuestros fueran capaces de orientarse.

Laura, para explicarle que no eran antepasados nuestros, estuvo a

punto de soltarle el rollo sobre el árbol evolutivo y las diversas ramas. Finalmente no lo hizo, y prefirió hablarle de ellos como individuos.

—Eran especiales. La naturaleza y ellos eran uno.

—Ya, joder, pero me parece increíble —se asombró Santana—. Y luego está lo de ese viaje desde Siberia hasta aquí. ¿Cuánto tiempo les pudo llevar recorrer semejante distancia?

—Un hombre sano y en forma puede estar contento si logra cubrir una distancia de treinta kilómetros en un día —explicó Laura—. Supongamos que ellos, más fuertes y resistentes, y acostumbrados a caminar campo a través, consiguieran recorrer el doble.

—Aun así les supondría... —comenzó a calcular Santana.

—Varios meses.

—Vamos, de récord Guinness.

—Y recuerda que se encontraban al final de la última glaciación, con temperaturas varios grados por debajo de las que existen hoy en día en estas mismas latitudes.

—¿Sabes? —preguntó Santana, como si de pronto le hubiera venido algo a la cabeza—. Antes, siempre que oía hablar de los neandertales me venía a la cabeza la imagen de unos brutos que llevaban un enorme garrote y arrastraban a sus mujeres por los pelos hasta sus cavernas.

—No eres el único —admitió Laura.

—Ahora, gracias a ti, los veo de una manera muy distinta. No sé. Atacados por los humanos, perseguidos hasta su extinción... Su historia terminó de una manera dramática. Inmerecida.

Laura asintió.

—Eran tan humanos como nosotros.

—En realidad no —matizó Laura—. Es habitual, incluso entre antropólogos reputados, escuchar la expresión: "eran casi humanos", para referirse a especies anteriores al hombre moderno. Una expresión con la que intentan colocarlos lejos de una naturaleza salvaje y animal, y acercarlos a nuestro mundo civilizado y tecnológicamente avanzado.

—Una estupidez, ¿verdad?

—De las más gordas —secundó Laura—. Es un gran error tomarnos a nosotros, los humanos actuales, como meta evolutiva y modelo de perfección.

—Sí, pero no me vas a negar que somos más guapos que los neandertales. Bueno, al menos algunas personas —bromeó Santana,

intentando hacerle un halago.

Laura se azoró al creer interpretar en sus palabras los matices de un flirteo, y decidió ponerse didáctica.

—Es verdad que por su anatomía eran diferentes a nosotros. Sobre todo su rostro: proyectado hacia delante, con una gran nariz, protuberancias encima de los ojos y cráneo abultado en su parte posterior. Pero es cuestión de perspectivas. Para ellos, nosotros, también seríamos feos.

—Algunos sí. Otros... imposible —remató Santana, entornando los ojos.

Owen caminaba detrás, distraído, ajeno a la conversación, mascando un chicle que hacía rato que ya no sabía a nada.

Santana, con buen criterio, interpretó el silencio de Laura y su mirada esquiva como un síntoma de que iba por mal camino, e intentó rectificar reconduciendo la conversación hasta el terreno donde ella se encontraba cómoda.

—¿Tenían la parte de atrás de la cabeza afeitada? No lo sabía.

—Sí. Allí se encuentra el lóbulo occipital, la zona del cerebro encargada de la vista —se animó de nuevo Laura—. El profesor Lébedev creía que, además de una extraordinaria vista, los neandertales también disfrutaban de un olfato y oído prodigiosos. Adaptaciones que, unidas a su fuerza, los convertían en magníficos cazadores. Además...

—Bueno, ya es suficiente. Estoy de oír hablar de esos neandertales hasta aquí —saltó Owen, llevándose la mano derecha a la cabeza—. No podemos caminar un rato en silencio. Lo agradecería.

Santana la miró, dispuesto a responder. Laura, con un gesto, le indicó que se encargaba ella.

—¿Por qué no sacas tu Ipod y te pones a escuchar música?

—Lo reservaba. No me queda mucha batería. Pero hay otra solución. Largarme —contestó Owen, arisco, y apretó el paso adelantándose un par de decenas de metros.

El piloto lo observó alejarse sin decir nada, hasta que volvió a acomodar el ritmo a ellos. Entonces no pudo reprimirse más.

—Siento decirte esto, pero es un maleducado.

—Discúlpalo. Esta situación lo está superando —intentó justificarlo.

—Lo está siendo desde el principio —se reafirmó Santana.

Laura iba a hablar pero se calló, admitiendo que sería inútil defender algo en lo que ella misma no creía.

—No sé si estáis juntos o no. El otro día, en el avión, te lo pregunté, pero no me quedó claro —se aventuró a decir Santana, superando la prudencia—. Ahora tengo que decirte que te mentí, no me parece que hagáis buena pareja en absoluto.

—Vaya, ¿y por qué lo hiciste? —quiso saber Laura.

—Me gusta ser amable con los clientes.

—Ése es el problema. Pensamos una cosa, decimos otra y hacemos otra muy distinta.

—Bienvenida al mundo real.

—Tienes razón. No conozco el mundo real. Ni a las personas —admitió Laura, bajando la voz hasta terminar en un susurro.

—No digas eso —trató de consolarla Santana, al comprobar que había rozado una herida reciente.

—Soy una... estúpida —afirmó, incapaz de contener el llanto.

—Todos lo somos alguna vez. El amor, ya se sabe... Nos vuelve gilipollas.

Laura sorbió mocos y se recompuso antes de hablar.

—¿Estás casado?

—Lo estuve.

—¿Qué salió mal?

—Yo era agua y ella aceite. Nos dábamos buenos meneos tratando de mezclarnos, te lo aseguro —dijo Santana, pícaro—. Pero al final cada uno volvía a su sitio.

—¿Hijos?

—Afortunadamente, no.

—¿Por qué lo dices?

—No hubiéramos sido buenos padres.

—Y ahora, ¿hay alguien?

—¿Alguien?

—Ya me entiendes...

—Es posible —contestó Santana, deteniéndose para mirarla.

Laura esquivó sus ojos.

Una fuerte ráfaga de viento frío barrió la planicie, zarandeándolos. Una pareja de cuervos se alejó en el cielo batiendo las alas a toda prisa.

Santana levantó la cabeza y olisqueó el aire antes de hablar.

—Huele a humedad. Tenemos la tormenta encima.

Y no se equivocó.

A los pocos minutos comenzó a caer una intensa nevada acompañada de una ventisca tan fuerte que les costaba caminar. Los últimos metros, antes de adentrarse en la seguridad del bosque, los hicieron casi a ciegas, incapaces de abrir los ojos; tratando de no tragar bocanadas profundas de aquel aire dolorosamente frío.

Santana se resguardó junto al grueso tronco de un abeto.

—Es peor de lo que pensaba —dijo, alzando la voz por encima del tremendo ruido que hacían las ramas de los árboles al ser sacudidas por el vendaval —. Este viento hará que la sensación térmica baje quince o veinte grados.

—¿Qué propones? —preguntó Laura, sujetándose la capucha con ambas manos.

—Buscar un lugar donde resguardarnos, y pronto —sentenció, echando a andar.

Durante varias horas caminaron entre los árboles, entorpecidos por la nieve que iba acumulándose. El molesto viento soplaba ahora a ráfagas, esparciendo cristales de hielo por el suelo y arrojándoles a la cara los lacerantes y fríos copos de nieve.

Santana intentó mantener el rumbo que le indicaba su GPS, desviándose, a veces, con la esperanza de encontrar un sitio donde guarecerse fuera de la ruta que le marcaba. Pero allí no había nada más que árboles y algunos matorrales bajos cuyas ramas eran inservibles para construir un refugio. Además, con ese viento hubiera sido inútil. Necesitaban la seguridad de las rocas. Cualquier formación más o menos alta los protegería del fuerte viento y les concedería una tregua para recuperarse. Pero allí el suelo era plano como una tabla de planchar, y las piedras más altas no sobrepasaban los tres o cuatro palmos de altura.

Al atardecer el cielo se oscureció de tal modo que el bosque se sumió en las sombras. Entonces dejó de nevar, y el viento moderó su fuerza. Exhaustos y ateridos de frío, los tres caminantes aprovecharon para descansar sentados bajo un pino enorme, en cuyo tronco apoyaron sus espaldas.

—Parece que lo peor ya ha pasado —dijo Laura, castañeteándole los dientes.

—No lo creo —discrepó Santana—. Ese cielo no anuncia nada bueno.

Unos penachos de aliento cristalizado salían de sus bocas.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Owen.

—Agua. En esta época del año es común que tras una nevada siga una tormenta con rayos, truenos y lluvia.

—Estamos helados, si además se mojan nuestras ropas... —empezó a decir Laura.

—Ahora que ha cesado el viento construiré un refugio. Vosotros buscad leña seca —propuso Santana.

—¿Seca? ¿Estás de coña? —saltó Owen.

—Vamos, no hay tiempo que perder —los acució el piloto, antes de que el desánimo los minara todavía más.

Santana no era un idiota. Sabía que de poco les serviría guarecerse bajo unas cuantas ramas si caía un aguacero como el que se estaba preparando. Además, apagaría el fuego y no podrían calentarse, ni tan siquiera recuperar mínimamente la temperatura corporal. La cosa pintaba mal, muy mal, y, a pesar de ello, puso los cinco sentidos en construir el mejor refugio vegetal que fue capaz. Su padre siempre le decía que el desánimo y la apatía mataban más que el frío y el hambre, y él no estaba dispuesto a que eso sucediera. Si tenía que morir allí lo haría, pero sin entregarse, luchando hasta el final.

El crepúsculo se extinguió y la noche se impuso.

—Venga, chicos, esto marcha —los jaleó, mientras cortaba ramas con su cuchillo con una habilidad increíble.

Justo cuando el refugio estuvo terminado, comenzó a llover. Tenían también el fuego encendido, pero la lluvia cayó con tal intensidad que no tardó en apagarse. Ateridos de frío buscaron el amparo en aquella endeble guarida hecha con ramas y hojas. A oscuras en su interior, bien juntos y tiritando, escuchaban en absoluto silencio el incesante traqueteo de las gotas; suplicando para que el tupido entramado vegetal que Santana había creado sobre sus cabezas aguantara y los mantuviera secos.

No fue así.

A los pocos minutos comenzaron las filtraciones. Al principio fueron algunas gotas sueltas las que les caían sobre la cara. Luego, se intensificaron hasta convertirse en un continuo e insoportable goteo que los fue calando poco a poco.

—Este refugio no sirve para una mierda —gruñó Owen, revolviéndose.

Ninguno le contestó. Santana porque sabía que tenía razón, y Laura porque estaba ocupada visitando su "palacio de la memoria".

Sin esfuerzo, la mente de la paleogenetista buscó un lugar más cálido y confortable trasladándose a su apartamento en Leipzig, a su butaca preferida, con una novela en las manos. Se imaginó en una mañana de invierno con la calefacción bien alta y el sol entrando por la ventana, acariciando su piel e iluminando las hojas del libro. Sobre la mesita, humeante, una taza de café bien caliente; y a su lado, un plato lleno de pastas de todos los sabores. Cogió una y se la llevó a la boca. Tan real le pareció la elucubración, que percibió nítidamente el aroma del café y el sabor de la pasta que se comió: de chocolate y naranja, sus preferidas. Alejarse de la realidad y perderse en ese mundo imaginario no fue decisión del todo suya. Buena culpa de ello fue de su cuerpo que, sin alimento, casi sin líquidos, agotado y sufriendo los primeros síntomas de la hipotermia, convenció al cerebro de que ésa sería una magnífica forma de dirigirse hacia la muerte.

Owen también dejó de moverse. Después de un rato en el que se agitó como traspasado por corrientes eléctricas, debido a una tiritona con la que su cuerpo intentó calentarse, su mente se quedó en blanco y se sumió en un letargo inducido e involuntario.

Santana, sin embargo, permanecía despierto; calculando el tiempo que les quedaba de vida. Su final estaba cerca, lo tenía claro. Si después de la lluvia las temperaturas seguían bajando y no eran capaces de hacer fuego, estarían condenados.

Las horas pasaron. La lluvia cesó finalmente y el frío helador del amanecer cubrió de escarcha el bosque, como si una suave gasa hubiera sido extendida por unas manos gigantes. Todo se volvió blanco. De un blanco traslúcido. Ni un solo sonido se escuchaba en kilómetros a la redonda. Ni el trotar travieso de alguna liebre ártica. Ni el simple trinar de un pájaro. Todo estaba quieto y en silencio. Ni siquiera las larvas de los insectos, protegidas bajo la corteza de los árboles, se animaban a moverse. La naturaleza, en aquel instante, mostraba su cara más cruel y peligrosa, y ningún animal se atrevía a desafiarla.

Dentro del refugio, los tres cuerpos permanecían inmóviles. Santana, todavía consciente, aguzó el oído para escuchar la respiración de

sus dos compañeros. No lo consiguió. Trató de mover el brazo para tocar a Laura, de la que sólo veía la capucha de su anorak. Le fue imposible. Tenía los músculos entumecidos y el abrigo congelado, como una piedra. Había luchado toda la noche, resistiéndose a caer en ese sopor agradable que sobreviene después de que el cuerpo, agotado por intentar calentarse a base de tiritar, se relaja. Ahora ya estaba dispuesto a rendirse, a no luchar más, cerrar los ojos y se entregaría.

Y así hizo.

Unos pasos amortiguados por la nieve rompieron la calma en el bosque. Pies y pezuñas se acercaban deprisa, en dirección al refugio. Dentro, sólo Santana escuchó las voces. Lejanas, muy lejanas. Irreales.

¿Estoy soñando? Se preguntó. Luego, creyó sentir que unas manos tiraban de él y lo sacaban del refugio, dejándolo tumbado sobre la nieve. ¿Eres tú y tu afilada guadaña? Quiso gritar, sin conseguirlo. Hasta sus párpados entreabiertos llegó la visión de un cielo azul, hermosísimo. ¿Es real? Pensó.

Qué más daba.

No sentía frío. No sentía dolor. Todo era calma y belleza. Eso era lo importante.

De haber podido, Santana hubiera sonreído dándole las gracias a la muerte.

19 - PUENTE DE HIELO

*Hace 16000 años.
Entre Siberia y Alaska, cerca de lo que hoy es el estrecho de
Bering.*

El grupo en ningún momento aminoró el ritmo. Caminaban todo el día y parte de la noche, para compensar la distancia que sus perseguidores les recortaban. Ellos podían hacerlo. Los Caraplanas, más rápidos pero menos resistentes, no. Cuando por fin estimaban que se encontraban suficientemente lejos y seguros, al distinguir en la distancia la luz de la fogata que los otros encendían, construían su refugio y comían. Montaña, entonces, sufría en silencio con cada trozo de carne que se ponía al fuego, con cada bocado que veía masticar. Seguían sin encontrar animales que cazar, ni frutas, ni tan siquiera raíces que triturar, y las provisiones mermaban día a día. Si no tenían suerte pronto se vería obligado a tomar una decisión. Y esa tremenda carga le había impedido cumplir el último deseo de Cola de Ardilla, a la que evitaba desde la última conversación que tuvieron.

La miraba con disimulo, eso sí. Siempre que ella estaba distraída, Montaña observaba a la delicada Cola de Ardilla con auténtica pasión. No lo hacía durante mucho rato, porque le dolía. Porque le resultaba insoportable la lucha entre el amor que sentía por ella y la obligación que tenía con los demás. Sí, la quería. Ahora lo sabía. Desde siempre. Desde la primera vez que la vio, cuando ambos eran jóvenes. La quería más de lo que jamás había querido a ninguna otra mujer.

En eso iba pensando mientras ascendía la ladera de un monte, encabezando la marcha junto a Garra de León.

—El silencio no presagia nada bueno.

—Estoy cansado —se justificó Montaña.

—Todos lo estamos. Esos malditos Caraplanas... Su odio es mayor

del que imaginábamos. ¿No se cansarán nunca de perseguirnos?

—Han llegado demasiado lejos. Su destino está ya unido al nuestro.

—¿Qué quieres decir?

—Parece inevitable. Serán ellos o nosotros.

Garra de León meditó su respuesta al tiempo que se apoyaba con la mano en un saliente para salvar un escalón de rocas.

—Puede que tengas razón —dijo finalmente, soltando el aire de sus pulmones.

La subida fue dura, desgastando las pocas fuerzas que les quedaban. Por fin, a media mañana, el grupo alcanzó la cumbre.

Lo que divisaron desde allí los dejó petrificados.

Algunos habían oído hablar de él. Ninguno lo había visto jamás. Pero ni unos ni otros alcanzaban a imaginar siquiera que algo así pudiera existir.

Desde la distancia, y la altura a la que estaban, se distinguía una masa de agua inmensa que no tenía fin, y, atravesándola, una franja estrecha de tierra helada que se perdía en la lejanía tragada por la niebla.

—Bueno, ahí está, el Puente de Hielo —musitó Garra de León.

—¿A dónde lleva? —le preguntó Montaña, cuando fue capaz de articular palabra.

—Según cuenta una de nuestras leyendas, a otro mundo.

Sobrecogidos por la enigmática belleza de lo que veían, el grupo permaneció callado un buen rato. Hasta que el silencio se rompió llenándose de murmullos.

—Están asustados —comentó Montaña.

—No los juzgo. Nadie se aventuraría a ir por él a no ser que estuviera muy desesperado.

Montaña se giró entonces y observó en la lejanía, enfocando el páramo helado que acaban de dejar. Lo hizo hasta que, gracias a su extraordinaria vista, reconoció unos puntos diminutos que se movían juntos, en su dirección.

—Tienes razón, gran jefe —le contestó—. Pero lo estamos.

Reticentes y con el corazón encogido, hombres y mujeres siguieron a sus guías y comenzaron la bajada hasta el valle que daba entrada al puente.

Una brisa racheada recibió al grupo nada más llegar a la falda de la montaña. Una brisa suave y salobre que rápidamente enfrió sus rostros

sudorosos por el esfuerzo. No nevaba, y el cielo azul con ausencia de nubes presagiaba un día claro y soleado. Sin embargo hacía frío, mucho frío. Por ese motivo, la comitiva conservó la formación apretada, manteniéndose los hombres en la parte exterior y dejando a las mujeres y a los niños en el centro, el lugar más protegido, como siempre hacían cuando las temperaturas eran bajas. Caminaron a buen ritmo toda la mañana, hasta que atravesaron el valle y llegaron al comienzo del puente. En ese momento, una inquietud recorrió el corazón de todos, obligándolos a detenerse en seco. Fue instintivo. Incluso Montaña y Garra de León lo hicieron. Algo en esa lengua de tierra enigmática y hermosa les atenazaba los músculos, impidiéndoles caminar. Incluso respirar. Los dos jefes decidieron que el grupo descansara y comiera para reponer fuerzas. Era conveniente, aunque ellos no lo hicieron por ese motivo. Necesitaron tiempo para poder insuflar, en aquellos hombres y mujeres que los acompañaban, la fortaleza necesaria para continuar. Una fortaleza que ni ellos mismos notaban que tuvieran.

No encontraron leña suficiente para hacer una hoguera y tuvieron que tragar la carne cruda. Montaña no comió mucho, apenas un par de bocados. Un vistazo rápido a la carga que llevaban sus hombres le indicó que las reservas estaban a punto de acabarse. Se acercaba el momento. Si en unos días no encontraban algo que cazar, tendría que tomar una decisión. No quiso pensar en ello, le dolía demasiado. Prefirió cerrar los ojos y dormir, esperando que un sueño lleno de imágenes con amplias praderas verdes, animales y árboles preñados de frutos le proporcionara la paz que necesitaba.

No fue así.

Su sueño fue oscuro e inquietante. Plagado de sombras proyectadas sobre la roca por luces de antorchas. Golpes de hachas. Brazos y lanzas atacando. Figuras agonizantes. Rostros retorcidos por el dolor. Cuerpos mutilados. Gritos y sangre. Mucha sangre.

Despertó tiritando y bañado en sudor cuando el sol ya comenzaba su descenso después de haber alcanzado su punto más alto. De un salto se puso de pie, y meneó la cabeza para sacudirse esas imágenes tan espantosas. Luego, tras recuperar el ánimo, habló con Garra de León y decidieron continuar la marcha.

Atemorizados. Caminando con recelo. Hundiendo los pies en la nieve, el grupo se adentró en el Puente de Hielo.

Nunca, desde que salieran de sus respectivos poblados y emprendieran la huida, habían experimentado un miedo como aquél. Éste era más intenso aún que el sufrido durante las largas noches, cuando temían un ataque de los Caraplanas o escuchaban las pisadas cercanas de los grandes depredadores, osos y leones, acechándolos; o el que los hacía encogerse durante las tormentas, al oír bramar el cielo después de que se rasgara con una luz cegadora. Ni siquiera el miedo atroz al hambre o a la sed era comparable al que sentían en ese momento. Aquel miedo era diferente. Más profundo, más primario... Más antiguo.

El miedo a lo desconocido.

Aquel lugar, definitivamente, era muy distinto a todo cuanto habían visto. Se trataba de una extensión ondulante, sin árboles ni vegetación; interrumpida, a veces, por discretas elevaciones, y salpicada por pequeños y numerosos lagos. La tierra que pisaban martirizaba sus piernas. Donde no estaba anegada, era una costra helada y resbaladiza de un color ceniciento. Algunos terrenos eran auténticos cenagales, alfombrados de musgo y líquenes donde extrañas aves trajinaban en busca de larvas de insectos o diminutos crustáceos. Pasaron por zonas donde el camino se estrechaba tanto que podían distinguir, a ambos lados, las gigantescas masas de agua golpeando las rocas y creando espumarajos que se elevaban en el aire. Y hermosas aves de gran tamaño y plumaje blanco que batían las alas para tomar altura antes de lanzarse en picado y desaparecer en la superficie del agua. Todo era insólito en aquel lugar: el rumor lejano que llegaba a sus oídos, la luz que incidía de una manera distinta en sus ojos... Incluso el aire olía y sabía raro. Pero lo que más inquietaba a hombres y mujeres era esa persistente bruma baja que se espesaba en la distancia impidiéndoles ver el lugar al que se dirigían.

Caminaron sin aflojar el paso hasta que el sol comenzó a rozar el horizonte y el cielo se cubrió de nubes oscuras tornándose de un color violáceo. Entonces, presagiando una noche fría y aprovechando que estaban cerca de una gran elevación, la mayor con la que se habían encontrado, Montaña ordenó parar y buscar refugio. Se decidió por una oquedad en la ladera, donde una gran roca plana que salía en horizontal les proporcionaría la cobertura perfecta en caso de que el cielo decidiera abrirse para dejar caer su carga de agua o nieve.

Manos que Sanan eligió una roca plana y talló una nueva señal, algo que no había dejado de hacer desde que salieran de su poblado. Montaña

lo observó sin decir nada, hasta que terminó.

—¿Por qué continúas haciéndolo? —le dijo entonces, al verlo recogiendo sus herramientas.

—Lo haré hasta que muera o encontremos un lugar donde quedarnos. Ya lo sabes.

—Eres obstinado.

—Mira quién habla.

Al oscurecer encendieron el fuego, alimentado con la poca leña —proveniente de arbustos muertos y rastrojos— que lograron reunir. Demasiado húmeda para arder con normalidad, tuvieron que soportar con paciencia el denso humo blanco que producía y los incesantes chisporroteos que, a menudo, se convertían en auténticos reventones que hacían saltar trozos de madera ardiendo fuera de la hoguera. Pero, por lo demás, nadie se quejaba. Seco, a cubierto y al abrigo del viento, el lugar elegido era perfecto para pasar la noche. Incluso algunos se olvidaron de dónde estaban y, después de comer, se quedaron dormidos de inmediato arropados bajo sus gruesas pieles.

Montaña no podía dormir. Comió algo. Poco, pero lo hizo. Necesitaba recuperar fuerzas. Por él, aunque sobre todo por su pueblo. Sin embargo, una angustia oprimía su pecho impidiéndole conciliar el sueño. Alejado del grupo, que dormía tan junto que parecía un enorme animal abatido, el gran jefe, sentado sobre una roca y con el rostro iluminado por el fuego, meditaba. Mientras lo hacía, trazaba líneas en la tierra con un palo. Unas rectas, otras curvas. Dibujos sin sentido. Se fijó en la luna llena que se adivinaba bajo las nubes, y entonces dibujó un círculo.

—¿Qué haces?

La voz de Cola de Ardilla, a su espalda, lo sobresaltó.

—Nada —contestó avergonzado, lanzando el palo al fuego.

—¿Puedo sentarme?

Montaña se encogió de hombros y, moviéndose un poco, le dejó hueco a su lado.

—Me gusta este lugar —dijo de pronto Cola de Ardilla, después de un buen rato en el que ambos permanecieron en silencio, mirando las llamas—. Quizá pienses que es una estupidez, pero este sitio me da paz y tranquilidad. Es distinto, extraño, lo sé. A los hombres les da miedo. Las mujeres están aterrorizadas. Sin embargo, a mí me parece el mejor del

mundo.

—No sabes lo que dices —gruñó Montaña.

—Sí lo sé. Lo siento aquí dentro —lo contradijo, tocándose el pecho.

—¿Qué quieres?

—A ti, ya lo sabes.

Montaña meneó la cabeza, y su larga y oscura cabellera ocultó su rostro.

—Mírame —suplicó Cola de Ardilla.

—¡Déjame!

—Quiero estar contigo —insistió ella, cogiendo su cara y obligándolo a mirarla—. Y tú conmigo. Lo noto en tus ojos.

—Ya, pero luego... —comenzó a decir Montaña, con un hilo de voz.

—Luego no importa. Sólo importa el ahora —lo atajó Cola de Ardilla, imprimiendo a su voz una intensidad y una pasión que a Montaña lo hizo estremecer—. Démonos calor hoy. Deja que nuestros cuerpos se acoplen como antaño y olvídate de todo lo demás. Quiero sentirme mujer una vez más bajo tu fuerte cuerpo. Incendiarme por dentro mientras te escucho gemir. Quiero que seamos uno de nuevo. El resto no me importa.

—Tu recuerdo será más doloroso después —dijo Montaña, ya sin energía, notando cómo sus defensas iban cayendo una a una, derrotadas por aquellos ojos azules.

Cola de Ardilla se levantó y le ofreció la mano.

—Ven.

Montaña dudó un instante. Un instante en el que sopesó lo que ganaba y lo que perdía en aquel trato... antes de aceptarlo.

La delicada Cola de Ardilla lo condujo hasta un rincón, junto a la pared de roca. Allí se tumbaron, bajo unas cálidas pieles de lobo blanco. Ella se desnudó y luego lo desnudó a él. Sin prisa. Montaña se dejó hacer. Con la respiración alterada se apretó contra su cuerpo y comenzó a acariciar su piel, recorriendo con sus dedos las cicatrices que lo cubrían.

—De esto no tengo memoria —susurró.

El calor que desprendía el cuerpo de Montaña la encendió, trastornando sus sentidos. Buscó su boca y lo besó. Con frenética pasión mordisqueó sus labios y reclamó su lengua. Tumbada sobre él se agitó tratando de que su piel, en su totalidad, entrara en contacto con la de él. Así estuvo un buen rato, jugando, esperando a que su virilidad despertara.

Y lo hizo por fin, con fuerza, sin trámites intermedios. Ella sonrió y cogió su miembro —que en su diminuta mano parecía colosal— y lo acarició hasta que lo sintió húmedo, hasta que su piel se tensó y se cubrió de gruesas venas. Montaña gimió y movió la cabeza de un lado a otro, con las manos agarradas a la espalda de la mujer. Haciéndole daño.

—Suave —suplicó Cola de Ardilla, hablándole muy bajito al oído. Transmitiéndole la fiebre de su aliento.

Montaña aflojó y dirigió sus enormes manos hasta sus pechos, manoseándolos con delicadeza, extasiado con la suavidad de aquella piel. Cola de Ardilla, enloquecida, incapaz de esperar más, se tumbó a su lado invitándolo a que la montara. Cuando lo tuvo encima, tomó su miembro y lo guió hasta su vagina, mostrándole el camino. Con un golpe de cadera, Montaña lo introdujo sin dificultad en aquella oquedad lúbrica que lo esperaba, provocando en ella un sollozo intenso y agónico.

—Sigue, sigue así —musitó, con las manos en las caderas de Montaña.

Y él siguió.

Hasta que una oleada de placer les sobrevino a los dos a la vez, estallando en un largo y lastimero gemido. Un gemido que llevaban mucho tiempo sin oír.

El mismo que llevaban separados.

Nadie se percató. Todos dormían. Ellos también lo hicieron después, desnudos bajo las pieles. Abrazados el uno al otro. Empapados en sudor a pesar del frío de la noche.

Al amanecer fue Montaña el que la buscó, y, antes de que nadie despertara, volvieron a escucharse gemidos de placer en aquel paraje inhóspito.

20 - NIEVE EN EL PARQUE

Miguel Echevarría, mientras desayunaba sentado junto a la ventana de su habitación en Anchorage, repasaba mentalmente las últimas informaciones que Cracco le había dado, y no estaba del todo satisfecho. Por una parte confirmaban sus sospechas de que el profesor Lébedev había encontrado algo en Alaska, pero por otra, dejaban demasiadas incógnitas aún por resolver. ¿Había descubierto un yacimiento? ¿O todo se limitaba a esa ruta compuesta por señales? Era verdad que relacionar a los neandertales con un viaje desde Siberia hasta Alaska sería un hallazgo de una gran relevancia, aunque se quedaría corto para sus expectativas. Él esperaba mucho más. Algo realmente extraordinario.

—Una tumba llena de huesos estaría bien. Muy bien —se dijo, al tiempo que daba un sorbo a su café.

Si eso era lo que se escondía al final de la ruta que seguía ese paleogenetista, se daría por satisfecho. Huesos de neandertales en Alaska anteriores a la colonización del Homo sapiens supondrían el hallazgo que necesitaba. No obstante, quién podía estar seguro. Lébedev había desaparecido y todo dependía de aquel mapa.

—Neandertales en Alaska —repitió, saboreando las palabras.

Sería una locura. Un acontecimiento que coparía los noticiarios durante semanas. Sobre todo en Norteamérica. Se ganaría el respeto de la comunidad científica. Se forraría con las conferencias y los programas de televisión. El asunto se pondría de moda. Su libro sería un éxito de ventas y, quién sabe, quizá hasta Spielberg le pagara una fortuna por quedarse con los derechos para una película.

Con ojos soñadores miró por la ventana.

Había nevado durante la noche, y el Cuddy Family Park lucía blanco y hermosísimo. Desde su habitación se podía ver el magnífico jardín con su fuente, y los patos nadando en el estanque mientras los gansos caminaban torpemente sobre la nieve recién caída. El parque estaba vacío, y aquella visión tan idílica le pareció adecuada a su momento de

placer.

Estuvo así un buen rato, mirando por la ventana, congelado en su delirio; hasta que una frase invadió su mente acabando con la dicha en la que estaba sumido, y manchando la blanca nieve con salpicaduras de sangre.

"Tendrán que morir todos".

Cracco ya se lo había dicho, pero él no quería pensar aquella posibilidad. Ahora lo veía claro. Pasara lo que pasara, tendrían que deshacerse de todos ellos. Había llegado demasiado lejos para no terminar bien el trabajo. Ya había muerto un hombre, y dejar cabos sueltos sería demasiado peligroso, le había explicado el italiano. ¡Qué se le iba a hacer! Resolvió, chascando la lengua y terminándose el café de un trago. Hubiera preferido que el asunto se resolviera de otra manera; sin embargo, las cosas vienen como vienen, y es mejor no arriesgar.

Echevarría se levantó de su cómoda butaca y paseó por la habitación con las manos a la espalda, excitado con la idea del yacimiento neandertal. Fabulando de nuevo. Imaginando los huesos saliendo de la tierra, y él posando junto a ellos para fotógrafos de todo el mundo.

—Sí. Tiene que ser eso lo que ha descubierto —masculló—. ¿Qué otra cosa puede ser más importante?

21 - NOS SIGUEN

Normalmente, Laura despertaba de golpe, sin trámite entre la vigilia y el sueño. Sin embargo, en esa ocasión no le resultó tan fácil hacerlo. Los ojos le pesaban. Notaba el cuerpo dolorido y la boca pastosa. La cabeza le daba vueltas y le costaba enfocar. Había luz, pero todo estaba borroso a su alrededor. Y luego estaba aquella cosa acogedora y suave que la cubría, aportándole una calidez tan agradable. Comprobó con el tacto que se trataba de una piel de largo pelaje. Se obligó a incorporarse hasta quedar sentada. Se restregó los ojos, y entonces se dio cuenta de que se encontraba dentro de una tienda de campaña circular, con un agujero en el techo por dónde salía el humo de la hoguera que ardía en el centro. Hacía calor. Un calor reconfortante. A su lado distinguió dos bultos tapados por otras pieles. Confundida, iba a levantarse para entender dónde demonios estaba cuando una voz la detuvo.

—Buenos días.

Frente a ella, al otro lado del fuego, *semioculto* por las llamas, se movió alguien. Asustada, Laura reculó hasta que su espalda chocó contra el cuero que formaba las paredes de la tienda.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy?

—A salvo —contestó la figura, levantándose y yendo hacia ella.

La voz era de mujer. Cosa que confirmó Laura cuando la tuvo a su lado.

—Me llamo Sedna, ¿y tú?

—Laura —contestó titubeante, fijándose en la muchacha que se ponía en cuclillas a su lado.

Tenía los ojos grandes y claros, de un color indeterminado; la nariz era ancha y el mentón marcado. De entre sus finos labios asomaban unos dientes blanquísimos que destacaban extraordinariamente en mitad de su cara, redondeada y de piel curtida, enmarcada por un pelo negro recogido en dos trenzas. No era guapa, pero su rostro era agradable; más debido a su expresión casi infantil, que a sus rasgos algo groseros.

Así, a primera vista, a Laura le pareció muy joven. Le calculó unos dieciocho años.

También le llamó la atención su indumentaria. Vestía una blusa con flecos en las mangas y bonitos bordados de colores, y unos pantalones de cuero que brillaban a la luz de las llamas. No llevaba calzado ni calcetines, y pudo ver sus pies, anchos y de cortos dedos, que movía juguetona cerca de las llamas.

—¿Dónde están mis amigos?

—A tu lado.

Laura comprendió de inmediato qué eran los dos bultos cubiertos con pieles, y tuvo un mal presentimiento.

—Están...

—¿Muertos? No —la tranquilizó la joven—. Todavía duermen.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? ¿Quién eres tú? —insistió Laura.

—La tormenta os sorprendió y os refugiasteis en una... mierda de refugio, si me permites decirlo —contestó, soltando una risita—. Sin fuego, empapados y con unas temperaturas tan bajas, hubierais muerto congelados. Tuvisteis suerte de que mi padre y yo anduviéramos cerca —aclaró la joven, que hablaba un inglés fluido aunque con un marcado acento de procedencia indeterminada.

—¿Tu padre?

—Sí. Vivimos al otro lado de las montañas. Estábamos de caza. Ahora ha ido a ver si encuentra algo para que comáis carne fresca.

En ese instante, el estómago de Laura rugió y su boca comenzó a salivar. La joven entendió y se levantó para coger un puchero que puso al fuego.

—Es un caldo de liebre y verduras. Espera que se caliente un poco.

—Tengo sed —dijo Laura.

—Oh, perdona —se disculpó la joven, acercándole una cantimplora.

Al incorporarse para cogerla, Laura se percató de que estaba desnuda bajo la piel, y se cubrió de inmediato.

—No te preocupes, te desnudé yo. Y a ellos también —añadió la joven, con indiferencia—. Vuestras ropas estaban empapadas. Ahora se están secando fuera.

El aroma de la sopa llegó hasta la nariz de Laura, que miró el puchero con deseo. La joven se percató, lo retiró del fuego, probó y vertió parte en un cuenco.

—Tómala despacio.

La temperatura estaba perfecta. Ni fría, ni demasiado caliente para quemarse. Laura la bebió a sorbos cortos pero continuos, hasta terminarla. Saciada, dejó el cuenco vacío a su lado.

—Está deliciosa.

—Soy buena cocinera —dijo la joven, orgullosa.

—Gracias por salvarnos —añadió Laura, avergonzada por no haberlo hecho antes.

—Dáselas a mi padre. Fue él quien os encontró y os trajo hasta aquí.

—¿Él solo? —se extrañó Laura, imaginando el trabajo que debió suponer cargar con tres cuerpos inertes.

—¡No! Tenemos una mula. Se limitó a construir un trineo con unas cuantas ramas gruesas y ponerlos encima. El animal hizo el resto —explicó la joven, como si se tratara de un hecho sin importancia.

—¿Cómo me dijiste que te llamabas?

—Sedna —contestó la joven—. Tú, Laura. Me gusta el nombre.

—Sedna —repitió Laura, muy seria, inclinándose hacia adelante—. Nos ha sucedido algo terrible. Necesitamos ayuda —añadió, adoptando un tono de confesión.

—Ya pasó.

—No lo entiendes, es preciso que avisemos a la policía.

—¿La policía? —se extrañó Sedna.

En ese momento, Laura percibió movimiento. Se giró y distinguió la cabeza de Owen saliendo de debajo de las mantas de piel. Tenía el pelo encrespado y los ojos entreabiertos. Casi al mismo tiempo se escuchó un bostezo. Unos brazos desperezándose aparecieron a su lado, y, detrás de ellos, Santana.

—¡Vaya! —exclamó Sedna, dando palmaditas—. Creo que con tanta charla hemos despertado a tus amigos.

La tormenta de la noche pasada había dejado un día luminoso y sin viento, con un cielo limpio de nubes y una temperatura soportable gracias a un sol que, a esas horas del mediodía, calentaba agradablemente. Alrededor de un gran fuego, en el exterior de la cabaña, Laura, Owen y Santana esperaban con impaciencia a que el animal que el padre de Sedna había cazado terminara de asarse. Ya llevaban sus ropas secas y estaban

bien hidratados, ahora sólo les quedaba llenar el estómago para encontrarse totalmente recuperados. Eso en cuanto al tema físico, en cuanto al mental les costaría algo más. Habían estado a punto de morir, y en sus cabezas rondaría esa idea funesta por mucho tiempo. Quizá para siempre.

Laura era de los tres la que mayor entereza tenía, siendo la más locuaz y la única que demostraba interés por continuar con los planes marcados.

—No me ha quedado claro si tu padre estaría dispuesto a acompañarnos.

—Si no ha dicho que no, es que sí, ¿verdad, papá? —contestó Sedna, mirando al hombre volteando la carne que, ensartada en un palo, se doraba al fuego.

El hombre asintió con un movimiento brusco de cabeza.

—¡Magnífico! —exclamó Laura—. En cuanto comamos nos pondremos en marcha.

—¿Estás segura? —intervino Santana.

Owen estaba demasiado concentrado en la jugosa carne como para prestar atención a otra cosa.

—Puede que lo más juicioso sea ir directamente a su pueblo y avisar a la policía, pero, lo siento, necesito llegar hasta esa última marca en el mapa —admitió Laura—. El profesor confió en mí. Me pidió que viniera hasta aquí para mostrarme algo, y no puedo defraudarlo. No sé lo que será, ni si estará él allí; lo único que sé es que, estando tan cerca, jamás me perdonaría no haberlo intentado.

—Tiene que ser un gran hombre ese profesor amigo tuyo —dijo Sedna.

—Lo es.

Laura no había escatimado en detalles, y había explicado a Sedna y a su padre todo lo que podía contar: lo acontecido en la cabaña, el muerto, el mapa, el posible hallazgo del profesor Lébedev, su desaparición... Un relato que cualquiera hubiera escuchado con cierta desconfianza, pero que ellos admitieron sin ningún recelo. Algo que Laura atribuyó, tal vez, a la forma de vida sencilla en la que se movían, donde las personas no eran tan dadas al engaño y la mentira con los que, a diario, tenía que lidiar un ciudadano de una gran urbe.

—La carne ya está.

El anuncio del padre de Sedna produjo en los invitados un efecto instantáneo, haciendo que dirigieran sus miradas al asado esperando recibir su ración. El primero en alargar la mano y agarrar el trozo que ofrecía el hombre fue Owen, que no tardó ni un minuto en devorarlo.

—Mmm, está delicioso —dijo, chupeteándose los labios grasientos.

—Sí, ¿verdad? —corroboró Sedna—. Cuesta un poco despellejarlo, pero el trabajo merece la pena.

—¿Qué es? —quiso saber Owen, ya con otro trozo en la mano.

—Puerco espín.

Durante unos segundos, los tres dejaron de masticar. Unos segundos nada más, luego continuaron haciéndolo con el mismo deleite exacto.

—Realmente bueno —dijo Laura.

—Cojonudo —sentenció Santana—. ¡Eh, ése es mi Bowie! —añadió, al ver el cuchillo con el que el padre de Sedna cortaba la carne.

—Sí, es muy bonito —confirmó la joven, indiferente.

—Ya, pero es mío.

—Vamos —intervino Laura—. Dáselo, nos ha salvado la vida.

—Me gusta mi cuchillo —insistió Santana, ceñudo.

—Venga, no seas niño.

—Está bien, está bien, que se lo quede.

Owen y Santana comieron hasta no poder más y después, incapaces de moverse, se tumbaron junto al fuego vencidos por el sopor. Laura, mientras tanto, ayudó a Sedna y a su padre a levantar el campamento y cargar todo en la mula. Si querían llegar antes de que anocheciera al punto de destino, tenían que ponerse en marcha lo antes posible.

—No habla mucho tu padre —afirmó Laura, aprovechando que el hombre no podía oírla.

—No le gusta el inglés. Lo habla, como todos en mi pueblo, pero prefiere nuestra lengua —contestó Sedna.

—¿Qué sois? Quiero decir, no parecéis...

—¿Esquimales? —completó Sedna, entendiendo su duda.

—Inuit, o Yurik —especificó Laura, demostrando que estaba al tanto de los pueblos aborígenes que habitaban el norte de Alaska.

—No lo somos —confirmó Sedna, con cierto orgullo—. En algún momento del pasado nuestro pueblo se separó, mezclándose con nuevos habitantes de estas tierras. Algunos dicen que nos parecemos más a los indios de las praderas que a los esquimales, ¿tú qué crees?

Laura miró al padre de Sedna en un acto reflejo, ya que lo había observado antes con detalle. Se llamaba Odkum, y realmente tenía poco que ver con un esquimal. Era más alto y corpulento, y su rostro tampoco le recordaba al de aquellos antiguos pueblos árticos. Sedna había heredado de él muchos de sus rasgos, pero no su color de ojos, que era de un gris azulado, ni su pelo, más castaño, casi rubio. En conjunto, vestidos y arreglados más normales, y no con esos ropajes de piel llenos de flecos, y esas plumas colgando de la punta de sus trenzas, Odkum y Sedna podrían haber pasado desapercibidos en cualquier ciudad del mundo.

—No sé. Yo os encuentro guapísimos —resolvió Laura.

—Oh, eres muy amable —agradeció Sedna, emocionada.

—Es la verdad. Y vestís de maravilla. Me encanta tu collar de cuentas azules.

—Era de mi madre. Es de marfil, muy antiguo —confirmó la joven, perdiendo la mirada.

—Lo siento.

—No te preocupes. ¿Sabes una cosa? —dijo de pronto la joven, con el rostro iluminado.

—¿Qué?

—Me alegro mucho de haberos encontrado. Sobre todo a ti.

—Yo también —sonrió Laura—. Ahora estaríamos muertos de no haber sido así.

—No me refiero a eso —añadió Sedna, al borde de la emoción.

—¿Qué te pasa?

Sedna sorbió mocos y se repuso antes de responder.

—No tengo muchas oportunidades de conocer gente fuera de mi pueblo.

—Vamos, ¿en serio estáis tan aislados?

—Cuando salimos de caza, a veces nos encontramos con norteamericanos y europeos. Casi siempre cazadores, siempre aburridos hombres. Nunca mujeres interesantes como tú.

Laura estaba ayudando a cargar unos fardos en la mula. Se detuvo para mirar a Sedna a los ojos. Lo creyó necesario para que no hubiera duda de su sinceridad.

—Yo no soy interesante.

—Sí lo eres. ¡Claro que lo eres!

—Está bien, si tú lo dices...

—Me gusta lo que haces.

—Mi trabajo no es tan emocionante, te lo aseguro.

—No hablo de tu trabajo —la contradujo Sedna—. Hay que ser muy valiente para llegar hasta aquí por un amigo, y querer continuar después de lo que has pasado.

Laura iba a contestarle lo mismo que a Santana hacía unos días, cuando estaban en su avioneta: que no era valor lo que escondían sus acciones, sino inconsciencia. Él la llamó pionera, y luego dijo algo más cuando ella se mofó, algo que se le quedó grabado porque la impresionó: "esta tierra revela nuestra verdadera naturaleza". Y quizá tuviera razón. Tal vez había tenido que llegar hasta aquel lugar inhóspito y perdido de Alaska para que algo en su interior despertara con una fuerza arrolladora. ¿Una pionera? ¿Por qué no? En su memoria no había ni rastro de sus últimas acciones; todo aquello que hacía y pensaba era nuevo para ella. Era otra. Más fuerte. Más... valiente.

Por ese motivo prefirió terminar asintiendo. Porque la falsa modestia no iba con ella y, definitivamente, pensaba que esa joven, como Santana, tenía razón.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro —contestó Laura.

—¿Alguno de ellos dos es... tu novio?

Laura abrió mucho los ojos, sorprendida por el cambio de tema.

—Lo siento si te he molestado. Yo sólo quería... —se azoró Sedna, al comprobar el efecto que su pregunta había causado en ella.

—Oh, no, no. No me has molestado —negó Laura con rapidez—. Lo que pasa es que no me lo esperaba.

Sedna permaneció atenta, hasta que Laura respondió.

—No es mi novio. Pero, con el más joven he tenido algo.

—¿Algo?

—Un par de salidas. Un poco de sexo. Ya sabes...

—Creo que sí.

—Empezábamos a conocernos.

—¿Por qué dices empezábamos?

—Las cosas han cambiado. No es el hombre que creía. Este viaje me ha abierto los ojos.

—Mi padre dice que a las personas se las conoce de verdad en las situaciones difíciles.

—Tu padre es un sabio.

—Sí que lo es —sonrió Sedna.

—¿Y tú? ¿Tienes a alguien? —se animó a preguntar Laura, contagiada por el ambiente de confianzas.

—En mi pueblo las cosas funcionan de otra manera.

—¿Otra manera?

—Matrimonios concertados —confesó Sedna, bajando la voz.

—Vaya, lo siento.

—Así es nuestra vida, llena de sacrificios. Pronto cumpliré los diecinueve. Llevó tres años retrasando el momento. No creo que pueda hacerlo mucho más. A los dieciséis debería haber dejado mi casa para formar una familia con el chico que han decidido.

—¿Han decidido? —se extrañó Laura.

—Es un poco complicado, no lo entenderías.

—Prueba.

—Prefiero hablar de ti.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo es el sexo?

Laura se quedó con la boca abierta.

Al ver su cara de pasmo, Sedna creyó necesaria una aclaración.

—Mi madre murió siendo yo una niña. Las chicas del pueblo hablan continuamente de ello, pero a mí no me interesa demasiado. ¿Es tan bueno como dicen?

—En general, sí, pero si quieres un consejo: lleva tú la iniciativa, te lo pasarás mejor —respondió Laura, bajando la voz y guiñándole un ojo.

—Tomo nota.

Odkum terminó de desmontar la tienda. Owen y Santana, recuperados de la copiosa comida, se ofrecieron a ayudarla a cargarla en el trineo. De las pieles y resto de cacharros se ocupaban Sedna y Laura, que continuaban charlando animadamente mientras trajinaban.

Al escuchar a las mujeres reír, Odkum dejó lo que estaba haciendo y se encaminó hacia Sedna. Laura no entendió lo que le dijo, ya que lo hizo en su dialecto, pero sí reconoció el tono severo y la reacción de inconfundible sumisión de la joven. La estaba reprendiendo.

Cuando Odkum se alejó, Laura se animó a preguntarle.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó Sedna, sin mucha convicción.

—¿Seguro? —insistió Laura, al ver el rostro afligido de la joven.

—Seguro. Sólo está preocupado. Dice que se hace tarde. Que tenemos que irnos ya.

—Bien —resolvió Laura, admitiendo una mentira tan evidente—. Pues démonos prisa.

Caminar acompañados por Sedna y su padre era otra cosa. Santana continuaba comprobando la dirección en su reloj GPS, pero el que realmente guiaba era Odkum; sólo hizo falta que Laura le mostrara un segundo la equis en el mapa para que él se pusiera en marcha sin hacer ninguna pregunta. "*Conoce estas tierras como la palma de su mano*", fue la explicación que dio Sedna para justificar la capacidad de orientación tan extraordinaria de su padre. La temperatura había bajado, pero resultaba llevadera; incluso ideal para andar si se iba bien abrigado, como era el caso. Tampoco el terreno dificultaba el avance. Era verdad que en ocasiones pasaron por zonas de bosque tupido donde el trineo apenas cabía, y debieron salvar desniveles pronunciados repletos de rocas; incluso necesitaron atravesar algún riachuelo portando sobre sus hombros la carga para que no se mojara; sin embargo, no les estaba resultando tan duro como imaginaban. "*Con el estómago lleno se anda mejor*", fue la explicación que Odkum dio a Santana cuando éste se extrañó de haber avanzado tanto en tan pocas horas y encontrarse tan cerca de su objetivo.

A media tarde pararon para descansar. Eligieron una zona llana y soleada, donde la nieve caída ya se había derretido y había rocas donde poder sentarse. Cada uno comió una especie de panecillo blanco muy dulce, relleno de frutos secos y pasas. Owen quiso repetir, pero Odkum fue muy estricto en las cantidades. Agua pudieron beber cuanto quisieron. Al terminar, Santana sacó su petaca y la ofreció a todos, sin éxito. También a Odkum que, tras oler el contenido y mover la cabeza como si le diera un ataque, se negó a probar. Además de echarse un par de tragos, el piloto se encendió un cigarrillo. Fue cuidadoso y procuró alejarse unos metros para no ahumar a los demás.

—Dice que lo está dejando —le susurró Laura a Sedna.

—¿El beber?

—No, el fumar. Beber dice que no bebe.

—Te hace gracia, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices? —se sorprendió Laura.

—He visto cómo lo miras.

—En estos momentos es en lo último que pienso, te lo aseguro.

—Claro, lo que tú digas —resolvió Sedna, irónica.

Laura entornó los ojos y miró de reojo a Santana. Coincidió que lo hacía cuando éste daba una calada y se giraba. Por unas décimas de segundo sus miradas se cruzaron. Un mínimo espacio de tiempo que bastó para que ella se sintiera incómoda. ¿Qué le estaba pasando? Ese tipo no le gustaba. ¿Por qué entonces se le había alterado la respiración? ¿O sí le gustaba? Meneaba la cabeza para sacudirse ese montón de dudas adolescentes cuando se dio cuenta de algo: Odkum no estaba.

—No veo a tu padre.

—Estará echando un vistazo por ahí. No te preocupes, no tardará en volver —aseguró Sedna.

Pero sí tardó.

En concreto dos horas y media. Owen estaba de los nervios y Santana a punto de proponer salir en su busca, cuando apareció. Venía rápido, con el rifle en la mano. Su cara estaba seria. Pasó de largo, cogió las riendas de la mula y, sin girarse siquiera, dio la orden de ponerse en marcha con dos palabras.

—Nos vamos.

El ritmo impuesto por Odkum fue infernal. Incrementó la velocidad y eliminó las paradas para descansar. También su caminar fue distinto: menos preciso, incluso incoherente. Tan pronto iba recto como cambiaba de dirección para ir a la derecha o a la izquierda sin una razón aparente.

—¿Qué demonios hace este tipo? —susurró Santana a Laura en una ocasión.

—Ni idea.

—Dile a su hija que le pregunte.

—Pregúntale tú.

—¿Yo? ¿Has visto la cara de mala hostia que tiene?

—Cobardica —se mofó Laura.

—No. Prudente.

Ni uno ni otro se animaron a hacerlo. Y menos Owen, que andaba el último oyendo música a través de los auriculares como si con él no fuera la cosa.

Caminaron un buen rato por un hermoso y variado bosque repleto de arces amarillos, fresnos, abedules y nogales, cuyo suelo alfombrado por

hojas y hierbas se resistía a desaparecer del todo bajo una capa de nieve de pocos centímetros. Los árboles ocultaban el sol haciendo que las temperaturas bajaran sensiblemente, pero la ausencia de aire permitía a los caminantes disfrutar del entorno sin tener que cubrirse las cabezas con las capuchas de sus anoraks.

Aprovechando que Santana iba delante, concentrado en mantener el ritmo, y Owen detrás, en su mundo, Laura y Sedna continuaron hablando. Lo estaban deseando, y lo hicieron con la misma soltura que lo habrían hecho dos antiguas amigas que llevaban tiempo sin verse. Hubiera sido difícil determinar quién disfrutaba más con la conversación, si Sedna preguntando sin parar por el mundo que no conocía, o Laura intentando dibujárselo lo más atractivo posible.

—Entonces, ¿nunca has salido de tu pueblo? —preguntó Laura, en un momento dado.

—No.

—¿Te gustaría viajar? ¿Conocer otras ciudades?

—Sí. Pero no puede ser —respondió Sedna, con cierta amargura en la voz.

—Todo es posible. Yo te acompañaría.

A Sedna se le iluminó el rostro:

—¿En serio?

—Claro. Te llevaría a cenar a un buen restaurante, a un concierto, al cine... Pasearíamos por las calles de una gran ciudad a la luz de las farolas...

—Estaría genial —contestó Sedna, con los ojos entornados, disfrutando.

—¿Has probado la tortilla de patatas?

—¿Tortilla de patatas? —repitió, poniendo cara de extrañeza—. No.

—A mí me sale riquísima. Te haría una. Verás, lleva huevo, patata, sal y cebolla. Al menos la mía. Para hacerla tienes que...

—Esto no tiene sentido —zanjó Sedna, abatida.

—¿Por qué?

—Mi sitio está aquí, con mi pueblo.

—Pero...

—Déjalo, por favor —rogó Sedna, con los ojos vidriosos.

A Laura se le rompió el corazón, pero calló. Sedna sufría, entonces

lo vio claro. Hubiera continuado insistiendo de no ser porque, además de un profundo dolor, también reconoció conflicto en su mirada. Llegó a la conclusión de que en el interior de la joven se estaba librando una batalla. Una batalla en la que ella no podía intervenir. Por eso decidió continuar a su lado pero en silencio, intentando demostrarle que la entendía.

Atardecía cuando, de repente, Odkum aflojó la marcha.

—¿Y ahora qué pasa? —rezongó Santana, entre dientes.

Sedna lo escuchó.

—Estamos llegando —anunció, señalando con el dedo—. Dice mi padre que detrás de ese macizo de vegetación, al salvar esa loma, está el sitio al que queráis llegar.

Santana consultó su reloj GPS. Tenía razón. Se encontraban a pocos metros del punto de destino, de la equis marcada en el mapa.

—¿Estás nerviosa? —preguntó a Laura.

—Un poco.

Un sol mortecino los recibió cuando dejaron el bosque atrás y salieron a una zona ausente de vegetación y cubierta de rocas peladas; un sol de luz cálida, sin fuerza, que iluminaba rasante la falda de la montaña que tenían delante. Con paso decidido, tirando de las cinchas de la mula, Odkum llegó hasta una pared cubierta de rocas y se detuvo. Algo dijo a su hija en su dialecto, y ella se lo tradujo a los demás.

—Éste es el lugar exacto que marca tu mapa.

—En efecto —corroboró Santana, comprobando las coordenadas.

—¿Qué pasa? —intervino Owen, quitándose los auriculares—. ¿Ya hemos llegado?

—Eso parece —le confirmó Laura.

—Y, ¿qué tiene de especial este lugar? —preguntó con desdén.

Laura no le contestó, estaba demasiado desilusionada para hacerlo.

—Tanto esfuerzo para nada —se quejó Owen, sentándose en el suelo.

Entornando los ojos, Laura recorrió con la mirada la pared cubierta de rocas.

—¡Allí arriba! —exclamó de pronto, señalando con el dedo—. Veo la señal, el signo de admiración con el punto hacia abajo.

—Otra señal, ¿y qué? La misma que llevamos viendo todo el camino. No hay nada más —se quejó Owen.

—Ese montón de piedras acumuladas... —comenzó a decir Laura, acercándose más a la pared—. Podrían ocultar algo.

—¿Algo? —repitió Santana.

—La entrada a una cueva —concretó Laura.

Owen despertó de su letargo, interesado en lo que decía Laura hasta el punto de levantarse de un salto y trepar por las rocas.

—Nada, no hay nada. Ni siquiera una grieta por donde mirar — anunció, levantando los brazos—. Estas rocas pueden llevar aquí cientos de años. Quizá miles. Si alguna vez existió aquí una cueva. Ya no está.

—Puede que sí —discrepó Laura, mirando con detalle una gran piedra sobre la que descansaban muchas otras más pequeñas.

—¿Qué quieres decir? —intervino Santana.

—Venid, acercaos, os lo enseñaré.

Esperando a cierta distancia, Odkum los observaba sin mostrar demasiado interés en lo que hacían o decían. Hasta que, en un momento dado, dijo algo a Sedna, cogió el rifle y desapareció por donde habían venido.

—¿Lo veis? —preguntó Laura.

Owen negó con la cabeza.

—No veo nada —confesó Santana, mirando la piedra que ella le mostraba.

—Esa zona más oscura es musgo.

—¿Y?

—Aquí está seco porque no hay humedad. Porque nunca la hubo. Creo que esta piedra estaba en otro lugar y fue puesta aquí recientemente —concretó Laura—. Además, observa esa parte de allí. Se aprecian rocas fracturadas.

—Explícate —dijo Owen.

—Recordad la caja de explosivos que vimos en la cabaña.

Santana entornó los ojos antes de hablar.

—¿Estás queriendo decir que tu profesor voló la entrada a una cueva y luego se tomó la molestia de tapparla de nuevo?

—Es posible.

—Posible si dispusiera de una cuadrilla de obreros y maquinaria pesada —ironizó Owen—. ¿Has visto el tamaño de algunas de estas

piedras?

—No se me ocurre otra explicación —se rindió Laura.

—Pues a mí se me ocurren montones —saltó Owen—. Una de ellas es que no hay una puta mierda de descubrimiento. Creo que tu profesor nos ha traído hasta aquí para nada. Hemos seguido los delirios de un loco.

—¿Sí? ¿Delirios? ¿Y el hombre muerto en la cabaña? ¿Y los tipos que quisieron quemarnos vivos? —gritó Laura, al borde del llanto.

—Tranquila. Puede que Owen tenga razón —intervino Santana—. Tal vez sacamos conclusiones precipitadas. No es descabellado pensar que unos cazadores borrachos fueran los causantes de la muerte de ese hombre. Quizá pretendían robar en la cabaña cuando fueron sorprendidos. Más tarde regresaron, nos vieron y... bueno, intentaron borrar sus huellas.

—¿En serio? —se extrañó Laura.

—Es una posibilidad.

—Y el profesor, ¿dónde está? —continuó Laura argumentando.

—Huyó. Simplemente eso. Salió corriendo y se adentró en el bosque. Es muy probable que en estos momentos ande perdido, vagando por ahí. Si no se lo ha comido un oso, claro —concluyó Santana.

—Ésa sería una buena explicación —lo secundó Owen—. Tienes que admitirlo, cariño, todo este viaje ha sido una inmensa cagada desde el principio.

—¡No! ¡Hablas así porque no conoces todos los detalles! —se defendió Laura, en tono violento, despojada de la prudencia que había mantenido durante tanto tiempo—. ¡Y no me llames cariño!

—¿Qué detalles? —preguntó Owen, acercándose a ella.

Laura, recuperando el juicio, reculó.

—El profesor no cometería un error tan grande —dijo, sin responderle, retirándole la mirada.

Owen había detectado algo raro en Laura, y las evasivas y su gesto esquivo no hicieron más que reafirmarlo.

—Creo que ocultas información —concluyó, cogiéndola por los hombros—. ¿De qué se trata? Hemos pasado hambre, frío, sed... Hemos estado a punto de morir quemados y congelados. Llevamos días caminando por esta mierda de país sin saber qué buscamos —enumeró Owen con intensidad, lanzando salivazos al hablar—. Si hay algo que tú sepas y nosotros no, creo que éste es el momento de decirlo.

Laura no dudó ni un instante antes de contestar.

—No hay nada.

—¿Seguro? —preguntó Owen zarandeándola.

—Me haces daño.

—Oye, tío, tranquilo. Ya te ha contestado —intervino Santana, cogiendo del brazo a Owen.

—¡Tú no te metas! —espetó Owen, deshaciéndose de su agarre con violencia.

—Vale, vale. Estamos todos un poco nerviosos. Es lógico —intentó razonar el piloto, levantando las manos—. Descansemos un rato. Seguro que después vemos las cosas de otra manera.

—Tiene razón —oyeron decir a Sedna, que hasta ese instante se había mantenido prudentemente al margen de toda la discusión—. Podemos comer y reponer fuerzas mientras regresa mi padre.

La promesa de un bocado de deliciosa carne asada desplazó cualquier otro pensamiento de sus cabezas y, rendidos al instinto más primario de llenar el estómago, los contendientes secundaron su propuesta. En pocos minutos recogieron leña y encendieron una hoguera modesta aunque suficiente para su propósito. Sentados alrededor, cada uno con un palo en cuyo extremo habían pinchado un buen pedazo de carne, disfrutaron de una tregua mientras el fuego la doraba arrancándole aromas deliciosos.

—Y pensar que yo, hasta hace bien poco, no probaba la carne —confesó Laura.

—¿Por qué? —se interesó Sedna.

—Imaginaba a los pobres animales hacinados en granjas. Humillados, maltratados y asesinados para satisfacer nuestro apetito, y me era imposible hacerlo.

—Ahora lo haces.

—Sí. Era demasiado complicado mantenerme firme en mis convicciones. Simplemente, trato de no pensar en ellos cuando me los como.

—Mi padre los mata sin que sufran. Un disparo certero en la cabeza y listo —dijo Sedna, envarándose—. Mi pueblo caza animales desde siempre, pero no por capricho o placer. No disfrutamos con ello. Lo hacemos porque necesitamos su carne y su piel para sobrevivir. Matamos lo preciso, igual que el lobo y el oso.

Laura notó el malestar que su comentario había causado en Sedna, e

intentó ponerle remedio.

—No tienes que justificarte. Os entiendo perfectamente.

Sedna, sin embargo, estaba dispuesta a terminar su discurso.

—Tomamos de la naturaleza sólo lo imprescindible. La respetamos demasiado para aprovecharnos de ella, no como vosotros.

—¿Nosotros? —se extrañó Laura, que miró a un lado y a otro buscando la participación de Owen y Santana.

—Perdona —se disculpó Sedna de inmediato, relajando el tono—. No hablaba de vosotros en concreto, sino del mundo consumista del que venís.

—Vaya con la indígena —soltó Owen—. Si sigue así, pronto la veremos dando un discurso en la ONU.

—No estaría mal, tiene tablas —secundó Santana.

Terminaban de comer cuando apareció Odkum. Sedna se levantó de un salto y fue a su encuentro. El hombre parecía nervioso, gesticulando sin parar mientras hablaba con su hija en su dialecto. La conversación derivó en discusión, y los tonos de ambos se elevaron. Laura, Owen y Santana observaban confundidos, sin atreverse a intervenir, hasta que Sedna dio el debate por zanjado y volvió junto a ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Laura.

—Nos siguen unos hombres a caballo. Mi padre acaba de verlos a un par de kilómetros de distancia de aquí.

—Ya entiendo los continuos cambios de dirección de tu padre —saltó Santana.

—Tenía dudas —aclaró Sedna—. Ahora está seguro. Son tres, y van armados.

—Echevarría, lo sabía —musitó Laura.

—Pues si ese cabrón esperaba hacerse con un gran hallazgo aquí, va a llevarse una alegría de cojones —ironizó Santana.

—La nevada de ayer tuvo que borrar nuestras huellas. ¿Cómo han podido seguirnos? —se extrañó Laura.

—Eso mismo se pregunta mi padre. Él es el mejor rastreador que conozco, y no hubiera sido capaz de lograrlo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Laura—. Esos hombres son peligrosos.

—Y tanto —corroboró Owen, inquieto.

—Nuestro pueblo está al otro lado de esta cordillera —explicó

Sedna—. Existe un paso poco conocido para atravesarla. Yo os guiaré, y mi padre intentará despistarlos.

—Me parece bien —dijo Santana.

—Pronto estarán aquí. No hay tiempo que perder —urgió Sedna, muy seria.

—Vale. Pongámonos en marcha —concluyó Laura.

Mientras que ellos seguían a la joven, su padre tomó la dirección contraria. Tirando de la mula se aseguró de que el trineo dejara profundas huellas en la tierra. Anduvo un buen rato hasta que llegó a un arroyo donde se deshizo de éste y del equipaje soltándolos en el agua. Esperó hasta que la corriente se lo llevara todo y entonces regresó, procurando borrar sus huellas y las del animal.

Para cuando Odkum llegó al punto de partida, ya Sedna y los demás se habían adentrado en la montaña, y subían veloces por un sendero de tierra que serpenteaba encajado entre las rocas. La joven indígena caminaba delante, imprimiendo un ritmo infernal. Hasta ella llegó Laura, casi sin resuello.

—Vas demasiado deprisa para nosotros.

—Es necesario —contestó Sedna en tono severo, sin aminorar el paso ni girarse.

—¡Sedna, por favor! —exclamó Laura, agarrándola del brazo con fuerza para detenerla.

En ese instante la joven lanzó un grito de dolor.

—¡Oh, lo siento, yo...! —se disculpó Laura, sin saber muy bien lo que había pasado.

Sedna se detuvo masajeándose el codo.

—No es culpa tuya. Me herí en el brazo hace unas semanas...

De repente, Laura notó un cambio repentino en su voz. Se había vuelto monótono, como cuando perdemos concentración al vernos asaltados por los recuerdos.

—¿Estás bien?

—Sí —respondió Sedna, saliendo de su ensoñación—. Estuve a punto de morir desangrada, pero ya estoy casi curada.

—Bien, me alegro. Y ahora escúchame, ¿puedes caminar más despacio?

—Vale.

—Gracias —dijo Laura, acariciando su rostro—. Entiendo que estés

asustada, pero nadie desea llegar a tu pueblo tanto como nosotros, te lo aseguro.

Sedna asintió y, sin decir nada, reanudó la marcha.

Laura tenía razón, en parte. Sedna estaba asustada. Pero no porque los siguieran aquellos tres hombres armados. Había cogido cariño a Laura y temía el momento en el que ella y sus amigos descubrieran que, al otro lado de esas montañas, no encontrarían su salvación sino su condena.

22 - AQUÍ NOS SEPARAMOS

*Hace 16000 años.
En algún lugar de lo que hoy es el norte de Alaska.*

Al otro lado de la bruma, una vez terminaron de atravesar el Puente de Hielo, el mundo que descubrieron no les pareció muy diferente del que habían dejado atrás. Nieve, frío, poca vegetación, ningún animal... La desesperanza se apoderó de los hombres, que veían peligrar su futuro. El más taciturno era Montaña, que no dejaba de imaginar lo que le esperaba a Cola de Ardilla si no encontraban pronto comida. Los días pasaron y el grupo continuó avanzando sin descanso en la dirección en la que salía el sol. Afortunadamente, el invierno se fue despidiendo con timidez, dejando paso a una primavera que suavizó la temperatura y aportó más tiempo de luz. La nueva estación también revitalizó las plantas y despertó a los animales, haciéndoles salir de sus guaridas. Casi de improviso, un estallido de vida los rodeó con una exuberancia como no habían visto jamás. Los árboles se cubrieron de hojas y flores, y el suelo se alfombró de verde. Y para júbilo de todos, especialmente de Montaña, aparecieron los grandes animales. Miraran donde miraran veían manadas de ciervos, renos, búfalos... que invadían esas tierras en busca de los nuevos pastos que emergían una vez derretida la nieve. Además, eran animales confiados que permitían a los cazadores acercarse lo suficiente para abatirlos sin demasiado esfuerzo; hecho que Garra de León atribuyó a que tal vez fueran los primeros hombres que veían en su vida. Pronto el hambre fue un mal recuerdo, y la abundancia y las suaves temperaturas hicieron que olvidaran aquello que se habían visto obligados a hacer para sobrevivir.

Sin embargo, algo no había cambiado. Algo que preocupaba a ambos jefes.

En aquella noche sin luna, a cierta distancia del grupo, hablaban del porvenir.

—Siguen ahí —se lamentó Garra de León, mirando a lo lejos el resplandor producido por un fuego.

Montaña asintió.

—Hemos ido más allá de lo que nadie lo había hecho jamás, y encontrado estas tierras... increíbles. El lugar que andábamos buscando —continuó Garra de León.

—Lo es.

—Aquí podríamos criar a nuestros hijos, prosperar...

—Empezar de nuevo —resumió Montaña.

—No nos dejarán, ¿verdad?

—Han llegado demasiado lejos para hacerlo. Además, querrán estas tierras para ellos. Cuando acaben con nosotros, volverán a por los suyos —predijo Montaña.

—Nunca los entenderé. ¿Acaso no hay espacio suficiente para todos?

—Es su naturaleza.

—Son menos que cuando comenzaron a perseguirnos. El viaje también ha sido duro para ellos.

—Aún son demasiados para enfrentarnos a ellos —respondió Montaña, adivinando la intención oculta de su afirmación—. Sus armas... No tenemos nada que hacer contra ellas, ya lo sabes.

—No podemos seguir huyendo siempre. Tarde o temprano nos alcanzarán.

—Lo sé.

—¿Entonces? ¿Qué haremos?

Montaña miró el cielo y creyó ver, en las formaciones de estrellas, las fauces de un gran oso.

—¡Dime! ¿Qué haremos? —insistió Garra de León.

—Elegir nosotros el momento y el lugar —contestó Montaña, apretando el asta de madera de su lanza.

Después de dos ciclos de luna llena caminando por aquellos nuevos territorios, llegaron a un gran bosque que nacía al amparo de una cadena montañosa; cerca de un río abastecido por los hielos de las cumbres con un agua fresca y cristalina, lleno de gordos peces muy fáciles de pescar. Muchos creyeron ver allí el lugar ideal para asentarse, al menos por un tiempo. Sobre todo cuando descubrieron a poca distancia, en la falda de

la montaña, la entrada a una cueva que podría darles refugio por las noches y cobijo si llovía.

—Llevamos días sin ver su fuego. Puede que se hayan ido —sugirió Garra de León, motivado más por el deseo que por la razón.

Montaña negó con la cabeza antes de contestar.

—No lo creo. Estarán reponiendo fuerzas. Creo que están esperando la oportunidad para asestarnos el golpe definitivo.

—Deja al menos que algunos hombres la exploren, les mantendrá ocupados y les dará esperanzas —le pidió el jefe de los Cabezas de Fuego, señalando la entrada a la cueva.

Montaña meditaba su propuesta cuando se fijó en Cola de Ardilla. Recogía leña y la apilaba junto a la hoguera que otras mujeres se ocupaban de alimentar. La subida de las temperaturas había hecho que todos se despojaran de sus abrigo más pesados y se cubrieran con pieles más finas. De ahí que Montaña pudiera apreciar con claridad sus delicados brazos y sus delgadas piernas. También su rostro, blanco como la nieve; y ese pelo, tan rojo como la sangre, recogido con una cinta de cuero. Cola de Ardilla, sin duda, era la cosa más bella que había visto nunca. Por un instante soñó con la idea de poder estar siempre juntos, en aquel lugar. Disfrutar el uno del otro hasta que los espíritus de la muerte decidieran que había llegado su momento. Estaría bien. Muy bien.

Desde aquella noche en que yacieron juntos, otras muchas habían venido. Cada vez que caía la noche se buscaban el uno al otro para luego ocultarse desnudos bajo las mantas de piel, gimiendo hasta el amanecer.

Sí, aquel parecía un buen sitio para empezar de nuevo.

—De acuerdo —dijo por fin el gran jefe de los Grandes—. Que la exploren.

Al atardecer, provistos de antorchas, Oso Gris, Ala de Halcón y dos cazadores de los Cabezas de Fuego se introdujeron en la cueva.

La luz en el cielo desaparecía cuando regresaron. Fuera, alrededor de la hoguera, todos les esperaban inquietos. Lo que contaron aquellos cuatro hombres les dejó con la boca abierta.

—¿Estáis seguros de lo que decís? —insistió Garra de León, deseoso de que fuera verdad.

—Ya lo creo. Lo vimos con nuestros propios ojos —respondió Oso Gris—. Si hubiera soñado con el lugar perfecto para vivir, habría soñado con ése. Cualquiera de nosotros lo haría.

Montaña se levantó y se alejó cabizbajo. Nadie se dio cuenta, entusiasmados como estaban con las maravillas que los cazadores contaban de las tierras que habían encontrado al otro lado de las montañas, después de atravesar aquella cueva. Nadie salvo Cola de Ardilla, que lo sorprendió sentado sobre unas rocas con la vista puesta en la naciente luna llena.

—De pequeña la luna me daba miedo —dijo de pronto Cola de Ardilla, sacando a Montaña de sus pensamientos.

—¿Miedo?

—Pensaba que era una gran roca que podría caerse y aplastarme. Matar a todo mi pueblo.

—Y ahora, ¿qué piensas de ella?

—Te vas a reír.

—No lo haré. Dímelo.

—No. Te reirás —insistió ella, juguetona.

—Está bien.

Una leve brisa meció la larga melena de Montaña e hizo que Cola de Ardilla tuviera un escalofrío. Sin decir nada, el gran jefe la atrajo hacia él y la rodeó con sus fuertes brazos.

—Ahora —comenzó a decir Cola de Ardilla—, creo que la luna se muestra completa para dar la bienvenida a una nueva vida.

—Eso es una tontería —se mofó Montaña.

—¡Ves como te ibas reír! Deja al menos que yo lo crea. Y que piense que hoy, esa luna llena, lo hace por nosotros.

Montaña la miró sin entender. Cola de Ardilla, entonces, se deshizo de su abrazo con delicadeza y se llevó las manos al vientre antes de continuar.

—Por nuestro hijo.

El gran jefe de los Grandes comprendió por fin.

—¡No es posible! ¡Tú dijiste que no...!

—Puede que sea deseo de los dioses que, después de tanto tiempo, vuelva a sentir crecer una vida en mi interior. Tu hijo.

Montaña hubiera gritado de alegría y danzado como un jovencuelo alocado alrededor del fuego, de no ser porque Gran Bramido llegó hasta donde estaban para comunicarle la peor de las noticias.

—Los Caraplanas han vuelto.

—¿Estás seguro?

—No hay duda —confirmó Gran Bramido, muy serio—. Y están cerca. Por el resplandor de su fuego, al otro lado del bosque. Al amanecer podrían estar aquí.

Cuando Montaña volvió junto al grupo encontró un gran abatimiento, como si una sombra de desolación les hubiera cubierto por completo. Algunos hombres se encargaban de apagar el fuego y otros habían empezado a recoger el campamento. Nadie hablaba, y sólo las mujeres sollozaban en un extremo, juntas, igual que si hubieran perdido a un ser querido.

—¿Qué les pasa? —preguntó Montaña, señalando al grupo de mujeres.

—Se habían hecho ilusiones.

—Todos nos las habíamos hecho.

—Ellas más. Lo habían mantenido oculto, pero la mayoría esperan hijos.

—¿Cómo dices? —exclamó Montaña.

—La simiente de los vuestros prendió a pesar de las dificultades del viaje. Ni el hambre, ni el frío, ni el cansancio han podido malograrla. Ahora, la alegría de esas jóvenes mujeres se ha tornado en duelo. Pronto sus vientres les pesarán y tendrán que deshacerse de los bebés si quieren continuar huyendo —sentenció Garra de León, bajando la voz.

Montaña levantó la mirada al cielo y apretó los dientes. Más dolor. Más sufrimiento. ¿Cuántas pruebas deberían pasar antes de encontrar un lugar donde poder vivir? Se preguntaba. ¿Dónde estaba el final de su viaje? Entornó los ojos y la volvió a ver. Allí estaba de nuevo, formada por estrellas, la cabeza de un oso con las fauces abiertas. El gran jefe de los Grandes asintió para sí. Entendía el mensaje. Se volvió y miró alrededor, buscando algo. Garra de León lo observó sin intervenir, sobrecogido por el comportamiento casi místico que mostraba. Montaña se movía con lentitud, como si fuera manejado por fuerzas invisibles. De repente, se detuvo y se giró para encararse al jefe de los Cabezas de Fuego.

Su voz fue firme y serena:

—No seguiremos huyendo.

—¿Cómo dices? —preguntó Garra de León.

—Ha llegado el momento de enfrentarnos a ellos —contestó Montaña con la mirada puesta en un punto que él sólo veía.

—¿Estás seguro? Tú lo dijiste. Puede que muramos todos —se alarmó Garra de León.

—Puede.

—¿Dónde lo haremos?

Montaña levantó la mano e indicó con el dedo.

Garra de León no tenía su vista en la oscuridad, pero sabía perfectamente qué había en el lugar donde Montaña señalaba.

Al amanecer, después de seguir el rastro a través del bosque, Ojo de Serpiente y sus hombres salieron a un claro. Su aspecto no era el mismo de cuando empezaron la persecución, hacía ya casi una estación. Sus cuerpos no iban adornados con pinturas, plumas y collares de dientes de zorro, y estaban mucho más delgados. Tampoco su número era el mismo. Más de la mitad había muerto por el camino. La mayoría de frío. Algunos a manos del propio Ojo de Serpiente, al cuestionar su autoridad y sugerir que deberían darse la vuelta. Aun así eran muchos, y bien armados. A pesar de no ser ya unos enemigos tan letales, todavía infligirían terror en todo aquel que los viera aparecer.

En el claro encontraron los restos humeantes de una hoguera. Ojo de Serpiente se agachó y puso la mano sobre las ascuas. Las notó calientes. Estaba cansado. El odio y el viaje habían minado sus fuerzas, aunque no se permitía mostrar debilidad. Si lo hiciera, alguno de sus hombres lo mataría para tomar el mando y regresar.

—No se han ido hace mucho —observó—. ¡Vamos, buscad sus huellas!

No debió esperar mucho antes de que uno de sus guerreros anunciara que había encontrado un rastro.

—Va en esa dirección.

Con los venablos preparados en sus propulsores, listos para ser lanzados, el grupo de hombres siguió al rastreador hasta una hondonada que llegaba a la falda de una montaña.

—Han entrado ahí —anunció finalmente, señalando la boca de una cueva oscura y siniestra.

Ojo de Serpiente tragó saliva y se lo pensó dos veces. Sabía que allí dentro su ventaja se reduciría de manera considerable. Sus armas de largo alcance servirían de poco, y sólo su mayor número podría imponerse a aquellos brutos imponentes. Desoyendo a la prudencia,

mostrando una entereza y determinación de las que carecía, ordenó a sus hombres encender antorchas y seguirlo.

Ya en el interior de la cueva, avanzando con paso firme, respirando el aire húmedo y rodeado por las inquietantes sombras que el fuego de las teas proyectaba en las paredes de roca, el jefe de los Caraplanas sintió que, de una u otra manera, el largo viaje estaba a punto de terminar.

23 - UN PUEBLO EJEMPLAR

El paso por el que iban, y que evitaba tener que alcanzar la cima de la cordillera para llegar al otro lado, era estrecho y sinuoso, pero al estar libre de piedras y ascender con suavidad resultaba relativamente sencillo. En un momento dado dejaron de subir y llanearon durante unos metros antes de alcanzar un punto de inflexión donde Sedna se detuvo.

—Allí abajo está nuestro pueblo —anunció la joven, sin disimular el orgullo que sentía.

La belleza de lo que vieron dejó a los viajeros momentáneamente sin habla. Se trataba de un enorme valle rodeado por montañas en su totalidad. Algunas altas y cubiertas de nieve, otras más modestas, pero todas de aristas puntiagudas y señoriales. Desde donde estaban, distinguieron bosques tupidos repletos de árboles inmensos, amplias praderas cubiertas de pastos verdes, lagos y cascadas que bajaban de las laderas alimentando ríos ondulantes que horadaban el terreno con una especial delicadeza. En el centro, aprovechando una zona plana y elevada, se encontraba un pequeño pueblo formado por cabañas de madera de distintos tamaños, cuya distribución seguía un orden geométrico, igual que si se tratara de una zona residencial del extrarradio de una ciudad de cualquier parte del mundo. En la mayoría de las viviendas había luz, que se filtraba por las ventanas aportando un aire de postal navideña. La hora del día, con el sol ocultándose detrás de las montañas y el cielo incendiado por una variedad de colores infinita, favoreció al conjunto, que se mostró en todo su esplendor.

—¡Madre de Dios! ¿Pero esto qué es? —exclamó Owen.

—Sabía que aquí había un pueblo, pero nunca lo había sobrevolado —dijo Santana, con las manos en las caderas, mirando en todas direcciones.

—Mejor así, no nos gustan mucho los turistas —confesó Sedna.

—Es realmente bello —intervino Laura—. Parece un lugar ideal para vivir.

—Gracias. Lo es. Las montañas frenan los vientos fríos y hacen que los inviernos aquí sean más suaves —explicó la joven—. Tenemos todo cuanto necesitamos, agua, cultivos y animales de granja, y podemos cazar cuando es necesario.

—No parece un pueblo muy grande. ¿Cuántos habitantes hay? —se interesó Santana.

—Quinientos —dijo una voz grave, a su espalda.

Todos se giraron sobresaltados. Era Odkum, que llegaba tirando de la mula.

Con el rostro serio, los adelantó poniéndose en cabeza. Entonces se detuvo y habló con su hija en su dialecto. La conversación fue breve pero intensa, y, cuando terminó, Sedna sólo dijo:

—Vamos, debemos seguir.

Y echó a andar detrás de su padre, iniciando el descenso.

Laura quiso saber qué pasaba, por qué su padre se mostraba preocupado, pero la joven no contestó, se encogió de hombros y prosiguió la marcha.

El ritmo que impuso Odkum los dejó al borde de la extenuación. Ya abajo, en la falda de la montaña, pisando la densa hierba que alfombraba el valle, Laura, Owen y Santana se rindieron y se dejaron caer al suelo, quitándose las mochilas y tumbándose todo lo largos que eran.

—Hay que continuar —gruñó Odkum, molesto por su actitud.

—¿De qué estáis hechos tu padre y tú? —preguntó Santana, sin aliento—. Yo estoy roto, necesito descansar un minuto.

—Y yo —secundó Laura.

Owen, que boqueaba igual que un pez que hubieran sacado del agua, no fue capaz de pronunciar palabra.

—Ya estamos cerca. Un esfuerzo más —suplicó Sedna, que hablaba con toda tranquilidad, como si en lugar de subir y bajar una montaña a toda velocidad se acabara de levantar de una siesta.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Laura, incorporándose con dificultad para quedar sentada.

—Mi padre dice que, aunque lo ha intentado, no ha conseguido despistar a esos hombres. Cree que han tomado el sendero y que pronto llegarán aquí.

—¿Cómo es eso posible? —quiso saber Laura.

—Dice que parece que conocieran el camino. Que tomaron el

sendero de ascenso sin titubeos.

—No lo entiendo —se extrañó Laura, algo más recuperada—. Ni siquiera nosotros sabíamos de su existencia hasta que vosotros nos lo mostrasteis.

Sedna se encogió de hombros de nuevo, un gesto que empezaba a ser recurrente en ella.

—En cualquier caso, aquí poco podrán hacer ya —se tranquilizó Laura, abriendo los brazos, intentando abarcar el pueblo que se dibujaba en la distancia—. Las autoridades se encargarán de esos malnacidos.

—Seguro —afirmó Sedna, sin quitar ojo a su padre, que bufaba mientras andaba de un lado para otro.

El descanso no duró mucho más. Un par de minutos a lo sumo fue lo que Odkum les concedió antes de obligarles a levantarse y continuar.

La noche se impuso sobre el valle, y una luna timorata escondida tras unas nubes los observó mientras avanzaban hacia el pueblo.

A medida que se acercaban, más hermoso les resultaba el grupo de casas de madera con porche y luces sobre las puertas. Sobre todo a Laura, que no dejaba de maravillarse de que un lugar así, perdido en mitad de ninguna parte, pudiera existir.

—Aquí no parece que se haga mucha vida social —apuntó Santana, cuando entraron en el pueblo y encontraron sus calles vacías.

—No hay electricidad. Tenemos generadores a gasoil, pero sólo los usamos en caso de emergencia. Nos alumbramos a la antigua, con velas. Por eso nos acostamos pronto —explicó Sedna.

—Vamos, que aquí no hay donde tomar una copa por las noches... Para relajarse, digo —añadió el piloto, al distinguir la mirada de reproche de Laura.

Recorrieron lo que parecía la calle principal, ya que era la única cuyo suelo estaba empedrado, y llegaron hasta una plaza más o menos amplia donde se levantaba una estructura de madera semejante a un templete. De él pendía una campana. Con paso decidido, Odkum se dirigió hasta ella y tiró de la cuerda con fuerza haciéndola sonar. Su tañido, agudo y molesto, rompió con violencia el silencio de la noche.

—¿Qué significa esto, Sedna? —preguntó Laura, confundida.

—Llama a los habitantes del pueblo.

—¿Para qué? Sólo necesitamos avisar por radio a las autoridades. Ellos se encargarán de esos tipos.

Sedna calló.

Santana se acercó a Laura y le susurró al oído.

—Tranquila, seguro que saben lo que hacen.

—Exacto —contestó la joven.

Santana se sobresaltó. Se había esforzado en hablar muy bajo. ¿Cómo le había podido escuchar?

Owen estaba inquieto pero callado, algo raro en él. Llevaba mucho tiempo sin decir una palabra, y, durante parte del día, se había mostrado esquivo y taciturno. A Laura no le apetecía tener conversaciones con él, y ese comportamiento suyo, aunque insólito, le resultaba cómodo. No obstante, no podía negar que era preocupante; por eso, haciendo un esfuerzo, se animó a preguntarle.

—¿Te encuentras bien?

—Quiero que todo esto termine de una puta vez —contestó con rabia, sin mirarla, como si verbalizara una frase que hubiera estado repitiendo en su cabeza durante horas.

Odkum dejó de tocar la campana. Enseguida comenzaron a escucharse puertas que se abrían y sonidos de pisadas. En pocos minutos un gran número de personas llenaban la plaza. Algunos portaban candiles de petróleo, que dejaron apoyados en el suelo; su luz era mortecina, aunque suficiente para iluminar el entorno y a los que se encontraban junto al templete. Había mujeres y hombres de distintas edades, vestidos con ropas semejantes a las que llevaban Sedna y su padre: anchas, con bordados coloristas, flecos y adornos de plumas. Muy raciales. En absoluto silencio, y en perfecto orden, se dispusieron en círculo, rodeándolos. Entonces, Odkum comenzó a hablar en su dialecto. Lo hizo alzando la voz, para que todos lo escucharan. Durante su alocución hubo algunos murmullos de los asistentes, pero ninguno intervino. Al finalizar, abriéndose paso, apareció un hombre. Su andar era firme y decidido. Autoritario, determinó Laura. Avanzó hasta quedar frente a ellos. En ese momento pudieron verlo bien. Se trataba de un anciano —a tenor de su pelo blanco recogido en una coleta y de su rostro repleto de arrugas—, sin embargo, sus ademanes y su constitución, alta y corpulenta, sin asomo de encorvamiento, lo contradecían. También sus ojos, vivaces y amables, conferían al conjunto unas cualidades más juveniles, casi infantiles. Unos ojos que, incluso bajo la escasa y amarillenta luz de los candiles, se mostraban extraordinariamente claros.

—Bienvenidos a Tikia. Mi nombre es Dolba, y soy... digamos que el alcalde.

Laura iba a hablar cuando el hombre prosiguió.

—Tiene que estar cansados después de tan largo viaje. Permítanme que les ofrezca mi humilde casa para que descansen.

Su voz era grave y profunda, pero su tono suave.

—Se lo agradecemos —dijo Laura, erigiéndose en portavoz del grupo—. Pero unos hombres armados vienen hacia aquí. Unos hombres que...

—Odkum ya nos ha puesto al corriente de la situación —la interrumpió el hombre.

—Entonces, entenderá la importancia de tomar precauciones y avisar a las autoridades de inmediato.

—Por supuesto. No se preocupe, nosotros nos encargaremos de todo. Y ahora, sigan a Sedna, ella les indicará el camino.

—Son peligrosos. Ya han matado a un hombre. Lo más conveniente sería... —insistía Laura cuando Santana intervino.

—Hagámosle caso.

Dolba intercambió unas cuantas frases en su dialecto con Sedna antes de que ésta les pidiera que la acompañaran.

—Vamos, es por aquí.

Obedientes, Laura, Santana y Owen la siguieron a través de la multitud, que fue abriéndose a su paso.

—¿Has visto sus caras? —musitó Laura.

—Acojonan un poco —admitió Santana.

—Sí, yo no diría que somos bienvenidos precisamente.

Una vez los dejaron atrás continuaron andando un trecho por aquella calle empedrada, hasta lo que parecía el final del pueblo. Allí se detuvieron frente a una construcción más grande que el resto, también de madera, pero con apariencia más de almacén que de vivienda.

Sedna se detuvo en la puerta y la abrió sin necesidad de llave.

—Vamos —les pidió, al ver que no se movían.

—¿Ésta es la casa del alcalde? —cuestionó Santana.

—Por favor, entrad —suplicó la joven.

—Yo no pienso hacerlo —protestó Owen, dándose la vuelta.

—Ni yo —secundó Santana—. Esto no me da buena espina.

—Sedna, ¿qué pasa? ¿Hay algo que debemos saber? —preguntó

Laura buscando su rostro.

La joven bajó la cabeza sin contestar.

Santana se impacientó.

—Te han hecho una pregunta, ¡joder!

Una voz bramó a su espalda.

—¡Entren de una vez!

Al volverse, vieron a Odkum. Su mirada incendiada daba más miedo que el arma que los apuntaba.

—Será mejor que obedezcáis —sugirió Sedna,

—¡No! —se revolvió Laura, encarándose con Odkum—. ¡Exijo una explicación!

Éste accionó el cerrojo de su rifle y levantó el cañón apuntándola al pecho.

—La tendréis —oyó decir a Sedna, al borde del llanto—. Pero ahora entrad, os lo ruego.

Santana se acercó muy lentamente y cogió a Laura por los hombros, trayéndola hacia él.

—Obedezcamos, será lo mejor.

El interior de la construcción estaba oscuro. Olía a madera y a hierba mojada. Sedna encendió un candil y la luz descubrió un lugar amplio y casi vacío. Un lugar con aspecto de granero. Con gestos les indicó que fueran hasta el fondo y se sentaran en una esquina, sobre unas balas de paja.

—¿Y ahora qué? —se animó a preguntar Laura, muy seria, al ver a la joven marcharse.

Sedna se detuvo. Su padre la esperaba a unos metros de distancia. Con la mano le ordenó que continuara. Y ella obedeció.

—Sedna, dime qué nos espera —imploró Laura.

La joven se detuvo de nuevo, haciendo amago de volverse. Pero no lo hizo. Durante una fracción de segundo se limitó a girar la cabeza y mirarla antes de hablar con voz acuosa.

—Lo siento.

Luego, escucharon cerrar la puerta y el ruido de unos maderos atrancándola por fuera. El silencio dentro del granero se impuso. Hasta que Santana, al mismo tiempo que sacaba la petaca de su bolsillo, lo rompió.

—No sé vosotros, pero yo creo que hemos saltado de la sartén para

caer en las brasas.

24 - HACIENDO PLANES

Tato había acabado con los analgésicos y la crema para las quemaduras, dos cosas que habían hecho soportables los intensos dolores de su maltrecha cara. El frío, una alimentación deficiente y el cansancio lo tenían al borde de sus fuerzas. Cabalgaba el último, alejado de sus compañeros, en un ostracismo voluntario. Estaba de mal humor y apenas había hablado en todo el día. Un psicólogo con pocas luces hubiera opinado que presentaba un cuadro de hipersensibilidad con inclinación a la melancolía; otro más perspicaz habría dictaminado, con mejor criterio, que se trataba de una bomba a punto de estallar.

—Me preocupa Tato.

—Está jodido —admitió Cracco.

—¿Podrá terminar el trabajo?

—Es posible. Pero volver...

Cracco dejó la fatídica frase inacabada y comprobó por enésima vez el teléfono vía satélite donde le llegaban las coordenadas GPS de su contacto. Las últimas que habían recibido les indicaron el paso entre las montañas, y desde entonces nada. Si no querían pasarse la noche registrando ese maldito pueblo, yendo de puerta en puerta hasta dar con ellos, necesitaban una nueva ubicación ya.

—¿Crees que ese tipo es de fiar? —preguntó Mario—. Tu contacto —aclaró, al ver a su jefe dudar.

—Sí —afirmó tajante—. Se nota cuando a alguien le gusta el dinero. A todo el mundo le gusta, claro, pero a unos más que a otros.

—A mí me encanta —apuntó Mario, riendo.

—Desconfío de aquellos que valoran otras cosas por encima de él; como la amistad, el honor, la familia, los putos principios... Me tranquiliza saber que trato con tipos para los que el dinero es su única religión.

—¿Qué hay mejor?

—Nada. Y si lo hay, seguro que puede comprarse con dinero —

concluyó Cracco, soltando una risotada.

Solapándose con sus carcajadas sonaron unos pitidos intermitentes.

Pi-pi, pi-pi, pi-pi...

—¡Joder! —exclamó el italiano, cogiendo el teléfono vía satélite—.

Por fin tenemos las coordenadas.

La noche hacía rato que se había impuesto. Cabalgaban por el valle. No corría una brizna de aire y la temperatura era agradable. Una luna inmensa se afanaba por desvelar cada uno de los rincones oscuros, pero las pertinaces nubes se lo ponían difícil. A lo lejos, igual que salpicaduras incongruentes en mitad de la nada, se veían las luces de las casas. El pueblo estaba cerca.

—Entonces, ¿piensas que ese tal Echevarría nos la quiere jugar?

—Sin duda —respondió Cracco—. Esto se ha complicado demasiado. Y más que lo va a hacer. Y total, para nada. Ese loco profesor ruso no ha encontrado una puta mierda aquí, ya te lo digo yo.

—Pero... Echevarría piensa que la chica sabe algo.

—No sabe una mierda. Mira, Mario, tengo claro que no vamos a encontrar ningún maldito y fabuloso hallazgo. Si no actuamos con cabeza saldremos de ésta con las manos vacías. Echevarría me ha prometido que nos pagará de todas formas, pero no me lo creo. Tiene pasta guardada, ya te lo dije, pero cuando su plan de forrarse se venga abajo la querrá para él. Estos ricos son así, antes prefieren morir que verse con los bolsillos vacíos.

—Eso decía mi jodido padre. Cuando no estaba borracho, claro.

—Es muy listo ese cabrón —continuó Cracco, hablando con lentitud—. Ideará un plan para deshacerse de nosotros, seguro. Por eso debemos adelantarnos. Es la única manera que tenemos de sacar algo de toda esta mierda.

Mario meditó sus palabras antes de asentir. Pero una cosa no terminaba de cuadrarle.

—¿Y el ruso, dónde está?

—Echevarría piensa que terminará reuniéndose con la chica y los demás. Que sólo es cuestión de tiempo.

—¿Y tú?

—Sería mucha casualidad. Ya oíste a mi contacto. Esos indígenas los encontraron medio muertos de frío y los han traído hasta su pueblo. No hay más.

—Pues, ¡qué putada! No me gusta dejar cabos sueltos —exclamó Mario, chascando la lengua.

—Ni a mí, ya lo sabes. Pero no desesperes. Quizá Echevarría tenga razón. Puede que al final los encontremos junto al fuego, tomando una sopa calentita en casa de uno de estos salvajes, mientras ese ruso chiflado cuenta historias sobre huesos prehistóricos —concluyó Cracco.

—*¡Ja, ja, ja!* —rió Mario—. Eso estaría bien.

—*¡Ja, ja, ja!* Sí, muy bien.

A medida que se acercaban al pueblo los dos hombres parecían animarse, como si en lugar de ir a matar les esperara una fiesta de bienvenida.

Los cascos de los caballos dejaron de golpear arena y empezaron a pisar hierba. Una hierba que en algunas zonas se elevaba más de medio metro. Así continuaron cabalgando hasta que los altos pastos dejaron paso a unos arbustos bajos de ramas flexibles, que se combaban a su paso para luego recuperar la verticalidad produciendo un sonido semejante a un silbido.

—No ganaremos lo mismo —se lamentó Mario.

—Puede.

—Bueno, la verdad es que seremos uno menos a repartir —continuó Mario, bajando la voz antes de lanzar una mirada rápida a su espalda.

—¡Qué cabrón eres!

—¡Mira quién va a hablar!

¡Uh-uh!

¡Uh-uh!

—¿Qué ha sido eso? —se sobresaltó Mario.

Cracco aguzó el oído.

¡Uh-uh!

—Parece un búho —contestó, sin darle importancia.

—¿Hay búhos aquí?

—Ni puta idea.

—Oye —continuó Mario, más relajado—. La chica... está buena.

—Te veo venir.

—¡Como si tú no hubieras pensado en ella!

—Lo echaremos a suerte.

—Va a ser cojonudo —se felicitó Mario, pasándose la lengua por los labios—. Tato, ¿a ti qué te parece? —preguntó, levantando la voz y

girándose—. Estamos hablando de follarnos a esa relamida antes de darle matarile. ¿Te ponemos en la lista o no? Te advierto que, con la cara que se te va a quedar, vas a tener pocas oportunidades como ésta de poder joder gratis.

—Vete a tomar por el culo —respondió Tato, apretando los dientes.

—Será una ocasión única. Pero bueno, si no te apetece...

Tato no estaba para bromas. El dolor de sus quemaduras era insoportable, y el humor ácido y dañino de su compañero lo estaba poniendo en el disparadero.

—No sé, lo digo por ti —prosiguió Mario, animado, dispuesto a alargar la mofa—. Aunque puede que prefieras follarte a la mula, claro. ¡Ja, ja, ja!

La mano crispada de Tato se introdujo en el bolsillo de su anorak y se apretó contra la culata de su pistola.

—Vamos, déjalo ya —medio Cracco.

—Pero... —insistió Mario.

—He dicho que lo dejes —le atajó el italiano, con autoridad.

—Vale, vale.

La mano de Tato se relajó y soltó el arma. Por dentro, su cabeza bullía igual que una olla a presión. ¿Me habría encontrado mejor si le hubiera disparado? Se preguntaba, torturado por el dolor y sumido en la neblina pegajosa y febril que le producía.

¡Uh-uh!

De nuevo, el extraño ulular sonó. Más cerca y a su derecha.

—¡Joder con el puto pajarraco! —exclamó Mario.

¡Uh-uh!

Los matorrales cubrían las patas de los caballos por completo, y continuaban hasta donde la escasa luz de la luna les permitía ver.

Cracco tuvo un mal presentimiento y descolgó el rifle automático que llevaba al hombro.

—¿Qué pasa? —preguntó Mario, al verlo.

—Algo no va bien.

—¿Qué quieres decir?

No tuvo tiempo de contestarle. De repente, de entre la espesura, frente a ellos, se alzó una figura.

—¡Alto! ¡Tiren las armas y bajen de sus caballos!

Dijo una voz de hombre profunda y rotunda.

Cracco y Mario se detuvieron de inmediato. Tato, unos metros por detrás, continuó cabalgando hasta emparejarse con sus compañeros.

—¿Quién cojones es este tío? —preguntó Mario, con desprecio.

Las sombras de la noche lo ocultaban parcialmente, aunque pudieron distinguir con claridad que se trataba de un nativo, desnudo de cintura para arriba y empuñando una lanza.

—¡Tiren las armas y bajen de sus caballos! —insistió el hombre, con mayor autoridad.

—¿Le disparas tú o lo hago yo? —dijo Mario con desdén, mirando a Cracco.

—Lo haré yo —intervino Tato, al tiempo que sacaba la pistola de su bolsillo.

Lo hizo con lentitud, recreándose. Retrasando el momento de apretar el gatillo. Va a ser genial, se dijo. El ruido, el fognazo, el retroceso del arma en la mano, el olor de la pólvora... Y lo mejor, imaginar la bala saliendo a más de 500 km/h y destrozando carne y huesos, reventando órganos. Matando. Quería matar. Lo necesitaba. Quizá así cesaría su dolor.

Apuntaba cuando se oyeron varios silbidos en el aire.

¡Zzzzzz! ¡Zzzzzz! ¡Zzzzzz!

Tres en concreto.

Tato sólo escuchó uno: el que produjo la primera lanza antes de entrar por su ojo derecho y destrozarle el cerebro. Para cuando las otras dos se clavaban en su garganta y en su pecho, él ya estaba muerto.

—¡Joder! —exclamó Mario, al ver a su compañero ensartado caer de su montura.

De entre los matorrales, rodeándolos, aparecieron muchos hombres armados con lanzas.

—No muevas ni un músculo —susurró Cracco, levantando el rifle en señal de rendición.

25 - *SUENA UN TELÉFONO*

Al poco de quedarse solos, Santana se levantó, recogió el candil de queroseno del suelo y lo colgó de un clavo que sobresalía de una viga de madera. La luz, más alta, dejó de producir sombras dramáticas en sus rostros e iluminó más ampliamente el espacio en el que se encontraban.

—¿Qué cojones les pasa a esta gente? —masculló el piloto, antes de volver a tomar asiento junto a Laura—. Había oído hablar de lo reservados que son estos pueblos indígenas, pero este comportamiento supera cualquier límite.

Laura escuchaba sus palabras entremezcladas con sus pensamientos. Su mente andaba perdida en análisis y valoraciones infinitas, navegando por un mar de datos tan embravecido y salvaje que temía naufragar en cualquier instante. Owen se mantenía alejado, sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra una bala de paja y la cabeza agachada.

—¿Vosotros qué opináis? —insistió Santana, ante el mutismo de sus acompañantes.

—Sí que es raro —logró decir Laura.

—Me lo has explicado, y logro llegar a entender la importancia de un yacimiento tan antiguo en estas tierras. Incluso que algún arqueólogo esté dispuesto a cualquier cosa por apuntarse el tanto del descubrimiento, pero esto es demasiado.

A Laura le quemaba su secreto. ¿Hasta qué punto podría tener que ver con lo que les estaba sucediendo? Definitivamente había sido injusta y egoísta con Owen y Santana. Merecían conocer toda la verdad. Al menos lo que ella sabía. Tal vez no sirviera de nada, pero se encontraban en una situación comprometida y lo creía necesario. Además, era un secreto entre el profesor y ella, y, a tenor de las circunstancias, no parecía probable que volviera a verlo.

Después de meditar unos segundos se decidió. Les hablaría de la muestra analizada. Owen entendería su extraordinaria importancia; de Santana no estaba tan segura, pero al menos sería honesta y lograría

aligerar la carga que llevaba soportando en soledad durante tanto tiempo.

—Hay una cosa que... —comenzó a decir, timorata, coincidiendo con Santana, que cortó su discurso.

—Y luego está el asunto de ese maldito italiano. ¿Cómo es posible que nos haya seguido hasta aquí?

Laura dio un respingo.

—¿Italiano? ¿Cómo sabes que uno de nuestros perseguidores es italiano?

Owen levantó la cabeza y prestó atención, muy interesado.

—Bueno, yo... —balbuceó Santana.

Laura se incorporó y se encaró con él.

—¿Tienes algo que contar que no nos hayas dicho? —le preguntó, alzando la voz.

—Deja que te explique.

—¡Sí! ¡Explícate! —exclamó Laura, cruzando los brazos.

—Hace un tiempo pasó un tipo por la agencia —comenzó a decir Santana—. Quería saber si algún ruso había contratado recientemente un vuelo. Era un italiano enorme, con el pelo cortado a cepillo. En ese momento estaba yo en la oficina. No me gustó su aspecto y le dije que no. Insistió diciendo que era amigo suyo, un arqueólogo del que llevaban tiempo sin saber nada. Entonces dudé si contarle la verdad. Él debió interpretar mal mi indecisión momentánea y me ofreció dinero creyendo que era lo que quería por hablar.

—¡Y se lo contaste! —saltó Laura, con rabia en la voz.

—¡No! Y para que lo sepas, me ofreció mucha "*pasta*". ¿Puedo continuar?

Laura asintió. Owen escuchaba en silencio, abrazado a su mochila.

—Hace unos días volvió por la oficina. Me ofreció mucho más dinero a cambio de que lo avisara si una española, acompañada de un joven norteamericano, contrataba mis servicios. Parecía aún más desesperado. Y el dinero que me ofreció rozaba lo indecente.

—¿Dices que no aceptaste? —replicó Laura—. ¿Y por qué debería creerte?

—¡Joder! Si hubiera aceptado su dinero, ¿por qué iba a estar ahora contándotelo?

—Qué se yo... Remordimientos. Quizá intentas liberarte de esa carga —arguyó Laura, hablando de algo que conocía muy bien—. Sentido

de culpabilidad —apuntó de pronto, recordando al hombre asesinado en la cabaña y todo lo que ellos llevaban pasado, incluida la posibilidad de haber muerto también en un par de ocasiones.

—¡Te digo que no acepté! —gritó Santana, levantándose y cogiendo a Laura por los hombros para mirarla directamente a los ojos.

—Tu reloj GPS.

—¿Qué pasa con él?

—Tal vez has estado enviando nuestra posición a ese italiano y sus compinches —aclaró Laura.

Santana se remangó el anorak y señaló su reloj.

—¿Esto? Es bueno, pero no tanto. No es capaz de emitir nada, por si te interesa.

—Entonces, no lo entiendo. Debiste ponernos sobre aviso —musitó Laura, con voz acongojada.

—Lo confieso. Al principio tuve dudas. Era mucho dinero. Me solucionaría bastante la vida. Llegué a pensar que podría tratarse de algún asunto de faldas. Un marido o una mujer a la caza de su pareja infiel.

—¿También pensaste eso cuando nos encontramos al hombre muerto en la cabaña? ¿O cuando volaron la avioneta?

—Claro que no, pero entonces sentí vergüenza. A lo largo de estos días he querido contártelo en más de una ocasión, sin encontrar el momento adecuado.

Laura aflojó al ver sus ojos. Le parecieron sinceros, y, al fin y al cabo, ¿quién era ella para exigir honestidad absoluta?

—De verdad, debes creerme —insistió Santana, agarrando sus manos con delicadeza—. Cuando te conocí, nada más verte... Bueno, jamás hubiera hecho algo que te pusiera en peligro.

Laura se quedó sorprendida con su gesto. O mucho se equivocaba o se estaba mostrando más que cortés con ella. No era el momento ni tenía la cabeza para eso, pero en cualquier otra situación hubiera interpretado que Santana se le estaba declarando.

Sacudió aquellas ideas románticas de la mente y se concentró en lo fundamental: si creía o no lo que le decía. Pensaba en ello cuando Owen intervino.

—Vaya con el piloto, parece que se nos está poniendo tierno.

—¡Tú te callas, niño! —exclamó Santana, soltándose de Laura

como si quemaran sus manos—. Estoy cansado de ti. No has hecho más que tocarnos las narices sin aportar nada.

—Tranquilo —dijo Laura, al ver la creciente excitación del piloto—. Ahora no es el momento de que discutamos. Debemos permanecer unidos y pensar.

—Sí. Pensad, pensad —replicó Owen, con ironía—. Aunque va a servirnos de poco.

—¿Por qué dices eso? —se extrañó Laura.

Entonces, sonó un pitido intermitente.

Pi-pi, pi-pi, pi-pi...

—¿Qué demonios es eso? —dijo Santana.

Se escuchaba amortiguado.

Pi-pi, pi-pi, pi-pi...

—Suenan cerca —observó Laura, girando en redondo, buscando el origen de los pitidos.

Santana se agachaba aguzando el oído, tratando de identificar la procedencia de lo que parecía el timbre de un teléfono, cuando la puerta del granero se abrió.

En el umbral aparecieron Dolba, Sedna, su padre y un par de hombres más armados. Con paso decidido, la comitiva se acercó hasta ellos. El pitido electrónico continuaba sonando.

Pi-pi, pi-pi, pi-pi...

Dolba se detuvo. El resto lo imitó. Llevaba las manos a la espalda y el rostro muy serio. Sin decir palabra, observó a los tres prisioneros con los ojos entornados.

Pi-pi, pi-pi, pi-pi...

—Parece un teléfono. ¿No van a cogerlo? —dijo por fin.

Laura acotó la búsqueda del pitido hasta que creyó localizarlo.

—¡Tu mochila! ¡Suenan en tu mochila! —repitió, señalando a Owen—. ¿Qué llevas ahí?

—¡Nada! —negó infantil, apretando la mochila entre sus brazos.

—¡Déjame ver! —intervino Santana, acercándose con intención de arrebatársela de las manos.

—¡Y una mierda! —exclamó Owen, levantándose y retrocediendo hasta dar con la espalda en una pared.

Pi-pi, pi-pi, pi-pi...

Con decisión, introdujo la mano en su mochila y sacó un teléfono

vía satélite que levantó para enseñarlo con orgullo. Su rostro estaba crispado, mostrando una alegría impostada.

—¿Tenías un teléfono? ¿Cómo? —preguntó Laura, incrédula.

Owen no respondió. Nervioso, manipuló el aparato con intención de contestar la llamada.

—Soy yo. ¿Dónde estáis? —dijo irritado, con el teléfono pegado a la oreja—. ¿Hola? ¿Hola?

—No creo que le conteste nadie —intervino Dolba, dando un paso adelante.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Dónde estáis? —insistió Owen, cada vez más alterado.

Dolba, con parsimonia, sacó las manos de su espalda y le mostró un teléfono igual al que él tenía.

—Insisto. Sus amigos no van a responder.

Owen entendió.

—¡No! ¡Joder! ¡Joder!

Santana y Laura también.

—¿Tú? —dijo Laura, encarándose con él.

El rostro de Owen mudó. El miedo y la desesperación dejaron paso a la rabia.

—Sí, yo. ¿Qué creías? ¿Que iba a pasarme toda la vida en un puto laboratorio analizando muestras de mierda?

—¿Por dinero?

—Claro, por qué si no. Y mucho. Lo suficiente como para retirarme.

—Hijo de puta —intervino Santana.

—Mira quién va a hablar.

—Yo no acepté, ¡cabrón de mierda! —masticó el piloto.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —quiso saber Laura, con tono de incredulidad.

—En Madrid. Durante la fiesta después del Congreso de Antropología. Tú ya te habías ido —contestó Owen, desafiante—. Ese Echevarría y el italiano me hicieron una propuesta que no pude rechazar. Sólo tenía que explicarles e informarlos de todo lo que averiguara.

—Entonces, lo nuestro...

Owen soltó una risotada antes de continuar.

—¿Qué pensabas? ¿Que me había enamorado de ti? ¿Así, de repente? Estúpida.

—¡Hijo de puta, te voy a...! —saltó Santana, agarrándolo por las

solapas.

—Déjalo, por favor —lo detuvo Laura, con la voz entrecortada.

—Sabía que yo te gustaba, y que tendría mejores oportunidades si me metía en tu cama. Fue fácil. Estarás de acuerdo conmigo en que no tardaste mucho en abrirte de piernas.

Santana armó el brazo para golpearlo.

Laura lo detuvo de nuevo.

—Por favor...

El piloto aflojó la tensión de sus músculos y se retiró.

Dolba y el resto de los hombres observaban la escena sin intervenir, con gesto neutro. Sedna era la única que dejaba entrever sus sentimientos, inquieta, con la respiración alterada, contagiada por las lágrimas que comenzaban a aflorar en los ojos de Laura.

—Sigue —pidió Laura, recomponiéndose como pudo.

—Hay poco más que decir—contestó Owen—. Me pegué a ti igual que una lapa, ya lo sabes. Intenté averiguar qué hacías en el laboratorio, pero tu clave de acceso no me lo permitía. Tampoco conseguí nada en el ordenador de tu casa.

Laura abrió mucho los ojos.

—Sí. Tú no me invitabas, pero me hice con una copia de las llaves y estuve allí varias veces. Luego llegó la carta de Lébedev. Joder, la busqué por todos lados. ¿Dónde la metiste?

—La destruí.

—Ahora lo entiendo —dijo Owen, afirmando con la cabeza—. De haberla conseguido podría haberme ahorrado muchos problemas. El trabajo hubiera sido más sencillo.

—Y yo te pedí que me acompañaras a Alaska —musitó Laura, lamentándose.

—Exacto. Fue un golpe de suerte. Te lo hubiera tenido que pedir yo. Pero no hizo falta, te adelantaste. Me querías cerca de ti, estaba claro —se mofó Owen, antes de continuar—. En todo momento estaba en contacto con el italiano. Necesitaba las coordenadas de la situación de Lébedev. Sabía que las llevabas en tu bolso, anotadas en una libreta, pero nunca te separabas de él. En el hotel, en Anchorage, estuviste a punto de pillarme hurgando en tus cosas, ¿recuerdas? Disimulé diciendo que andaba buscando algo para leer.

Laura no sólo recordaba ese momento, sino otros muchos en los que

el comportamiento de Owen le había parecido extraño. Ahora lo entendía todo.

—En aquel bar, cuando desapareciste...

—Sí. Había quedado con el italiano para que me pasara el teléfono vía satélite.

Santana se decidió a intervenir.

—Has estado pasando nuestra situación en cada momento.

—Claro, tío. Era fácil. Sólo tenía que pulsar una teclita y ellos recibían nuestras coordenadas.

—Sabías que habían asesinado a un hombre y que nos habían intentado matar a nosotros, ¿en qué estabas pensando? —dijo Laura, muy enfadada.

—Lo del incendio de la cabaña fue una estratagema. Yo estaba al tanto. ¡Joder, no soy tan gilipollas! ¿O, acaso no recuerdas quién avisó primero del fuego? Conocían la existencia del mapa, yo se lo había dicho, y querían que nos pusiéramos en marcha. Les interesaba el profesor y su hallazgo. Pensaban que tú nos llevarías hasta ambos.

—Esos tipos son profesionales. Asesinos —añadió Santana, manteniéndose quieto a duras penas—. Gente que no deja cabos sueltos. Podías imaginarte lo que harían con nosotros y, sin embargo, continuaste.

—Amigo, un montón de ceros a la derecha de un uno suele ser un magnífico bálsamo para calmar conciencias.

—Hijo de puta —masticó Laura.

Dolba, antes de hablar, agitó el teléfono.

—Pues, me temo que ya no va usted a cobrar.

—¿Qué les han hecho? ¿Dónde están? —preguntó Owen, nervioso, después de un paréntesis durante el cual daba la impresión de disfrutar.

—No se preocupe, lo llevaremos con ellos.

—Yo no voy a ninguna parte. Me largo de aquí.

Dolba esbozó una tímida sonrisa e indicó a sus hombres, con un gesto de cabeza, que lo cogieran. Owen, asaltado por el miedo, introdujo su mano en la mochila y sacó la navaja de cachas de hueso.

—¿Qué haces? No seas estúpido —se interpuso Laura, al ver que los amenazaba con el arma.

Owen estaba muy alterado, con la mirada turbia y la mente aún más. Parecía dispuesto a todo. Sedna lo vio claro. Saliendo del lado de su padre trató de alejar a Laura del peligro cogiéndola del brazo. Al hacerlo

se puso al alcance de Owen que, con un rápido movimiento la agarró por la cintura colocando la hoja de la navaja en su garganta. Los hombres de Dolba se detuvieron en seco. Odkum dio un respingo y apretó la empuñadura de su arma.

—¡Quietos o le corto el cuello!

—No compliques más las cosas —sugirió Santana, alejando a Laura del peligro—. Nunca saldrás de aquí sin su ayuda.

—Ella me acompañará —discrepó—. Quiero dos caballos y víveres, ¡ya!

—Y después, ¿qué? —dijo Laura.

—Tengo esto —contestó agitando el teléfono vía satélite—. Ya se me ocurrirá algo.

Santana miró a Laura y negó con la cabeza, intentando trasmitirle la idea de que su antiguo amigo había perdido el juicio.

—¡Vamos, rápido! ¡Quiero lo que he pedido!

Nadie movió un músculo.

Sedna levantó el brazo y agarró la muñeca con la que Owen sujetaba la navaja contra su cuello. El acero afiladísimo laceró la piel, y una delgada línea roja se dibujó en su cuello. Laura se sobresaltó. La hoja estaba demasiado cerca de la carótida de la chica. Un mínimo movimiento y se la seccionaría, muriendo desangrada en pocos minutos.

—Suéltala, por favor —suplicó Laura, mirándolo a los ojos.

Lo que vio no le gustó. La locura se había apoderado de él: iba a matarla. Con trabajo se deshizo del abrazo de Santana. Su intención era mediar, intentar que eso no sucediera, aunque no sabía cómo. Con lentitud se acercó a Owen.

—Podemos solucionarlo sin que nadie salga herido.

—¿Has visto la cara de estos salvajes? —bufó Owen—. Quieren matarme.

Laura no desistió, procurando razonar.

—¿Por qué querrían hacer eso? Vamos, suéltala. No compliques más las cosas. Hasta ahora no has hecho nada. ¿Quieres que te juzguen por asesinato?

—¡Que nadie se acerque! —gritó, al sentir movimiento entre los hombres de Dolba.

—Te entiendo —continuó Laura, bajando la voz—. Todos cometemos errores.

—¡Tú qué vas a entender, doña perfecta! Piensas que lo sabes todo y no sabes una mierda.

La crispación en los ojos de Owen era máxima. Un rencor antiguo y emponzoñado comenzó a salir por su boca en forma de palabras.

—Tan lista como te crees y me reí de ti en tus mismas narices.

—¿Por qué me hablas así? Yo nunca te hice nada.

—Claro, tratabas muy bien al pobre becario. Al tonto del becario que te ponía cachonda. ¿Recuerdas la fiesta en Alcalá de Henares? ¿Aquella periodista con la que hablaba? Te dije que no había pasado nada con ella, pero la verdad es que me la follé. Me la follé varias veces aquella noche, en la habitación del hotel que tú pagaste. La misma a la que esperabas que te invitara.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué tanto odio?

Dolba dio un paso adelante y puso una mano en el hombro de Laura.

—No insista. El odio está en vuestra naturaleza. A veces crece sin una explicación aparente, hasta que estalla. Lo hemos visto muchas veces.

—¿Cómo dice? —se volvió Laura.

—Déjenos. Nosotros lo solucionaremos.

—Pero...

El grito de Owen la enmudeció.

Al darse la vuelta vio a Sedna apartando la mano de su cuello, apretándola con fuerza hasta que la navaja cayó al suelo. Owen daba alaridos de dolor mientras la joven continuaba retorciendo su brazo. Y siguió haciéndolo hasta que él se hincó de rodillas, suplicando que parara. Pero ella no lo hizo hasta que un sonido escalofriante sonó.

—¡Dios! ¡Dios! ¡Me has roto el brazo! —se desgañitaba Owen.

Laura y Santana observaban la escena sin dar crédito a lo que veían. Aquella frágil mujer tenía sometido a Owen, que le sacaba la cabeza y treinta kilos.

—¡Para, déjalo ya! —rogó Laura.

—Ha intentado matarme —se justificó Sedna, sin aflojar la presión.

—Para, te lo suplico —repitió Laura, sobrepasada por la impresión. Sedna mantuvo el brazo quebrado unos segundos más y luego lo soltó. Owen cayó al suelo desmayado.

—¿Has visto eso? —susurró Santana.

Laura asintió con la boca abierta.

—Lléváoslo —ordenó Dolba.

Varios hombres cogieron a Owen a rastras y lo sacaron del granero.

El shock que había sumido a Laura en una especie de letargo se disipó igual que había llegado, dejando un poso de terror que afloró en forma de indignación.

—¡Esto es inaudito! ¡Quiero un teléfono!

—Tranquila —intervino Santana, al verla encararse con Dolba.

—Estoy tranquila —mintió, sobreponiéndose al miedo—. ¡Exijo una explicación inmediatamente de lo que aquí está sucediendo! —concluyó, clavando de nuevo la mirada en el anciano jerarca del pueblo.

—Estoy de acuerdo con su amigo. Debe usted calmarse —contestó Dolba.

—¡No me diga lo que debo hacer y responda de una maldita vez! ¿Por qué nos tienen aquí retenidos, sin avisar a la policía?

—Nos gusta solucionar las cosas a nuestro modo. Sin que ninguno de vosotros intervenga.

—¿Vosotros? —repitió Laura, recordando—. Antes dijo lo mismo. ¿A quién se refiere?

Dolba se giró y miró a sus hombres. Éstos asintieron.

—Bueno, creo que ha llegado el momento de que conozca toda la verdad. Pero no seré yo quien se la cuente. Venga, acompáñeme.

Laura dudó cuando Dolba se dio la vuelta y se encaminó a la puerta de salida. Sólo un segundo, luego fue detrás de él.

—¿Qué haces? —oyó decir a Santana.

—Necesito saber qué demonios sucede en este pueblo.

—Yo también voy.

—Usted se queda aquí —saltó Odkum, apoyando una mano de hierro en su pecho.

—No lo creo —dijo el piloto, evitándolo y pasando a su lado.

El resto de los hombres estaban alerta.

—¿Van a matarme o qué? —los desafió Santana, poniéndose en guardia igual que haría un boxeador del siglo pasado—. Venga, ¿quién va a ser el primero?

—Santana, no hagas idioteces —dijo Laura.

—A partir de ahora llámame Erik, si no te importa.

—Está bien, Erik, déjalo ya.

—Ni lo sueñes. O voy contigo o me marchó con Owen a la enfermería.

Odkum y un par de hombres más estaban a punto de saltar sobre él cuando Dolba los detuvo.

—No importa. Dejad que venga.

Después de la tensión y el impacto de los últimos acontecimientos, el aire fresco de la noche los revitalizó. Detrás de Dolba, y escoltados por varios hombres, Santana y Laura recorrieron la calle principal hasta llegar a una casa muy similar al resto, donde el anciano se paró.

—Aquí es donde vivo. Lamento haberlos engañado antes. Pasen, por favor, dentro hay alguien que los espera.

—¿Más sorpresas? —musitó Santana.

—Ya verán, se alegrarán de verlo. Sobre todo usted —añadió Dolba sonriente, dirigiéndose a Laura.

El interior de la casa olía a cuero, madera y humo. Una chimenea en un extremo proporcionaba un calor agradable. Varios leños gruesos ardían con viveza, y la luz del fuego era la única que iluminaba la estancia. Hasta que, en el otro extremo, sonó un fósforo encendiéndose. Bajo la influencia de su luz pudieron ver el salón al completo, amueblado con sencillez: una alacena repleta de libros, una mesa con sillas en el centro, un par de butacas de piel junto a la chimenea... También distinguieron a la persona que prendía la mecha de un quinqué de queroseno.

Laura dio un respingo y corrió hacia él.

—¡Profesor Lébedev!

—¡Laura! ¡Laurita!

El profesor acariciaba su cabeza mientras ella lo abrazaba con fuerza. Un abrazo que duró hasta que él, con delicadeza, se separó. Parecía serio.

—¿Qué hace usted aquí? ¡Oh, Dios! Han pasado tantas cosas... Ha muerto gente. Nosotros también estuvimos a punto de...

—Respira, respira —trató de calmarla el profesor.

Laura no le hizo caso, estaba disparada.

—Echevarría está detrás. Nos siguieron. Owen estaba con ellos. Con ese italiano.

—Lo sé. Por eso no te trajeron conmigo al principio. Necesitaban saber quién era el traidor.

—Y luego está este pueblo. Nos tienen prisioneros. No podemos llamar a la policía...

—Lo sé, lo sé, mi pequeña —repitió el profesor—. Me lo han

contado todo.

—¿Quién? ¿Ellos?

—Llevo varios días aquí.

Santana observaba sin intervenir, flanqueado por dos hombres de anchas espaldas y gesto grave. Dolba carraspeó antes de hablar.

—Bueno, nosotros los dejamos solos para que hablen. No intenten salir. Volveré a buscarlos cuando todo esté preparado.

Y, sin decir nada más, Dolba y sus hombres abandonaron la casa.

—Me alegra verlo, profesor —se animó a decir Santana cuando escuchó la puerta cerrarse.

—A mí también a usted, señor...

—Santana, Erik Santana.

—Eso, Santana. Siento que se haya visto involucrado en este asunto.

—No más que yo, se lo aseguro.

En ese instante, Laura se fijó en el vendaje que cubría la sien derecha del profesor.

—¿Su cabeza! ¿Qué le ha pasado?

—Me caí explorando la cueva. Hubiera muerto allí de no ser porque ellos me rescataron.

—¿La cueva? —repitió Laura, incrédula.

—La cruz al final del camino. Allí estaba —contestó Lébedev, con la ilusión de un niño en los ojos.

—Nosotros sólo vimos un montón de piedras bajo la señal.

—Yo también, al principio. Tuve que dinamitarlas con la ayuda de mi... pobre amigo —la voz del profesor se quebró por un momento.

—¿Quién se tomó la molestia de tapar la entrada de nuevo? —intervino Santana.

—Los mismos que me rescataron. La gente del pueblo.

—¿La gente del pueblo? ¿Por qué?

El profesor no le contestó, más interesado en continuar hablando con ella.

—Laura. La encontré. La cueva es real. Existe. Su refugio. Llegaron hasta Alaska desde Siberia en un viaje increíble. Hace dieciséis mil años. Mi teoría era cierta. Ellos lo hicieron por lo menos tres mil años antes que los humanos modernos.

—Es genial —dijo Laura, sin mucho entusiasmo.

Algo rondaba por su cabeza. Algo que clamaba salir desde hacía

tiempo, y que, al fin, podría hacerlo.

—La muestra que usted me dejó para analizar... —comenzó a decir, notando cómo se aliviaba la presión en su interior a medida que hablaba—. Es... sencillamente... —se detuvo buscando la palabra exacta—...inverosímil.

—Estoy seguro. Al principio fue una sospecha —se limitó a decir el profesor.

—¿Una sospecha? Deje que le cuente. Al secuenciar el material genético de la muestra que me entregó, descubrí que se trataba de...

—Ya lo sé.

—¿Cómo? No entiendo.

—Ven, sentémonos, tengo muchas cosas que contarte. Y usted, acérquese —añadió, dirigiéndose a Santana—. Si está aquí, también tiene derecho a conocer la verdad.

El profesor tomó asiento en una de las butacas, junto a la chimenea. Laura ocupó la otra. Santana cogió una silla y aprovechó para echar un vistazo rápido por la ventana. Lo justo para comprobar que afuera había varios hombres armados. Meneando la cabeza atizó el fuego antes de derrumbarse en la silla, al lado de Laura.

—Fue durante la primera semana, después de llegar a Alaska —comenzó Lébedev—. Seguía la ruta de las señales. Aún estaba solo, mi amigo llegó más tarde. Me encontraba cerca de la cueva, en un bosque, cuando la encontré.

—¿La encontró? —repitió Laura.

—Una joven.

—La sangre era de una mujer —musitó Laura, hablándose a sí misma.

—Sí. La había atacado un oso *grizzly*. Estaba mal herida. Se desangraba. Balbuceaba. Insistía en que la llevara a su campamento. Fui, pero allí no encontré a nadie. Le hice un torniquete y logré detener la hemorragia. Tenía el brazo destrozado. Dejé una nota y la trasladé al galope a lomos de mi caballo hasta Note. Cuando llegué al hospital estaba medio muerta. Los médicos consiguieron estabilizarla, pero necesitaba una transfusión urgente. Y ahí es donde empezaron los problemas. Le habían hecho radiografías para saber el alcance de las lesiones, y análisis para conocer su grupo sanguíneo.

—No encajaba en ninguno —aventuró Laura.

—No.

—Un momento —intervino Santana, que prestaba mucha atención—. ¿Queréis decir que no era de ningún grupo sanguíneo conocido?

—Exacto —puntualizó el profesor—. El examen para determinar el grupo se denomina tipificación ABO. La sangre se mezcla con anticuerpos tipo A y tipo B y se comprueba si los glóbulos rojos responden con alguno de ellos. La manera en que su sangre se comportó fue extraña, no concluyente, algo que los médicos jamás habían visto. Tampoco era muy normal la radiografía de su antebrazo.

—¿Qué le pasaba? —preguntó Laura, con los ojos muy abiertos.

—Cuando la llevé me presenté como profesor en Antropología. Por eso, el médico me hizo partícipe de su desconcierto. Y no era para menos. Sus huesos tenían un grosor fuera de lo habitual en una chica de su edad y constitución. El radio y el cúbito, además, presentaban cierta curvatura que no seguía los cánones estándar.

—¡Madre mía! —exclamó Laura.

—No todos los seres humanos somos escrupulosamente iguales —continuó el profesor—. Existen anomalías. Pequeñas o grandes diferencias. El problema es cuando surgen varias en el mismo individuo.

—¿Había más?

—Cuando la recogí en el bosque y la cargué en el caballo, detecté un abultamiento en la parte posterior de su cabeza. En un principio pensé que podría habérselo causado el ataque del oso y que se trataba de un enorme chichón.

—No lo era —admitió Laura.

—La exploración de su cabeza y la radiografía de su cráneo determinaron que no había hematoma debajo del cuero cabelludo ni edema, que no existía lesión alguna. Simplemente, era su forma natural.

—¡Dios mío! —exclamó Laura, tapándose la boca con la mano.

—No entiendo, ¿me lo quieres explicar? —dijo Santana, dirigiéndose a Laura.

No lo hizo, quería escucharlo todo del profesor.

—¿Qué dijeron en el hospital?

—Un simple médico no sabría darle una explicación. Un especialista en Anatomía Patológica hubiera dudado. Para un paleoantropólogo, sin embargo, la cosa estaba bastante clara. Parecía una locura. Era demasiado absurdo, pero ahí estaba. Aunque todo señalaba en una dirección, precisaba confirmarlo.

—La muestra que me dejó —dedujo Laura.

—Afortunadamente tenía el trozo de tela manchada de sangre con la que le hice el torniquete. Bastaría para que obtuvieras los resultados que necesitaba.

—Y los obtuve —saltó Laura, con el entusiasmo asomando a su garganta—. ¡Vaya que si los obtuve! ¿Qué pasó después?

—Cuando los médicos pensaban que moriría, apareció su padre en el hospital. Estaba muy alterado, e insistía en llevársela.

—¿Su padre? —preguntó Laura, con un palpito naciendo en su pecho.

—Sí. Al explicarle la gravedad de las heridas logramos calmarlo. Su sangre, según contó después, era compatible con la de su hija. Gracias a la transfusión pudo salvarse.

Laura escuchaba, pero su cabeza ataba cabos a gran velocidad. Por eso debió ser Santana el que, ante su mutismo, insistiera en conocer el final.

—Vamos, termine de una vez.

—La chica fue estabilizada y pasada a planta. Pero a las pocas horas desapareció. Su padre se la llevó.

—¿No la buscaron? Tendrían sus datos.

—Fue todo demasiado precipitado. No hubo tiempo. Desaparecieron sin dejar rastro.

—Vaya, vaya, bastante chocante. Pero, ¿esto qué tiene que ver con nosotros? —quiso saber Santana.

—Mucho, amigo mío, mucho —contestó el profesor.

—El brazo herido, el padre, su gran fuerza... —comenzó a decir Laura—. ¡Se trata de Sedna!

El profesor admitió con la cabeza.

—Su sangre... La sangre que analicé... ¿Es... de ella?

—Así es, Laura —confirmó el profesor.

—¡No es posible!

—Sí lo es.

—Entonces, ¿ella es...?

—Un taxón lázaro.

—¡Dios mío!

—Todos lo son —concretó el profesor.

Laura se tapó la cara con ambas manos.

Santana miraba a uno y a otro sin comprender, hasta que no pudo más.

—¿Alguien va a explicarme qué demonios es un... tazón lázaro?

—Taxón. Taxón lázaro —rectificó Lébedev, sin poder evitar esbozar una sonrisa.

—Eso.

—Una quimera. Un imposible —musitó Laura.

—Yo se lo explicaré —comenzó a decir el profesor—. Un taxón es cada una de las subdivisiones en que se clasifican los seres vivos: orden, familia, género, especie, subespecie...

—No sé si lo entiendo.

—El lobo y el perro pertenecen a la misma especie porque pueden cruzarse, tener descendencia, aunque el perro pertenezca a la subespecie "*familiaris*".

—Ya. O sea que un taxón sería el lobo.

—Canis lupus —puntualizó Lébedev.

—Y otro taxón el perro.

—Canis lupus familiaris. Exacto, veo que va entendiendo.

—Ya. Y, lo de taxón lázaro significa...

—Técnicamente se llama así al fenómeno paleontológico por el que determinado taxón desaparece del registro fósil durante un intervalo estratigráfico significativo, por lo que aparenta haberse extinguido, pero vuelve a aparecer de nuevo en capas mucho más recientes.

—Entiendo —dijo Santana, rascándose la barbilla—. Y, ¿...una explicación más de andar por casa?

—Imagina que un día te levantas de la cama, miras por la ventana y ves pasar volando una pareja de pterodáctilos —dijo Laura, impaciente por volver a hablar con el profesor.

—¿Es eso posible?

—El celacanto es un pez que vivió en los mares durante trescientos millones de años, y que se creía extinto. Hasta que en 1938 se pescó un ejemplar vivo en la costa oriental de Sudáfrica, y, sesenta años más tarde, otro en Indonesia.

Santana se rascaba el mentón:

—Vale. Si no estoy entendiendo mal, un taxón lázaro es...

—Un fósil viviente —concretó Laura.

—¡No me jodas! —exclamó Santana, levantándose de la silla—. ¿Estáis queriendo decirme que esa chica, Sedna, es un... fósil viviente?

Lébedev y Laura asintieron al tiempo.

—¿Fósil? ¿De qué especie?

—Sería más exacto decir subespecie. Y no de una, sino de dos—
puntualizó el profesor.

Santana miró a Laura con la cabeza a punto de estallarle.

El silencio que se creó en aquel rústico salón se vio roto por el sonido de una puerta al abrirse. Se trataba de Dolba.

—Lamento interrumpirlos, pero todo está preparado para el comienzo de la ceremonia —dijo con voz protocolaria, desde el umbral, sin terminar de entrar.

—¿Ceremonia? —repitió Santana—. Yo no me muevo hasta que no sepa qué demonios pasa aquí.

—Lo sabrá, se lo prometo —dijo Lébedev—. Pero ahora debemos acompañarlos. No hay otro remedio.

26 - EL GRAN RELATO

Fuera los esperaba una comitiva con antorchas en la mano. No estaba todo el pueblo. No había niños. Pocas mujeres. La mayoría eran hombres armados con lanzas. Sólo unos pocos portaban rifles. Estos últimos eran los que rodeaban a Dolba. Entre ellos se encontraba Odkum. Sedna agachó la cabeza cuando los vio pasar. Laura se detuvo un instante a su lado, buscando su mirada, reclamando un mínimo gesto que explicara qué significaba toda aquella parafernalia. No lo obtuvo, y eso le preocupó todavía más. Dolba se puso en cabeza. Los hombres armados se colocaron a ambos lados de Santana, Laura y el profesor, manteniendo la distancia. El resto los siguió, en silencio, y abandonaron el pueblo.

—¿Dónde nos llevan? —se atrevió a preguntar Laura, justo cuando dejaban atrás la última casa y descendían la suave pendiente que desembocaba en el amplio llano.

—A la cueva —respondió Lébedev.

—¿La cueva?

—Atraviesa las montañas. Tiene una salida por este lado.

—¿Qué quieren de nosotros?

—Buena pregunta. En realidad no quieren nada. Nunca han necesitado nada de nosotros. ¿Ves este pueblo? Parece primitivo, anclado en el tiempo. Un anacronismo. Y puede que lo sea. Pero también es algo único, maravilloso. Son autosuficientes. Tienen escuela. Incluso un pequeño hospital con quirófano y sus propios médicos. Aquí tienen a sus hijos, los ven crecer sanos. Envejecen y mueren en paz. Aquí son felices. El resto del mundo no les importa. Al menos de momento.

—¿De momento?

Lébedev pareció no escucharla, y siguió con su discurso.

—Pero no creas, están al tanto de todo lo que nos pasa. Una vez al año se acercan a alguna ciudad cercana y recogen toda la información que pueden. Siguen con interés nuestra historia. Así ha sido siempre, y seguirá siéndolo.

—¿Por qué lo hacen?

Esta vez el profesor se detuvo un instante para mirarla a los ojos. Parecía emocionado.

—Durante estos días han compartido conmigo la biografía de su vida. De toda su existencia. Oh, Laura, ha sido increíble. Guardan memoria de todo. Escucharlos ha sido como asomarse al pasado a través de un amplio ventanal. Lo he visto claro. Ha sido una experiencia única y reveladora. Me he pasado gran parte de mi vida desenterrando huesos con el objeto de saber más, de conocer qué fue de nosotros, cómo llegamos a ser quienes somos, y resulta que todo estaba aquí.

—¿De qué habla? —intervino Santana, que caminaba con receso mirando a ambos lados.

—Fuimos príncipes en un mundo donde ya había reyes, amigo mío. Príncipes que un día decidieron tomar el poder y expulsar a los antiguos monarcas del paraíso —contestó Lébedev.

Laura empezaba a notar un comportamiento extraño en el profesor. Hablaba pausado, pero con una intensidad arrolladora que salía a borbotones. Era el mismo apasionado científico de siempre, aunque ahora, en su discurso, apreciaba un leve tinte de fanatismo..., y un brillo de locura en su mirada.

—No me entero de nada, Laura —insistió Santana, apoyando la mano en su hombro—. Príncipes, reyes, fósiles vivientes... ¿Te importaría aclararme de qué va todo esto?

—Está bien, presta atención, intentaré ser lo más concreta posible.

—Te lo agradecería.

—Cuando secuencié el ADN de Sedna, descubrí algo increíble.

—Eso ya lo has dicho. Lo que quiero saber es si son humanos o no, ¡joder! ¿Es tan complicado?

—Humanos, bonita palabra —comentó el profesor.

—Técnicamente no —explicó Laura—. Son homínidos, como nosotros, pero su ADN pertenece a dos subespecies al cincuenta por ciento exactamente. De una de ellas tan sólo teníamos noticia por una mínima herencia genética en algunos humanos, dejada tras algún contacto entre especies durante la primera migración del Homo sapiens. No hay nada de ellos en el registro fósil. La otra es mucho más conocida.

—¿Más conocida?

—Dominaron Europa durante doscientos mil años, y desaparecieron

repentinamente hace unos treinta mil años.

—Dieciséis mil, según los últimos descubrimientos —apuntó el profesor, con cierta sorna.

—Su nombre científico es Homo neanderthalensis. Más conocidos como neandertales.

—¡No me jodas! Parecen igual que nosotros.

—La hibridación con la otra especie debió anular sus rasgos fisiológicos más característicos, ¿no es así, profesor? —preguntó Laura, intrigada por aquello que tenía que decir su antiguo mentor.

—Así es. No tenemos nombre para esa otra especie magnífica, pero puedo decirte que eran más parecidos a nosotros, aunque su piel era muy blanca y sus cabellos de un rojo intenso. Vivieron y compartieron nicho ecológico con los neandertales durante muchos milenios, y también desaparecieron víctimas de nuestro egoísmo.

—¿Por qué dice que era una especie magnífica?

—Mi pequeña —dijo el profesor, cogiéndole la mano—. En este lugar no existe el cáncer, ni el alzhéimer, ni las cardiopatías..., ni la mayoría de los padecimientos que hoy en día nos matan. Eso es debido a la herencia genética de esos prodigios. No había cabida a mutaciones en su organismo. Eran tan perfectos que apenas sufrieron cambios a lo largo de los milenios en los que vivieron. Su cincuenta por ciento, presente en los habitantes de este pueblo, además de aportarles rasgos humanos, también los protege contra la enfermedad.

—No logro entenderlo —musitó Laura, meneando la cabeza—. ¿Todos mantienen esa proporción en su genoma?

—Nunca se mezclaron con nosotros —explicó Lébedev.

—¿En dieciséis mil años?

—Veo que ya sabéis quienes somos realmente.

Fue Sedna la que intervino. Se había acercado sin que se dieran cuenta y caminado a su lado un buen trecho, oculta por las sombras, hasta que decidió hablar.

—Tikia significa en nuestra lengua, "inicio" —continuó la joven—. Y eso es lo que fue para nosotros este lugar. Un comienzo. Una tierra donde empezar de nuevo. Libres del miedo y la persecución. Y la muerte. Al margen de vuestra desmedida ambición y absurdos anhelos de poder. Casi acabasteis con nosotros, ¿por qué íbamos a querer mezclarnos con una especie tan dañina?

—No todos somos iguales —se defendió Laura.

—No os detuvisteis hasta ser los únicos de vuestra especie sobre la tierra —prosiguió Sedna, con rabia en la voz—. Ni siquiera entonces. Después continuasteis con otros de vuestra misma especie. Masacrando a las minorías. A aquellos que eran distintos. Buscabais rivales, enemigos, nunca parasteis. Conocemos vuestras guerras, vuestros genocidios, vuestra maldita tecnología que está destruyendo el planeta. ¿Por qué íbamos a querer vuestros genes? Vuestra herencia está maldita.

—Algo de razón tiene la chica —admitió Santana, con cierta ironía.

—Aquí estuvimos a salvo durante mucho tiempo —prosiguió Sedna, relajando el gesto—. Tres milenios. Hasta que llegasteis. Pero logramos pasar desapercibidos. No nos reconocisteis. Renunciamos a nuestra identidad para sobrevivir, y funcionó. Luego llegaron vuestros malditos avances científicos. Nuestra apariencia ya no bastaba, podíais identificarnos por nuestra sangre. Tuvimos que ser cautos. Ahora debemos serlo mucho más. ¿Qué sería de nosotros si nos descubrierais? No tendríamos derechos, no somos humanos. Terminaríamos siendo cobayas de laboratorio.

—Hemos cambiado. Tendríais derechos. Hasta los animales los tienen —dijo Laura.

—Los animales, bonito consuelo.

Lébedev caminaba ausente. Laura reclamó su apoyo.

—Dígaselo. No es necesario que sigan escondiéndose.

—¿Estás segura? —dudó el profesor—. Nos conocen bien. Mejor que nosotros mismos. Tienen memoria. La humanidad no.

—Pero aquí, solos, aislados... Terminarán por desaparecer. Mire los pocos que son —dijo Laura.

—Los que queremos ser —observó Sedna.

—¿Qué quieres decir?

—Más llamaríamos la atención. Durante ciento sesenta siglos hemos mantenido una población estable.

—¿Cómo es eso posible?

—Con sacrificio. Los niños reemplazan a los adultos.

Laura miró al profesor, sin entender, esperando su explicación. Y éste se la dio.

—Es sencillo. La concepción de un hijo es algo que no depende de las parejas sino de la comunidad, ella es quien da la autorización. Cada vez que un niño nace debe morir un adulto. De ahí su importancia.

—¡Es monstruoso! —exclamó Laura.

—No lo es. Tenemos una buena vida —saltó Sedna, indignada—. Una vida plena. Sin enfermedades, sin dolor... En armonía con la naturaleza y con nosotros mismos. Simplemente sabemos cuándo ha llegado el momento y nos vamos de este mundo en paz. No entiendo esa necesidad egoísta que tenéis los humanos por vivir cada vez más tiempo. Os pudrís en camas de hospitales, haciéndoos vuestras necesidades encima, sin conciencia; arrastrando una existencia miserable, aferrándoos a una vida que ya no lo es, alargándola inútilmente en lugar de ensancharla. Nosotros entregamos con gusto la nuestra porque sabemos que daremos paso a otra nueva. ¿Qué puede haber más hermoso?

La indignación con la que había empezado a hablar se convirtió en pura emoción al final. Laura se quedó callada, observando las lágrimas que resbalaban por las mejillas de la joven, sin poder evitar abrazarla.

Tuvo que ser Santana el que rompiera el momento mágico que se había creado entre las dos mujeres. Y lo hizo planteando la única pregunta que le interesaba saber en aquel instante.

—¿Por qué nos lleváis a la cueva?

—Allí empezó todo —respondió Sedna, separándose de Laura con delicadeza y secándose las lágrimas—. Entramos por un lado siendo dos pueblos distintos, y salimos por el otro convertidos en uno. Es un lugar sagrado para nosotros. El sitio donde recordamos nuestro pasado e incorporamos nuevos hechos a nuestra memoria. Carecemos de libros que cuenten nuestra historia, como vosotros. Sería demasiado peligroso. Mantenemos la tradición oral de nuestros antepasados. Al inicio y final de cada estación, los jefes de cada pequeño grupo familiar se reúnen en la cueva a la luz de las antorchas y escuchan el Gran Relato de voz de nuestro Guía.

—Dolba —apuntó el profesor.

—Sí. Él es ahora el responsable de nuestro pueblo.

—Vale, eso está muy bien —dijo Santana—. Pero no me has contestado. ¿Nosotros qué pintamos ahí?

—Hacía mucho tiempo que no se incorporaba un acontecimiento nuevo al Gran Relato. Vuestra llegada al pueblo, y la de esos... asesinos, lo merece.

—¿Ellos están allí? ¿También Owen? —preguntó Laura.

Sedna asintió.

—¿Qué vais a hacer con ellos?

—A mí me preocupa más lo que piensan hacer con nosotros —apuntó

Santana, mirando de reojo al hombre armado que caminaba a su lado.

La joven enmudeció y apretó el paso. Laura la agarró del brazo para detenerla.

—Sedna, por favor, dinos algo.

Ella negó con la cabeza. Las lágrimas habían vuelto a sus ojos. Laura le cogió la cara entre sus manos y la miró fijamente.

—Nuestra especie es capaz de lo mejor y de lo peor. Créeme. No todos somos iguales.

Sedna evitó su mirada y susurró.

—Ahora lo sé, pero...

—Déjala ir —intervino Lébedev—. Está sufriendo mucho. La conozco bien.

Santana miró a ambos científicos alternativamente, con la certeza de que algo se le escapaba.

—¿Sufriendo? ¿Por qué? —terminó preguntando.

—Lucha entre su deber y su corazón.

—Usted sabe algo, ¿qué es?

—Sí, profesor, díganos qué nos espera en la cueva.

—Somos unos privilegiados. Escucharemos de boca de Dolba un retazo de su historia. De la nuestra. Realizaremos un viaje en el tiempo. Será maravilloso —el profesor hablaba con vehemencia, como fuera de sí—. Estaba en lo cierto, los neandertales eran, son —rectificó—, en muchos aspectos superiores a nosotros. Algo que lograron definitivamente al fusionarse con la otra especie.

—Pues, no parece que les haya ido muy bien —apuntó Santana.

Lébedev lo miró con desaprobación.

—No diga estupideces.

—Las estupideces las dice usted. Yo sólo digo que...

—No tengo más que hablar con usted —cortó Lébedev, volviéndose hacia Laura—. Lo siento pequeña. Ahora necesito hablar con Dolba —concluyó, acariciando su cara antes de acelerar el paso.

—¿Me lo parece a mí, o al profesor le pasa algo muy raro? —comentó Santana, una vez éste desapareció delante de ellos.

Laura calló. Santana prosiguió.

—No me interesa demasiado la historia, y mucho menos la prehistoria. Apenas sé nada de los neandertales, ni pretendo. No entiendo de híbridos, ADN y todas esas zarandajas. Pero de algo sí que entiendo: de problemas. Los

huelo a kilómetros. Y los nuestros cada vez están más cerca. ¿Tú qué opinas?

—Creo que tienes razón —contestó Laura, recordando la mirada arrebatada del profesor.

Las antorchas iluminaban el valle, formando una línea de luz anaranjada entre los matorrales. Un viento frío se levantó de repente, agitando las llamas y los largos cabellos de quienes las portaban. Un búho curioso realizó un vuelo rasante sobre la larga comitiva, recorriéndola en toda su longitud. No una vez, sino dos. Luego se posó en un árbol cercano y ahuecó las plumas, indiferente.

Sumidos en la semioscuridad y el silencio, Santana y Laura perdieron la noción del tiempo y la distancia. Por ese motivo, cuando la marcha se detuvo de pronto, cerca de la ladera de la montaña, no podían dar crédito a que hubieran atravesado la amplia llanura tan rápido.

El grupo de hombres con antorchas formó un círculo en torno a un alto y frondoso arbusto que crecía entre las rocas, mientras que los otros ataron cuerdas a las gruesas ramas y tiraron de ellas en ambos sentidos hasta separarlas.

—La entrada a la cueva —musitó Santana.

—Eso parece —contestó Laura, sintiendo un escalofrío.

Uno a uno todos fueron desapareciendo, como tragados por la montaña. Cuando les llegó el turno a Santana y Laura, azuzados por los escoltas armados que los acompañaban, también pasaron entre las ramas abiertas y se introdujeron en la cueva.

El paso era angosto y bajo. Las paredes de roca, ennegrecidas por el hollín de las antorchas, atestiguaban que ese mismo recorrido se había realizado muchas veces. Tenían que caminar encorvados, y en fila. Santana pasó delante y agarró la mano de Laura. Ella se sintió extraña, pero no lo rechazó. Después de unas decenas de metros claustrofóbicos, el túnel se ensanchó y el techo se elevó. El trazado también cambió, dejó de ser recto y se hizo más sinuoso. A ratos descendían y otros debían salvar suaves pendientes. En ocasiones salían a amplias salas antes de volver a introducirse por alguna oquedad y proseguir la marcha a través de otro túnel estrecho.

—Esto es un puto laberinto —se quejó Santana.

Seguían agarrados. Laura notaba el sudor y el calor de su mano; y su fuerza, cuando a veces la apretaba. Y todo ello le daba aliento. Apenas conocía a ese hombre y, sin embargo, confiaba en él. Le trasmitía tranquilidad, sosiego. Calmaba su miedo.

Santana sentía muchas más cosas mientras su mano sujetaba la de Laura. En ocasiones, durante el trayecto, llegó a fabular que estaban solos recorriendo aquella cueva; pasando un fin de semana juntos. Divirtiéndose. A ratos se llegó a emocionar al reconocer los sentimientos hacia ella que habían comenzado a nacer en él. Era una locura. Una estupidez. Pero no podía hacer nada por controlarlo, estaba claro que su cabeza iba por un lado y su corazón por otro. Y fue éste último el que le dio un vuelco cuando, tras cruzar por un trecho repleto de rocas puntiagudas, salieron a una gran caverna donde la luz de las antorchas acentuaba su magnificencia.

Y también su dramatismo.

—¡Joder! —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó Laura, a su espalda.

Santana se apartó y entonces ella pudo verlo también.

La cueva era enorme y bellísima. Las filtraciones de agua habían moldeado la piedra caliza en estalactitas que colgaban del techo y estalagmitas que salían del suelo, diseñando un paisaje kárstico realmente espectacular. En depresiones del suelo el agua se acumulaba formando pequeños lagos que reflejaban el alto techo, creando la ilusión de profundos abismos. Pero no fue en eso en lo que Laura y Santana se fijaron, sino en los tres hombres amarrados con gruesas cuerdas a columnas.

—El del centro es el italiano —susurró Santana—. Owen está a su izquierda. El de su derecha debe de ser su compinche.

—Falta uno —dijo Laura, con un nudo en la garganta—. Puede que escapara.

—Me temo que no —oyeron decir al profesor, que volvía a su lado.

—¿Qué significa esto? —se indignó Laura.

Un cántico repentino resonó contra las paredes de roca, amplificado por la buena acústica del lugar.

—La ceremonia va a empezar —musitó Lébedev, místico.

Dolba, situado en el centro de la caverna, continuó con su salmo monótono y repetitivo durante el tiempo que tardaron los hombres que portaban las antorchas en situarse a su alrededor. El resto tomó asiento en el suelo, incluido el profesor. Laura y Santana permanecieron de pie, hasta que un hombre armado con una lanza les indicó, con un brusco ademán, que se sentarían.

En un lateral de la cueva estaban los tres hombres atados, desmadejados, con las cabezas vencidas contra el pecho. Cracco la levantó un

instante. Luego volvió a derrumbarse. Su cara estaba tumefacta y de su boca resbalaba un hilo de sangre.

Los cánticos de Dolba cesaron de pronto. Dos hombres le ayudaron a quitarse la camisa bordada con dibujos geométricos que llevaba y a colocarse una gruesa piel de largo pelaje que dejaba ver sus fuertes brazos. Un tercero se encargó de deshacerle la coleta, haciendo que su abundante pelo blanco cayera sobre sus hombros. Cuando terminó el resto de los presentes lo imitó, despojándose de sus ropas y dejando sus largas melenas sueltas. Cubiertos únicamente por un corto calzón de cuero aquellos hombres resultaban impresionantes, con sus fornidos y sudorosos cuerpos brillando a la luz de las antorchas.

—Ahora comprendo lo que me explicabais sobre la clasificación de los seres vivos —dijo Santana—. Nosotros somos los perros, y ellos los lobos.

Dolba tomó, finalmente, una gruesa lanza rematada en punta de piedra y dio tres golpes en el suelo con ella. El silencio que se produjo fue absoluto. Nadie movía un solo músculo.

Laura sintió que hasta la incesante oscilación de las antorchas se detenía.

—Hoy es un gran día —comenzó a decir Dolba, con voz profunda y ceremonial—. Un nuevo capítulo está a punto de incorporarse a la extensa crónica de nuestra existencia. No es un hecho feliz. Será un acontecimiento triste y doloroso, pero necesario. Un hecho que deberán conocer las generaciones venideras para ser prevenidas, para recordarles que el peligro acecha fuera de estas montañas, y que aún nos queda mucho para poder sentirnos libres de nuevo. Pero estad tranquilos. Los espíritus de nuestros antepasados nos acompañan. Ellos siguen a nuestro lado, guiándonos en los momentos difíciles. Recordad lo que ellos sufrieron para proporcionarnos un lugar en el que vivir. Nunca debemos olvidarlo. En ello radica nuestra fuerza. En nuestra constancia, en nuestro respeto, en nuestra inquebrantable voluntad. Sólo permaneciendo unidos e inflexibles podremos alcanzar algún día el sitio que nos pertenece, y volver a ocupar el lugar en la tierra del que fuimos expulsados.

Dolba hizo una pausa dramática y giró la cabeza hacia el lugar en el que Laura, Lébedev y Santana estaban sentados.

—Nunca antes unos humanos habían asistido a una de nuestras ceremonias, ni habían escuchado una parte de nuestra crónica. Pero, como sabéis, uno de ellos salvó a Sedna de morir, a la heredera del Collar de

Cuentas Azules. Alguien que, además, ha dedicado su vida a estudiar nuestra historia con el respeto que otros no lo han hecho. Por ese motivo, él y sus amigos podrán conocer uno de los capítulos más trascendentales de nuestro pasado. Aquél que supuso nuestro final, y al mismo tiempo nuestro principio.

Nada más terminar de hablar comenzó de nuevo su cántico. Esta vez derivó en una especie de letanía sin letra, un murmullo *narcotizante* que todos imitaron hasta acompasarse y simular que salía de una sola garganta. El salmo fue subiendo de volumen, *in crescendo*, hasta que se estabilizó invadiendo la cueva con un efecto mágico.

Lébedev no pudo contener la emoción y, apretando el brazo de Laura, se inclinó para hablarle al oído.

—Escucha bien, querida niña, estamos a punto de realizar un viaje al pasado. Sus palabras serán absolutamente objetivas, no habrá interpretación. Contará la historia real, sin manipulación ni maniqueísmos ideológicos; sólo la pureza de los hechos.

—Los admiras, ¿verdad? —dijo Laura, sobrecogida por el efecto hipnótico y seductor de aquel cántico.

—¿Tú no?

—Han perdido. Probablemente de una manera injusta y brutal, pero lo han hecho y deberían asumirlo. Todo esto es... absurdo. Relegarse al aislamiento. Condenar a sus hijos y a sus mayores a una vida de privaciones y sufrimientos... Y de muerte.

—Oh, mi querida Laura —dijo Lébedev, con condescendencia—. Opinas desde un punto de vista equivocado. Tu mentalidad humana no te deja ver la auténtica grandeza de sus actos, y la verdad que subyace detrás de ellos. Nosotros nos hemos separado de la naturaleza. Hace siglos que nos sentimos por encima de ella. Modificamos el mundo a nuestro antojo. Nos creemos reyes. Seres superiores. Divinidades. Ellos saben que la tierra no les pertenece, que es de todos: animales, plantas, rocas... Por eso se comportan con respeto y humildad, cogiendo sólo lo que les hace falta, sabiendo que son una especie más viviendo sobre ella; cosa que nosotros hemos olvidado. Ellos no han perdido, querida. Los que hemos perdido somos nosotros.

—Miles de años aquí, aislados... —comenzó a decir Laura, incapaz de asimilar del todo las palabras del profesor.

—Son felices, no lo dudes. He estado con ellos varios días y lo he visto. Tienen sueños, igual que nosotros, pero los suyos no hablan de poder ni ambición, sino de volver a ser quienes fueron.

—No toda la humanidad es así. Yo no lo soy. Usted tampoco —se defendió Laura.

—¿Acaso son iguales las células de un cuerpo? No son todas malignas y, sin embargo, bastan unas pocas enfermas para matarnos. Es nuestra condición. Tendemos al caos —concluyó el profesor.

—Si hubiera sido así no habríamos llegado tan lejos como lo hemos hecho. Ni hubiéramos conseguido las cosas tan increíbles que hemos logrado. Como el arte, la filosofía, la ciencia...

—La ciencia —repitió el profesor, sin disimular el retintín con el que lo hacía—. Creemos que es buena, pero ella nos llevará a la extinción.

—No entiendo. ¿Desde cuándo son dañinos los progresos tecnológicos y la medicina en favor del bienestar de la humanidad?

—La ciencia no se limita a eso. Te recuerdo que también hemos contaminado el planeta, construido armas devastadoras, conseguido la fisión nuclear... En los silos de las grandes potencias se almacenan bombas atómicas suficientes para destruirnos varias veces.

—Las armas nucleares han servido para detener las grandes guerras. Un mal necesario.

—Es posible, ¿pero hasta cuándo? En qué momento la soberbia, la ambición o la venganza tomarán el poder y apretarán el botón que acabe con todo. Estamos condenados, querida Laura. Lo estamos desde el mismo instante en el que matamos a un semejante para arrebatarle sus tierras en lugar de compartirlas. Somos así: geniales pero defectuosos.

—¿Ellos son perfectos?

Lébedev soltó una sonrisilla.

—Por supuesto que no. Pero en algo nos aventajan. Ellos miran a lo lejos, muy lejos. Nosotros somos miopes, incapaces de ver a un palmo de nuestras narices.

—Pues no parece que les esté yendo muy bien —intervino Santana, que había estado escuchando la conversación de los dos científicos con estupor.

—Esperan su momento —contestó el profesor.

—¿Su momento?

—Son más fuertes que nosotros. Su vista y su olfato son extraordinarios.

—Y su oído —apuntó Santana, recordando a Sedna.

El profesor asintió antes de continuar.

—Crecerían en número si quisieran. En pocos años podrían ser un millón. En un siglo cien. Podrían reclamar su sitio por la fuerza. Pero saben

que sería inútil. Les falta nuestra ciega determinación. Nuestro instinto asesino. Nuestra maldad. Perderían, y lo saben. Ése es el motivo por el que prefieren esperar.

—¿Esperar a qué? —quiso saber el piloto.

—Cuanto más nos alejamos de la evolución natural, más nos acercamos a la extinción. Tarde o temprano seremos nuestros propios verdugos. Entonces llegará su momento.

Santana iba a replicar cuando el cántico cesó de golpe.

El silencio volvió a la cueva con tal rotundidad que, Laura, sintió un vértigo similar al que experimentaría si se asomara a un abismo.

—Va a empezar —susurró el profesor.

Dolba regresó del trance y golpeó de nuevo con la lanza en el suelo. Tres golpes. Luego comenzó a hablar.

—Fue aquí. En este mismo lugar. En esta cueva sagrada. En una época lejana. Cuando aún éramos el pueblo de los Grandes y los Cabezas de Fuego.

Tras el corto preámbulo, el gran jefe y guía espiritual hizo una pausa, entornó los ojos y prosiguió. Pero en esta ocasión su voz resultó distinta. No parecía él quien hablaba. Las palabras surgían de su boca, aunque cualquiera diría que era otro quien las pronunciaba. Su nueva voz se llenó de matices. A ratos sonaba dócil, como si realizara una invocación; y a ratos seductora, igual que si practicara un embrujo. En cuestión de segundos, como por arte de magia, trasportó a los presentes hasta el preciso instante del que hablaba.

—El cielo, de un azul intenso, hermosísimo, recibió a los viajeros. La primavera había llegado. El valle, cubierto de hierba fresca donde las manadas de grandes herbívoros pacían indiferentes, lucía radiante. Los árboles, repletos de frutos y pájaros...

—El Gran Relato —susurró Lébedev, al oído de Laura—. Es Él quien habla a través de Dolba.

27 - LAS FAUCES DEL OSO

Hace 16000 años.

En una cueva, cerca de lo que hoy es Tikia, en Alaska.

El cielo, de un azul intenso, hermosísimo, recibió a los viajeros. La primavera había llegado. El valle, cubierto de hierba fresca donde las manadas de grandes herbívoros pacían indiferentes, lucía radiante. Los árboles, repletos de frutos y pájaros trinando sobre sus ramas, se apiñaban en frondosos bosques; y las marmotas y los conejos salían de sus madrigueras, seguidos de sus retoños a medio criar, para disfrutar del sol y la abundancia que les brindaba aquel lugar asombroso.

También la felicidad hubiera sido completa para el grupo, pero algo se lo impedía: no estaban todos. Sus dioses les habían pedido un último sacrificio antes de poder sentirse libres. Un sacrificio que Montaña y un puñado de valientes estaban dispuestos a realizar.

El gran jefe de los Grandes había tomado una decisión desesperada: se enfrentaría a los Caraplanas. De todos los escenarios en los que imaginó la lucha, el interior de aquella cueva se le antojó el único en el que podrían tener alguna posibilidad de vencer. De su pueblo sólo pidió que lo acompañaran Gran Bramido y Oso Gris, el resto de su pequeño ejército estaría compuesto por cazadores Cabezas de Fuego. Hubiera preferido rodearse de todos sus hombres, eran mucho más fuertes y mejores guerreros, pero había demasiadas posibilidades de que ninguno sobreviviera, y eso supondría un grave problema para sus planes de futuro.

La estrategia elegida era sencilla: los esperarían dentro, a oscuras, en una zona suficientemente amplia para manejar sus grandes lanzas, aunque no lo bastante como para que ellos hicieran uso de sus temibles flechas lanzadas a distancia. Plantearía una lucha de desgaste, cuerpo a cuerpo. Sabía que eran más que ellos. Seguramente el doble. Pero confiaba en vencer, o al menos matar a tantos como les fuera posible. Si perdían, habrían conseguido

mermarlos lo suficiente para que el resto de sus hombres —los que aguardaban al otro lado de las montañas— acabaran con ellos con facilidad. La finalidad era deshacerse de su amenaza de una vez por todas, y no dejar ninguno vivo que pudiera escapar e informar de ese lugar a otros Caraplanas. En lo demás, en el peligro que corrían, prefirió no pensar.

Agazapados, escondidos detrás de unas rocas, esperaron toda la noche en la oscuridad hasta que distinguieron las luces lejanas de unas antorchas. Entonces prepararon sus músculos entumecidos y apretaron sus manos en torno a las astas de sus lanzas.

Los Caraplanas aparecieron.

Caminaban despacio, mirando en todas direcciones. Desconfiados. A la luz de las teas su aspecto y sus ademanes resultaban temibles. No eran grandes, ni fuertes, pero algo en ellos destilaba maldad y peligro. Montaña aguardó hasta que el grupo de enemigos estuviera rodeado por sus hombres para salir de su escondite y atravesar el pecho de un Caraplana con su lanza. Ésa fue la señal. En un abrir y cerrar de ojos aquella cueva, repleta de recovecos, se convirtió en el escenario de una batalla salvaje y brutal. Los Cabezas de Fuego cumplían sin más, matando en igual número que morían. Eran Montaña y sus dos compañeros los que realmente marcaban la diferencia, atacando como un solo hombre, con la lanza en una mano y el hacha de piedra en la otra. Los tres Grandes mataban con una efectividad pasmosa, abriéndose paso entre los Caraplanas igual que haría una estampida de búfalos enloquecidos. Hasta que Oso Gris recibió una lanzada certera en el muslo derecho que lo atravesó de lado a lado, y un golpe de maza en el hombro que lo desarmó parcialmente. En ese momento la formación cerrada de los Grandes se descompuso, y a punto estuvieron de ser reducidos. Por suerte, un par de Cabezas de Fuego, antes de caer muertos, le dieron apoyo el tiempo necesario para recuperarse y que volviera a la lucha. Los gritos, los golpes y los lamentos desgarradores de los heridos resonaban contra las rocas; y las sombras, proyectadas en las paredes por las antorchas caídas en el suelo, componían una danza macabra de muerte. La situación se complicó cuando ninguno de los Cabezas de Fuego estaba en pie y todavía quedaban casi la mitad de los Caraplanas. Para mayor preocupación de Montaña, Oso Gris se apagaba; lo veía torpe y lento, y sus golpes no presentaban la misma contundencia de antes. Los dos grupos de contendientes estaban agotados. Sudaban copiosamente y boqueaban buscando más aire para los pulmones, pero todavía quedaba mucho por hacer en aquella cueva y ninguno parecía

dispuesto a huir o ceder terreno. La lucha continuó hasta que llegado a un punto, los Caraplanas, a la orden del que parecía su jefe, se reagruparon. Montaña le escuchó dar instrucciones, después de las cuales éstos se desplegaron en círculo y los rodearon. Tuvo tiempo de observar bien sus caras aniñadas pero feroces, y sus miradas enfebrecidas. También creyó saber el origen de su determinación, y ese "algo" que los hacía tan temibles: el odio. No bastaría su fortaleza y tamaño para acabar con ellos, ahora lo veía claro, debería odiarlos también para equilibrar las fuerzas, sino perderían. Y eso hizo. Justo cuando los Caraplanas se lanzaban de nuevo al ataque, Montaña dejó de pensar, puso la mente en blanco y forzó la visión para teñirla del rojo de la sangre.

Gran Bramido y Oso Gris lo vieron entonces repeler la acometida con una intensidad y una bravura asombrosas, golpeando con el hacha y ensartando con su lanza a todo el que se le ponía al alcance. Contagiados por su arrebató, Gran Bramido y Oso Gris lo imitaron. Las paredes de roca pronto se cubrieron de salpicaduras de sangre y sesos, y brazos y piernas se rompieron produciendo sonidos estremecedores bajo los devastadores golpes de los Grandes. Pero no fueron los Caraplanas los únicos que sufrían con el combate. Montaña había recibido una lanzada en un costado y un fuerte golpe en una rodilla que lo mermaban considerablemente, y Gran Bramido sangraba abundantemente por varios cortes en los brazos producidos por cuchillos de sílex. Aunque el peor parado fue Oso Gris, que agonizaba en el suelo después de que un certero garrotazo en el cuello le partiera la tráquea. La lucha continuó hasta que sólo quedaron en pie los dos jefes, frente a frente, agotados y cubiertos de sangre.

Del combate definitivo únicamente fue testigo Gran Bramido, apoyada la espalda contra la fría pared de roca, con los brazos colgando a cada lado e incapaz de mover un músculo. Él fue quien vio a Montaña enfrentarse al fiero Ojos de Serpiente con el último aliento que le quedaba, y recibir varios tajos mortales del jefe de los Caraplanas antes de poder atravesarlo con su lanza, para después caer de rodillas y quedar inmóvil en el suelo.

La lucha había terminado. El silencio volvió de nuevo a la cueva. La luz, ya casi extinguida de las antorchas, iluminó la escena: cuerpos inertes, rotos, cubiertos de sangre... Desolación y muerte.

Cuando recuperó el aliento, Gran Bramido se incorporó, recogió una antorcha del suelo y se acercó hasta Montaña. Estaba caído de lado, sobre un gran charco de sangre que parecía negro bajo la luz anaranjada de las llamas.

Lo volteó con cuidado hasta dejar al gran jefe de frente.

Entonces vio sus ojos abrirse.

—¡Montaña!

—Escucha —le pidió, con un hilo de voz—. No me queda mucho tiempo.

—Aguanta, Manos que Sanan te curará —replicó Gran Bramido con entusiasmo.

—Nadie podría salvarme. Es el Gran Oso de Ojos de Fuego —lo contradijo Montaña—. Noto su aliento. Quiere mi garganta.

—¡No! ¡Vivirás! —insistió Gran Bramido.

—Escucha. Quiero que hagas algo —repitió Montaña, con una voz entrecortada que se apagaba por momentos— Coge mi collar. Dáselo a Cola de Ardilla. Quiero que lo lleve nuestro hijo. Y el hijo del hijo de nuestro hijo. Y así todos mis descendientes, para que recuerden lo que hicimos por ellos. ¿Lo has entendido?

Gran Bramido asintió sin poder hablar, sobrecogido por el llanto.

—Y ahora vete, no quiero que me veas morir.

—Pero...

—Ya está aquí. Es grande. El oso más grande que jamás he visto. ¡Ven a por mí! Te espero —exclamó Montaña, desafiante, antes de apagarse definitivamente.

Uno sólo respiraba ya en aquella cueva. Pesadamente, con mucho esfuerzo. Uno que jamás podría olvidar lo que allí había sucedido.

En el valle, al otro lado de las montañas, junto a la salida de la cueva, el grupo aguardaba. Los cazadores delante, con las armas preparadas; los más jóvenes y las mujeres detrás. De entre ellas una había pasado la noche en vela, luchando por espantar horribles imágenes de su cabeza. Cola de Ardilla no había podido dormir, invadida por un presentimiento de muerte. Un presentimiento que creció cuando vio aparecer, solo, renqueante y mal herido, a Gran Bramido; y que se cumplió cuando éste, después de transmitirle palabra por palabra el mensaje que le había dado Montaña, le entregó su collar de cuentas azules manchado de sangre.

No hubo consuelo para ella. Lloró su muerte todo el día y toda la noche. Se hubiera cortado las venas para acompañarlo en su viaje hasta el "Otro Lado" de no ser por el hijo que llevaba en sus entrañas. Su hijo.

No asistió a la ceremonia que se celebró dentro de la cueva, en honor a los muertos y a la gran gesta de Montaña. No hubiera soportado ver su cuerpo

cubierto de heridas, frío, con la mirada vacía. Prefirió conservar el recuerdo de cuando estaba vivo. El recuerdo de sus fuertes manos cuando la abrazaban. De su piel cálida. De su aliento febril. De sus ojos cuando la miraban a hurtadillas. El recuerdo de su gran generosidad. De su valor. De su sacrificio. Quería conservar eso, para hablarle a su hijo de él sin olvidar un detalle.

Un hijo que, como el resto de que los que pronto corretearían por aquel valle, poco se parecería a sus padres.

28 - UN DULCE SUEÑO

Dolba permaneció quieto y en silencio unos segundos, como en trance, hasta que de nuevo golpeó el suelo con la lanza dando por terminado su relato.

—¿Recuerdas lo que hablamos? ¿Ahora lo entiendes? —se animó a susurrar Lébedev al oído de Laura.

—Sí —contestó ella, impresionada.

—La fusión de ambos pueblos anulaba algunos de sus rasgos más característicos y daba como resultado una descendencia que se parecía extraordinariamente a nosotros, los humanos modernos.

—Se mimetizaron.

—Exacto. Gracias a los Cabezas de Fuego lograron una cara plana, como la nuestra. Los neandertales, a los que llamaban los Grandes, aportaron una piel y un pelo más oscuros. Fue una solución inteligente, muy inteligente, aunque conllevaba la renuncia a seguir existiendo como especies independientes.

—¿Y así llevan dieciséis mil años? —intervino Santana.

—Su gesta requiere de una determinación que nosotros no podemos entender —contestó el profesor.

Sedna se levantó y se acercó, colocando una mano sobre el hombro de Laura.

—Por favor, acompañadme, Dolba quiere enseñaros algo.

Los tres siguieron a la joven. Los escoltaron Odkum y dos hombres más. Al pasar cerca del lugar donde permanecían atados los prisioneros, Laura se detuvo un instante para mirar a Owen. De cerca presentaba peor aspecto: tenía la cara tumefacta y balbuceaba palabras incomprensibles.

—¿Qué vais a hacer con ellos? —preguntó Laura a Sedna, en voz baja.

—Vamos, Dolba nos espera —dijo ella, evitando responder.

—Déjalo —medió Lébedev, al ver que Laura torcía el gesto sin intención de continuar andando—. Su suerte está echada.

—¿Qué quiere decir?

—Venga, Laura, sigamos.

Confusa, Laura desistió.

Con Dolba delante dejaron la gran caverna y se introdujeron por una abertura que había al fondo. Después de recorrer un túnel de unos cincuenta metros, que giraba a derecha e izquierda constantemente, salieron a otra cueva. Pudieron verla bien porque allí había colocadas estratégicamente antorchas y velas, de tal manera que quedaba iluminada perfectamente. Era bastante más pequeña que la que acababan de dejar, y parecía un laberinto repleto de estalactitas y estalagmitas por todas partes. Lébedev llamó la atención de Laura sobre algo que estaba en el suelo, aunque ella ya lo había visto. Se trataba de huesos. A medida que avanzaron vieron más. En un momento dado estuvieron rodeados por una gran cantidad de esqueletos completos que salpicaban el suelo rocoso. Dolba, ceremonial, caminó entre ellos hasta que se detuvo junto a uno.

—La Última Batalla —dijo entonces, haciendo un gesto circular con la lanza que pretendía abarcar toda la cueva—. Nunca se han tocado. Están tal y como murieron. En la misma posición exacta. Él es Montaña. Nuestro Gran Jefe.

Milenios de depósitos de carbonato cálcico se habían acumulado sobre los huesos, dándoles una textura de roca e integrándolos en el entorno de una forma extraordinaria.

Lébedev se inclinó sobre los restos óseos.

—¿Ves la forma de su frente? —le dijo a Laura— ¿Su hueso nasal y occipital? ¿El hueco al final de sus muelas? Toda su cara está proyectada hacia delante. Sus extremidades ligeramente arqueadas y robustas. Era un neandertal puro.

—Éste es el lugar más sagrado de la cueva —informó Dolba—. Sólo en situaciones muy especiales se visita. Sois muy afortunados en poder verlo.

Lébedev apretó la mano de Laura, enfervorecido.

—Ése era un Cabeza de Fuego —continuó Dolba, señalando otro esqueleto.

—¡Mira lo iguales que eran a nosotros! —apuntó Lébedev, mostrando un entusiasmo rozando el frenesí.

Laura asentía y observaba cada detalle sin pronunciarse.

—¿Ése es un Caraplana? ¿Un humano moderno, como nosotros? —

preguntó el profesor, apuntando con el dedo a un esqueleto cercano.

—Sí —corroboró Dolba—. Eran muchos más que los nuestros y sin embargo perdieron. Este lugar fue testigo del final de la sinrazón y el odio, y del nacimiento de un nuevo pueblo. Por ese motivo lo elegimos para entrar en contacto con los espíritus cuando lo creemos necesario. Os invitamos a que vosotros lo hagáis también. Sedna, por favor.

La joven, obedeciendo a Dolba, se alejó unos metros hasta lo que parecía un santuario. Se trataba de una columna rota, cuya base plana estaba llena de velas encendidas alrededor de unos cuencos y vasijas de barro. Con parsimonia y delicadeza, Sedna fue vertiendo el contenido de las vasijas en los cuencos para después agitar el líquido con un pequeño palo adornado con cintas de cuero. Al terminar cogió dos cuencos, volvió junto a Dolba para que le diera su aprobación, y se los ofreció a Santana y al profesor.

—¿Qué cojones es esto? —espetó el piloto.

—Bebe —sugirió Lébedev—. Cogiendo su cuenco con ambas manos.

—¡Y una mierda!

—Será más fácil así.

—Más fácil, ¿el qué?

Lébedev iba a contestar cuando un escalofriante grito llegó hasta ellos.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Santana.

—Preferimos evitárselo —dijo Dolba—. No es muy agradable ver morir a un hombre de una lanzada en el pecho.

—¿Qué?

—Vamos, amigo, debería haberlo imaginado —comenzó a decir Lébedev, totalmente relajado—. Su secreto, tanto tiempo guardado... ¿Creía que nos dejarían marchar así, por las buenas, para que habláramos de ellos al resto del mundo?

—A mí ellos me importan una puta mierda —exclamó Santana.

—No diremos nada. ¡Dígaselo, profesor! —suplicó Laura.

—No seas ingenua, mi niña. Nos conocen demasiado para fiarse de nosotros.

—Yo me largo de aquí, y tú te vienes conmigo —concluyó Santana, cogiendo a Laura de la mano.

—San... —rectificó—. Erik, escucha. Me temo que nunca nos

dejarán salir... con vida. Cuando entramos en este pueblo ya estábamos condenados.

—¿En serio?

Otro grito desgarrador atravesó el largo túnel que los separaba de la gran caverna y resonó contra las paredes de roca húmeda que les rodeaban.

—Sus cuerpos se quemarán. Los suyos serán depositados en una sima, en un extremo de esta cueva. El mismo lugar donde nuestros muertos descansan —dijo Dolba, orgulloso.

—Cojonudo. Menudo consuelo —se mofó Santana.

—Será inútil —concluyó Laura, soltándose de él.

Un nuevo alarido, más largo y lastimero aún que los anteriores, rubricó las ejecuciones que se habían producido en la otra caverna. Y también fue el detonante que hizo que Santana se decidiera a actuar.

Con un violento y preciso codazo en el mentón, desequilibró a uno de los hombres que los custodiaban, haciéndolo trastabillar hasta caer de espaldas. Con rapidez y precisión, proyectó una terrible patada a la entrepierna del otro, que cayó de rodillas profiriendo un aullido de dolor. Del suelo cogió una de las lanzas caídas y reculó hacia la salida.

—Venga, Laura, nos vamos.

Dolba suspiró antes de asentir con los ojos cerrados, como quien confirma algo que sabía que iba a pasar. Sedna giró la cabeza. Laura, entonces, entendió.

Santana movía la lanza de un lado a otro, amenazante, mientras insistía a Laura para que lo acompañara.

—Vamos. No mereces morir aquí. Ninguno lo merecemos.

—Erik... Por favor, déjalo.

—¿Dejarlo? Nunca. Ven conmi...

La voz se le quebró al quedarse sin el aire necesario para hacer vibrar sus cuerdas vocales. El poco que tenía se le escapó de golpe a través del enorme agujero de su garganta, el mismo por el que apareció la punta de sílex de una lanza.

—¡No! —gritó Laura.

La afilada piedra asomó de su cuello un instante, luego desapareció arrastrando carne, hueso y cartílagos al ser retirada con una inmensa fuerza.

Santana gorjeaba con la boca llena de sangre mientras intentaba,

inútilmente, taponar el tremendo boquete con las manos. Boqueó unos segundos con los ojos en blanco hasta que cayó de frente, contra el suelo de roca, convertido en un cadáver.

Entonces, de las sombras, apareció Odkum empuñando una lanza de cuya punta todavía resbalaban gotas de sangre.

—¡Dios mío! —exclamó Laura, sin atreverse a mover un músculo.

—Es una pena —dijo Dolba—. Nos obligó. Le ofrecimos un tránsito a la otra vida mucho mejor y lo rechazó, prefiriendo una muerte agónica. Nunca os entenderemos.

—No hay nada que entender —gruñó Laura, apretando los dientes—. Simplemente decidió luchar a entregarse mansamente. ¿No lo hizo él también? —preguntó, girándose con brusquedad para señalar el esqueleto de Montaña.

—Laura... —comenzó a decir Lébedev, intentando apaciguarla.

Ella no le prestó atención y continuó escupiendo palabras.

—Somos distintos, es verdad, pero también nos unen cosas. Vosotros decidisteis negarlas y vivir recluidos en una especie de cárcel. ¿Y todo para qué? ¿Para preservar vuestra esencia? ¿Vuestra identidad? El mundo es muy grande, sólo hay que tener el valor de salir ahí fuera y compartirlo. Mezclarse, ¿qué hay de malo en eso? Somos imperfectos, lo sé. Muchos de los nuestros son unos malditos hijos de puta, está claro. Pero también existen almas tremendamente generosas que merece la pena conocer. El nuestro es un mundo de contrastes. ¡Vividlo de una vez y terminad con vuestra absurda espera! Es posible que tengáis razón, y que la raza humana acabe desapareciendo; pero creedme, cuando eso suceda no quedará tierra donde reinar.

Laura terminó su apasionado discurso y miró a los presentes a los ojos. De uno en uno. Curiosamente, en los únicos en los que reconoció un cierto brillo de comprensión, fue en los de Sedna.

—Por favor. No hagamos esto más doloroso —dijo Dolba, indicando a Sedna con un gesto que continuara.

La joven, con movimientos lentos, vertió los líquidos en el cuenco.

—Lleva un fuerte narcótico además de un eficaz veneno. Estaréis dormidos cuando la muerte os sobrevenga. No sufriréis —explicó Sedna.

—Tú lo sabías. Sabías lo que iban a hacer con nosotros —le recriminó Laura.

Sedna bajó la cabeza:

—Al principio no. Luego...

Laura observó el líquido rojizo que contenía el cuenco y, sin tocarlo, levantó la cabeza para mirarla.

—Lo habríamos pasado bien. Tú y yo. ¿Recuerdas lo que hablamos? Hubiera estado genial.

—Yo, no... —musitó Sedna, llorando.

—Lo sé —entendió Laura, acariciando el rostro empapado en lágrimas de la joven—. No sufras. No eres culpable de nada.

Como Laura no se decidía a coger el cuenco, Odkum dio un paso hacia delante y levantó el brazo armado con la lanza.

—Por favor... hazlo —suplicó Sedna, al ver a su padre preparado para darle el golpe de gracia.

—Está bien, lo haré —concluyó Laura, tomando el cuenco con ambas manos y bebiendo su contenido de un trago.

Lébedev hacía rato que había bebido el suyo y ya notaba los efectos del narcótico en su cabeza. Relajado, con la mirada soñadora, parecía dichoso, pleno... feliz.

Las sensaciones de Laura fueron muy distintas. Sabía lo que le esperaba y, aunque trató de tragarse el terror que sentía para no hacérselo más doloroso a Sedna, no pudo evitar que su rostro mostrase el amargo semblante de los reos de muerte.

Vio al profesor arrugarse igual que un muñeco de trapo antes de dejarse caer al suelo y quedar tumbado de lado. A ella, la flojera en las piernas le sobrevino a los pocos segundos. Prefirió sentarse antes de caer redonda. Lo hizo apoyando la espalda contra una roca, le horrorizaba imaginarse tirada en el suelo, rota. Encogió las rodillas y se las cogió con ambos brazos. De pronto dejó de recibir sonidos del exterior, y sólo escuchó los creados por ella misma: el roce de la tela del pantalón, las botas contra las rocas, su respiración acelerada... Los párpados le pesaban. Se le cerraron los ojos. Pero no fue oscuridad lo que vio, sino una luz cegadora. No duró mucho. Enseguida bajó su intensidad y pudo reconocer imágenes. Era ella la que miraba, desde una posición baja. Estaba en su casa. En la casa de su infancia. Reconoció la cocina: la encimera de mármol fuera de su alcance, las paredes de baldosines blancos, y ese inconfundible olor a comida. Vio a su madre de espaldas, trajinando en los fogones. Quiso llamarla. No pudo, la voz no le salió. Balbuceaba, incapaz de controlar el llanto. Corrió hasta ella y tiró de su

vestido de flores, pero ella no le hizo caso. Gritó, o intentó hacerlo. Se desgañitó sin obtener respuesta. Su pequeña mano soltó la tela y la escena se fue alejando, como en una película. Su madre desapareció, también la cocina. Ya no estaba en su casa. Era de noche. Parecía un bosque. Hacía frío y escuchaba ruidos misteriosos por todas partes. Seguía llorando. Asustada. Se moría de miedo pero no se atrevía a llamar a nadie. Comenzó a llover. Las gotas golpeaban las hojas y las ramas de los árboles empezaron a moverse, agitadas por un viento helado. Dejó de sentir sus manos. Le costaba andar. Tuvo que detenerse. Entonces vio un fogonazo en el cielo y el bosque desapareció, como antes hiciera su casa. Ahora se encontraba en mitad de un inmenso paraje, rodeada de arena. Hacía calor, mucho calor. Continuaba inmóvil. Un sol inmisericorde le quemaba su delicada piel y le dañaba los ojos. Los cerró, pero siguió viendo a través de los párpados. El cielo, de un azul continuo, sin una sola nube, de pronto se tornó oscuro, siniestro. Dejó de tener calor y sintió frío. Ya no estaba de pie. Se encontraba tumbada, boca arriba. Y, tampoco era una niña, volvía a ser ella, una adulta. Escuchó voces susurrando. Logró mover la cabeza, aunque no vio nada. Estaba sola. Sola en medio de ninguna parte. Decidió dejar de luchar. Entregarse. Y eso hizo. Relajó todos los músculos y respiró despacio. En cuestión de segundos dejó de notar el suelo contra su espalda, y el frío, y la oscuridad. Todo a su alrededor había desaparecido y la Nada la envolvía. Se miró las manos y no las vio, tampoco el resto de su cuerpo. Entonces comprendió: ella había desaparecido también.

Dolba y el resto de los hombres hacía rato que se habían marchado, llevándose consigo los cadáveres de los tres ejecutados para quemarlos. Odkum y Sedna eran los únicos que permanecían en la cueva. A su lado, Santana, Laura y el profesor esperaban para ser enterrados. A veces, el veneno producía en el sujeto que lo tomaba ligeras convulsiones. En el caso del profesor y Laura el paso de la vida a la muerte sucedía sin ninguna manifestación. Padre e hija estaban en silencio, sentados en el suelo, sin mirarse, esperando hasta estar seguros de que el veneno había hecho efecto.

En la cabeza de la joven resonaban las últimas palabras que había pronunciado Dolba antes de irse. Dijo:

"Por fin todo ha terminado. Ahora podemos volver de nuevo a

nuestro mundo".

—Padre.

—Dime, hija.

—¿Hacemos lo correcto?

—¿Qué quieres decir? —replicó Odkum, confundido.

"Nuestro mundo".

—Estar aquí, aislados. Hacer lo que hacemos.

—Claro que sí, mi pequeña. ¿Por qué me preguntas eso?

—Bueno, ya oíste lo que ella dijo —contestó Sedna, con un hilo de voz—. ¿Es posible que estemos equivocados? ¿Que lo hayamos estado durante tanto tiempo?

—Por supuesto que no. Hija, su mundo no es para nosotros. Sácate esa idea de la cabeza —se alteró Odkum—. Ahora estás confundida. Lo entenderás cuando tengas tus propios hijos —concluyó, dulcificando la voz.

Sedna asintió, resignada.

"Nuestro mundo", había dicho Dolba. "Su mundo", dijo su padre.

Algunas velas se habían apagado ya cuando Odkum se levantó.

—Ha pasado el tiempo suficiente. Llémoslos a la sima.

—Me gustaría dejarlos aquí un poco más —suplicó Sedna.

—Es tarde.

—Querría estar con ellos. Acompañarlos en su último viaje. Yo me encargaré de llevarlos después.

—¿Estás segura?

—Sí.

Odkum creyó comprender.

—Olvídalos. Puede que se hayan portado bien con nosotros, pero debemos ser cautos con ellos. Siempre desconfiar.

"Nuestro mundo. Su mundo".

—Lo sé. Pero desearía hacerlo. Por favor... —imploró Sedna, con la voz tomada por el llanto.

El duro cazador se enterneció y terminó por ceder.

Iluminado por la luz danzante de la antorcha que portaba, Sedna vio abandonar la cueva a su padre. Lo siguió con la vista hasta verlo desaparecer. Entonces, se levantó y fue junto a Laura. Superando mil barreras se atrevió a abrazarla. Y continuó haciéndolo, con infinita ternura, hasta que los brazos se le quedaron dormidos.

29 - *SERVICIO DE HABITACIONES*

Bruno había nacido y vivido toda su vida en la cálida Sicilia, y el frío clima de Anchorage le incomodaba extraordinariamente. Jamás hubiera viajado a un lugar tan lejano y helador de no haber sido Cracco quien se lo pidiera. Se conocían desde niños, cuando jugaban al fútbol en las calles de Palermo y hacían pequeños hurtos en las tiendas de su barrio. Luego, de adolescentes, formaron parte de la misma banda y, más tarde, compartieron reformatorio. Estuvieron muy unidos hasta que Cracco decidió marcharse a España. Él le hubiera seguido, pero lo habían detenido por un atraco a mano armada en una gasolinera y acabó condenado a cuatro años de cárcel. No fue un buen aprendizaje el que recibió mientras estuvo encerrado. Ni hizo buenas amistades; lo que lo llevó a pasarse el resto de su vida entrando y saliendo de prisión, permaneciendo más tiempo entre rejas que fuera de ellas. Era loco e impulsivo, y no tenía muchas luces. Pero era leal y muy echado para adelante, cualidades en las que Cracco pensó cuando decidió que fuera su tercer hombre en aquel viaje. Principalmente por lo de leal, ya que era el único en el que confiaba para encomendarle aquel trabajo. Su presencia en Alaska se la ocultó a Echevarría, por supuesto, se trataba de su seguro por si algo salía mal. Y lo había hecho.

Bruno se levantó temprano aquella mañana y dejó su modesto hotel para desayunar en una cafetería situada frente al lugar donde se encontraba su objetivo. Estaba intranquilo. Cracco le había dicho la noche anterior que tendría que actuar, y quería que todo saliera a la perfección. El trabajo no resultaría fácil ni agradable, pero se moría de ganas por hacerlo. Sería una manera de ganarse un buen dinero y, sobre todo, demostrarle al amigo de su infancia que estaba en plena forma, que podía contar con él siempre que quisiera. No tenía buena cabeza. La memoria le fallaba a veces. Por esa razón, anotó en un trozo de papel las indicaciones que le había dado. No todas, no era imbécil, sólo las que incluían números. Desplegó la hoja —varias veces doblada— sobre el

mostrador y los revisó: el de la calle donde se encontraba el hotel en el que se alojaba el español, el de su habitación y la hora a la que debería actuar.

Miró a través de la cristalera del bar para confirmar —por enésima vez— que se trataba del hotel y que el número de la calle coincidía.

—Bien, bien —se dijo.

Luego, comprobó la hora en su reloj y en su teléfono móvil, para que no hubiera ningún posible error.

—En cinco minutitos, me pongo en marcha —musitó, ufano.

No esperó tanto. Le podía la ansiedad. Se terminó el café doble de un sorbo, pagó y salió a la calle. Hacía frío. Se echó vaho en las manos y subió la cremallera de su cazadora hasta arriba. Verificó la hora un par de veces más antes de decidirse a cruzar la calle y entrar en el hotel.

Ya en el hall, se palpó el bolsillo trasero del pantalón. Lo hizo más por instinto que porque realmente lo necesitara, ya que sabía perfectamente que su navaja automática estaba allí. Con paso decidido se encaminó al ascensor, esperó impaciente a que llegara y luego subió. Dentro le asaltó una duda. Cracco le había dicho que al terminar lo esperara en la habitación del hotel, ¿pero en cuál? ¿En la suya o en la del español? ¡Maldita sea!, gruñó golpeando la pared del ascensor con el puño, debería haberlo anotado todo. Seguía dándole vueltas al asunto cuando se detuvo en la planta indicada y la puerta se abrió. No podía llamarlo, Cracco insistió, nada más terminar de hablar con él, en que se deshiciera de aquel teléfono vía satélite tan chulo que le había dejado. Tendría que decidirse, y hacerlo rápido ya que estaba justo delante del número de habitación que buscaba. ¡Qué demonios!, se dijo, ya lo pensaría, y llamó a la puerta. No lo hizo una vez, sino tres. Hasta que una voz, desde dentro, respondió.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Servicio de habitaciones —respondió él, sonriendo. Le hizo gracia, era una frase que había oído mil veces en las películas y que siempre anticipaba malas noticias para el que abría la puerta.

—No he pedido nada.

—Cortesía de la casa —añadió, otra frase que solía acabar con cualquier reticencia que el huésped tuviera. Como así fue.

—Está bien, ya voy.

Echevarría abrió y Bruno entró de un empujón. Lo que sucedió

después, dentro de la habitación, fue un total despropósito. El sicario le exigió que le entregara la llave de la caja fuerte de su casa en Madrid, amenazándolo con la navaja, y el profesor se negó. Entonces, se entabló una lucha frenética y brutal durante la cual se produjeron carreras, se rompieron espejos, cayeron lámparas y se escucharon gritos que invadieron el pasillo, llamando la atención de clientes y personal de limpieza. El menudo Echevarría se defendió con todas sus fuerzas, negándose a darle la llave, sospechando de inmediato que Cracco estaba detrás. No sabía cómo, pero imaginó que el italiano se había hecho con la combinación de su caja fuerte, seguramente instalándole una cámara de video escondida en algún lugar del salón de su casa y grabando el momento en el que tecleaba los dígitos en el panel. Ese hijo de puta, pensó, quiere hacerse con mi dinero, lo último que me queda. Todo se había ido a la mierda, estaba claro. No habría descubrimiento fantástico, ni libro, ni conferencias, ni reconocimiento mundial... Nada. Volvería a España con las manos vacías. Y encima, ese cabrón de "*espagueti*" quería condenarlo a la miseria. La sola visión de una existencia miserable, en la que tuviera que volver a dar clases en la universidad a estúpidos adolescentes por un salario de lástima, le insufló el valor suficiente para enfrentarse a aquel hombre que lo amenazaba. Y a luchar hasta las últimas fuerzas. Hasta que una puñalada certera en el corazón lo dejara muerto al instante. No fue la única que recibió. Las tenía por todo el cuerpo. Incluida una en la femoral por la que salió la sangre a chorros, tiñendo la habitación por completo de salpicaduras rojas. Tal fue el escándalo que se produjo dentro de la habitación, que el recepcionista y el responsable de seguridad del hotel, un exmarine armado con un revólver corto pero de gran calibre, no tardaron en subir a comprobar lo que pasaba. Al abrir la puerta, lo primero que vieron fue el estado lamentable en el que se encontraba la habitación y, de inmediato, a Echevarría tirado en el suelo sobre un charco de sangre; lo segundo a Bruno, afanado en vaciar un armario. Tan enloquecido estaba por encontrar la llave, que ni siquiera los había escuchado llegar.

—¡Mierda! —exclamó, al darse cuenta de su presencia. Y no se lo pensó dos veces.

El responsable de seguridad, al verlo dirigirse a ellos con la navaja en la mano, desenfundó su revólver y disparó. Dos veces. Una bala le voló la mano con la que empuñaba el arma, la otra entró por su esternón y

salió por la espalda, derribándolo como a un pelele.

Ya en el suelo, con la cara contra la moqueta, ahogándose literalmente en su propia sangre, Bruno recordó dos cosas que le había dicho Cracco, y que también debió anotar. La primera, que fuese rápido y silencioso, ya que en ese hotel odiaban los ruidos; y, la segunda, que la llave la encontraría colgada del cuello del español.

—*¡Mi-er-da! ¡Mi-er-da!*—repitió, antes de exhalar su último aliento.

30 - UN LIBRO INVENTADO

Margaret circulaba por el barrio residencial a más velocidad de la permitida, hasta que llegó a la casa que buscaba y frenó en seco. Dejó el coche mal aparcado y se bajó a toda velocidad. Sin miramientos, golpeó la puerta con los nudillos e hizo sonar el timbre con insistencia, ambas cosas a la vez.

—¡Soy yo! ¡Vamos! —gritó, sin dejar de llamar.

Después de varios intentos, la puerta finalmente se abrió.

—¡Joder, todavía estás así! —se sorprendió Margaret.

—¿Qué pasa? —contestó Laura, en pantalones cortos, camiseta y una taza de café en la mano.

—¿Que qué pasa? ¿Estás de coña?

—¡La firma de libros! —musitó, abriendo mucho los ojos.

—Exacto. Es dentro de una hora. Te avisé hace una semana, ¿recuerdas? Quedé en pasar a buscarte.

—Lo siento, me había olvidado por completo.

—Ya lo veo —contestó Margaret, apartándola para pasar—. Tienes diez minutos para prepararte.

—Uff, no me apetece nada ir.

—Lo hemos hablado muchas veces. A la gente le gusta. A los lectores les encanta ver a sus autores favoritos. Sobre todo si son mujeres.

—Pero es que... —empezó a decir Laura, mientras seguía a Margaret hasta el salón.

—No es negociable. La editorial quiere que lo hagas, y yo también.

—Está bien —cedió, bajando la voz antes de terminarse el café.

No fueron diez minutos lo que Laura tardó en prepararse, a los cinco las dos mujeres salían por la puerta.

—¿Crees que esa ropa es la adecuada?

—¿Qué le pasa a mi ropa? —preguntó Laura, entrando en el coche.

—...y esa coleta.

—Es cómoda, me gusta.

—Mira, es bueno para el negocio vender ese aire de eterna adolescente. Te queda bien un cierto desaliño. Pero, por amor de Dios, tienes una firma de libros y parece que acabas de salir del instituto.

—No me toques las narices más, Margaret.

—Está bien, como tú quieras. Pero deberías hacerme caso. Las ventas del libro están yendo de maravilla, gracias en parte a tu talento, por supuesto; pero ya sabes que hay miles y miles de escritores. La diferencia entre el éxito y el fracaso es una buena promoción y yo soy buena en mi trabajo, de las mejores agentes literarias que puedas encontrar.

—Te recuerdo que fuiste tú quien se ofreció a representarme —dijo Laura, mientras se colocaba las gafas oscuras para evitar el sol bajo del atardecer.

—¿Y qué mejor prueba que ésa? Lo vi claro. Eras un diamante en bruto. ¡Y tan en bruto! —repitió, soltando una risita contenida.

Margaret se mantenía en buena forma a pesar de tener casi sesenta años. Siempre vestía camisas blancas entalladas bajo trajes de chaqueta hechos a medida cuyas faldas, por encima de la rodilla, marcaban sus curvas. El pelo lo llevaba teñido de rubio, con mechas blancas y media melena perfectamente lisa. Se había operado varias veces con los mejores cirujanos, y su rostro —aunque sin una sola arruga— empezaba a evidenciar el exceso de intervenciones. Era una mujer enérgica y vital, que se jactaba de comerse a los competidores masculinos de dos en dos. Entre el mundillo literario estaba considerada como una de las más eficaces, con mejor ojo e implacable a la hora de negociar con las grandes editoriales. Aunque a veces se mostraba insoportable con los autores, éstos la adoraban por una razón: nadie lograba mejores ni más sustanciosos contratos, ni tantas ventas como ella. Su porcentaje era alto pero merecía la pena, ya que sus representados subían como la espuma. No contaba con ningún escritor entre sus filas al que no hubiera convertido en millonario en pocos años. Tenía un talento innato para conocer el mercado y lo que reclamaban los lectores en cada momento; por ese motivo, sus consejos en cuanto a temas, géneros y estilos eran muy tenidos en cuenta por los autores. El éxito de Laura no hubiera sido el mismo sin ella, y Margaret se lo hacía saber siempre que discutían.

—Los escritores escriben libros, los agentes literarios crean obras

maestras.

—Lo que tú digas.

—Así me gusta, que me des la razón —se jactó Margaret.

Laura chascó la lengua y giró la cabeza para mirar por la ventanilla.

Las farolas empezaban a encenderse para iluminar las calles. Ella prefería la oscuridad de la noche a la molesta luz del día; le parecía más atractiva, más segura. No siempre fue así. Comenzó a notar el cambio después de regresar de Alaska. Cada vez que se sentía perdida apagaba las luces de su casa, cerraba las persianas si era de día, encendía un par de velas y se tumbaba en la cama o se metía en la bañera para disfrutar de la magia de las llamas y relajarse acunada por esa semioscuridad tan acogedora. Las farolas de sodio le recordaban la calidez del fuego, y le gustaba mirarlas.

La voz de Margaret le hizo regresar.

—Te estoy hablando.

—¿Qué?

—¿Te pasa algo?

Se había vuelto un bicho raro, lo sabía. Lo que experimentó en aquel viaje, en aquella cueva, la había marcado para siempre. Tendría que seguir viviendo con ello, con ese recuerdo, sin poder compartirlo con nadie. Reservándolo sólo para ella. Y eso era muy duro.

—No —contestó Laura.

—Te decía que tienes que ser amable. Sonreír contantemente y dar las gracias. Esto no se trata de firmar libros y poner cuatro letras. Te estás vendiendo. Cada persona a la que caigas bien se convertirá en un lector fiel. ¿Me has oído?

—Claro —respondió Laura, de malos modos.

La firma de su segundo libro se realizaba en un lujoso hotel del centro de Washington, por lo que no tuvieron que perder el tiempo buscando aparcamiento en la calle y pudieron dejar el coche en el parking.

—A ver qué tal vas —dijo Margaret, ya en el ascensor.

—¿Qué haces?

—Soltarte la coleta. Parece que tienes veinte años.

—¿Y eso es malo? —preguntó Laura, con la vista puesta en el reflejo que le devolvía el espejo.

—En el coctel habrá periodistas y gente importante del mundillo. A

ellos les gustan las excentricidades de los autores, pero hasta cierto punto. Pueden desconfiar si piensan que no tienes la madurez mínima para ser una superventas —le explicó Margaret, a la vez que le atusaba el cabello y le pintaba los labios.

—No me dijiste que fuera a haber un coctel —se quejó Laura.

—La vida "*socioliteraria*" es imprescindible en este negocio. Nadie puede llegar a los primeros puestos de las listas de ventas sin que los críticos punteros o algún *pope* de la industria le den antes el visto bueno.

—Ya —respondió, con una indiferencia evasiva.

—Además, te vendrá bien hacer un poco de relaciones humanas. ¿Cuánto hace que nos conocemos? ¿Un año? —dijo, cambiando aparentemente de tema.

—Catorce meses —rectificó Laura.

—¡Joder! ¡Cómo pasa el tiempo! Bueno, pues en todos estos meses jamás te he visto con nadie. Y eso no es bueno.

—Margaret, te veo venir.

—Lo sé, lo sé. Ya lo hemos hablado, seguro.

—Un montón de veces.

—Tienes que divertirte. Pasarlo bien. Si no quieres un compromiso, vale. Pero darle una alegría al cuerpo de vez en cuando nunca viene mal. Me han dicho que vendrá un periodista de una cadena de televisión local que está para mojar pan.

Margaret se había casado en tres ocasiones y tenía cuatro hijos. Todos mayores de edad, y todos viviendo en otras ciudades. Era inteligente, atractiva, tenía clase y dinero. Estaba sola y no debía rendir cuentas a nadie. Por eso hacía lo que le venía en gana. Se rumoreaba que, últimamente, andaba con un escritor de novelas de misterio —veinte años más joven que ella— al que había llevado a lo más alto de las listas de ventas. No le importaba ser la comidilla por sus continuos romances y, cuando escuchaba alguna molesta insinuación sobre su ajetreada vida amorosa, ella soltaba su frase favorita: "*en mis bajos mando yo*". Era fuerte y decidida. Algo que Laura envidiaba.

Justo antes de tomar asiento en la mesa, junto al gran montón de ejemplares de su novela y al cartel anunciador, Laura sintió pánico. Le pasaba a menudo y sin una causa aparente. De pronto, un miedo irracional la invadía y necesitaba unos segundos para reponerse.

—¿Estás bien? —le preguntó Margaret, al verla quieta y con el rostro pálido.

—...

—¡Laura! —insistió Margaret.

—Sí, sí. Estoy bien —respondió, sobresaltada.

No lo estaba. Ya nunca más podría estarlo. No importaban los logros profesionales o personales que pudiera alcanzar. Sentía que estaba incompleta. Que una parte de ella se había quedado en Alaska para siempre. La parte que nació en aquellas tierras hermosas y salvajes removiéndola por dentro. Y eso no podría cambiarlo jamás. Ahora estaba perdida, lo sabía, y ya nunca encontraría el camino. Seguiría viviendo, estaba claro, pero sin un rumbo fijo. A menudo pensaba en ello sin encontrar la paz, como en aquel momento. Se torturaba al tratar de entender cómo y por qué, Sedna, lo hizo; qué la llevó a salvarle la vida arriesgando la suya. Muchas noches se despertaba gritando, empapada en sudor, con la imagen de aquella joven siendo sacrificada por desobedecer a los suyos. Y terminaba llorando. Llorando amargamente.

Pero no había sido así: Sedna estaba viva. Nadie descubrió lo que había hecho, aunque eso no significaba que hubiera sido una decisión fácil ni sencilla. Tuvo que traicionar no sólo la confianza de su padre y de Dolba, sino la de todo su pueblo. Sedna, en el último momento, se dejó llevar por una fuerza que desconocía. Una fuerza más poderosa que el deber, que la tradición, que la supervivencia de su propia especie. Una fuerza tan arrebatadora que anuló todo lo demás, guiándola por un camino virgen repleto de sensaciones nuevas. Una fuerza que la sedujo, y a la que se rindió para entregarse sin pensar en las consecuencias: el amor. No el cariño o amor fraternal que sentía por su padre o amigos; éste era diferente, mucho más complejo, gratificante, placentero... Y también doloroso.

En el último instante, Sedna no pudo hacerlo y los engañó a todos. Ella fue la encargada de elaborar la pócima que pondría fin a sus vidas, pero en el cuenco de Laura sólo vertió narcótico. No pensó en las consecuencias, se limitó a obedecer al impulso que la guiaba. No era de los suyos. Pertenecía al pueblo rival. Era una descendiente de los Caraplanas, sus mortales enemigos. Y, además, era una mujer. Para una joven inocente como ella, que apenas sabía nada de la vida ni del mundo

real, aquel cúmulo de contradicciones estuvo a punto de bloquearla. Demasiadas cosas para poder entenderlas de golpe. Suerte que al final venció el embrujo de los sentimientos y decidió salvarle la vida.

Aunque, sufrió lo indecible cuando contempló sus ojos turbios y su miedo. Le hubiera gustado confesarle que sólo dormiría, que su bebedizo no llevaba veneno. Lo gritó en su interior muchas veces, pero no logró nada, y la última visión que tuvo de Laura fue la de una mujer que pensaba que moriría.

Y fue duro. Muy duro. Tanto, que ella misma llegó a creer que no regresaría más, que la había perdido para siempre. Por eso lloró. Y continuó haciéndolo cuando se quedó sola, abrazada a su cuerpo, sintiendo su calor y su débil aliento. Nunca había sido tan dichosa como estando junto a ella, en ese momento lo supo.

Luego, más tarde, cuando ya todos se marcharon de la cueva y se quedó sola, lanzó los cuerpos de Santana y del profesor a la sima y se ocupó de ella.

Laura despertó al amanecer creyendo que el más allá era un lugar helador. La cubría una gruesa piel de oso, y a su lado había un caballo. Tardó en darse cuenta de que estaba viva, y que se encontraba al otro lado de las montañas. Comprendió lo que había pasado por una nota que asomaba del bolsillo de su anorak. Estaba escrita con caligrafía infantil y decía:

"Te he dejado comida, agua y una tienda de campaña. También tu mapa y el reloj GPS de tu amigo. No deberías tener problemas para llegar a un lugar donde puedan ayudarte. El caballo se llama Luna, es una yegua muy dócil, no te dará problemas. Si la dejas suelta volverá al pueblo. Por favor, no le hables a nadie de nosotros.

Siempre te recordaré.

Sedna".

Tardó dos días en llegar a Note, el pueblo más cercano señalado en el mapa. Podría haberlo hecho en la mitad de tiempo, pero no sabía montar a caballo. Durante el trayecto tuvo oportunidad de pensar mucho en lo que había pasado, y en prepararse para lo que vendría. Para ello elaboró una historia que lo explicara todo. Una historia sencilla y sin fisuras que nadie pudiera rebatirle. Una vez se deshizo del mapa, el reloj y el caballo, contó a la policía que ella y sus amigos habían sido atacados

en la cabaña por unos hombres a los que apenas vio, y que tras huir se separaron y ella se perdió en el bosque; les explicó que deambuló sola durante días, buscando a sus amigos, hasta que logró llegar a Note por pura suerte. Así de simple.

La policía encontró la cabaña quemada, el cadáver de un hombre carbonizado en su interior y la avioneta destrozada a orillas del lago, pero ni rastro de los supervivientes. Los buscaron durante semanas sin éxito, peinando la zona con helicópteros y partidas de hombres. No aparecían ni vivos ni muertos. Al mes y medio dejaron de buscar. La versión de los hechos que había contado fue puesta en duda desde el principio, y Laura acabó detenida como sospechosa de asesinato múltiple. Pero ni la policía ni el fiscal lograron establecer un móvil, ni encontrar una sola prueba que la incriminara. Por suerte para ella, el asesinato de Echevarría no se relacionó con su caso, y, por tanto, no añadió más ingredientes a la ya de por sí confusa trama; se trató como lo que parecía: un desgraciado incidente de robo con resultado de muerte de los muchos que sucedían todos los días en el país. Tampoco se habló de Cracco y sus compinches, ¿por qué iba a hacerse?, Echevarría se cuidó mucho de no viajar en el mismo vuelo que ellos y mantenerse a distancia, y Laura jamás los mencionó como era de esperar para sus intereses. Por ese motivo, y después de pasar un tiempo encarcelada, un eficiente abogado logró establecer una duda razonable suficientemente sólida y terminó puesta en libertad. Para entonces, Laura ya había perdido su trabajo en el laboratorio de Leipzig y toda la comunidad científica le había dado la espalda. Desesperada, tras meses intentando encontrar trabajo de genetista, aceptó la oferta de una cadena de televisión estadounidense para hablar de su controvertida historia de muertes, desapariciones y supervivencia. Necesitaba dinero, y no deseaba volver a un hogar donde la tratarían con condescendencia el resto de su vida. No le fue fácil al principio, pero enseguida le tomó el pulso a ese mundillo televisivo. Se acostumbró a las cámaras y a las entrevistas con rapidez, manejándose con una soltura sorprendente. Para no entrar en contradicciones seguía un guion escrito por ella misma, con situaciones y hechos inventados pero coherentes, y la cosa fue de película. Tanto que, al poco tiempo, una editorial le ofreció un buen dinero por publicar un libro donde contara su experiencia. No se lo pensó dos veces y aceptó. Con el anticipo compró una casita en un barrio residencial a las afueras de Washington y un

pequeño Honda. Tardó seis meses en escribir el libro, y otros seis en ser publicado. Pero la espera mereció la pena, ya que el éxito de ventas fue espectacular. De la noche a la mañana pasó de sospechosa de asesinato a heroína, y de vivir con lo justo a disfrutar de una economía más que saneada.

No echó de menos su trabajo. Incluso dejó de parecerle atractivo e interesante. Analizar muestras de ADN antiguo para entender el pasado, habiéndolo visto en carne y hueso, se le antojó un sinsentido, una ocupación a la que no regresaría nunca más aunque pudiera. Para entonces, Margaret ya se había convertido en su agente. Motivada por ella redirigió esa pasión que antes sentía por la investigación científica hacia la literatura, y decidió escribir de nuevo. Esta vez no se trataría de un libro "*supuestamente*" autobiográfico, sino de una novela de acción y misterio como las que le gustaban tanto leer.

Y, dos años después de los incidentes en Alaska, allí estaba, sentada delante de una interminable fila de ávidos lectores, a punto de comenzar a rubricar dedicatorias de su nuevo éxito de ventas. Lo irónico del asunto era que, mientras el primero fue un libro inventado que pasó por cierto, este segundo se presentaba como una novela de ficción aunque en realidad incluía toda la verdad. Dudó, pero al final se decidió a hacerlo. Lo necesitaba. Sólo tuvo que cambiar lugares, nombres y algunos detalles. En esencia, la novela contaba su aventura, su descubrimiento, pero parecía tan increíble que todos los lectores la disfrutarían pensando que se trataba de una historia fabulosa producto de una mente muy creativa.

Margaret no vio del todo bien a Laura y fue ella la que se encargó de dar la bienvenida a los asistentes, dedicándoles unas palabras de agradecimiento antes de dar paso a la firma de libros. Se mostró encantadora y seductora, como siempre. Y fue breve, una virtud de la que casi ningún orador hace gala. Cuando terminó, apoyó la mano en el hombro de Laura y le susurró al oído:

—Bueno, ahora te toca a ti, mona. Y no olvides sonreír, a la mayoría de las personas les gustan los escritores felices.

Y eso hizo, al menos con los primeros. A la media hora se cansó de mantener una sonrisa estúpida y comenzó a relajar el gesto. A la hora apenas levantaba la cabeza para saludar, y se limitaba a preguntar el nombre después de escribir una dedicatoria tipo que repetía una y otra

vez.

—Ya no quedan muchos —la informó con disimulo Margaret, al notar su evidente cansancio.

Entre las últimas personas estaba una señora de mediana edad y aspecto neutro que insistió en comentar un capítulo de su primer libro.

—Me encantó el del oso —le dijo, cerrando los ojos como si recordase—. Todo ese tiempo siendo perseguida... Amenazada de muerte... Y cómo reaccionó luchando con él... Hay que ser muy valiente para hacer lo que hizo.

—No lo crea. Si estuviera su vida en juego actuaría igual, créame —contestó Laura, con modestia.

—Pero era un oso enorme, ¿verdad? —insistió la señora.

—Verdad —corroboró Laura, sin poder evitar sonreír.

Y esa vez la sonrisa fue sincera. Le divertía hablar de uno de los capítulos que más habían gustado al público y a la crítica. Sobre todo, cuando pensaba que lo había calcado, casi escena por escena, de la película "El desafío", la misma que vio por casualidad en aquel hotel de Anchorage. El final lo cambió, por supuesto, le pareció excesivo y optó por una lucha en la que ella ahuyentaba definitivamente al oso grizzly después de quemarle el hocico con una antorcha.

Dedicó unos cuantos libros más y le mandó una mirada de socorro a su agente. Estaba agotada.

—Sólo quedan cuatro. Por favor, llevan horas esperando —le suplicó Margaret.

Laura asintió resignada y se inclinó sobre el siguiente libro que un señor con aspecto de cowboy le ponía sobre la mesa. Terminaré, pero ni una sonrisa más, se dijo. Ya se lo había explicado mil veces a su agente: *"no se trata de que me desagraden las personas, simplemente no me encuentro a gusto cuando hay demasiada gente a mi alrededor"*. Sufría mareos, ansiedad... Alaska la había cambiado mucho, pero no tanto, y a menudo se sentía la misma muchacha insegura de siempre.

Fue contando mentalmente mientras escribía la sempiterna dedicatoria, firmaba después de pedir el nombre y echaba un vistazo rápido al lector. Si Margaret no le había mentado, el siguiente sería el último.

Tomó el libro que le ofrecía y comenzó a escribir sin levantar la cabeza:

Deseo sinceramente que disfrute de mi novela. Con mucho cariño, para...

—¿Su nombre es...?

—Sedna —oyó decir.

¡Conocía esa voz! ¡Conocía ese nombre!

Levantó la cabeza del libro y la vio. Allí estaba, como un espejismo.

—¿Tú?! ¡¿Cómo?!

—Ha sido fácil. Tu pagina web decía que hoy firmarías aquí tu última novela —contestó Sedna, desplegando una sonrisa blanquísima.

Laura estaba sin habla. Era ella, sin duda, pero estaba muy cambiada. Vestía una sudadera de los Washington Redskins y unos pantalones vaqueros. Ya no llevaba el pelo sujeto con anchas trenzas rematadas por plumas, sino que lucía una bonita melena corta y lisa que le sentaba de maravilla. Su rostro había madurado, pero sus ojos seguían despidiendo ese eterno aire infantil.

—¿No te alegras de verme?

—Claro... claro —contestó Laura, temblando de emoción—. Por supuesto que sí. Pero dime, ¿qué haces aquí, tan lejos de...?

—He dejado a mi familia —concretó Sedna, muy seria.

—¿Cuándo?

—Hace una semana.

Margaret observaba la escena con los ojos y los oídos bien abiertos. Eran tan pocas las ocasiones en las que había visto a Laura mostrar tanto interés por alguien, que estaba intrigada. Laura se percató de ello y le puso remedio.

—Es una antigua amiga a la que debo mucho —explicó.

—Entiendo —dijo Margaret—. Encantada de conocerte...

—Se llama Sedna —completó Laura, levantándose de la mesa y cogiendo a la joven por el brazo con desenvoltura.

—¿Adónde vas? —preguntó Margaret, al ver a las dos mujeres encaminarse en dirección a la puerta.

—Hace siglos que no nos vemos —respondió Laura—. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

—Pero... ¿El coctel...? No puedes faltar —tartamudeó Margaret.

—Claro que puedo —respondió Laura.

La calle, iluminada por las farolas y los escaparates de las tiendas,

las recibió con su murmullo característico. La noche, despejada de nubes y con una agradable temperatura, invitaba a pasear. Las dos mujeres anduvieron unos metros sin hablar. Hasta que Laura se detuvo en una esquina.

—Temí por ti —dijo, mirándola fijamente.

—Nunca se enteraron. Eres famosa, pero no tanto —respondió Sedna con una sonrisa pícaro.

—Has hecho una locura, ¿lo sabes?

—Sí.

—Tu padre...

—Le dejé mi collar junto a una nota. Le ponía que necesitaba encontrar mi camino, que le quería pero que no me buscara. Sólo eso.

—Tu pueblo...

—Laura, necesitaba verte, es lo único que ahora me importa. Yo...

Los ojos negrísimos de Sedna se iluminaron con un brillo acuoso. Laura luchó por contener el cúmulo de emociones que oprimían su pecho, pugnando por salir a borbotones. Estaba feliz. Más feliz de lo que nunca lo había sido. Desde que volviera de Alaska se había sentido desorientada y vacía; en ese instante, gracias a esa frase inacabada, como si de una revelación se tratara, lo entendió todo.

—Sólo hay un mundo —logró decir, cuando fue capaz de hablar—. Un mundo jodidamente enrevesado.

—Ahora lo sé —dijo Sedna.

—Has comenzado el viaje más difícil que jamás haya realizado tu especie... y la mía.

Sedna asintió, al borde del llanto.

—No llores, por favor —trató de calmarla Laura, sin poder evitar cogerle la cara con las manos—. ¿Has cenado? —resolvió.

—No.

—Conozco un restaurante español donde hacen las mejores tortillas de patatas después de las que hago yo, claro.

—La verdad es que tengo un hambre que me comería un oso —soltó Sedna, animada, al tiempo que se secaba las lágrimas de las mejillas.

—Pues, ¿a qué esperamos? Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Y cogidas de la mano se alejaron, confundándose entre los transeúntes como una pareja más.

Mientras caminaba, con el corazón desbocado, a Laura le vino de

nuevo a la cabeza lo que Santana le dijo en una ocasión: que era una pionera. Entonces creyó entenderlo: Alaska, una tierra extraña casi inexplorada, la aventura, el peligro... Pero pionera también significaba dar los primeros pasos en alguna actividad humana, y eso sí que le encajaba a la perfección. Santana quizá vio algo en ella más allá, o tuvo una intuición... O, simplemente, fue producto de la casualidad. El caso era que aquel piloto, al que nunca olvidaría, había acertado de lleno. Aceptar eso, que era una pionera, conllevaba admitir que todo sería nuevo a partir de ese momento, que el recorrido podría ser peligroso y el destino incierto. Y si ella era una pionera, ¿qué decir de Sedna! Ella era la auténtica luchadora. Una intrépida. Quizá una temeraria que se había lanzado al vacío sin red, dispuesta a realizar la hazaña más increíble de la historia. Y de la prehistoria, pensó Laura, sonriendo.

—¿Por qué sonríes? —le preguntó Sedna.

—Pensaba en nosotras. ¡Menuda pareja!

—¿Crees que nos irá bien?

Laura reflexionó un instante antes de responder, mientras coches y transeúntes pugnaban por ser los responsables de la banda sonora de la ciudad.

—¿Sabes? —dijo finalmente, cogiendo a Sedna de la cintura y dándole un achuchón—. No tengo ni idea. Pero me da igual.

Y era verdad, no le importaba en absoluto; ya que, aunque sabía que ambas se enfrentaban a territorios inexplorados, también estaba segura de que dos mujeres perdidas eran mucho mejor que una sola.

NOTA DEL AUTOR

Desde niño me han fascinado esos hombres primitivos que se vestían con pieles, cazaban mamuts y tenían un aspecto semejante al nuestro: los neandertales. Y de igual manera, me inquietaba ese vacío que había sobre la verdadera causa de su desaparición. Documentales, libros, exposiciones... todo lo relacionado con ellos siempre me ha interesado, y he crecido con la sensación de que no existía ninguna certeza sobre nuestro pasado, y que éste se reescribía por momentos. Cuando me planteé "Extintos", tuve clara una cosa: quería que los datos que aportara sobre tan singular especie fueran los más recientes. Y eso he hecho. Pero he de decir que no ha sido tarea fácil, ya que hay tantas interpretaciones sobre esa remota época como antropólogos. Apenas hay certezas, casi todo es especulación. Y en ese punto es donde aparezco yo. Como podéis imaginar, "Extintos" es una novela de ficción pero podría no serlo. Quiero decir que la paleoantropología cambia con cada hallazgo, con cada hueso desenterrado, con cada pintura hallada en una cueva... He fabulado, por supuesto; hasta la fecha el más reciente yacimiento neandertal data su desaparición hace unos 30000 años, pero, ¿quién nos dice que mañana no aparezca uno que lo desmienta? ¿Uno en Siberia, por ejemplo, fechado hace... 16000 años? He dejado volar mi imaginación porque deseaba trasladarme al pasado y que vosotros, queridos lectores, lo hicierais conmigo. Laura, Santana, el profesor Lébedev... son personajes inventados. También la aldea Tikia, donde Sedna y Odkum vivían junto a su pueblo híbrido, es producto de mi imaginación. Pero quiero creer que Montaña, Gran Bramido, Garra de León, Cola de Ardilla..., y el resto de valientes que completaron aquella aventura prodigiosa, fueron reales; y que aún, en una mínima porción de nuestro ADN, siguen existiendo.

Dicho esto, solamente me queda agradecerle, estimado lector, que hayas elegido "Extintos". Deseo que hayas disfrutado con ella tanto como yo lo hice al escribirla. Si es así, por favor, pierde unos minutos en reseñarla en Amazon, para un autor independiente vuestras valoraciones son fundamentales.

A continuación os dejo las sinopsis de otros de mis libros.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

Si te gustó ***EXTINTOS***, te invito a que eches un vistazo a los siguientes libros, todos disponibles en Amazon en formato digital y papel.

EXPEDICIÓN ATTICUS



SINOPSIS

Víctor Costa, un viejo arqueólogo español, lleva parte de su vida buscando una famosa reliquia cristiana, sin éxito. Cuando siente perdida la esperanza

de encontrarla se cruza en su camino un magnate norteamericano, Dawson Fox, dueño de una gran corporación armamentística y tecnológica. Él, respaldado por un antiguo informe escrito por un centurión romano, cree tener la información exacta de dónde se encuentra, y le propone organizar y financiar una expedición para buscarla. A ella se unirán finalmente: Sarah, doctora e hija de Víctor; Ray Bayona, un espeleólogo en horas bajas, y antigua pareja de ésta; las mellizas Annika y Grete, exmilitares alemanas y escolta personal del enigmático Dawson; y Peter Li, un científico chino-americano, experto en física e informática.

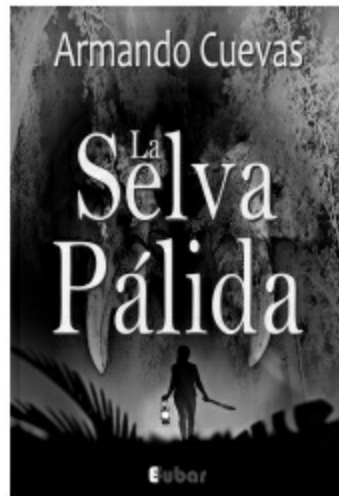
Las pistas les llevarán hasta las exóticas y convulsas tierras de Egipto, a las montañas nubias cerca del Mar Rojo, hasta una antigua mina de oro romana sepultada en el olvido y envuelta en una extraña leyenda de muertes y desapariciones.

"Expedición Atticus" es una novela de aventuras, llena de acción, viajes y misterio; donde los enigmas rondan cada página, algunos personajes ocultan oscuros secretos, y nada es lo que parece. Ésta es una obra de ficción gestada con el sencillo y a la vez complicado objetivo de entretener.

Querido lector, ¿estás dispuesto a vivir la experiencia que te aguarda tras las páginas de "Expedición Atticus"?

LA SELVA PÁLIDA

"La Selva Pálida" es un thriller de lectura adictiva que te llevará hasta la exótica Guatemala donde vivirás, entre sus coloridas ciudades y sus intrincadas junglas, una inquietante aventura llena de misterio y suspense.



SINOPSIS

Julia es una mujer divorciada que vive en Madrid y trabaja como maestra. Un día recibe la terrible noticia de que su hijo, al que creía viviendo con su padre en Miami, ha aparecido devorado por un jaguar en mitad de la Selva Maya. Confundida, rota de dolor, pero sin tiempo para duelos, volará hasta Ciudad de Guatemala para asistir al entierro. Allí sabrá cosas de su hijo que desconocía y comenzará a sospechar

que su muerte no ha sido debida a un desgraciado accidente, sino a algo relacionado con su trabajo en unos misteriosos laboratorios. A partir de ese momento, Julia vivirá una realidad perturbadora; adentrándose en un mundo oscuro y siniestro lleno de inquietantes revelaciones, engaños, conspiraciones, espías y asesinatos. Un mundo que pondrá a prueba su valor y determinación, y al que deberá adaptarse si desea descubrir toda la verdad sobre la muerte de su hijo.

FUBARBUNDY

"Fubarbundy", una trilogía apocalíptica que no te dejará indiferente.

1er libro: ***La última pandemia***

2º libro: ***La gesta del muerto***

3er libro: ***Isla Cuarentena***



SINOPSIS

Un virus. No hay cura. No hay vacuna. Todo intento por contener la epidemia es inútil. En pocas semanas la práctica totalidad de la humanidad está infectada. El "Fubarbundy" corre por sus venas transformándolos en seres brutales, sin mente, sin alma. Grupos reducidos de personas luchan

por sobrevivir en una guerra desigual por evitar la extinción. Ésta es su historia.

Si quieres saber más sobre el autor y sus libros puedes visitar:

Facebook: armandocuevasescritor

Twitter: @darcuca

Blog: <https://fubarbundylatrilogia.blogspot.com.es/>